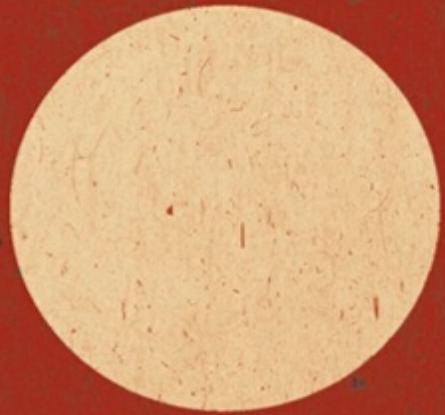


BRAM
STOKER

Y VALDIMAR ÁSMUNDSSON



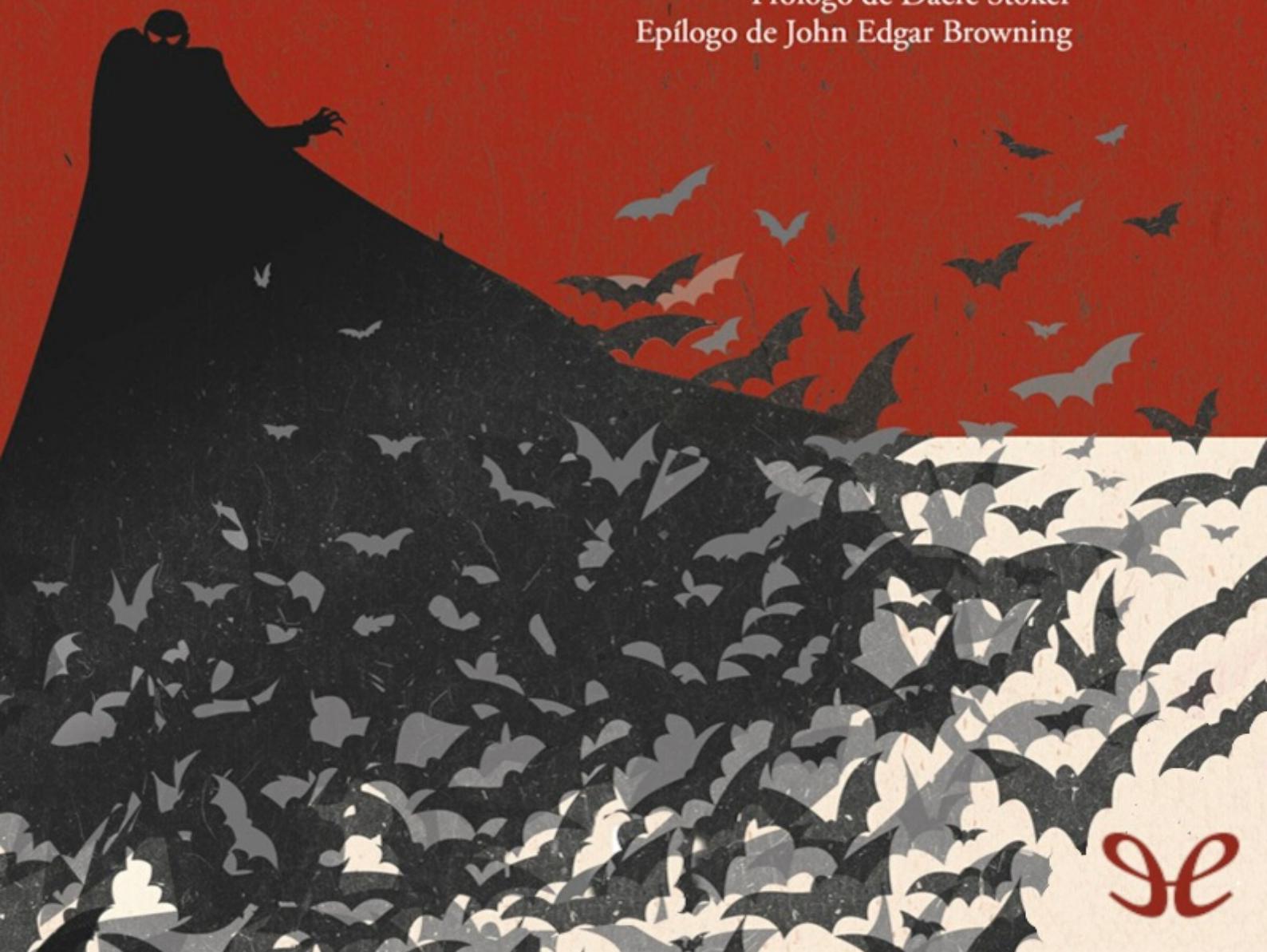
LOS PODERES DE LA OSCURIDAD

LA VERSIÓN PERDIDA DE DRÁCULA

Introducción y anotaciones de Hans Corneel de Roos

Prólogo de Dacre Stoker

Epílogo de John Edgar Browning



se

En 1900 el editor y escritor Valdimar Ásmundsson se propuso traducir, por primera vez en la historia, la que se convertiría en la gran obra de la literatura gótica: *Drácula*, de Bram Stoker. Sin embargo, Ásmundsson no solo tradujo Drácula sino que, con la ayuda del propio autor, escribió una versión distinta de la historia, con nuevos personajes y una trama totalmente reconstruida. Más corta, más oscura y más erótica, esta obra escrita a cuatro manos se tituló *Makt Myrkranna (Los poderes de la oscuridad)*.

Makt Myrkranna se publicó en Islandia en 1901 y contó con un prefacio de Bram Stoker, pero el texto permaneció perdido hasta que, en 2014, fue descubierto por el investigador Hans Corneel de Roos. Por fin ve la luz *Los poderes de la oscuridad*, la versión de *Drácula* que reimaginaron Stoker y Ásmundsson y se escondía del mundo en Islandia... hasta ahora.

Ampliamente anotada por De Ross, la presente edición proporciona al lector el fascinante contexto histórico, cultural y literario de uno de los clásicos indiscutibles de la literatura universal. Cuenta, además, con un prefacio de Dacre Stoker, descendiente de Bram Stoker, y con un epílogo de John Edgar Browning, especialista internacionalmente reconocido en literatura de terror y vampirismo. El resultado es un increíble descubrimiento literario.



Bram Stoker & Valdimar Ásmundsson

Los poderes de la oscuridad

La versión perdida de *Drácula*

ePub r1.2

Titivillus 16.04.2022

Título original: *Powers of Darkness. The Lost Version of Dracula*

Bram Stoker & Valdimar Ásmundsson, 2017

Traducción: Daniel Hernández Chambers

Introducción y notas: Hans Corneel de Roos

Prólogo: Dacre Stoker

Epílogo: John Edgar Browning

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Aa



Dedicado a Petre Tutunea, Pienette Coetzee, Lounette Loubser, Amanda Larasari, Marsha Maramis, Sarah Mawla Syihabuddin, Susannah Schaff, Joyce Georgewill, Aïda El Hani, Andreea y Teo Vechiu, Shantal Jeewon Kim, Shiva Dehghanpour, Dian Risna Sapuri y Yofina Pradani, quienes se ofrecieron voluntarios como ayudantes de mi estudio creativo y han compartido mi entusiasmo, mis dudas y mis preocupaciones sobre este proyecto durante los últimos tres años.

PREFACIO

de Dacre Stoker

Existen misterios cuya solución los hombres solo pueden vislumbrar, misterios que, por mucho tiempo que pase, solo resolverán a medias.

BRAM STOKER, *Drácula*, 1897

S un honor escribir este prefacio para mi amigo y compañero de viaje Hans de Roos, que se ha atrevido a hurgar en el más reciente de los misterios de *Drácula*. Recuerdo muy bien la conversación telefónica en la que Hans me contó por primera vez que había significativas diferencias textuales entre la edición inglesa de *Drácula* y la edición islandesa. Una vez que me di cuenta de que *Makt Myrkranna* no era simplemente una traducción al islandés de *Drácula*, sino que se trata de una historia muy diferente, me pregunté: ¿quién era consciente de ello durante todos estos años? ¿Quién lo ha leído? Mientras le comunicaba a De Roos mi entusiasmo y mis primeras impresiones, me sentía impaciente por leer la traducción al inglés del texto islandés para así empezar a hacerme una idea de este nuevo descubrimiento. Además, me vi obligado a reflexionar de nuevo sobre el imborrable legado de la obra más célebre de mi tío bisabuelo.

Con regularidad, doy conferencias en eventos literarios y cinematográficos sobre la historia y los misterios que rodean *Drácula*, y siempre tengo la sensación de que los seguidores de la novela y de los subgéneros que ha inspirado están realmente interesados en cualquier información contextual sobre Bram y las circunstancias que dieron lugar a la novela. *Drácula* es considerado un clásico, en parte porque, más de un siglo después de su aparición, los lectores e investigadores siguen buscando las respuestas a los orígenes e interpretaciones de la novela. La traducción de *Makt Myrkranna* parece tener como origen una publicación en formato de serie en un periódico sueco, y la incertidumbre sobre cómo esta versión del relato original de Bram fue a parar allí constituye razón más que suficiente para que una nueva generación especule y se formule preguntas al respecto.

Con el hallazgo de De Roos se añade otro importante misterio a la lista de interrogantes sin resolver que envuelve al clásico del género gótico de Bram Stoker. Por ejemplo, ¿cómo pudieron sobrevivir 124 páginas de notas del autor a un viaje tan tortuoso antes de encontrar acomodo en el Museo Rosenbach de Filadelfia? Y ¿dónde estaba la única copia mecanografiada conocida de *Drácula* en los años que pasaron entre su llegada a Filadelfia y su adquisición final por parte de Paul Allen, famoso por ser fundador de Microsoft?

Parece ser que poco después de la publicación de la obra, Bram entregó la única copia mecanografiada conocida al coronel Thomas C. Donaldson, de Filadelfia, amigo íntimo y biógrafo de Walt Whitman, que se encargaba de los asuntos legales de muchos escritores. Tras la muerte de Whitman, y de acuerdo con sus deseos, Donaldson le dio a Bram las notas originales de la conferencia que el poeta había dado sobre Abraham Lincoln. En una de las visitas que Bram había realizado a casa de Whitman, ambos habían conversado sobre su mutuo interés en la figura de Lincoln. Más tarde, en sus propias conferencias sobre este, Bram citaría el exagerado relato personal de Whitman acerca de la noche en que dispararon al presidente. Donaldson falleció en 1898, y al año siguiente Henkel's vendió su extensa colección de cartas y manuscritos. No obstante, transcurrió casi un siglo antes de que la copia mecanografiada de *Drácula* fuese encontrada en un garaje de Pensilvania entre las pertenencias de la familia Donaldson. La copia cambió de manos unas cuantas veces hasta que en 2002, después de ser ofrecida con enorme fanfarria por la empresa de subastas Christie's sin que llegase a alcanzar el precio mínimo exigido, fue finalmente adquirida por Paul Allen.

El 7 de julio de 1913, quince meses después de la muerte de Bram Stoker, la venta por parte de Sotheby's de su biblioteca personal incluía un libro escrito por el coronel Donaldson y dedicado en 1898 por su hijo, Thomas Blaine Donaldson, a Bram con las palabras «como recuerdo». En la misma subasta, James Drake, un tratante de libros de Nueva York, compró por el precio de dos libras el lote 182, que consistía en 124 páginas marcadas como «Notas originales y datos para su *Drácula*». Las «Notas» reaparecieron en 1946, en una imagen de la revista *Life* como parte de un reportaje sobre manuscritos raros en el que se decía que habían sido compradas para la colección Scribner por quinientos dólares. Más tarde, en 1970, el Museo Rosenbach de Filadelfia las compró a un anticuario de libros llamado Charles Sessler. No fue hasta mediados de esa década cuando, gracias a dos catedráticos del Boston College, Raymond McNally y Radu Florescu, el trabajo preliminar de Bram para *Drácula* atrajo la atención sobre él. Mientras investigaban un famoso folleto llamado *Dracole Waida* (Núremberg, c. 1488), que incluía un grabado en madera de Vlad Dracul III, McNally y Florescu visitaron el Museo Rosenbach. Para su enorme sorpresa, el encargado del archivo les sugirió que también podían interesarles las notas de la investigación realizada por Bram Stoker antes de escribir *Drácula*, que el museo había comprado unos años antes y permanecían medio olvidadas en el archivo.

Así fue como obtuvieron una nueva perspectiva de la documentación y el proceso creativo de Bram, que mostraron en su obra *The Essential Dracula* (1979). Sin embargo, en su siguiente trabajo, *In Search of Dracula* (1994), trazaron una conexión directa entre el conde Drácula de Bram y el príncipe Vlad Dracul de Valaquia, transformando básicamente a Vlad Dracul III en un vampiro, para disgusto de los historiadores y de los habitantes de Rumanía. Otros investigadores siguieron el ejemplo de McNally y Florescu, y la peregrinación al Museo Rosenbach continúa proporcionando en la actualidad una oportunidad única para extraer conclusiones de las notas originales de Bram. Como alternativa, los interesados pueden consultar la edición facsimilar, con excelentes anotaciones, creada en 2008 por los investigadores doctora Elizabeth Miller y Robert Eighteen-Bisang.

Por desgracia, aparte de la copia mecanografiada y de las notas, Bram nos dejó muy poca información de primera mano sobre *Drácula*. Para llenar ese vacío, una y otra vez se ha citado, como si se tratara de una verdad irrefutable, una broma privada de la familia relatada por el único hijo de Bram, Noel Stoker, a Harry Ludlam, autor de *A Biography of Dracula: The Life Story of Bram Stoker* (1962) y *My Quest for Bram Stoker* (2000): de forma muy poco seria, Bram «atribuía la génesis de *Drácula* a una pesadilla que había tenido por haberse excedido con el cangrejo durante la cena».

Hasta la fecha solo se ha encontrado una entrevista concedida por Bram a propósito de *Drácula*; escrita por Jane Stoddard, de *British Weekly*, apareció a las cinco semanas de la publicación de la novela y tiene una extensión de apenas 896 palabras. Además, solo existen dos cartas conocidas en las que Bram habla de *Drácula*, una de ellas dirigida al antiguo primer ministro británico William Gladstone, en 1897, la cual revela muy poco acerca de la opinión de Bram sobre su propia obra, aparte de que esperaba que «purificase la mente mediante la pena y el terror».

Aparte de esta pequeña reserva de «textos canónicos» (la copia mecanografiada de Donaldson, las notas del Museo Rosenbach, la broma sobre el cangrejo, la entrevista de Stoddard y la carta a Gladstone), solo disponemos de las opiniones de terceros para explicar las posibles fuentes de inspiración y motivación que dieron lugar a la obra de Bram.

El redescubrimiento de *Makt Myrkranna* nos proporciona nueva información y también nuevos enigmas. Desafortunadamente, puede que nunca lleguemos a conocer todos los detalles del acuerdo (si es que tal acuerdo existió) entre Bram Stoker y Valdimar Ásmundsson, quien transcribió la historia del sueco al islandés y la publicó en su periódico, a lo que siguió una publicación en formato libro unos seis meses más tarde. El acuerdo de 1897 entre Bram y Archibald Constable, el editor de *Drácula*, «no incluye ningún otro lugar o país aparte del Reino Unido de Gran Bretaña, Irlanda y las Posesiones Británicas (con la excepción de Canadá) y el mencionado Autor tendrá libertad para negociar con otros distintos a los citados Editores la publicación

de dicha obra...», sin mención específica a traducciones. Por desgracia, la familia Stoker ya no posee copias de los contratos de publicación de Bram, pero el acuerdo entre este y Archibald Constable claramente le permitía vender *Drácula*, o cualquier versión de *Drácula*, para su traducción.

Mientras no se presenten nuevas evidencias, parece seguro afirmar que *Makt Myrkranna* (Islandia, 1900) fue la tercera versión traducida de *Drácula*, precedida por la edición húngara de 1898 y la edición sueca de 1899. La relación entre el texto sueco y el islandés fue descubierta por Rickard Berghorn, quien amablemente nos informó de ello. Según varios documentos de cuya existencia me ha informado el investigador John Edgar Browning, la versión húngara parece ser una traducción directa de *Drácula*, mientras que el reciente descubrimiento de Berghorn ha demostrado que la versión sueca es muy diferente del texto original de Stoker. De hecho, parece que la versión islandesa es una versión abreviada del texto sueco, pero enriquecida con matices nórdicos.

La primera de estas variaciones nórdicas en ser descubierta y presentada en inglés, aunque solo parcialmente, fue el prólogo a *Makt Myrkranna*, que Richard Dalby publicó en 1986 en su *Bram Stoker Omnibus*. Este prólogo, notablemente distinto del de la edición original de 1897 de *Drácula*, editada por Archibald Constable, fue considerado durante mucho tiempo por los investigadores como la única diferencia entre la edición islandesa de 1901 y la edición de Constable de 1897; nadie se percató de los elementos completamente nuevos del argumento y de los personajes que esperaban a ser descubiertos en el texto. Fue necesario un investigador abnegado como De Roos para organizar un equipo y traducir la complicada lengua islandesa de vuelta al inglés a fin de sacar a la luz este enigma, un enigma que ha reposado en las estanterías delante de los ojos de muchos de nosotros durante más de cien años. Creo que a Bram le habría encantado la ironía de la situación. Él sabía que el mejor lugar para esconder algo es a plena vista, tal y como escondió a su conde vampiro como un rostro más entre las multitudes que abarrotaban las calles de Londres. *Makt Myrkranna* se publicó hace más de un siglo, y ahora nos sorprende descubrir que no es en absoluto lo que habíamos imaginado.

Además, el hallazgo de De Roos pone el foco en el proceso de traducción, que en el caso de esta edición islandesa aparece junto a diferencias significativas entre ambos textos. Esto plantea la cuestión de si deberían examinarse también todas las demás ediciones traducidas de *Drácula* en busca de diferencias relevantes. Mientras que tales comparaciones exceden el ámbito del trabajo de Hans, y desde luego de este prefacio, y deben ser el objeto de futuros estudios, la metamorfosis de *Drácula* a *Makt Myrkranna* es algo que me interesa especialmente.

Puesto que soy autor de dos textos traducidos para su publicación en multitud de lenguas diferentes, sé por experiencia propia que la traducción literaria no es algo sencillo, y que hacerlo bien requiere un trabajo ingente. Aun en la actualidad, con el acceso a software muy avanzado en la materia, el elemento humano continúa siendo

indispensable en el proceso de traducción. Resulta crucial que el traductor entienda el género y el período histórico en el que se sitúa la novela. Como la traducción literal palabra por palabra es muy rara vez efectiva, el traductor debe asegurarse de que la intención, la emoción y la atmósfera de la lengua original lleguen al lector del idioma al que traduce. Cualquier autor puede haberse visto afectado por malas traducciones, excepto aquellos más diligentes y decididos. En relación con la novela *Drácula*, la errónea traducción de un poema del siglo xv cambió de forma radical la intención del poeta y provocó una interpretación equivocada de las intenciones de Bram. Al describir las crueles acciones de Vlad Dracul III contra los comerciantes sajones en Transilvania, Michael Beheim, poeta de la corte de Federico III, emperador del Sacro Imperio Romano, escribió que Vlad se lavaba las manos con la sangre de sus enemigos. Un fragmento del poema fue en un principio traducido de forma incorrecta, diciendo que Vlad mojaba su pan en un cuenco y bebía la sangre de sus enemigos muertos, por lo que se le etiquetó como vampiro. Más tarde, el poema fue traducido con el contexto correcto, evidenciando la relevante diferencia entre un vampiro bebedor de sangre y un tirano sanguinario.

¿Fueron las variantes sueca e islandesa el resultado de errores de traducción, de una licencia creativa llevada demasiado lejos, o representan otra versión de la historia en la que Bram estuvo trabajando durante años? Sin duda, me inclino por esta última opción.

Creo que durante los siete años comúnmente aceptados como el período de tiempo en que Bram trabajó en *Drácula*, hubo más de una versión de la historia: múltiples borradores y líneas argumentales que se añadían o se quitaban. Probablemente el ejemplo más conocido sea *El invitado de Drácula*, un relato corto publicado tras la muerte de Bram. Según Florence Stoker, esa sección se quitó del original porque el libro era demasiado extenso.

En las notas del Museo Rosenbach se aprecia que Bram utilizaba hojas de calendario para establecer la correcta línea temporal de los movimientos y el intercambio epistolar en *Drácula*. El texto comienza con Jonathan Harker saliendo de París y haciendo escala en Múnich durante seis días en ruta hacia Transilvania, aunque estos primeros elementos de la historia no fueron incluidos en la edición de 1897. Existen suficientes similitudes entre el argumento de *El invitado de Drácula* y el de *Drácula* para que este relato sea considerado por muchos el eliminado primer capítulo de la novela. La copia mecanografiada entregada a Donaldson comienza en la página 102, y *El invitado de Drácula* tiene menos de veinte páginas, de modo que parece haber unas ochenta páginas de la copia mecanografiada de las que no se sabe nada.

De hecho, la copia de 529 páginas entregada al coronel Donaldson llevaba por título *El No Muerto*. En las páginas, Bram o un editor realizó añadidos y tachaduras a mano; las más significativas de esas correcciones fue el cambio de título de *El No Muerto* por *Drácula* y la eliminación de tres párrafos, lo que cambió por completo el

final. En lugar de que el castillo del conde Drácula fuese destruido por la erupción de un volcán, como ocurre en la copia original, en la edición de Archibald Constable la escena sugiere una muerte del conde mucho más ambigua.

El hermano de Bram, Thornley Stoker, un cirujano que vivía en Dublín, realizó notas de edición en la copia mecanografiada de Donaldson. ¿Viajó esa copia entre Londres y Dublín, y de nuevo a Londres en manos de Bram, y más tarde a editores londinenses para que la pulieran antes de convertirse en la versión final de Archibald Constable de 1897, solo para ser redescubierta en un garaje de Pensilvania?

A algunos les puede intrigar que la obra de Bram fuera traducida al sueco y al islandés, pero a mí me parece lógico, teniendo en cuenta la fascinación por los vikingos y la tradición nórdica en los círculos literarios de su época. En el colegio, los niños leían traducciones de las sagas heroicas, y la conexión de Bram con los vikingos era algo personal, pues creció en Clontarf, Dublín, donde en 1014 tuvo lugar una batalla entre la alianza norirlandesa y el rey de Irlanda, Brian Boru.

En los años que precedieron a la publicación de *Drácula* y *Makt Myrkranna*, viajar a Islandia estaba de moda. «Viajar» era una diversión popular mencionada en *Who's Who: An Annual Biographical Dictionary*, y tanto artistas como profesores y escritores se sentían fascinados por el folclore de Islandia, su lengua, su historia y sus paisajes salvajes. El reverendo Sabine Baring-Gould, arqueólogo, experto en folclore y escritor de canciones, aprendió de forma autodidacta la lengua islandesa y se dedicó a traducir sagas nórdicas. Escribió que la literatura islandesa proporcionaba una visión de supersticiones extendidas por todo el mundo, y tres años después de haber viajado al país publicó su *Book of Werewolves* (1865), una de las fuentes utilizadas por Bram para *Drácula*. En la única referencia directa a Islandia que aparece en *Drácula*, el conde afirma que su linaje incluye el espíritu luchador de los guerreros islandeses. En el *Book of Werewolves*, la superstición islandesa «de ser *eigi einhamir*, no de una sola piel» describe uno de los aspectos del poder del conde Drácula: «hombres que podían apropiarse de otros cuerpos, y de la naturaleza de los seres de cuyos cuerpos se habían adueñado», que «adquirían la fuerza de la bestia en cuyo cuerpo viajaban, además de la suya propia» [...] «de forma que solo pueden ser reconocidos por sus ojos, que ningún poder les permite cambiar». La obra de Baring-Gould, *Iceland: Its Scenes and Sagas* (1863), fue usada como guía de viajes por los aficionados a Islandia que realizaban la peregrinación al norte, y ofrecía «las minuciosas particularidades de cada etapa del viaje y de los medios para completarla» (*The Westminster Review*, vol. 81, 1864, p. 117).

Bram era amigo íntimo de Thomas Hall Caine, autor nacido en la Isla de Man y entusiasta de Islandia. De hecho, *Drácula* (1897) estaba dedicado «A mi querido amigo Hommy-Beg», apodo de Caine que en la lengua vernácula de la Isla de Man significa «pequeño Tommy». La conocida novela de Caine *The Bondman* (1890), parcialmente ambientada en Islandia, fue completada y publicada por capítulos antes de que, en 1899, su autor pasara dos meses allí. Regresaría catorce años más tarde

para estudiar los detalles que después describiría en *The Prodigal Son* (1904). Otro contemporáneo que mantuvo contacto directo con Bram Stoker y Hall Caine y que también viajó a Islandia, Henry Rider Haggard, fue un prolífico autor de obras de aventuras, como *Eric Brighteyes*, una novela épica sobre los vikingos.

Un colega de Hall Caine, el conocido escritor, artista y diseñador William Morris, viajó dos veces a Islandia a principios de la década de 1870. Morris aprendió islandés de forma autodidacta, como otros también fascinados por su pureza lingüística, y colaboró con Eiríkr Magnússon en la traducción al inglés de muchos cuentos islandeses, incluyendo *The Saga Library* (1891). El trabajo de Hans de Roos y su equipo de hablantes nativos abriva en la descripción realizada por Magnússon sobre el cuidado que ponía Morris en una traducción adecuada: «De ningún modo aceptaba mostrar en la traducción solo *aquello que querían decir* en lugar de *aquello que decían*». Las obras traducidas del islandés al inglés por Morris eran reseñadas de forma regular, y los críticos literarios solían elogiar su destreza como traductor. Según Vivien Allen, biógrafa de Caine, «Morris era importante para él, sobre todo porque lo introdujo en las sagas islandesas».

Como durante años Bram viajó de forma constante por las islas británicas y América con la Compañía del Lyceum Theatre de Henry Irving, es probable que tuviera pocas oportunidades de realizar viajes por placer, pero las evidencias anecdóticas y las conexiones circunstanciales me inducen a creer que no pudo haber permanecido inmune a las influencias de los aficionados a Islandia que lo rodeaban.

Creo estar en condiciones de afirmar que Bram no solo se hallaba al corriente de las diferencias entre *Drácula* y las ediciones sueca e islandesa, sino que fue él quien las orquestó. Las desviaciones con respecto a la edición de Constable de 1897 no pueden ser exclusivamente el resultado de errores en la traducción o de una interpretación liberal del texto original: los cambios son demasiado significativos. El prólogo islandés, el sueco, y el argumento modificado están interconectados de un modo que parece indicar que Bram escribió los dos. En mi opinión, tanto el texto sueco como el islandés son otra versión u otro borrador de *Drácula*, escrito por Bram en algún momento entre 1890 y 1897. «*Los poderes de la oscuridad*», no «*Drácula*», ni «*Drakula*», era, sencillamente, un título diferente para un libro diferente.

Es una lástima que, por la razón que sea, *Makt Myrkranna* dé la impresión de ser un proyecto sin pulir, inacabado. Parece que Bram (o Valdimar, o ambos) extendió la Parte I (los detalles del viaje de Harker hacia el castillo de Drácula y sus terribles experiencias allí), pero nunca llegó a desarrollar la historia de la Parte II. Esa Parte II se lee como un esbozo de los movimientos y conversaciones de los personajes en el escenario, que quedan sin desarrollar porque Bram se apresuró en alcanzar el final. El esquema de Bram que aparece en las «*Notas para Drácula*» del Museo Rosenbach muestra una división equilibrada del relato en cuatro «Libros»: «De Transilvania a Londres», «Tragedia», «Descubrimiento» y «Castigo», cada uno de ellos con siete capítulos. Por desgracia, es probable que nunca sepamos por qué Ásmundsson

publicó *Makt Myrkranna* inacabado, pero la revelación de que *Makt Myrkranna* no es *Drácula* garantiza una nueva mirada a otras de las primeras traducciones de la obra de Bram.

El futuro puede muy bien deparar nuevos e importantes descubrimientos relacionados con *Drácula*, pero creo que los esfuerzos de De Roos serán reconocidos como un hito en la interminable sucesión de investigaciones y curiosidades sobre el tema. Hay que reconocer que su hallazgo del carácter único de la edición islandesa de *Drácula* da lugar a más interrogantes de los que en este momento pueden ser respondidos. Pero, sea cual fuere su historia, el relato en sí (ahora accesible por primera vez) posee por sí mismo un gran atractivo literario. Disfrutemos el fruto del trabajo de Hans, gocemos de los desafíos que presenta, y permitamos que esta obra inspire e ilumine futuros esfuerzos. La profundidad del misterio que rodea el *thriller* gótico de Stoker aumenta con cada nueva generación, y la resurrección de *Makt Myrkranna* ilustra otro ejemplo de la inmortalidad de *Drácula*.

DACRE STOKER,
abril de 2017

INTRODUCCIÓN

*Makt Myrkranna:
Un trillizo raras veces viene solo

de Hans C. de Roos*

1. EL LIBRO OLVIDADO

Durante más de un siglo, la barrera lingüística entre Islandia y el resto del mundo ha impedido que los aficionados a los relatos sobrenaturales disfruten de la obra que aquí se presenta: una temprana y significativa variación del famoso *Drácula* de Bram Stoker, transcrita al islandés por Valdimar Ásmundsson, uno de los principales talentos literarios del país. En parte debido a la rareza del libro, este ha permanecido oculto incluso para los estudiosos más versados en el tema. La vida y la obra de Valdimar^[1] son virtualmente desconocidas fuera de Islandia. E incluso en su país natal, nadie se preocupó nunca de estudiar cómo llegó el relato de vampiros de Stoker a Reikiavik solo unos pocos años después de ser publicado por primera vez.

Solo el prefacio a esta versión islandesa, sacado a la luz por Richard Dalby, atrajo el interés de los estudiosos de ficción gótica de todo el mundo, pues en él se parece sugerir una relación entre el texto de *Drácula* y los infames crímenes cometidos por Jack el Destripador, pese a que el relato de vampiros de Stoker no menciona en absoluto esos asesinatos. Algunos autores incluso llegaron a sospechar que Stoker debía de conocer la identidad del Destripador^[2]. Por muy impactante que fue el descubrimiento de Dalby *per se*, si lo miramos ahora con perspectiva resulta igual de chocante que ni Dalby ni ningún otro especialista profundizara en el análisis del texto islandés. En todas las bibliografías sobre la obra fundamental de Stoker el libro solo aparece listado como una traducción (abreviada) de *Drácula*, haciendo eco de la valoración inicial de Dalby:

Pese a que esta primera traducción a otra lengua está excesivamente abreviada y ha sido producida sin demasiado interés, la inclusión del prefacio de Stoker, que no apareció en ninguna otra edición, la convierte en un volumen único y fascinante^[3].

Estudié el artículo de Dalby en diciembre de 2013, mientras revisaba y corregía un ensayo sobre ficción y realidad en *Drácula*. En el prefacio islandés, Stoker subraya al menos en tres ocasiones que todos los acontecimientos relatados en *Makt Myrkranna* son reales. Tras haber recibido el prefacio por parte de la Biblioteca de la Ciudad de Reikiavik, descubrí el resto de la novela. Había sido publicada en formato serie a partir del 13 de enero de 1900 en el periódico *Fjallkonan*. Al traducir algunas líneas, descubrí escenas y personajes que no conocía de *Drácula*. Ese fue el comienzo de mi proyecto de traducción de *Makt Myrkranna* y de mi investigación sobre el contexto del texto islandés, que fue traducido y publicado por Valdimar Ásmundsson, editor y propietario de *Fjallkonan*.

2. ¿QUIÉN FUE VALDIMAR ÁSMUNDSSON?

Jóhann Valdimar Ásmundsson nació en 1852 y se crio con sus padres en *pistilfjörður*^[4], una bahía remota en el extremo nororiental de Islandia. En buena medida, su educación fue autodidacta, y aprendió por sí mismo a hablar inglés, alemán y francés, además de noruego, sueco, danés y algo de griego y latín. Como periodista, escribió sus primeros artículos para *Norðanfara*, un periódico de Akureyri, en el norte de Islandia, publicado por Björn Jónsson, quien se convertiría en el editor de *Ísafold*^[5]. Unos años más tarde, Valdimar se mudó al sur; en el invierno de 1882 ocupó una plaza de profesor en la escuela Flensburg de Hafnarfjörður, una de las escuelas más antiguas de Islandia y que todavía existe^[6]. Durante esos primeros años escribió un libro de gramática, *Ritreglur*, que se hizo muy popular y fue utilizado por muchos de sus colegas. Del mismo modo que Stoker, quien en 1878 se mudó a Londres con su joven esposa, Florence, Valdimar su trasladó finalmente a la gran ciudad, Reikiavik, aunque las dimensiones de Londres eran muy diferentes de las de la capital islandesa.

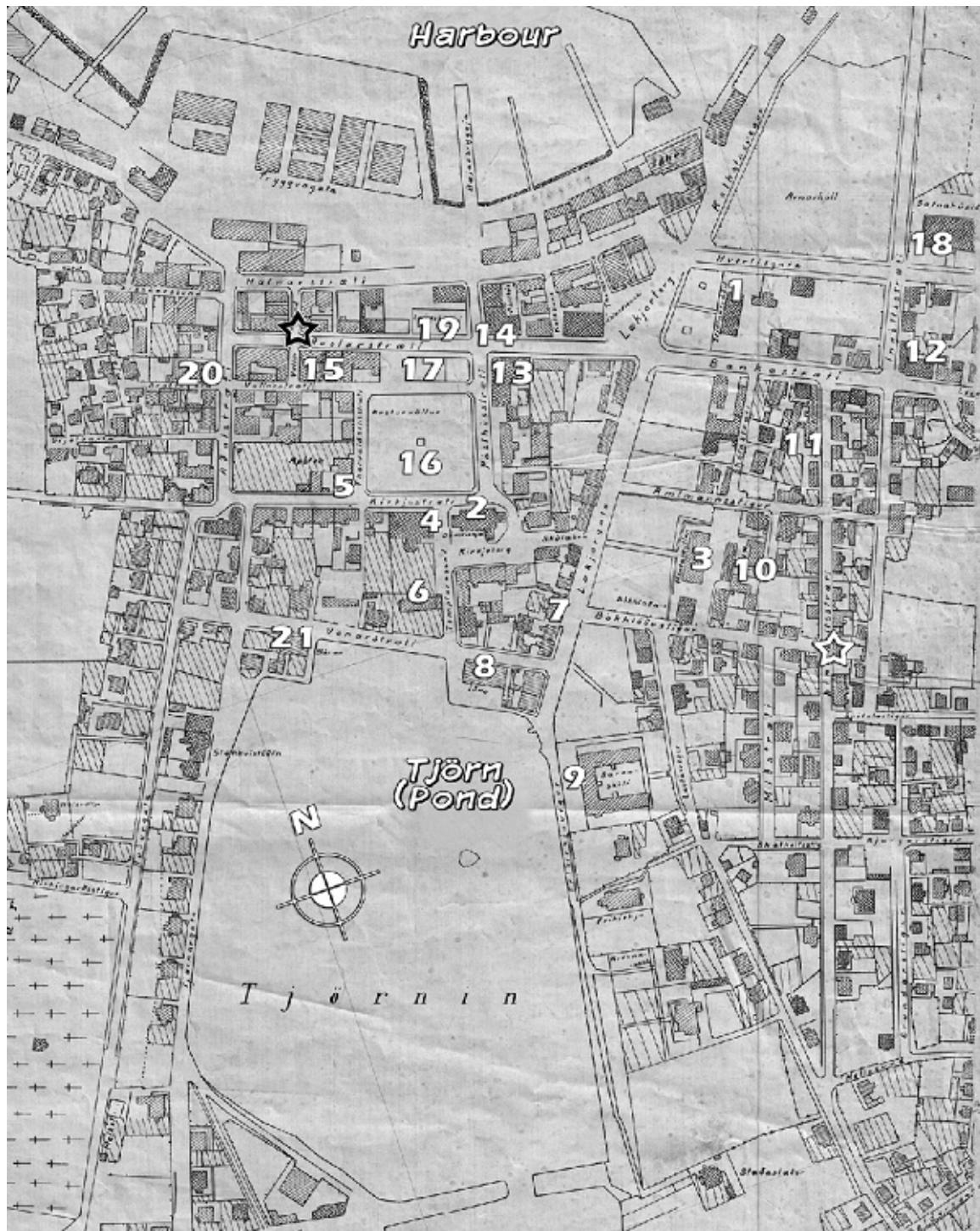
En la década de 1880, Londres, el centro político y cultural del inmenso Imperio británico, contaba ya con una población de cuatro millones de habitantes, más otro millón repartido en la periferia. Reikiavik, en cambio, solo tenía entre tres mil y cuatro mil residentes; su centro era minúsculo, con una única calle principal, de modo que los caminos de los funcionarios locales, los profesores y otros intelectuales se cruzaban con frecuencia.

En febrero de 1884 fundó el periódico *Fjallkonan* («Dama de las Montañas»), en referencia a una figura mitológica que simboliza la nación islandesa^[7]. *Fjallkonan* se centraba en las noticias políticas y culturales, ofrecía resúmenes de la prensa internacional, reseñaba libros y publicaba obituarios, horarios de barcos y anuncios.

Se convirtió en uno de los principales periódicos de Islandia, con alrededor de dos mil suscriptores. Se posicionó como paladín de granjeros y comerciantes, apoyando la independencia de Islandia, el comercio libre, un mejor sistema educativo y los progresos tecnológicos^[8].

En 1888, Valdimar se casó con Bríet Bjarnhéðinsdóttir, una de las primeras activistas de Islandia a favor de los derechos de las mujeres y fundadora de *Kvennablaðið*, la primera revista islandesa dirigida a un público femenino. En noviembre de 1890, Valdimar y Bríet compraron una casa de dos plantas en el número 18 de Thingholtsstræti, algo más lejos de la nueva Casa del Parlamento (construida entre 1881 y 1882), pero más cerca de varias imprentas: acababan de establecerse en la «calle Fleet de Reikiavik^[9]». No obstante, el negocio no fue la única razón para el cambio de residencia: en 1890 había nacido su hija Laufey, seguida, en 1892, del hijo varón, Héðinn.

Según Ásgeir Jónsson, hasta cierto punto Valdimar siempre continuó siendo «el chico granjero del norte», «un hombre hecho a sí mismo^[10]», y no acababa de encajar con los intelectuales islandeses de su época. Aun así, Valdimar se convirtió en un reconocido especialista en antiguos manuscritos islandeses, y en los obituarios que escribieron sobre él, Ólafsson y Bríet coincidieron en afirmar que entre sus contemporáneos nadie igualaba su nivel al respecto. Valdimar preparó una edición ilustrada de sagas islandesas para el editor Sigurður Kristjánsson en 38 volúmenes^[11], y estos libros a bajo precio aseguraron una aún mayor difusión de esos relatos tradicionales y eliminaron la necesidad de copiarlos a mano, como se había hecho durante siglos. Además, Valdimar se hizo un experto en asuntos relacionados con la delimitación de los terrenos que se había establecido cientos de años antes. Dado que muchas de esas delimitaciones oficiales habían caído en el olvido, el conocimiento por parte de Valdimar de los viejos manuscritos resultó crucial para reconstruir los dictámenes fijados en documentos antiguos^[12]. Desde 1887 recibió también una modesta subvención del Parlamento islandés para reorganizar los archivos del Gobierno. Por último, fue administrador de la Sociedad Arqueológica Islandesa (Hið Íslenzka Fornleifafélag, fundada en 1879), cuyo anuario editó durante la década de 1890, y en noviembre de 1897 cofundó, junto con Bríet, Björn Jónsson, Jón Ólafsson y otros, la Asociación Islandesa de Periodistas (Blaðamannafélag).



Centro de Reikiavik en 1915 (detalle), mapa realizado por Ólafur Thorsteinsson. Estrella negra: antigua oficina de *Fjallkonan* en Veltusund, 3. Estrella blanca: Thingholtsstræti, 18. N.º 1: Casa del Gobernador. N.º 2: Dómkirkja. N.º 3: Escuela Latina. N.º 4: Alþingishús + Biblioteca Nacional 1881-1908. N.º 5: Farmacia de Reikiavik. N.º 6: Casa del Buen Templario (promovía la abstinencia del alcohol y de blasfemar). N.º 7: Comisaría. N.º 8: Teatro Iðnó, construido en 1897. *Tjörn* (*Lago*) N.º 9: Escuela Infantil, a partir de 1898 (anteriormente en Posthússtræti). N.º 10: K. F. U. M. = Kristilegt félag ungra manna = Y. M. C. A. N.º 11: Gutenbergrentsmiðja. N.º 12: Félagsrentsmiðja (donde se imprimía el *Fjallkonan* en la década de 1890). N.º 13: Nathan & Olsen (tienda). N.º 14: Oficina de Correos. N.º 15: Isafoldarrentsmiðja. N.º 16: Estatua de Albert Thorvaldsen. N.º 17: Hotel Reikiavik (destruido por un incendio en abril de 1915). N.º 18: Sáfnáhus (Biblioteca Nacional y Museo, a partir de 1908). N.º 19: Banco Nacional (reconstruido tras el incendio de 1915). N.º 20: Banco Nacional (reconstruido tras el incendio de 1915).

Aunque probablemente no recibía sueldo alguno por su labor en la Sociedad y en la Asociación, sus otras actividades sí le reportaron ingresos económicos adicionales, del mismo modo que más tarde lo haría el comercio de libros antiguos^[13]. En 1895, les explicó a sus lectores que producir un periódico semanal con costes de entre 60 y 70 coronas^[14] por ejemplar (sin incluir los honorarios por los textos y la edición), a lo que había que sumar alrededor de 600 coronas al año en el franqueo de correos, desde luego no hacía que ni él ni su familia se enriquecieran, especialmente si se tenía en cuenta que los ingresos por publicidad eran inferiores a los de periódicos similares del Reino Unido^[15]. Aun así, la familia consiguió vivir con relativa comodidad, como puede apreciarse en el retrato realizado alrededor de 1900. El 17 de abril de 1902, a la edad de solo cincuenta años, Valdimar falleció de un derrame cerebral.

En la actualidad, Valdimar a menudo solo es recordado por ser el marido de Bríet, o, si acaso, como editor de *Fjallkonan*; su vida privada permaneció en un segundo plano. En su obituario, su amigo íntimo Jón Ólafsson escribió:

Era un hombre muy reservado, y a veces casi parecía tímido. Y muchos que solo lo conocieron de manera superficial pensaban que no era una persona sentimental, porque solo mostraba una parte muy pequeña de sus sentimientos. Pero los que lo conocían mejor sabían que ese hombre tímido y distante era el más entretenido en su círculo de amigos íntimos, jovial, alegre y divertido, y que su apariencia fría de individuo hermético no era más que una máscara que ocultaba un corazón sensible: sensible a todo tipo de sufrimiento, sensible con sus amistades, pero, por encima de todo, sensible ante la injusticia, la opresión y la vileza^[16].

3. *MAKT MYRKANNA* Y *DRÁCULA*

A aquellos que conocen *Drácula*, *Makt Myrkranna* les reserva algunas sorpresas. La más obvia es la de que la extensión del viaje de Harker a Transilvania ha aumentado de las aproximadamente 22 700 palabras en *Drácula* a las alrededor de 37 200 en *Makt Myrkranna*, lo que supone un sesenta y tres por ciento más. El resto de la historia, por el contrario, ha pasado de las 137 860 palabras a las 9100, lo que representa una reducción del noventa y tres por ciento. Este espectacular cambio de proporciones impide, por sí solo, describir *Makt Myrkranna* como «una traducción reducida» de *Drácula*. La parte de la historia situada en Transilvania no se ha recortado en absoluto, mientras que el resto del relato se ha encogido hasta quedar convertido en un mero remate. Sabemos que en la década de 1980, la copia mecanografiada de 1897 de *Drácula* fue hallada en un garaje de Pensilvania, pero en esa copia faltaban las primeras cien páginas^[17]. Se ha especulado con que esas

páginas desaparecidas contenían un comienzo más elaborado de la novela, que con el tiempo dio lugar al relato corto titulado *El invitado de Drácula*, publicado por la viuda de Bram en 1914. Puede que hayan existido otros borradores de *Drácula*, incluso anteriores. Mientras nuestro equipo se preparaba para la primera edición de este libro, no parecía imposible que *Makt Myrkranna* derivase de un borrador o una versión temprana que Stoker nunca había llegado a desarrollar por completo.



Valdimar Ásmundsson, Bríet Bjarnhéðinsdóttir y sus hijos, Laufey (izq.) y Héðinn (der.), c. 1900.

La segunda gran diferencia entre *Drácula* y *Makt Myrkranna* es que el formato epistolar de la Parte II, que ha sido considerado la característica más sobresaliente de la obra, desaparece. En *Drácula*, la historia se desarrolla mediante una serie de diarios, artículos de periódicos y cartas casi siempre firmados por los personajes principales de la novela. Pero en la versión islandesa es un narrador omnisciente quien nos guía a través de la historia. Esto supone un gran cambio con respecto al concepto inicial de Stoker, y también con respecto a lo que indica el prefacio islandés, en el que se puede leer: «por lo demás, dejo el manuscrito sin cambios», lo

que solo puede significar que el autor sencillamente desea introducir un *manuscrit trouvé*, escrito por las personas que desempeñan un papel en la historia, sin abandonar la estructura epistolar. Aunque este cambio no importa demasiado a la hora de comprender el argumento, sí obliga al lector a preguntarse si fue decisión del propio Stoker dejar de lado el formato de diario, o si fue Valdimar el responsable de ello.

El argumento de *Makt Myrkranna* también contiene nuevos elementos, mientras que buena parte de los episodios situados en Whitby y en Londres han sido omitidos y la persecución de todo el grupo por Europa, a través de Moldavia y Transilvania, ha sido eliminada por completo.

En *Drácula*, la única compañía de Harker durante su visita al castillo del conde es el propio conde, con la excepción de un pequeño interludio con tres provocativas vampiresas. En *Makt Myrkranna*, el joven abogado (llamado aquí Thomas) es recibido en el castillo por una misteriosa anciana que se presenta como el ama de casa del conde. Poco después, una seductora vampiresa rubia empieza a desempeñar un importante papel en la desesperada existencia de Harker; sus recurrentes encuentros secretos se van haciendo más íntimos y el remilgado caballero inglés demuestra ser algo más que una mera víctima pasiva. Además, el conde muestra a Harker una galería de retratos familiares, permitiéndole obtener una visión de la sociedad de Transilvania basada en la filosofía darwinista y proporcionando un rico argumento secundario de intriga, pasión, adulterio y venganza, inspirado al parecer en la vida de Josefina de Beauharnais, la esposa de Napoleón. Durante su exploración del castillo en *Makt Myrkranna*, Harker descubre el cadáver de una joven campesina asesinada y un pasadizo secreto que comunica con un templo oculto, donde es testigo de una arcaica ceremonia de sacrificio dirigida por el propio conde. En lugar de tratarse de un simple y solitario vestigio de la época medieval, como era el conde de Stoker, el anfitrión de Thomas Harker no solo lidera una multitud de devotos simiescos, sino que también financia y planifica una conspiración diplomática internacional que pretende derrocar las instituciones democráticas occidentales. En la parte de la historia ambientada en Londres, el conde, empleando diferentes seudónimos, acoge también en su fastuosa residencia de Carfax, donde siempre está rodeado por jóvenes y despampanantes damas, a numerosos invitados de la alta sociedad.

Makt myrkranna.

Róman.

Eftir

Bram Stoker.

Formáli höfundarins.

Lesarinn getur sjálfur séð, þegar hann les sögu þessa, hvernig þessum blöðum hefir verið radað saman, svo að þau yrði að einni heild. Ég hefi ekki þurft að gera annað en að draga úr þeim ýms óþörf smáatvik og láta svo sögufólkid sjálft skýra frá reynslu sinni í þeim sama einfalda búningi, sem blöðin eru upphaflega skrifuð í. Ég hef, af augljósum ástæðum, breytt nöfnum manna og staða. En að þóru leyti skila ég handritinu óreyttu, samkvæmt ósk þeirra sem hafa álitíð það stranga skyldu sína, að koma því fyrir almeiningssjónair.

Eftir minni sannferingu er það ekkert efamál, að þeir viðburðir, sem hér er lýst, hafi sannarlega átt sér stað, hversu ótrúlegir og óskiljanlegir sem þeir kunna að sýnast, skoðaðir eftir almennri reynslu. Og ég er sannfærður um, að þeir hijóta jafnan að verba að nokkuru leyti óskiljanlegir, þó ekki sé óhugsandi að áframhaldandi rannsóknir í sálfræðinni og náttúrunfræðinni geti þegar minst varir skýrt bæði þessa og aðra leyndardóma, sem hvorki visindamenn né njósnarlöggreglan hafa eun þá getað skilið. Ég tek það enn á ný fram, að þessi dularfulli sorgarleikur, sem hér er lýst, er fullkomlega sannur að því er allu ytri viðburði snertir, þó ég eðlilega hafi komist að annari niðurstöðu í ýmsum grænum en sögufólkid. En viðburðirnir eru ómótmælanlegir og svo margir lekkja þá, að þeim verður ekki neitað. Þessi röð af glæpum, er mönnum ekki enn fyr minni liðin, röð af glæpum, sem virðast óskiljanlegir, en út leit fyrir að væru af sömu rót runnir, sem á sínum tíma slégu jafamiklum óhug á almenning sem hin alræmdu mord Jakobs kviðristara, sem komu litlu seinna til sögunnar. Ymsa mun reka minni til hinna merkilegu útlendinga, sem misserum saman tóku glæsilegan þátt í lífi tignarfólksins hér í Lundúnnum, og menn munna eftir því, að annar þeirra að minsta kosti hvarf skyndilega og á óskiljanlegan hátt, án þess nokkar merki hans seist framar. Alt það folk sem sagt er að viljandi eða óviljandi hafi tekið þátt í þessari merkilegu sögu er alpekt og vel metid. Þæði Tómas Harker og konan hans, sem er valkvendi, og dr. Seward eru vinir mínir og hafa verið í mörg ár, og ég hefi aldrei efað, að þau segðu satt frá; og hinn mikilsmetni visindamaður, sem kemur hér fram með dularnafni, mun líka vera of frægur um allan hinn mentaða heim til þess, að mönnum dyljist hið réita naftu hans, sem ég hefi ekki viljað neina, sízt þeim, sem af reynslu hafa lært að meta og virða snild hans og mannkosti, þótt þeir ekki fremur en ég fylgi lifskoðunum hans. En á vorum dögum ætti það að vera ljóst öllum alvarlega hugsandi mönnum að

„hardla margt er á himni og jörðu,
sem heimspekinga dreymir ei um.“

Landánum, — stræti, ágúst 1898.

B. S.

Curiosamente, el final de la historia islandesa tiene un gran paralelismo con las posteriores versiones teatrales y cinematográficas de Drácula, incluido el elegante aspecto del conde cuando se presenta en público, con su capa de vampiro. Sería necesario investigar en mayor profundidad para comprender cómo es posible que *Makt Myrkranna* anticipase cambios realizados un cuarto de siglo más tarde por el dramaturgo Hamilton Deane y el guionista de cine John Balderston. A pesar del final acortado, la segunda parte de *Makt Myrkranna* presenta asimismo una serie de personajes nuevos, entre ellos el tío de Lucy, Morton; Tellet, el agente de Hawkins, y el detective de policía Barrington. Varios aristócratas extranjeros también hacen su aparición, como el príncipe Koromezzo, la condesa Ida Varkony y *Madame Saint Amand*, mientras que el personaje de Renfield, que aparecía en *Drácula*, y la sangrienta boda de Mina con el conde son eliminados. En el texto islandés no encontramos discursos de índole legal ni extensos diálogos sentimentales; en lugar de eso, presenta a un buen número de chicas jóvenes prácticamente desnudas, algo que no ocurre en el *Drácula* de Stoker ni en otros textos^[18].

Un elemento complementario de esta traducción es el capítulo publicado en *Fjallkonan* el 13 de octubre de 1900, pero que no se incluyó en las ediciones islandesas. Este episodio se centra en la dependencia emocional de Harker con respecto a la anónima vampiresa rubia que se aloja en el último piso del castillo. No sabemos por qué más adelante se omitió más tarde ni, de hecho, por qué fue escrito: no tiene equivalencia en *Drácula* y de algún modo viene a interrumpir el relato de Harker de sus estudios legales en la biblioteca del conde. Sin embargo, más que en ningún otro capítulo, este muestra los sentimientos de Harker y su fuerte unión con su prometida, a la que aquí se la llama Wilma, mientras se siente atraído contra su voluntad por la increíblemente hermosa joven del piso superior. En este sentido, *Makt Myrkranna* es una historia de amor más intensa que *Drácula*, pues en esta las promesas y los rezos solapan el contacto íntimo. Aunque en el original de Stoker, Jonathan Harker se siente al principio excitado por las vampiresas, tras su primer encuentro con ellas el único sentimiento que lo embarga es de repugnancia, y ve al conde como su salvador por haber interrumpido los intentos de seducción. Por su parte, su homólogo en la versión islandesa, Thomas, desea continuamente reunirse con la tentadora joven de tez pálida y le permite que lo abrace y lo besé una y otra vez, e incluso la hace sentarse en su regazo. En estas y otras escenas, las mujeres de la historia parecen ser tan atractivas que resultan irresistibles; no hay indicios de la repulsión física que se expresa en el *Drácula* de Stoker ni en su novela posterior, *La madriguera del gusano blanco* (1911). Una extraña complicidad une a Thomas y a la esbelta sílfide en su resistencia común contra el conde islandés, que aquí aparece representando la figura del padre airado que separa a la pareja de enamorados. El Rey de los Vampiros no parece representar una amenaza física directa para Thomas, al menos de manera voluntaria^[19]. Quienes llevan a cabo los actos de morder y beber

sangre son los secuaces simiescos, cuya violencia carece de la sofisticación y discreción de las que hace gala su aristocrático señor. Nunca sorprendemos al conde con sus colmillos en el cuello de nadie, y tras la muerte de Lucia (la versión de Lucy en *Makt Myrkranna*) no se lanza en pos de Wilma. El conde y su conspiración no parecen tener como objetivo una o dos muertes sangrientas, sino el derrocamiento de los gobiernos democráticos de Europa. El terror, en la versión islandesa, es algo menos personal.

4. LA RECEPCIÓN DE *MAKT MYRKANNA* EN ISLANDIA

Tras la temprana muerte de Valdimar, Bríet se hizo cargo de la administración de *Fjallkonan*. La primera edición de *Makt Myrkranna*, planeada originalmente como regalo para los nuevos suscriptores, se había agotado; es extremadamente difícil conseguir en la actualidad ejemplares de ese libro, puesto que la mayor parte de ellos está en poder de universidades o bibliotecas públicas.

Makt Myrkranna solo tuvo una reseña en la prensa de su país, en 1906, realizada por el crítico Benedikt Björnsson (1879-1941), quien expresaba su temor de que la traducción de obras «baratas» de ficción sensacionalista soterrase la producción propia de autores islandeses, entre los que se incluía a sí mismo:

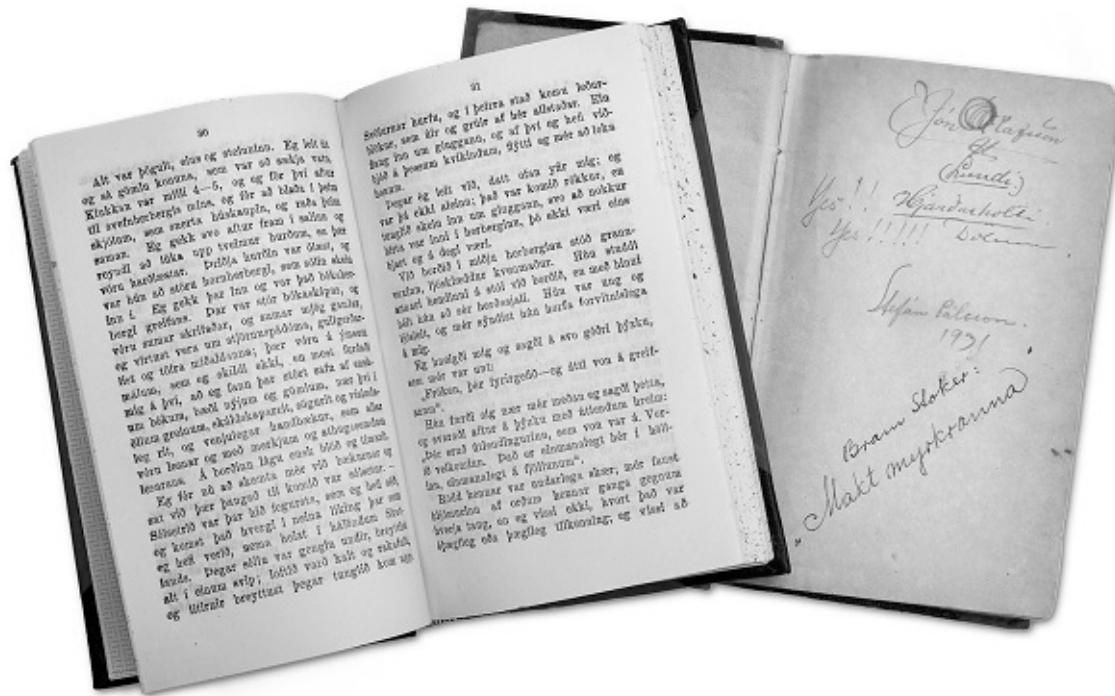
Sin duda, en su mayor parte es basura sin mérito alguno, y a veces incluso peor que eso, carente de poesía y belleza y muy lejos de poseer la mínima realidad psicológica.

Fjallkonan presentó varias clases de basura, incluyendo una historia larga titulada «Los poderes de la oscuridad». Habría sido preferible no leer esa historia, y no se me ocurre forma alguna en la que semejante sinsentido haya Enriquecido nuestra literatura^[20].

Por otro lado, al promocionar la liberalización de las relaciones comerciales con Inglaterra^[21], Valdimar esperaba conectar a sus lectores con las recientes tendencias literarias en el Reino Unido y atraer a nuevos suscriptores para su periódico. La publicación de *Makt Myrkranna* formaba parte de la estrategia de Valdimar de ofrecer a sus lectores contenidos de mayor calidad y, al mismo tiempo, subir el precio de la suscripción de tres a cuatro coronas^[22].

Pese a la reseña de Björnsson, parece ser que *Makt Myrkranna* de algún modo hizo mella en la conciencia cultural islandesa. Cuando en 1932 se estrenó en Reikiavik la película *Drácula*, de Tod Browning, un periódico anunció que estaba «basada en la historia de ficción de *Makt Myrkranna*, que ha sido publicada en una versión en islandés que a mucha gente le resultará familiar». De manera similar, el 18 de diciembre, en *Vísir* se escribió con respecto a *Drácula*: «Nýja Bió ha estrenado recientemente una película con este nombre basada en la historia de *Makt Myrkranna*», un comentario que sugería que el relato del conde transilvano sediento

de sangre era un invento islandés copiado por los americanos. Con el paso del tiempo, «Makt Myrkranna» se ha convertido en la nomenclatura habitual en Islandia para referirse a toda película basada en *Drácula*, lo que demuestra que el libro de Valdimar era mucho más conocido de lo que parece inferirse por la reseña de Benedikt. Quizá como consecuencia de esa celebridad del título, Hogni Publishers lanzó en 1950 una segunda edición con algunos pequeños cambios, como modernizaciones en el deletreo de algunos nombres.



Dos copias de la primera edición del libro, 1901 (colección del autor).

En 1975, Halldór Laxness, ganador islandés del Premio Nobel de Literatura y fascinado por el mito de Drácula, recomendó^[23]:

No hay que olvidar *Makt Myrkranna* (Bram Stoker) con el famoso conde Drácula, el No Muerto, en los Cárpatos, que no era menos popular entonces que ahora, y cuya traducción al islandés se le encargó a una de las mejores plumas del país: Valdimar Ásmundsson (ed. 1901^[24]).

En 1984, Halldór alabó de nuevo la novela como una de las mejores obras de la literatura islandesa, que le había servido de inspiración desde una edad muy temprana:

[Drácula] es uno de los libros que el abajo firmante leyó en su lengua nativa, junto con el libro de relatos de Eírik Briem^[25]. Desde que tenía cuatro años de edad, he considerado esta historia, *Makt Myrkranna*, sobre un personaje no muerto^[26] en los Cárpatos, como una de las mejores novelas islandesas importadas desde el extranjero, y esa consideración continúa vigente^[27].

Tal y como el autor Bjarni Bjarnason señaló en 2004, Halldór había utilizado *Makt Myrkranna* como modelo para crear su novela *Christianity at the Glacier* (1968). En el *post scriptum* a la tercera edición de *Makt Myrkranna* (2011), Ásgeir Jónsson volvió a referirse a esta influencia, señalando que Bjarni había pasado por alto el hecho de que el texto islandés que había inspirado a Halldór era diferente de *Drácula*. En este revolucionario ensayo, Ásgeir dejó expresamente a otros investigadores la tarea de averiguar la naturaleza de la cooperación entre Stoker y Valdimar. Este fue precisamente el desafío al que me he enfrentado durante los últimos tres años, una vez realizada la traducción del texto islandés.

5. BUSCANDO UNA CONEXIÓN

Durante cientos de horas examinando biografías, memorias, colecciones de cartas y artículos de periódico, intenté encontrar un punto de unión entre Stoker y Ásmundsson, y creé un documento interno de investigación de 70 páginas^[28]. A pesar de mis solicitudes a cuatro archivos islandeses diferentes, no se halló ningún acuerdo de publicación por escrito. Tampoco se encontró rastro alguno de un manuscrito en inglés a partir del cual habría trabajado Valdimar. De manera exasperante, en mi lectura de *Makt Myrkranna* fui tropezando con varias ideas que figuran en las notas preliminares de Stoker pero que nunca llegaron a formar parte de *Drácula*^[29]. Esto sugería que debió de existir algún tipo de comunicación entre el autor irlandés y el periodista islandés. Pero no logré encontrar pruebas escritas en forma de correspondencia o anotaciones en diarios personales, a pesar de que creé un mapa detallado de todas las redes literarias, artísticas, científicas y políticas que conectaban la Inglaterra victoriana con Islandia e identifiqué a media docena de personas que podían haber puesto en contacto a Bram con Valdimar (como Hall Caine, el mejor amigo de Bram, que visitó Islandia en dos ocasiones; Frederic W. H. Meyers, secretario de la Sociedad para Investigaciones Psíquicas^[30]; el profesor Willard Fiske, que había visitado Reikiavik en 1879 y más tarde negoció con Valdimar la compra de manuscritos antiguos; y su buen amigo Mark Twain, cuyo *The Million Pound Banknote* había sido publicado en formato serial en *Fjallkonan* en 1894; Jón Stefánsson, el especialista islandés en Browning, que vivió en Londres, publicó sobre *Hamlet* y mantenía amistad con Hall Caine, Bernard Shaw y May Morris; el doctor Frederick James Furnivall, de la Sociedad Shakespeare, que mantuvo contacto tanto con el amigo de Valdimar, Steingrímur Thorsteinsson como con Jón Stefánsson^[31]).

No obstante, había en el texto islandés otros elementos que sugerían la participación directa de Stoker. El subtema argumental que apunta al tenso matrimonio de Napoleón I y Josefina de Beauharnais puede ser idea de él, que durante el período de 1894 a 1898 estuvo preparando y organizando la producción en escena de *Madame Sans-Gêne* para el Lyceum Theater^[32]. Sabemos, por testimonio

propio, que conocía la versión novelada por Lepelletier^[33], en la que se presenta el romance de Josefina con el atractivo teniente Hippolyte Charles^[34].

6. PISTAS SOBRE LA AUTORÍA EN EL PREFACIO

Además, el propio prefacio no daba la impresión de poder ser obra de Valdimar, por mucho que él lo hubiera deseado. Por ejemplo, Van Helsing es destacado sobre el resto de los personajes porque se dice de él que está basado en una persona real. Puede encontrarse un comentario semejante en una entrevista que Jane Stoddard realizó a Bram Stoker para *The British Weekly*, el 1 de julio de 1897. La posibilidad de que Valdimar leyera esa entrevista es muy remota: en la prensa islandesa, esa revista se mencionó por primera vez en 1912, y la Biblioteca Nacional de Reikiavik nunca estuvo suscrita a ella. La cita de *Hamlet* también tiene un tufillo a Stoker: Irving representó el papel del príncipe danés cientos de veces y *Drácula* contiene varias alusiones a la obra. Y, además, no hay que olvidar el oscuro comentario sobre los crímenes de Jack el Destripador. Según la traducción de Dalby:

Pero los hechos no admiten duda, y hay tanta gente que los conoce que no pueden negarse. Esta serie de crímenes aún no se ha borrado de nuestra memoria, una serie de crímenes que parece tener el mismo origen y que al mismo tiempo provocó tanta repugnancia en gente de todo el mundo como los crímenes de Jack el Destripador, que entraron a formar parte del relato poco después. Mucha gente buceará en sus recuerdos para encontrar al notable grupo de extranjeros que durante varias temporadas jugaron un papel importante en la vida de la aristocracia aquí en Londres, y algunos recordarán que uno de ellos desapareció de repente sin razón aparente y sin dejar ningún rastro.

Sin embargo, aunque en *Drácula* tenemos la desaparición de la tripulación del *Demeter* y las muertes del señor Swales, Renfield, Lucy y su madre, para la policía y para el resto de la población no parece que estos hechos tengan relación alguna^[35]. No solo no se hace mención del Destripador: en *Drácula* no se presenta «una serie de crímenes» que habría alarmado a la población de Londres. Tampoco encontramos «un notable grupo de extranjeros que durante varias temporadas desempeñaron un papel destacado en los círculos aristocráticos londinenses^[36]».

7. LOS CRÍMENES DEL TORSO DEL TÁMESIS

Makt Myrkranna nos proporciona respuestas que el prefacio por sí solo no puede. La anotación del 8 de mayo en el diario de Harker describe cómo el conde habla de unos crímenes ocurridos en Londres y se refiere en particular a «esos crímenes, esas horribles muertes, esas mujeres asesinadas, encontradas en el Támesis, metidas en

sacos; toda esa sangre derramada, que no para de fluir, sin que se encuentre al asesino». Más allá de cualquier duda razonable, esta referencia tan específica solo puede apuntar a los «Crímenes del Torso del Támesis» (1887-1889), también conocidos como «Misterios del Támesis» o «Asesinatos del Embankment», que no habían sido resueltos:

La primera evidencia de que había un asesino suelto apareció por primera vez en mayo de 1887, en Rainham, población del valle del Támesis, cuando unos obreros sacaron del río un fardo que contenía el torso de una mujer. Durante mayo y junio aparecieron numerosas partes del mismo cuerpo en diversas partes de Londres, hasta que se logró reconstruir un cuerpo entero, a excepción de la cabeza y el pecho. [...]

La segunda víctima de esta serie de crímenes fue descubierta en septiembre de 1888, en medio de la caza del asesino de Whitechapel. El 11 de septiembre se encontró un brazo de mujer en el Támesis, frente a Pimlico. El 28 de septiembre apareció otro brazo en la calle Lambeth, y el 2 de octubre se descubrió el torso de una mujer al que le faltaba la cabeza^[37].

Estos «Misterios del Támesis» provocaron tanta inquietud en la ciudadanía como lo harían los asesinatos del Destripador un año más tarde. Y cuando en octubre de 1888 se descubrieron torsos femeninos en el solar en construcción de Scotland Yard (!) y en septiembre de 1889 en un túnel del ferrocarril en Whitechapel, algunos periódicos especularon con que un mismo asesino podía ser responsable de ambas series de crímenes. Estas circunstancias cuadran con los comentarios del prefacio acerca de «una serie de crímenes que parecen tener el mismo origen, y que, al mismo tiempo, provocaron tanta repugnancia en gente de todo el mundo como los asesinatos de Jack el Destripador, que poco después entraron a formar parte del relato». Según mi análisis, el único problema lo representa la última frase. Pero la traducción de Dalby es incorrecta: en realidad, el texto islandés habla de «los crímenes de Jack el Destripador, que *tuvieron lugar* un poco más tarde^[38]». Por lo tanto, «esa serie de crímenes [que] todavía no se ha borrado de nuestra memoria» hace referencia a una sucesión de asesinatos que comenzó antes que los cometidos por el Destripador, que en su momento (no «al mismo tiempo», otro error en la traducción de Dalby) también provocaron el terror entre la población de Londres, y que en la imaginación de la gente parecía estar conectada con los homicidios de Whitechapel. Después de haber corregido la traducción de Dalby, parece evidente la relación entre el prefacio y el comentario que realiza el conde sobre los Misterios del Támesis. Aunque en la parte de *Makt Myrkranna* ambientada en Londres no se dan más detalles de los conocidos como Crímenes del Torso del Támesis, no resulta difícil imaginar el aquelarre vampírico, víctimas para los rituales, cadáveres lanzados al río para deshacerse de ellos, especialmente si la casa del conde, Carfax, se encontraba en Plaistow (lo cual era el plan original de Stoker), que no está muy lejos de Rainham, donde apareció la primera víctima de los Crímenes del Torso. Como mínimo, el hecho de que el asesino no haya podido ser atrapado parece consolar al conde de Valdimar, que al parecer se

entusiasma con la idea de que sus propios crímenes^[39] en las oscuras y cubiertas de niebla calles londinenses permanezcan sin resolver.



Izquierda: Primer torso de una mujer joven encontrado en el valle del Támesis, cerca de Rainham, el 28 de mayo de 1887. En el curso del mismo año se encontraron las otras partes del cuerpo.

Derecha: El 2 de octubre de 1888, en el solar donde se construía el nuevo cuartel general de Scotland Yard cerca de Whitehall (Westminster), un trabajador dio con un paquete que contenía restos humanos. La prensa sugirió una conexión con los crímenes de Whitechapel, pero la policía lo relacionó con los Misterios del Támesis.

Dado que la prensa islandesa de los años ochenta y noventa del siglo XIX no se hizo eco ni una sola vez de los Misterios del Támesis, tanto el prefacio como la alusión del conde vuelven a sugerir la participación de Stoker: al vivir en Londres y verse obligado a cancelar las representaciones de *Doctor Jekyll y Mr. Hyde* en el Lyceum Theatre a causa del pánico general causado por el Destripador, sin duda conocía los crímenes y los rumores extendidos por los periódicos en los que se relacionaban con los Asesinatos de Whitechapel. E incluso en el caso de que Valdimar estuviera al corriente de los crímenes, ¿por qué iba a confundir a sus lectores islandeses con una oscura pista que estos serían incapaces de comprender?



Los crímenes «canónicos» de Jack el Destripador tuvieron lugar de mayo a noviembre de 1888, pero cuando el 10 de setiembre de 1889 el torso de una mujer, envuelto en un saco y con el vientre abierto, apareció en el túnel del ferrocarril en Pinchin Street, Whitechapel, a unos mil metros del Támesis, se pensó que el Destripador había vuelto a las andadas, aunque la policía lo tipificó como uno más de los Misterios del Támesis. Algunos diarios especularon que estos y los Crímenes del Whitechapel eran obra de un mismo asesino que había dispuesto los cadáveres de distinta forma. Esta es la base del comentario del prefacio islandés acerca de que los crímenes parecían tener un mismo origen que los de Jack el Destripador.

Por último, pero no menos importante, la mención en el prefacio de la policía secreta solo tiene sentido en el contexto del escándalo político internacional que debió de seguir al descubrimiento de las maquinaciones del conde, lo cual es un punto del argumento que aparece únicamente en *Makt Myrkranna* y otra señal de que el autor del prefacio estaba al corriente de los cambios planificados. Puesto que Islandia no poseía Servicios Secretos hasta alrededor de 1900 y ni siquiera tenía un término para referirse a ello, parece improbable que Valdimar inventase espontáneamente ese detalle^[40].

8. ¿TRADUCIDO O CREADO?

Desde el comienzo de mi proyecto, la cuestión de si Valdimar podría haber creado el prefacio adquirió una gran relevancia a la hora de juzgar el estatus de *Makt Myrkranna*. Firmarlo con las iniciales de Stoker parecía ser un gesto audaz, aun cuando en 1900 Islandia todavía no había ratificado la Convención de Berna^[41]. Dejando a un lado los cuatro argumentos ya mencionados (Van Helsing como personaje «real», la insinuación de los Misterios del Támesis, la cita de *Hamlet*, los Servicios Secretos), el análisis lingüístico podría ayudar a identificar al verdadero autor del prefacio y, al mismo tiempo, aportar más información sobre el papel del propio Stoker. Ya en febrero de 2014, Ásgeir Jónsson me había informado de que el prefacio «islandés» sonaba poco islandés en sus oídos, como si hubiera sido traducido de una lengua extranjera^[42]. En enero de 2016, volví a tratar este tema con los más destacados expertos de Islandia en traducción y literatura comparada^[43]. Mediante diversos argumentos, todos los participantes de ese debate apoyaron la opinión de Ásgeir. Justo antes de que saliera la primera edición de *Los poderes de la oscuridad*, Ásgeir me dijo una vez más que Valdimar no era un novelista y que, a pesar de ser un excelente estilista, carecía de la ambición necesaria para crear su propia obra de ficción^[44]. Ahora puedo confirmar que la evaluación de Ásgeir era correcta, aunque él mismo se sorprendió cuando se lo dije, pues las pruebas de que así era llegaron desde un lugar totalmente inesperado.

9. LA CONEXIÓN SUECA

Desde la década de 1970, Suecia es famosa por su literatura de suspense y autores como Henning Mankell, Åke Edwardson, Stieg Larsson y Håkan Nesser lideran las listas internacionales de éxitos de ventas en el género de novela negra. Pero ni siquiera mi colega, el italiano rastreador de libros, Simone Berni, sospechaba que Suecia podía estar escondiendo una traducción de *Drácula* que era incluso anterior a la versión islandesa. Antes de publicar su obra acerca de las más tempranas ediciones de *Drácula*^[45], Berni había visitado Estocolmo y Malmö en busca de posibles traducciones suecas, pero no había obtenido resultados^[46]. Sin embargo, al volver a casa después de un viaje a Asia, el 2 de marzo de 2017, encontré un mensaje que me había enviado un autor sueco, editor y profesor de literatura, Rickard Berghorn. Según me explicó, le había llamado la atención la publicidad sobre mi libro, pues el título del texto islandés que yo acababa de traducir, *Makt Myrkranna*, tenía el mismo significado que el de una antigua adaptación sueca de *Drácula* que él había descubierto hacía un año, *Mörkrets Makter*. Ambos títulos significan «Los poderes de la oscuridad». El relato sueco había sido publicado en formato serie en los periódicos *Dagen* [«El Día»] y *Aftonbladet* [«Noticias de la tarde»] a partir de junio de 1899. *Dagen* pertenecía al grupo de *Aftonbladet*; ambos periódicos compartían junta directiva y editor jefe, Harald Sohlman (1858-1927). Rickard creía que la versión

islandesa debía de ser una traducción abreviada de la serie sueca, que, en total, sería incluso más larga que el *Drácula* de Stoker. Por supuesto, esto era sorprendente, pues enfocaba mi búsqueda del texto fuente de Valdimar en una dirección completamente nueva. Pero, antes de nada, tenía que comprobar la afirmación de Rickard. En el catálogo de la Biblioteca Nacional de Suecia hallé una entrada sobre la publicación en *Dagen*. En el plazo de veinticuatro horas me llegó desde Estocolmo una imagen de la primera página de lo que parecía ser un librito en octavo, que mostraba el «prefacio sueco», que resultaba ahora ser el modelo para el ya famoso «prefacio islandés». Mientras tanto, felicité a Rickard por haber establecido la relación sueco-islandesa y reuní nuevo material de los archivos periodísticos suecos; en especial, el anuncio de la publicación en *Aftonbladet* de los días 20, 24 y 28 de diciembre respectivamente, y también varios anuncios de julio, agosto y septiembre de 1899 en los que se ofrecía a los lectores de *Dagen* y el *Aftonbladet* de Goteborg una edición aparte de la serie.



Charles Burton Barrington (en el centro, con la pelota) y su equipo de *rugby*.

OLYMPIC THEATRE.

Last evening the *Eton Boy*, which has for a long time been a great favourite among our minor houses, was re-produced at this theatre, for the purpose of affording an opportunity to Mrs. C. A. Tellet of appearing in the character of *Fanny Curry*, the heroine of the piece. As this lady had never before attempted the representation of the character, considerable anxiety was felt by her friends to learn how she would acquit herself in the part of *Fanny Curry*. Those who were most sanguine in their expectations of witnessing a most effective representation of the heroine of the *Eton Boy*, were not disappointed. Mrs. C. A. Tellet at once prepossessed the audience in her favour, by her accurate conception of the ideas of the author, and the manner in which she embodied her conceptions in the personation of the part allotted to her. The more humorous points were brought out with an effect which convulsed the house with laughter, the best of all proof that the part of *Fanny Curry* was acted as the principal character in the piece ought to be represented. The only drawback to the success of Mrs. Tellet, as the heroine of the *Eton Boy*, was to be found in the circumstance that the spirit with which she enacted the character was not uniformly sustained. It is right, however, to observe that this may have been quite as much owing to the nature of some of the incidents in the piece, as to any defects in the personation of the actress. The part where she shows off to her would-be spouse, and that in which the young Etonians perform their college duties—racing, fishing, hunting, boxing, &c., were very effectively played, and obtained for her much applause. Mrs. Tellet was ably supported by Messrs. Compton (whose humorous acting caused the house to be kept in a continued roar of laughter from the time he entered the stage till he made his exit), Leigh Murray, and Turner.

The Morning Advertiser del 14 de noviembre de 1848.

Junto con Magdalena Grabias y Florin Nechita, mis compañeros a la hora de organizar una nueva serie de congresos internacionales sobre *Drácula* en Brasov, Rumanía, decidí ayudar a Rickard a que anunciase su teoría por medio del boletín de nuestros congresos. Rickard aceptó una pequeña entrevista, y de ese modo la «conexión sueca» se hizo pública el 5 de marzo de 2017, y ya por la mañana del día siguiente se hizo eco de ella Anna Margrét Björnsson, periodista del *Iceland Monitor*, que me había entrevistado anteriormente acerca de *Los poderes de la oscuridad*^[47]. De inmediato, Anna publicó un nuevo artículo en el que mencionaba, entre otras

cosas, la nueva serie de televisión basada en *Makt Myrkranna*^[48] y una hipótesis de 1987 del profesor Guðni Elísson, de la Universidad de Islandia. Durante el debate con la audiencia de una conferencia se trató la posibilidad de un origen escandinavo de *Makt Myrkranna*. Evidentemente, Elísson nunca había desarrollado su idea, al menos no con éxito, y nunca había llegado a publicarla. De manera similar, los expertos suecos que ya conocían *Mörkrets Makter* obviamente nunca pensaron en informar a sus colegas de otros países, pese a que una publicación en formato serie tan temprana había atraído la atención académica desde que David Skal descubriera la primera publicación estadounidense en ese mismo formato en el *Charlotte Observer*^[49].

10. LA VERSIÓN REIMPRESA COMO AUTÉNTICA MATRIZ DE *MAKT MYRKANNA*

El resto del documento escaneado lo recibí el 8 de marzo. Resultaba impresionante ver cómo el original sueco se trascendía en el texto islandés que había estudiado durante tres años. Con esta nueva luz, los enigmas de la traducción que me habían provocado tantos quebraderos de cabeza se volvían completamente transparentes, y los oscuros elementos argumentales de pronto adquirían perfecto sentido. Al día siguiente, compartí mi primer análisis con Allison Devereux (nuestra agente literaria), con Magda Grabias y Pienette Coetzee (mi asistente de proyecto desde la primavera de 2014). Entre otras cosas, apunté que la afirmación de Rickard sobre la extensión de *Mörkrets Makter* no cuadraba con mi cálculo de aproximadamente 120 000 palabras, que es algo más corto que *Drácula* (160 000 palabras), en lugar de más largo^[50]. El comentario de Rickard acerca de que *Mörkrets Makter* continuaría con la mezcla de diarios y cartas presente en *Drácula* también me sorprendió: al igual que en *Makt Myrkranna*, el texto sueco que yo acababa de examinar abandonaba el estilo epistolar al acabar la Parte I. Durante los días siguientes, añadí nuevas notas comparativas, volví a comprobar la extensión en palabras del texto e informé a Rickard sobre las diferencias entre nuestros respectivos análisis^[51]. Enseguida quedó claro que *Mörkrets Makter* se había publicado al menos en dos variantes distintas. Mientras que Rickard había sacado a la luz los episodios publicados de forma diaria o quincenal en *Dagen* y *Aftonbladet*^[52] o, más bien, su publicación en la revista *Tip-Top*^[53], que mantenía el formato de diario, las partes II y III de mi versión escaneada adoptaban el estilo en capítulos que ya conocía de la Parte II de *Makt Myrkranna*.

Podemos dar por supuesto que Valdimar trabajó a partir de la versión que yo había recibido: su línea argumental encaja con la versión sueca, y hallamos innumerables traducciones literales del sueco al islandés. Probablemente Valdimar quiso ver el final de la historia antes de decidirse a traducirla. Las series suecas aún no habían terminado cuando *Makt Myrkranna* empezó a publicarse en *Fjallkonan* en enero de 1900, pero las primeras versiones reimpresas ya habían salido en el verano y

el otoño de 1899^[54]. Por supuesto, para Valdimar resultaba mucho más conveniente trabajar a partir de un libro terminado que no tener que revisar los ejemplares de periódicos uno por uno. Además, habría preferido la versión reducida, pues *Fjallkonan* se publicaba solo dos veces por semana y tenía una extensión de solo cuatro páginas. Valdimar abrevió el relato aún más, hasta un total de unas 55 000 palabras. En especial, condensó los acontecimientos que siguen a la estancia de Harker en Transilvania, reduciéndolos de las 24 000 palabras de la versión sueca a las 9100 palabras en el equivalente islandés. Esto explica el aspecto esquematizado de la Parte II de Valdimar^[55]. En el texto sueco, las transiciones entre los elementos argumentales son más suaves y las descripciones más ricas. Pero al igual que en *Makt Myrkranna*, el conde muere estando aún en Londres, una vez que el equipo de Van Helsing descubre lo que se está tramando en Carfax. Mina nunca es atacada, y el conde no huye de vuelta a Transilvania. Los lectores de la versión islandesa tienen la ventaja de disfrutar de un relato lleno de acción. La versión más extensa de las tres (la edición a plazos sueca), en cambio, desarrolla el mismo argumento en un número mayor de páginas, y en los diarios se presta mucha atención a pensamientos que son solo secundarios para el avance del relato^[56].

11. ¿QUÉ CONVIERTE A *MAKT MYRKANNA* EN UNA OBRA ÚNICA?

Aunque, irónicamente, la versión islandesa vuelve a aparecer ahora como una traducción abreviada, Valdimar le proporcionó su propio toque. Sus referencias a las antiguas sagas nórdicas son un elemento único en el texto islandés, y convierten a *Makt Myrkranna* en una obra sorprendente para los aficionados a la cultura nórdica. En la versión sueca, por ejemplo, el joven amante de la condesa sencillamente salta de la ventana de la torre hacia el abismo. En *Makt Myrkranna*, salta desde el «Peñasco Familiar», una referencia a la *Gautrek's Saga*, pero con una connotación: la familia descrita en esa saga es muy ingenua, igual que el atractivo campesino que había caído en las garras de la condesa. Y mientras que, en la versión sueca, la entrada del 25 de junio en el diario de Harker menciona Tannhäuser y su estancia en el Venusberg, en la versión islandesa se menciona la parecida saga de Hildur, la Reina de los Elfos. En *Makt Myrkranna*, las llamas azuladas aparecen sobre los «*haugeldar*», túmulos tradicionales, mientras que en el texto sueco se explica su origen como procesos bioquímicos de la madera podrida. Otro aspecto único de la versión islandesa es el hecho de que los rasgos de ciertos personajes son descritos como una expresión de «*fylgja*» (un espíritu que se adhiere a una persona o a toda una familia), mientras que los forzudos y primitivos gigantes al servicio del conde son comparados con trolls. Para el conde y su familia, Valdimar prefirió el término «*draugr*», en referencia a los monstruosos resucitados del folclore nórdico. De un

modo aún más sutil, el lenguaje de las sagas islandesas impregna todo el texto de *Makt Myrkanna*; en mis anotaciones he destacado los ejemplos más obvios.

Curiosamente, Valdimar añadió un libro sobre «magia de la Edad Media» a la biblioteca del conde, subrayando que este no solo era un chupasangres y un conspirador político, sino también un nigromante del mismo estilo que Frankenstein, capaz de insuflar vida a la materia muerta en su laboratorio secreto. Este es precisamente el aspecto que Halldór Laxness empleó en su *Christianity at the Glacier* para retratar al doctor Godman Sýngmann, un especialista en «razonamiento inductivo», «astrobiología», «biotelequinesis» y «comunicación intergaláctica», que es capaz de hacer que la misteriosa Úa despierte de entre los muertos.

Pero Valdimar también omitió ciertas características. En el texto sueco, una carta enviada al conde por uno de sus seguidores franceses dice que la conspiración está «expandiendo el importante mensaje liberalizador de Jokala-Adonais». Por la razón que fuera, Valdimar eliminó esa referencia cuasirreligiosa^[57]. En las partes de Whitby y Londres, la versión sueca se ha condensado de tal manera que consideré preferible añadir algunas notas extras a la segunda edición para resumir la información omitida.

No es irrelevante para nuestra investigación el hecho de que el prefacio sueco cuente con un párrafo extra sobre materialismo y misticismo a continuación de la cita de *Hamlet*, y también algunos otros detalles interesantes. A primera vista podemos llegar a la conclusión de que el prefacio islandés está basado en el texto sueco y no en una comunicación directa con Bram Stoker.

12. PERSPECTIVAS FUTURAS DE INVESTIGACIÓN

Ahora que la «conexión sueca» ha quedado establecida y la versión reimpressa de *Mörkrets Makter* ha salido a la luz como la matriz de la traducción de Valdimar, muchas de las preguntas que formulé sobre el texto islandés pueden aplicarse a las variantes suecas. ¿Cómo llegó *Drácula* a Suecia? ¿Se trató de una versión pirata o contribuyó Stoker a ella, o al menos la autorizó? ¿Hubo algún contacto personal entre Stoker y los encargados de los periódicos suecos? ¿Cómo fueron a parar los elementos mencionados de las notas de Stoker a *Mörkrets Makter*? ¿Quién creó el subargumento de la apasionada condesa y su celoso esposo? En caso de que fuera el propio editor sueco quien escribió el prefacio, ¿cómo podía conocer los Crímenes del Tórso del Támesis^[58]? ¿O el estatus especial de Van Helsing como un personaje «real»? ¿Procedía la cita de *Hamlet* del propio Stoker? ¿Por qué en el prefacio se hace referencia al doctor Seward como un buen amigo del autor, cuando al final del relato se vuelve loco y muere? Y, por último, pero no menos importante: ¿conocía quizás Hamilton Deane, quien produjo la primera versión dramática de *Drácula* en 1924, la serie sueca de *Tip-Top*, que se publicó hasta 1918?

Al menos la identidad del traductor/editor sueco, bajo el seudónimo «A-E», parece ahora evidente: mi investigación me llevó a Anders Albert Andersson-Edenberg (1834-1913), un periodista que trabajó para *Dagens Nyheter* y *Svenska Familj-Journalen*. En muchos puntos, *Mörkrets Makter* utiliza metáforas tomadas de sus obras anteriores^[59].

Mi proyecto de investigación todavía no ha terminado, y tengo la esperanza de que a partir de ahora podré contar con la ayuda de colegas suecos para resolver algunos de los enigmas que todavía envuelven estas tempranas adaptaciones nórdicas.

Sea cual fuere el resultado de esta nueva búsqueda, esta novela islandesa será por sí misma una grata recompensa para los aficionados a las buenas historias de misterio. Disponible en inglés por primera vez tras más de un siglo, no ha perdido nada de su atractivo y su suspense originales, como ya han demostrado las entusiastas reacciones a la primera edición.

HANS CORNEEL DE ROOS
Múnich, 7 de abril de 2017

ANEXO A. LOS NOMBRES DE CUATRO NUEVOS PERSONAJES EN LAS VERSIONES ISLANDESA Y SUECA

Además de los argumentos ya mencionados, un nuevo indicio que parece confirmar que Bram Stoker participó activamente en los cambios de su novela de vampiros lo encontramos en los nombres de los personajes recién añadidos. Algunos de esos nombres podrían muy bien haber sido creados a partir de juegos de palabras o basándose en datos geográficos^[60]. Los nombres del detective de policía, Barrington, y del asistente de Hawkins, Tellet, sin embargo, parecen un tanto particulares como para haber sido inventados al azar por un autor sueco. Me inclino por pensar que estos nombres, como otros que aparecen en *Drácula*, se cogieron prestados de personas a las que Stoker conocía.

Sir Charles Burton Barrington capitaneaba el equipo de *rugby* del Trinity College desde 1867 hasta 1870, y Stoker estudió allí entre 1864 y 1870 y jugó en el equipo de *rugby*^[61]. Benjamin Barrington era uno de los estudiantes del Trinity relacionados con un tiroteo nocturno en el que murió un profesor en su casa del campus, en marzo de 1734. Este Barrington se hizo notorio por amedrentar a los testigos en el juicio y su nombre continúa sonando en la historia folclórica del campus.

También he hallado una posible relación para «Tellet», un nombre tan extremadamente poco frecuente que solo aparece cinco veces en el censo de 1891 de Inglaterra, Gales y Escocia. El 23 de abril de 1837, la actriz de comedia Clarissa Anne Chaplin contrajo matrimonio con Daniel John Tellet en la iglesia de St. John de Liverpool, y pasó a ser conocida como «Mrs. C. A. Tellet» o, en su oficio, como

«Miss Clara Tellet». En *Fifty Years of an Actor's Life* (1904), su colega John Coleman la describió como «la señorita Clara Tellet, una perfecta Venus tamaño de bolsillo, y una de las más brillantes y vivaces actrices de reparto. Esta criatura de cuento de hadas se convirtió en última instancia en Mrs. Sam Emery, madre de la encantadora Winifred (Mrs. Cyril Maude), que ha heredado no poco del encanto de su madre^[62]». Samuel («Sam») Emery participó en la representación de *Not Guilty* en el Queen's Theatre (1869) junto con Irving, quien más tarde sería jefe de Stoker. La hija de Sam y Clara, Winifred Emery, representó papeles principales femeninos junto a Ellen Terry en el Lyceum Theatre entre 1881 y 1887 y realizó dos giras por América junto a Irving y Stoker^[63].

El nombre de Varkony, que solo aparece en la versión islandesa, también podría haberle resultado familiar a Stoker, a partir de las historias que su madre le contaba sobre el condado donde se había criado, Sligo. El 11 de abril de 1811, el aristócrata Francis Taaffe contrajo matrimonio con Antonia Amadé Varkony, de Hungría, mientras la hermana de Taaffe, Clementina, se casaba ese mismo día con el conde Thaddaeus Amadé Varkony, primo de Antonia^[64]. En el condado de Sligo, Taaffe poseía el título de barón de Ballymore. Tal vez, la madre de Bram incluyó la doble boda en alguna de sus historias. Thaddaeus Amadé Varkony era uno de los primeros patrocinadores de los niños prodigios Franz Liszt y Heinrich Marschner, compositor de la ópera *Der Vampyr* (1828). Posteriormente, Liszt hizo amistad con Irving y se encontró con él y con Stoker en el Lyceum Theatre en abril de 1886: otro motivo por el que el nombre de Varkony podría haber llamado la atención de Bram.



Conde Thaddaeus Amadé Varkony.



Mary Singleton, nacida Montgomerie Lamb (Violet Fane).

No obstante, la conexión más intrigante hace referencia al personaje de Mary, hermana de Holmwood, que, de nuevo, aparece solo en *Makt Myrkranna*. Es posible que Stoker lo cogiera prestado de la escritora Mary Singleton (cuyo nombre ya aparecía en las primeras notas de Stoker para «un investigador psíquico, Alfred Singleton»), famosa en los círculos literarios de Londres por su belleza y su ingeniosa

conversación. Representó un papel destacado como la infelizmente casada señora Sinclair en la obra *The New Republic* (1877), de W. H. Mallock. Mary Singleton estaba también infelizmente casada en la realidad: tras ser rechazada por su amante, contrajo matrimonio con el anciano Henry Sydenham Singleton, pero a principios de la década de 1880 se comprometió en secreto con Philip Lord Currie, del Foreign Office, y también mantuvo un romance con el primo de Philip. En círculos bien informados, a los que también pertenecía Stoker^[65], su relación con *sir* Philip se convirtió en un secreto a voces, en especial desde que ella misma hizo referencia a su desafortunada situación en *The Edwin and Angelina Papers*^[66] y en su novela *The Adventures of a Savage* (1881). La novela trataba de una mujer joven que, aburrida de su anciano marido, lo traiciona con un amante más joven. La historia tiene un final feliz cuando el «viejo caballero» muere y la heroína se reúne con el «joven caballero». Henry S. Singleton falleció en marzo de 1893, y diez meses más tarde Mary ya había vuelto a casarse con *sir* Philip Currie, recién nombrado embajador en Constantinopla. La pareja se mudó allí a los pocos días de la boda^[67]. El parecido entre la historia de Mary Singleton y la situación de Mary Holmwood en *Makt Myrkranna* resulta llamativo y excepcional^[68].

<u>Count Dracula</u>	<u>Dracula</u>	<u>Histórica Personal</u>
o Doctor of Marlboro	Eward	
Girl engaged to him	Lucy Westenra	Schiffel of Newbury
o Mad Patient	(^{testy & full of life - instinctive gas for heat follows})	John Peter
o Lawyer	John Abbott	Hawkins Exeter
o His Clerk		Jonathan Harker
o Francee of above		Wilhelmina Murray (called Minnie)
o Lawyer	Reverend	
o Sister		
o Housekeeper house		Kate Reed
found of Schiffel of above		
The Count		Count Abbott Dracula
A deaf mute woman		lived
A silent man		{ servants of the Count
o a Detective		Cotford
o A Psychical Research Agent		refred Singleton
An American locator	from Texas	
o A German Professor		Max Windfuhr
o a Painter	Francis M. Ryton	
o a Texan	Bruno M. Maris	
o in a dinner of 13	New	secret room - closed, lit black

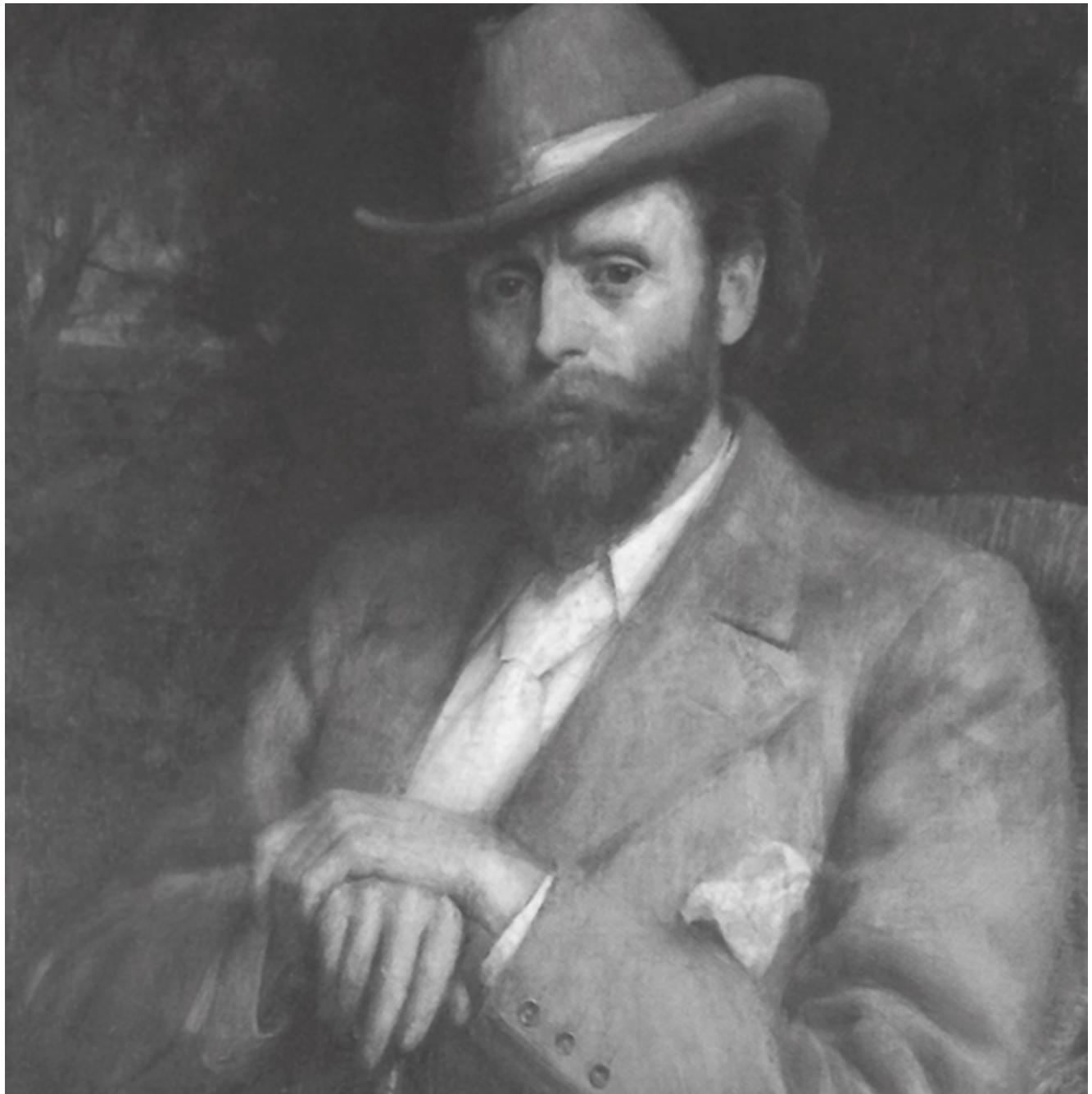
Lista manuscrita *Histórica Personae*, de las notas de Bram Stoker para *Drácula*.

ANEXO B. LAS NOTAS DE BRAM STOKER PARA DRÁCULA

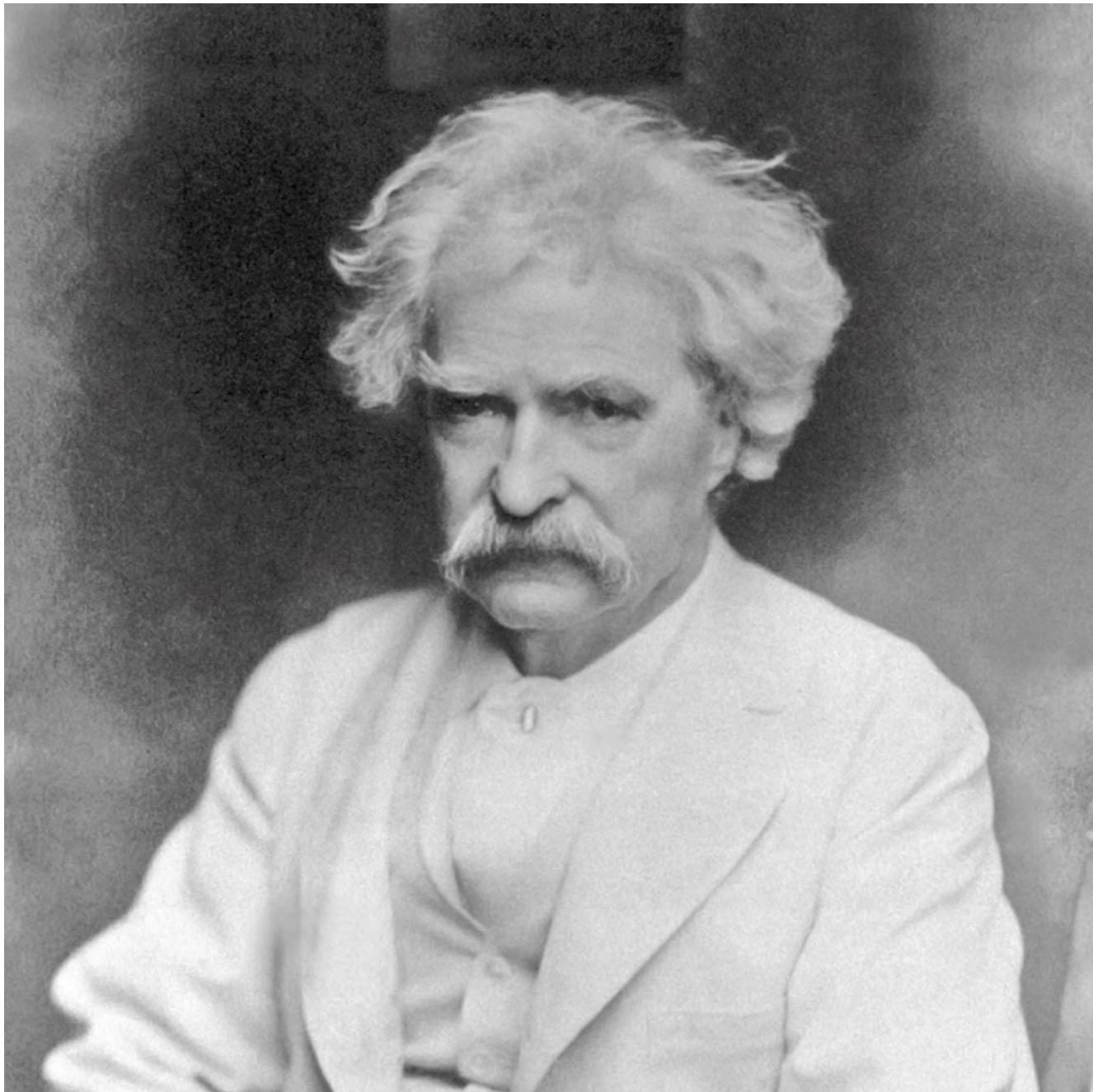
Un aspecto sorprendente tanto de *Makt Myrkanna* como de *Mörkrets Makter* es que en ellos aparecen elementos argumentales que Stoker describió en sus notas preliminares para la novela y luego decidió no incluir en la obra:

1. Las notas presentan a un ama de llaves sordomuda que es criada del conde. Una mujer exactamente así aparece en los textos sueco e islandés, aunque ahora aparece en Transilvania, no en Londres.

2. Las notas preliminares indican que el conde visita con frecuencia a la ya fallecida Lucy. Esas visitas se cuentan en las versiones sueca e islandesa, mientras que en *Drácula* el conde solo entra en la casa de Lucy a escondidas o por la fuerza.



Thomas Hall Caine (pintado por Robert Edward Morrison).



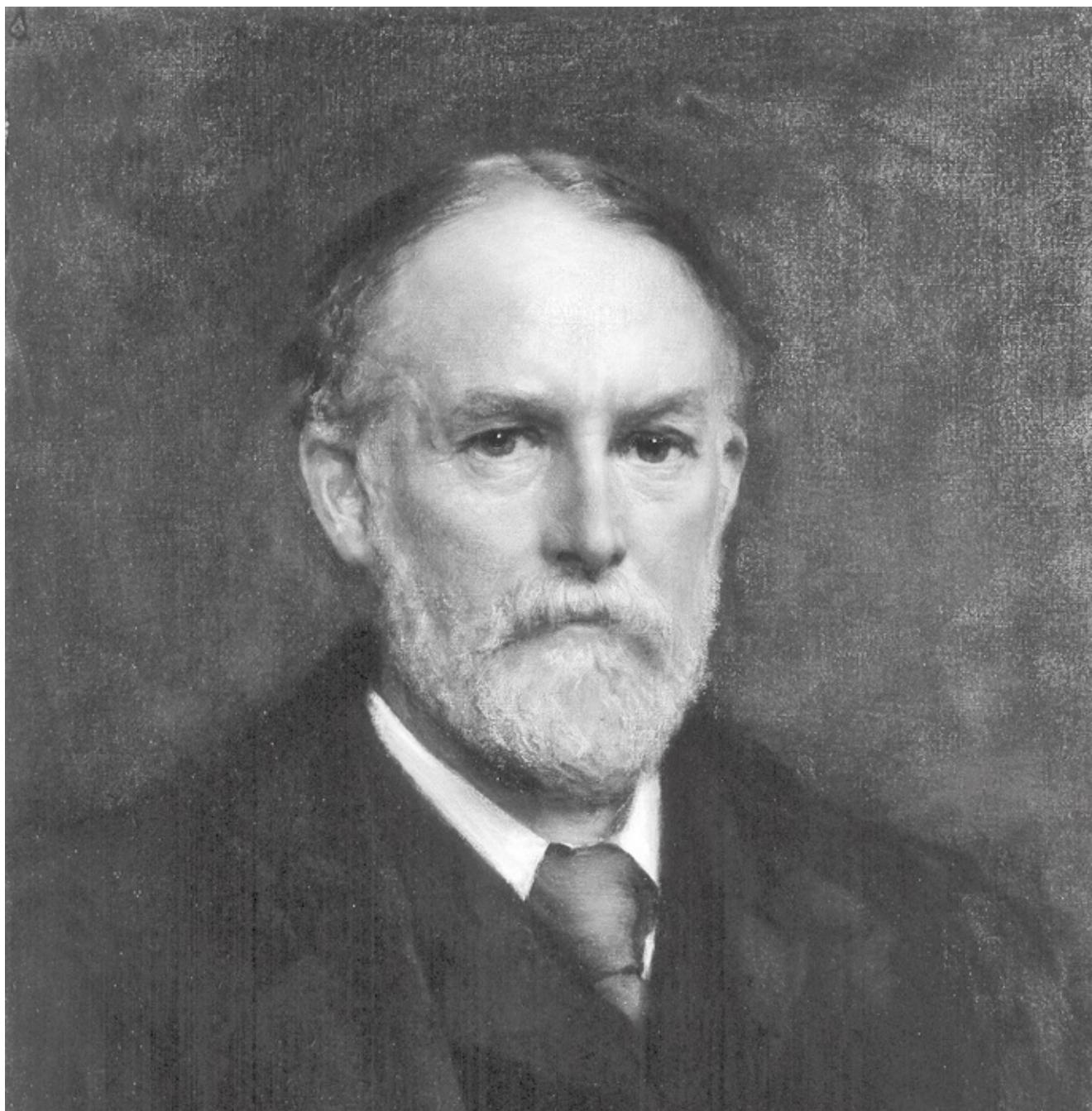
Mark Twain (Foto: Associated Press).

3. En el plan original de Stoker, la casa Carfax y el asilo de Seward se hallaban en Londres, como ocurre en las variantes sueca e islandesa, mientras que en *Drácula* ambos edificios se encuentran a unos treinta kilómetros al este de Piccadilly.

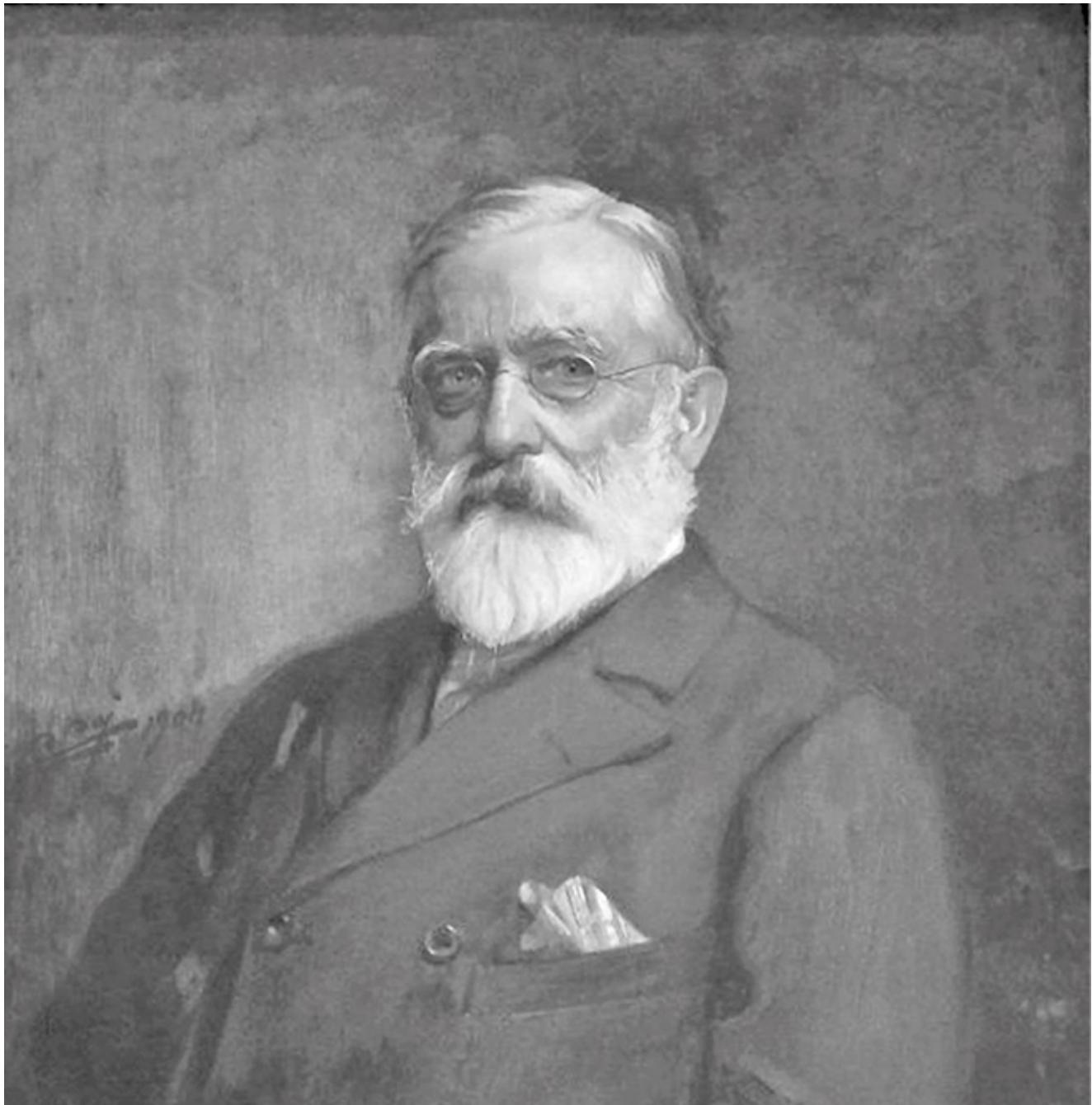
4. Las notas mencionan en repetidas ocasiones una habitación secreta de color rojo sangre en la residencia del conde, aunque en *Drácula* no aparece esa habitación. En las versiones sueca e islandesa, Harker descubre en el castillo un templo secreto en el que se llevan a cabo rituales sangrientos. La casa Carfax también contiene una habitación secreta.

5. Originalmente, Stoker planeó la aparición de un detective de policía, Cotford. En *Drácula*, la policía no interviene en absoluto. Específicamente, no hay ningún personaje detective que coopere con los Harker y con Van Helsing. Sin embargo, en

Mörkrets Makter y en *Makt Myrkranna* encontramos al detective de policía Barrington («capitán Barrington Jones» en la versión sueca), asistido por su colega Tallet.



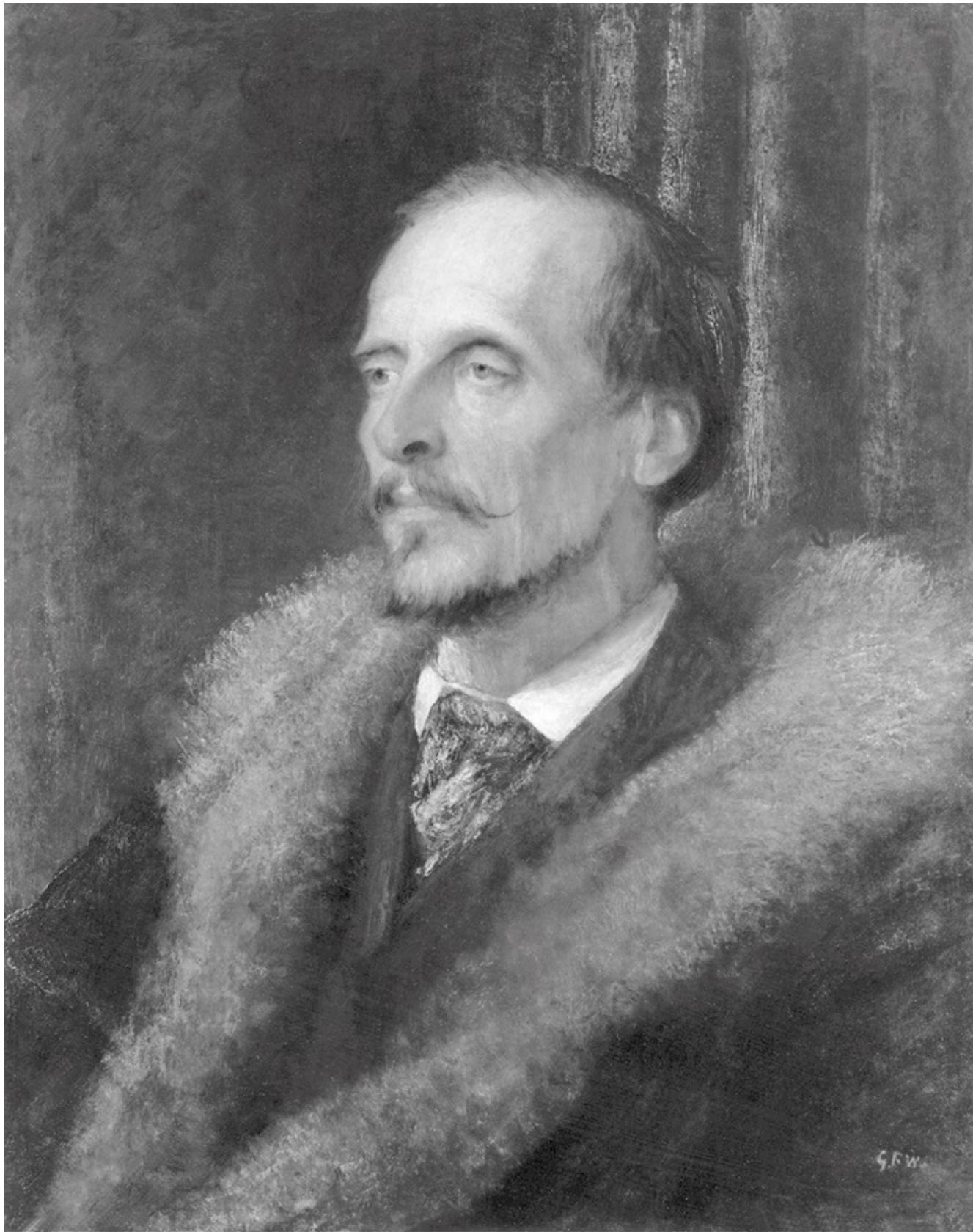
Frederic William Henry Myers (Pintado por William Clarke Wontner).



Daniel Willard Fiske (Pintado por Cei Cipriano).

6. Las notas de Stoker mencionan una cena para trece comensales en la casa del doctor Seward, en la que el conde llega como último invitado. En las versiones sueca e islandesa se celebra una fiesta en Carfax en la que Seward es el único invitado inglés. Aunque el conde es ahora el anfitrión, sigue siendo el último en hacer su entrada.

7. En sus notas, Stoker se refiere al doctor Seward como «doctor loco», por lo que los editores de la edición facsímil dudaron si Stoker pretendía que Seward estuviera tan loco como su paciente Renfield. En *Mörkrets Makter* y en *Makt Myrkranna*, precisamente el doctor Seward pierde el juicio.



Lord Dufferin (Pintado por George Frederic Watts).

Si no estamos dispuestos a aceptar como una mera coincidencia estas similitudes entre las notas de Stoker y los nuevos elementos argumentales, debemos pensar que el autor envió al traductor y editor sueco sus ideas para el argumento. Entre otros,

Jason Colavita indicó en su blog el 15 de febrero de 2015 que el personal doméstico sordomudo no era algo tan extraño en las casas del siglo XIX como yo había supuesto^[69]. También señaló que los puntos 2 y 6 están interrelacionados, como parte del ahora más visible papel social del conde en Londres. Pero aunque los educados encuentros entre el barón Siculi y Lucia ciertamente son una manifestación de ese aumento de visibilidad, este nuevo papel no implica necesariamente que el conde deba llegar tarde a su propia fiesta. La propuesta de Jason de que la locura de Seward podría ser la consecuencia literaria de haber eliminado al personaje de Renfield ya ha quedado descartada: en *Mörkrets Makter*, Renfield tiene sus propios capítulos, pero Seward sigue perdiendo el juicio. Desde un punto de vista más general, creo que no es necesario encontrar razones coercitivas para cada paralelismo. Es muy posible que en casos aislados un editor islandés (ahora más bien uno sueco) hallase la inspiración fuera de las notas de Stoker. No obstante, que eso ocurriera siete veces seguidas resulta sorprendente. Los cálculos de probabilidad pueden ser inusuales en el Departamento de Humanidades, pero son parte fundamental de las tareas de cualquier estudiante de Ciencias Sociales y de Psicología. En combinación con los demás factores (los nombres de cuatro nuevos personajes, el subargumento relacionado con Napoleón/Beauharnais, la insinuación de los Misterios del Támesis, el estatus especial de Van Helsing y la cita de *Hamlet*), la probabilidad de que Stoker estuviera involucrado en la creación de *Mörkrets Makter* es alta. Esto no significa que tengamos la certeza de ello. La fluidez del relato sueco, publicado en dos variantes diferentes de manera simultánea, muestra que el editor sueco (muy probablemente Anders Albert Andersson-Edenberg) contaba con conocimientos contextuales y tenía ambiciones distintas de las de Valdimar Ásmundsson. En especial, da la impresión de que Andersson-Edenberg conocía bastante bien las biografías de Josefina de Beauharnais, *Madame Récamier* y Louise zu Stolber-Gedern.

La idea de Jason de que el grupo de notables aristócratas que se menciona en el prefacio no sería la camarilla del conde, sino que formaría parte de un retrato general de aristócratas extranjeros en la alta sociedad londinense, no me parece muy afortunada. Ya se ha demostrado la inexactitud de la traducción de Dalby cuando se habla de un «grupo» de extranjeros. El texto correspondiente en el prefacio sueco demuestra que mi interpretación era correcta: el texto habla de una pareja, no de un grupo, por lo que se confirma el anterior comentario de Ásgeir Jónsson sobre este punto.

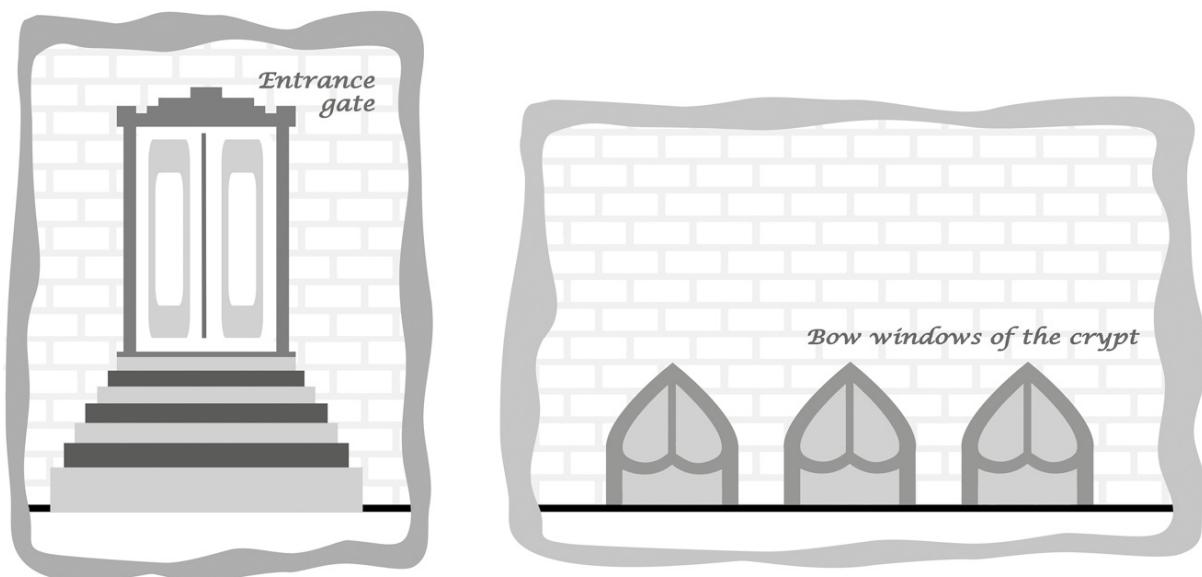
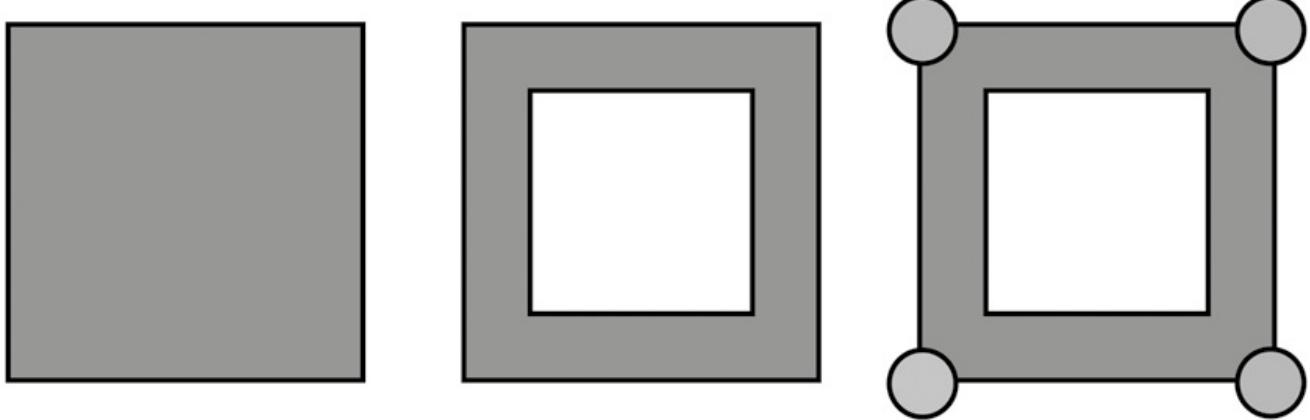
UNA HABITACIÓN CON VISTAS: LOS PLANOS DEL CASTILLO DE DRÁCULA

Dos tercios de *Makt Myrkranna* están dedicados a la estancia de Harker en el castillo de Drácula y a sus desesperados intentos por encontrar una forma de salir de allí. Mientras traducía la novela, seguí con mi imaginación los recorridos de exploración de Harker y comencé a preguntarme si la parte de la historia ambientada en Transilvania estaba basada en unos planos lógicos del edificio, y, en el caso de que así fuera, si esos planos podrían reconstruirse a partir del texto. Aquí están los resultados.

1. UNA PRIMERA ORIENTACIÓN: FORMA RECTANGULAR CON CUATRO ALAS

Lo primero que aprendemos del castillo es que la calesa llega a un patio amplio, rodeado por antiguos y altos muros de piedra. Por lo tanto, el esbozo más simple del plano del castillo mostrará una forma cuadrada o rectangular consistente en cuatro alas, con ese patio en el centro. Imaginariamos torres en las esquinas. Tomando como punto de partida este primitivo esbozo, podemos intentar llenar el resto.

Para entrar en el edificio, Harker tiene que ascender por una escalera que conduce a una puerta ornamentada, lo que significa que el vestíbulo de entrada del edificio se encuentra en una planta elevada. Más tarde descubrimos que la cripta subterránea tiene ventanas en lo alto para permitir el paso de la luz. Estos dos hechos no son contradictorios: el sótano o subterráneo está en parte por debajo del nivel del suelo y, en parte, por encima.



Esto nos proporciona algunas primeras vistas de la fachada, vista desde el patio, con la entrada en el ala este y la cripta en el ala oeste.

2. BASE DE OPERACIONES DE HARKER EN LA CASA: LA CUARTA PLANTA

Harker sigue al conde hasta la sala de estar o comedor. Aquí, varias habitaciones se agrupan juntas. Contiguo al comedor se halla la pequeña estancia octogonal que conduce al dormitorio de Harker. Además, la sala de estar tiene una puerta que da a un pasillo y otra que lleva a la biblioteca. Puesto que estas son las estancias donde Harker duerme, come y estudia, en definitiva, donde pasa la mayor parte del tiempo, podemos decir que constituyen su *centro de operaciones*.

Durante la exploración que realiza el 10 de mayo, Harker descubre que el comedor también está conectado con las habitaciones privadas del conde: un estudio y un dormitorio. En ellas se encuentra el gran vestíbulo de suelo de roble y sillones antiguos, el cual, por su parte, da a una de las torres, en la que el conde almacena su

oro. El vestíbulo también tiene una puerta que conecta con una escalera. Harker cree que está cerrada con llave, pero una persona misteriosa la abre para él.

Puesto que Harker afirma que el oro del conde está guardado en la cuarta planta, todas estas habitaciones interconectadas deben de estar también en esa misma planta.

3. RUTAS PARA SALIR DE LA CUARTA PLANTA

Desde esa cuarta planta, Harker puede acceder a las otras zonas del castillo. Junto con el conde, sube desde el pasillo que parte del comedor y llega a la galería de los retratos. Después de ver a la campesina asesinada, baja las escaleras corriendo hasta el vestíbulo de entrada, pero todas las puertas están cerradas, y comprende que la única alternativa es subir a la galería (10 de mayo). Solo un tiempo después descubre la tercera ruta vertical para salir de la cuarta planta: la escalera secreta que conduce al templo subterráneo (21 de mayo). Más tarde, vuelve a utilizar esa escalera secreta para acceder a un túnel que lleva al ala oeste y a la cripta. Aquí están los detalles:

A) *Los vestíbulos de entrada:*

En la planta elevada donde se encuentra la puerta de entrada al castillo, Harker descubre otro vestíbulo, pero también allí todas las puertas están cerradas. Imagino que estos dos vestíbulos forman una L, dejando suficiente espacio en esa planta para la capilla y los establos (que, por supuesto, deben de estar situados en la planta baja). Doy por hecho que la zona de entrada consiste en una estancia alta e impresionante, lo que, en combinación con el hecho de que la planta baja está elevada, implica que la primera planta del castillo está a la altura en la que en las casas normales corresponde a la segunda planta ($\frac{1}{2} + 1 \frac{1}{2} = 2$).

B) *Recorrido de Harker el 10 de mayo:*

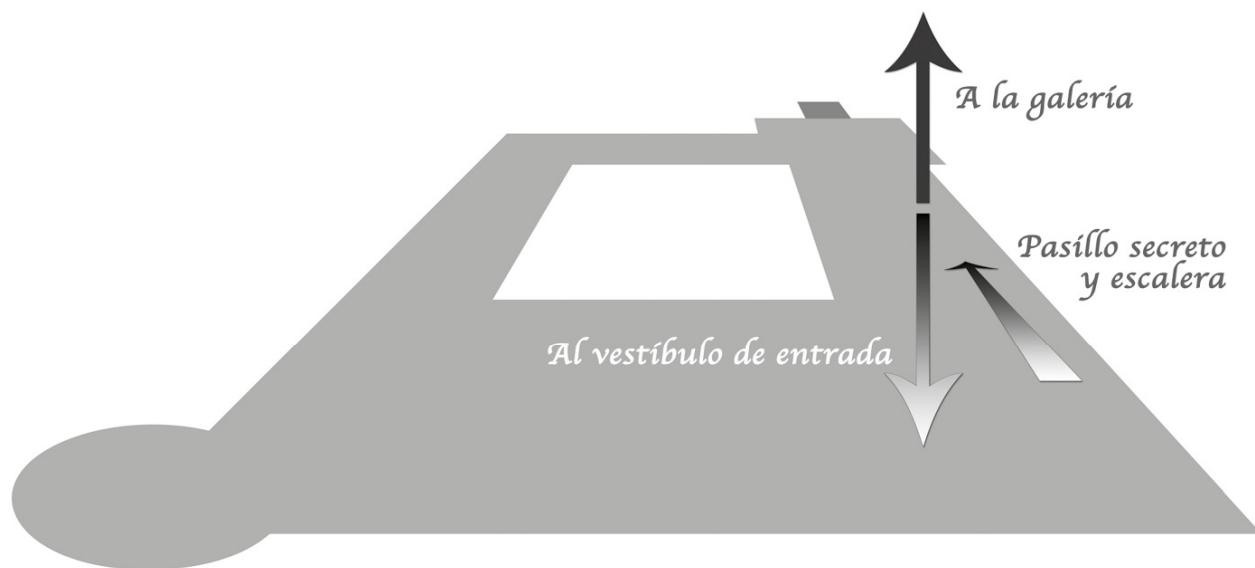
Como nuestro héroe no da con ninguna salida desde la planta baja, decide subir a la galería de los retratos. Desde ahí, tiene acceso a:

- la habitación de la torre desde la que más tarde contempla el crepúsculo;
- el ala oeste, con sus numerosas habitaciones vacías;
- la torre en que estuvo encerrada la condesa (Harker entra allí solo el 16 de junio);
- la habitación con el suelo decorado con un patrón de diamantes, y desde allí, cruzando más habitaciones, la torre principal sobre la entrada, donde encuentra una empinada escalera que desciende.

La estancia con las cadenas de hierro que se halla en la torre principal da acceso a otra escalera, que Harker describe como un «pozo profundo». Ahí es atacado y cae, finalmente, al sótano: a través de un túnel y de un pasadizo abovedado llega a la

habitación donde están los huesos podridos y luego a la cripta, con los sarcófagos de piedra. Tras la cripta, Harker sube de nuevo hasta llegar a un balcón desde el que se ve la vieja capilla (es decir, la planta que está por encima de la capilla y de la cripta con los sarcófagos), y desde el balcón asciende al vestíbulo de suelo de roble, desde donde penetra en la habitación del tesoro y en las dependencias privadas del conde, y por último regresa al comedor.

Por lo tanto, el recorrido que Harker realiza el 10 de mayo lo conduce a los pisos más altos y también a los más bajos del castillo, trazando un círculo completo que pasa por las cuatro alas del edificio, pero a distintos niveles de altura.



La novela contiene suficientes pistas como para tracemos un plano básico de las partes que Harker ha visto, pero todavía necesitamos una orientación más precisa.

C) Bajando las escaleras secretas:

Cuando Harker baja por primera vez por las escaleras secretas, llega a un segundo balcón, desde el que se ve el templo de los rituales con el altar y las antorchas encendidas.

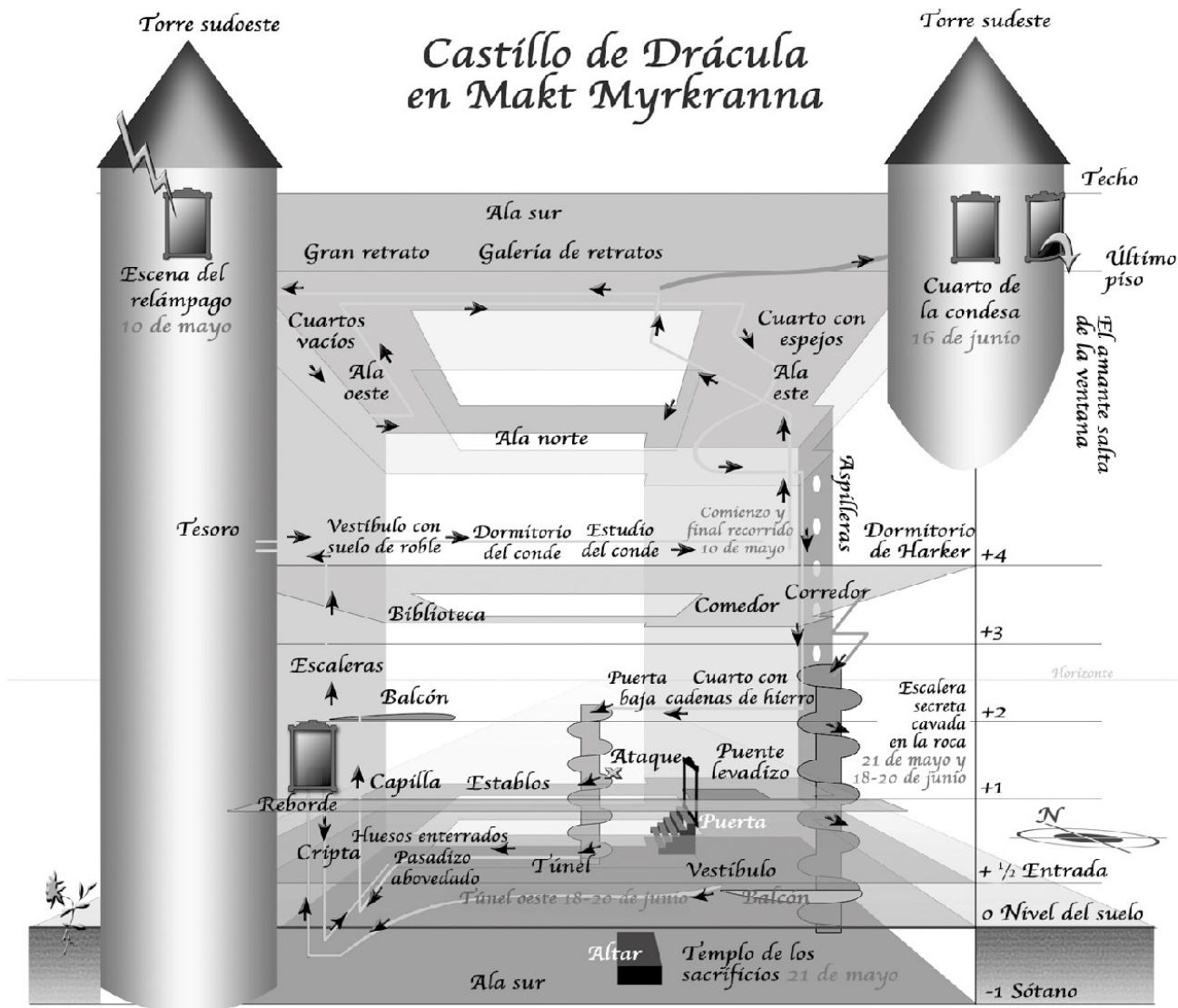
Más tarde volverá a utilizar esas escaleras y encontrará un vestíbulo del que parten sendos túneles que llevan al este y al oeste. Siguiendo el segundo de esos túneles, alcanza la misma escalera en la que ya estuvo cuando salía de la cripta con los sarcófagos de piedra, y también al volver del balcón que da a la capilla. Harker utiliza ese camino para echar un segundo vistazo a la cripta, donde descubre las cajas preparadas para el transporte. El conde yace en una de ellas.

Estos son todos los lugares mencionados en la parte de la historia ambientada en Transilvania: los pisos entre el vestíbulo de entrada y la cuarta planta nunca son descritos, ni tampoco lo son los pisos entre la cuarta planta y la última.

4. LAS CUATRO TORRES

Las torres son pistas clave para mejorar nuestra orientación, puesto que marcan las esquinas del castillo y conectan entre sí las diferentes alas.

La torre sudoeste: Cuando Harker sube desde la cripta y desde el balcón que da a la capilla, se da cuenta de que está en la esquina sudoeste del castillo. La habitación del tesoro del conde es una estancia circular en la torre —evidentemente en la torre sudoeste—, que ahora podemos señalar en un plano provisional de la cuarta planta.



(c) 2015 Hans C. de Roos

La torre principal: De forma similar, cuando Harker llega a la torre principal, se da cuenta de que ha alcanzado, después de dar vueltas y vueltas, la parte norte del castillo.

La torre sudeste: De nuevo nos encontramos ante una pista clara, pues el conde describe la torre donde la condesa estuvo encerrada como «la pequeña habitación de la torre sudeste». Podemos dar por hecho que esta era la habitación más alta de la

torre, y que caer desde ella suponía una muerte segura. Harker advierte que esta habitación es circular, como la del tesoro en la torre sudoeste.

Una cuarta torre: No se menciona ninguna otra torre, pero la habitación subterránea en la que Harker encuentra los huesos podridos y las calaveras es circular, por lo que podemos suponer que se trata de la base de una cuarta torre.

5. LAS CUATRO ALAS

El ala sur: Como la cuarta planta, la galería de retratos desempeña un papel crucial en la historia. Hasta que Harker da con la escalera secreta, la galería es su único camino para acceder al resto del castillo. Podemos dar por hecho que se encuentra en el piso más alto, puesto que conecta la habitación superior de la torre en la esquina sudoeste (desde donde Harker contempla el crepúsculo) con la habitación superior de la torre en la esquina sudeste (la habitación de la condesa): Harker puede acceder a ambas estancias desde la galería sin subir ningún nuevo tramo de escaleras.

Por lo tanto, la propia galería debe de formar parte del ala sur. Cuando Harker está allí durante el día, los cuadros quedan bañados por la luz del sol.

El ala oeste: Cuando Harker entra en la galería el 10 de mayo, ve dos puertas al fondo, donde cuelga el retrato más grande. Una de esas puertas conduce a la torre sudoeste, la otra a una serie de habitaciones que Harker llama el «ala oeste».

El ala este: Puesto que el ala oeste no tiene salida, Harker regresa a la galería (el ala sur) y en el lado por el que primero había entrado encuentra una puerta que conecta con una habitación con ventanas altas y cuyo suelo presenta un diseño de rombos. Corre a través de esta y otras habitaciones, sintiéndose medio mareado, antes de llegar a la torre principal, es decir, el lado norte del edificio. Podemos concluir que ha cruzado el ala este.

El ala norte: La descripción de esta zona afecta sobre todo a su parte subterránea. En la habitación donde están las cadenas de hierro, Harker encuentra una puerta y desciende al «pozo profundo», atraviesa un túnel y un pasadizo de techo abovedado y llega a la habitación circular donde se encuentran los huesos malolientes. Si asumimos que esta habitación circular forma parte de una torre (la noroccidental), entonces el ala norte termina aquí y Harker continúa, aún bajo tierra, en dirección sur a través de la cripta, hasta alcanzar la escalera en la esquina sudoeste.

Por lo tanto, tanto la cripta como la capilla son parte del ala oeste, pero están situadas mucho más abajo que las habitaciones vacías que Harker encontró al salir de la galería.

6. UN PLANO DE LA CUARTA PLANTA

Ahora intentaremos completar el plano de la cuarta planta, donde se aloja Harker. De nuevo, lo más sencillo es comenzar por las esquinas.

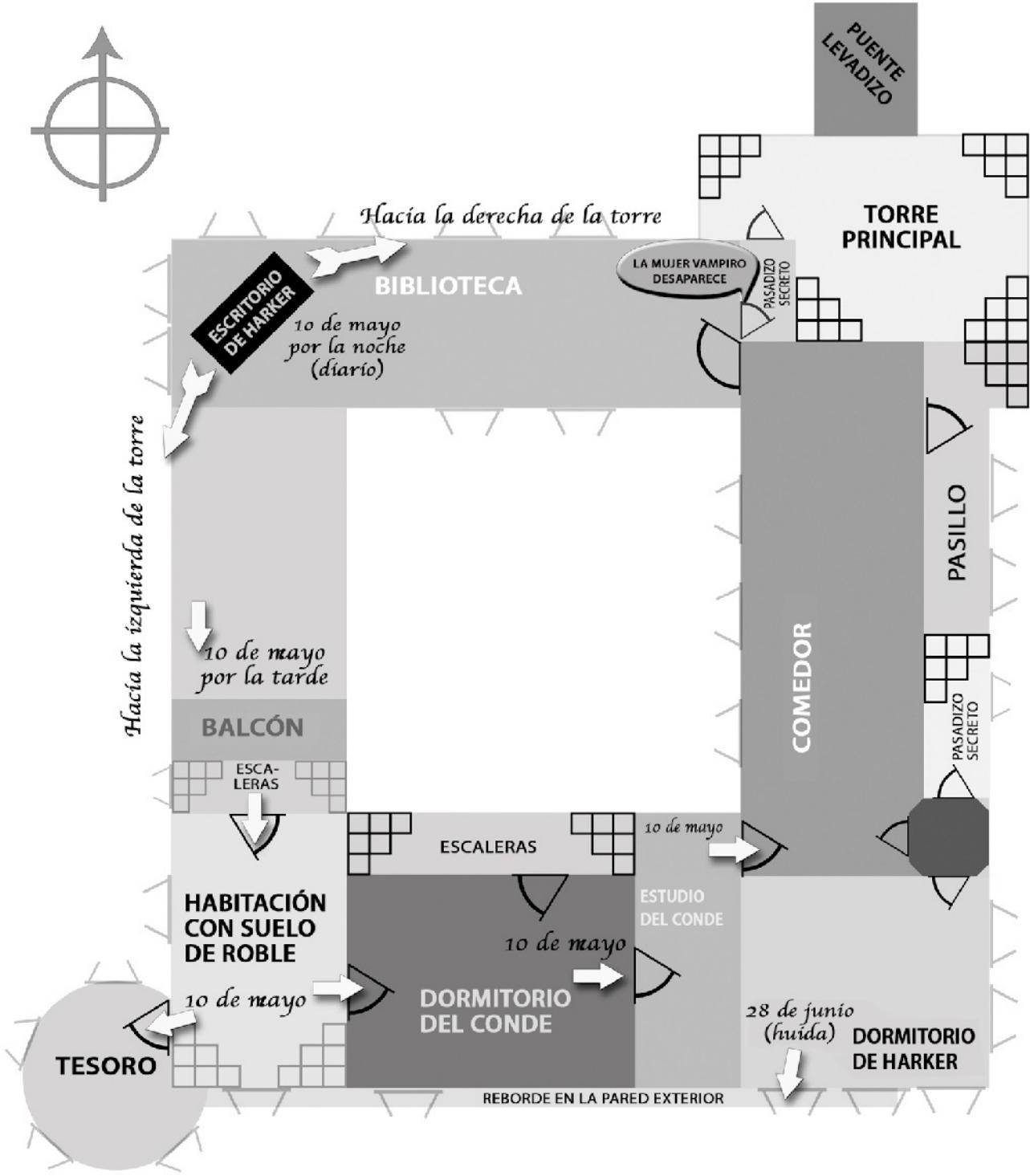
Ya sabemos que la habitación del tesoro con el oro se halla en la esquina sudoeste. Cuando Harker mira hacia el exterior desde la ventana de la torre sudoeste (el 10 de mayo), anota: «Vi que me hallaba en la esquina sudoeste del castillo, y desde allí podía ver su ala este, donde estaba mi dormitorio. También divisaba las ventanas que había dejado abiertas allí». Puesto que Harker no puede ver a través de las paredes, la conclusión lógica es que su dormitorio se encuentra en la esquina sudeste. La habitación de la condesa está en la misma esquina, pero mucho más arriba: el conde menciona que Harker puede ver el mismo barranco que veía su joven amante, pero que la caída desde la habitación de la condesa resulta mucho más dramática.

En la siguiente esquina, en sentido opuesto a las agujas del reloj, se alzaría la torre principal. Esta fortificación debe de ser una estructura impresionante, ya que Harker puede verla tanto desde su dormitorio como desde la sala de estar, que tiene ventanas que dan al patio.

En la esquina noroeste, por último, debe de encontrarse la biblioteca: cuando Harker entra por vez primera en ella (alrededor de las cinco de la tarde), percibe que se trata de una estancia amplia situada en una esquina, en la que brilla el sol. Tras su larga excursión de exploración del 10 de mayo, se sienta allí y contempla la puesta de sol antes de tomar la decisión de subir a la habitación más alta de la torre sudoeste para tener una vista aún mejor. La biblioteca, por lo tanto, ha de tener ventanas que dan al oeste.

Harker no dice que la biblioteca tenga un rincón redondeado, por lo que al parecer la esquina noroeste solo es circular en su base. Tampoco el dormitorio de Harker es redondeado, así que la habitación circular de la condesa puede ser parte de una torre que se proyecta desde la fachada en su parte superior.

Por todo lo anterior podemos concluir que la sala de estar debería hallarse en el ala este, en la cuarta planta. Delimita tanto con la biblioteca, en el ala norte, como con las habitaciones privadas del conde, que deben de estar en el ala sur. También da acceso al pasillo y la escalera (que bajan al vestíbulo de entrada y suben a la galería). Finalmente, pasando por la habitación de planta octogonal, enlaza con el dormitorio de Harker en la esquina sudeste. Todos estos criterios definen su forma y localización.



El pasillo secreto que conduce a las escaleras secretas empieza justo enfrente del dormitorio de Harker. Recibe algo de luz a través de dos ventanas, por lo que debe de estar junto a un muro exterior.

El plano siguiente concuerda con toda esta información de la forma más simple que he sido capaz de concebir; de hecho, no se me ocurrió ninguna otra solución lógica.

7. LA CORNISA DEL MURO SUR

Al mirar hacia afuera desde la ventana de su dormitorio, Harker puede ver a dos personas diferentes reptando o caminando por un saliente de un muro exterior. Harker describe cómo esas figuras humanas se mueven entre la «torre oeste» y la «torre este», refiriéndose a la torre de la esquina sudoeste y a la de la esquina sudeste, donde se encuentra su propio dormitorio. Igual que en *Drácula*, el saliente recorre la fachada sur, que Harker denomina la parte trasera del castillo. La parte frontal es la fachada norte, donde encontramos la torre principal y el puente levadizo sobre la cascada, la entrada habitual al castillo.

Al saliente puede accederse a través de una ventana de la torre sudoeste. Al parecer, no se trata de la misma ventana a la que Harker se asoma el 10 de mayo, cuando observa a la familia de campesinos: después de eso, sigue buscando la ventana correcta. Solo la encuentra cuando baja por las escaleras secretas, sigue un túnel en dirección oeste y llega a las mismas escaleras, pero en un punto por debajo del balcón desde el que se ve la capilla.

8. LA CAPILLA Y LA CRIPTA

Entiendo que la capilla (en el ala oeste) está al mismo nivel que el vestíbulo de entrada (en el ala este): una planta baja elevada. Por debajo se halla la cripta con los sarcófagos de piedra, que recibe luz a través de ventanas situadas en lo alto, y cuyo suelo está bajo tierra. La capilla podría ser muy alta, de modo que el balcón que da a ella se encuentre en la tercera planta; desde allí, Harker sigue la escalera hasta la cuarta planta y llega al pasillo de suelo de roble. Por lo tanto, la ventana que da a la cornisa podría estar entre el segundo piso y el tercero, de modo que Harker no la vio al subir desde el balcón hasta la cuarta planta.

9. AMPLIANDO LOS DETALLES

Ahora estamos en condiciones de llenar los demás detalles. Por ejemplo, Harker sospecha que la chica rubia se escabulle a través de una puerta secreta en la biblioteca. He creado una salida secreta extra para ella, que está escondida a los ojos de Harker cuando el conde abre la puerta de la biblioteca.

El pasillo junto a la sala de estar recorre el ala este, mientras que la galería de los retratos se halla en la fachada sur. Puesto que hay varios pisos entre ellas, contamos con una miríada de posibilidades para imaginar rutas que conecten ambas estancias.

El templo de los sacrificios es subterráneo. Lo imagino en el ala sur, dejando aún espacio para los túneles hacia el oeste y hacia el este que empiezan en un vestíbulo

conectado a las escaleras secretas. Pero si pensamos en más de un nivel subterráneo, las posibilidades se multiplican.

10. ¿IZQUIERDA O DERECHA?

Hasta ahora, parece posible crear los planos del sótano, de la planta baja elevada, la cuarta planta y el último piso, sin caer en contradicciones guiadas por la lógica. Por lo tanto, sospecho que el autor o los autores de *Makt Myrkranna* tenían en mente un modelo coherente del castillo mientras escribían la novela. Tal vez incluso había bocetos de los planos, como los que he deducido a partir del texto.

Solo hay una cosa que continuaba confundiéndome: cuando la mañana del 10 de mayo Harker mira desde su dormitorio, escribe que a su izquierda y a su derecha ve sendas torres. La de su izquierda sería aquella desde la que la misteriosa silueta había salido, reptando por la cornisa como un gato. Ya sabemos que debía de tratarse de la torre sudoeste, pero si Harker estaba mirando desde la ventana de su habitación, la torre sudoeste tiene que estar a su derecha, mientras que la torre principal ha de quedar a su izquierda.

Podría tratarse de un simple error de redacción, aunque también podría haber un motivo más elegante: Harker escribe en su diario la anotación correspondiente al 10 de mayo mientras está en la biblioteca, en el ala norte, contemplando la puesta de sol, antes de subir al último piso de la torre sudoeste. Sentado en esa posición, la torre sudoeste está efectivamente a su izquierda, mientras que la torre principal queda a su derecha: por lo tanto, la descripción de Harker es lógica y coherente desde su perspectiva mientras está escribiendo.

11. ECHA UN VISTAZO A LOS PLANOS EN NUESTRA PÁGINA WEB

Comoquiera que sea, la parte de la novela ambientada en Transilvania puede disfrutarse mucho mejor si somos capaces de imaginar las aventuras de Harker a través de las tres dimensiones espaciales. No obstante, y aun con la ayuda de lo hasta aquí expuesto, el lector puede tener dificultades para construir mentalmente este modelo virtual. Por esa razón he realizado los planos de las cuatro plantas de las que he hablado aquí. Pienette Coetzee, joven artista de Múnich que estudió Artes Gráficas en la Universidad de Stellenbosch, Sudáfrica, los ha recreado en un estilo que concuerda con la estructura medieval y ruinosa que Harker describe. Se pueden ver en la página web de mi proyecto: <www.powersofdarkness.com>.

Disfruten.

LOS PODERES
DE LA
OSCURIDAD

PREFACIO DEL AUTOR^[71]

A medida que el lector vaya leyendo esta historia advertirá que los acontecimientos que se exponen han sido ordenados para obtener un conjunto lógico. No he tenido que hacer nada aparte de eliminar pequeños detalles que no afectaban a la historia, y dejar que las personas involucradas^[72] relaten sus experiencias de la misma forma en que lo hicieron en el momento de escribir estas páginas. Por razones obvias, he cambiado los nombres de personas y lugares^[73]. Por lo demás, no he alterado el manuscrito en modo alguno, de acuerdo con los deseos de quienes han considerado su solemne^[74] deber presentarlo ante los ojos del público.

Estoy totalmente convencido de que los acontecimientos aquí descritos *tuvieron realmente lugar*^[75], por muy increíbles e incomprensibles que puedan parecer si se comparan con experiencias más comunes. Y estoy aún más convencido de que deben permanecer incomprensibles hasta cierto punto, si bien no es inconcebible que los continuos avances en psicología y en ciencias naturales puedan de repente^[76] proporcionar explicaciones lógicas para estos y otros acontecimientos igualmente extraños, que, hasta el presente, ni los científicos ni la policía secreta^[77] han sido capaces de comprender.

Enfatizo de nuevo que la misteriosa tragedia que aquí se narra es *completamente cierta por lo que respecta a los acontecimientos*, aunque, por supuesto, en algunos puntos he alcanzado una conclusión diferente de la que sostiene la gente que la está contando^[78]. Pero los hechos en sí son irrefutables, y es tanta gente la que los conoce que no es posible negarlos. Esta serie de crímenes aún no se ha borrado de nuestra memoria. Resultan incomprensibles, parecen tener el mismo origen y en su momento^[79] provocaron tanta repugnancia en gente de todo el mundo como los crímenes de Jack el Destripador, que ocurrieron poco después^[80]. Algunos todavía recordarán a los notables extranjeros^[81] que durante varias temporadas consecutivas^[82] tuvieron un papel deslumbrante en los círculos aristocráticos de aquí, en Londres, y algunos probablemente recordarán también que al menos uno de ellos^[83] desapareció de repente y de forma inexplicable, y que jamás se ha vuelto a encontrar su rastro^[84].

Todos aquellos^[85] que, queriéndolo o no, han tomado parte en esta notable historia son reconocidos y respetados. Tanto Thomas Harker y su esposa (que es una mujer extraordinaria) como el doctor Seward son amigos míos^[86] desde hace muchos años y nunca he dudado de que digan la verdad; y el muy respetado científico, que aparece aquí con pseudónimo, es^[87] del mismo modo muy conocido por su verdadero nombre (que prefiero no mencionar)^[88] en todo el mundo educado como para permanecer oculto del público^[89], en especial de aquellos que han aprendido de primera mano^[90] a apreciar y respetar su mente brillante^[91] y sus magistrales logros, aunque no compartan sus puntos de vista sobre la vida más de lo que yo mismo lo hago. Pero en estos tiempos ha de quedar claro para todo aquel que piense con seriedad que...

Hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que sueña tu filosofía^[92].

Londres, calle..., agosto de 1898^[93]

B. S.

PARTE I

El castillo en los Cárpatos^[94]

CAPÍTULO UNO

Diario de Thomas Harker^[95]

(en taquigrafía)

BISTRITA, 3 DE MAYO

Finalmente llegué aquí después de cruzar Europa en tren a toda velocidad. Salí de Múnich a las 8.30 de la tarde del 1 de mayo, y llegué a Viena a la mañana siguiente. De allí a Budapest, una ciudad extraña, aunque apenas pude verla. Sentí como si en ese punto estuviera despidiéndome de Occidente y de la civilización occidental, a medida que la cultura oriental surgía a mi encuentro. Pasé la noche en Klausenburg; llegué allí ayer por la tarde, cuando ya había oscurecido y continué viaje hacia el desfiladero del Borgo esta mañana en la diligencia del correo^[96]. Hoy he recorrido un paisaje montañoso, muy diferente de las llanuras de Hungría. Veía aquí y allá una aldea o un castillo en lo alto de las colinas, y, de vez en cuando, la carretera cruzaba ríos de aguas caudalosas. En las paradas de la diligencia veía a numerosos campesinos con los atuendos más variopintos; ojalá hubiera tenido tiempo de dibujar a algunos de ellos. Los que me resultan más curiosos son los eslovacos: visten pantalones amplios con camisa y cinturón. Llevan el cabello largo hasta los hombros y sus ojos son negros y feroces, lo que les hace parecer peligrosos. Por lo demás, sin embargo, dan la impresión de ser inofensivos.

Mientras aguardaba en Londres las instrucciones de mi jefe, no olvidé visitar el Museo Británico para aprender algo sobre Transilvania consultando algunos libros y mapas, puesto que hasta ese momento no sabía nada de ese lugar. Averigüé que mi destino se hallaba en la zona oriental del país, en algún punto de los montes Cárpatos, cerca de las fronteras entre Transilvania, Moldavia y Bukovina^[97]; en otras palabras, en una de las regiones más remotas y menos conocidas de Europa. Como los mapas que hacen en Transilvania no pueden compararse con los de la Oficina de Guerra^[98] en Inglaterra, fui incapaz de localizar en ninguno de ellos el castillo de Drácula. La ciudad más próxima es Bistrita^[99], y el castillo está cerca del desfiladero del Borgo^[100]. La población de Transilvania es una colorida mezcla de varias naciones, igual que la de Hungría (al menos, según los expertos del Museo Británico). Dicen que el país es un crisol de alemanes, valaquios, magiares, checos, eslovacos, gitanos, eslovenos y Dios sabe cuántas otras gentes diferentes más^[101]. Las religiones son casi tan numerosas como las etnias, y, aparte de eso, el semicírculo^[102] de los Cárpatos, por así decir, acoge todas las supersticiones y creencias^[103] de este mundo, junto con montones de cuentos oscuros, mitos arcaicos y costumbres heredadas durante siglos^[104]. Aquí, en tiempos remotos, las tribus se encontraban entre sí cuando todavía iban de un lugar a otro, y hoy la cultura occidental y el ocultismo del Este todavía confluyen como dos ríos en este lugar, formando un vórtice en el que mucho de lo que en cualquier otro lugar hace tiempo que se perdió en el olvido aquí aún se arremolina cerca de la superficie, y emerge cuando menos lo esperamos. Todo esto resulta muy interesante, pero por desgracia estoy demasiado metido en mi papel de abogado^[105], por lo que enfrascarme en semejantes estudios, ya sea sobre el país en sí o sobre su historia, no es mi punto fuerte. Quién sabe, tal vez el conde esté en condiciones de ilustrarme al respecto.

El conde me había hecho llegar instrucciones detalladas sobre cómo organizar mi viaje, y en ellas me recomendaba la casa de huéspedes Corona Dorada, que considera el mejor lugar en el que alojarme en esta zona^[106]. Seguí las direcciones que me había facilitado y pronto descubrí que me estaban esperando, pues nada más entrar fui recibido por una mujer de avanzada edad y rostro agradable que vestía ropas

ordinarias de campesina. Se inclinó en una reverencia y me preguntó en un alemán más o menos comprensible si yo era «el caballero inglés». Respondí que sí y le dije mi nombre. Me estudió con atención y después le dije algo a un hombre que estaba en otra habitación. El hombre apareció al punto con una carta en su mano, e inmediatamente reconocí la letra del conde, que es muy llamativa. Estaba escrita en inglés, igual que las cartas que había enviado al bufete donde trabajo, y en ella ponía lo siguiente:

¡Querido señor!

Bienvenido a los Cárpatos. Le espero con ansia. Mañana, a las siete de la tarde, la diligencia sale de Bistrita hacia Bukovina y le he reservado un pasaje en ella^[107]. Mi carroaje le estará esperando en el desfiladero del Borgo para traerle a usted a casa. Espero que el viaje no le haya resultado demasiado cansado, y que disfrute de su visita a nuestro hermoso país, ya que va a quedarse aquí una temporada, para beneficio de ambos.

Y soy su amigo^[108],

DRÁCULA^[109]

Todo eso suena bien. Cada vez siento más curiosidad, pues no ocurre todos los días que uno pueda conocer a un noble^[110] de Hungría (o de Transilvania, más bien) que vive en un viejo castillo en unas montañas remotas en el extremo del mundo civilizado y que, sin embargo, escribe cartas en un inglés inmaculado con toda la cortesía de las gentes bien educadas, al tiempo que negocia con abogados y agentes inmobiliarios la compra de una casa en el corazón de Londres^[111]. Un hombre así necesariamente ha de ser extraordinario.

BISTRITA, 4 DE MAYO

Anoche no logré conciliar el sueño pese a lo mucho que lo necesitaba después de semejante viaje, pero fue como si todos los perros de la ciudad hubieran acordado reunirse bajo mi ventana y aullar a la vez, provocando un ruido insoportable. Al final, me sentía tan agotado que me quedé dormido, pero solo para despertar de nuevo poco después al oír que algo arañaba la ventana. Aparté la cortina y descubrí que un murciélago se había posado en el alféizar, y cuando me acerqué alzó el vuelo y se alejó^[112]. El estruendo de ladridos y aullidos continuaba igual que antes, de modo que no conseguí volver a dormir hasta el amanecer.

Cuando nos sentamos para desayunar, el dueño del hotel me dijo que había recibido una carta del conde pidiéndole que me consiguiera el mejor asiento en la diligencia. Y también había incluido dinero para pagar el pasaje. Pregunté al dueño y a su esposa con la esperanza de obtener alguna información sobre el conde, pero se mostraron muy reticentes a contarme nada sobre él, aparte de que era rico (o que se decía que lo era) y que solo lo habían visto de pasada, pues raras veces iba a la ciudad. Si soy sincero, me costaba comprender el pobre alemán en que me hablaban.

Cuando mencioné lo de los ladridos de los perros y el murciélago, me di cuenta de que intercambiaban una mirada furtiva y se santiguaban disimuladamente. En este país la superstición está muy arraigada, y lamento no saber más cosas de esta gente y de su manera de pensar. Sería interesante explorar las ingenuas creencias que aquí son tan aceptadas, aunque la gente moderna (como yo) las tildaría de cuentos de viejas, puesto que son reminiscencias de tiempos paganos y forman parte de las costumbres de una época ya pasada.

Más tarde conocí a un profesor sajón que dedicó parte del día a enseñarme la ciudad. Cuando le pregunté sobre el conde Drácula, se mostró sorprendido al escuchar que iba a encontrarme con él y que me alojaría en su propiedad durante dos semanas, porque, según me dijo, el conde era conocido por vivir aislado, evitando el contacto con otras personas, y nunca había oído que invitase a alguien a visitarlo en su hogar.

—Sin duda se contarán muchas historias sobre él —dije—, puesto que la gente suele burlarse de quienes no atan sus fardos del mismo modo que sus compañeros de viaje^[113].

Me dijo que era cierto que había muchos rumores sobre el conde, pero que ninguna persona razonable daría credibilidad a semejantes disparates. Aparte de eso, no tenía nada que decir sobre el conde, excepto que había nacido en el seno de una de las familias más antiguas e importantes del país, en la que (debido a la calidad innata de su linaje)^[114] los hombres eran los más valientes y las mujeres las más hermosas, y a unos y a otras se les habían dedicado poemas desde hacía siglos. El profesor no sabía si el conde tenía hijos, pero sí que se había casado tres veces y había perdido a todas sus esposas^[115].

Cuando regresé a la casa de huéspedes para preparar mi marcha, la casera, que parecía muy angustiada, se presentó ante mí y me dijo:

—¿De verdad va usted a ir?

Se encontraba en tal estado de preocupación que olvidó el poco alemán que sabía y farfulló en otra lengua de la que fui incapaz de entender una sola palabra. Cuando le dije que tenía que ir porque tenía un asunto importante que cerrar con el conde, me miró fijamente y luego me preguntó, con tono solemne:

—¿Entonces no sabe usted qué día es hoy?

Contesté que era el cuatro de mayo, cosa que era cierta, pero ella negó con la cabeza y prosiguió:

—Sí, ya lo sé, pero ¿sabe usted qué *clase* de día es hoy?

Tuve que decirle que no comprendía a qué se refería, a lo que me respondió con urgencia:

—Pero ¡de qué parte del mundo es usted, joven, que no sabe que hoy es la víspera de San Jorge!^[116], cuando todos los espíritus malignos quedan libres^[117]! —Se santiguó—. ¿Sabe usted adónde se dirige... y lo que podría ocurrirle allí? Hágale caso a una anciana que desea su bien. No siga su viaje hasta mañana por la mañana; es un pecado tentar a Dios y arriesgarse voluntariamente a la perdición.

Las lágrimas corrían por sus mejillas, y de pronto se puso de rodillas y empezó a hacer aspavientos y a suplicarme en nombre de la Sagrada Virgen María, y de un buen número de otros hombres santos cuyos actos en realidad no conozco, que retrasase mi partida durante dos días. Si soy sincero, empezaba a sentirme incómodo ante su actitud, pero, por supuesto, no creo en semejantes tonterías. La ayudé a incorporarse, limpié sus lágrimas y le dije con semblante serio que tenía que marcharme, que era mi obligación hacerlo. Cuando logró recomponerse, cogió un rosario que llevaba al cuello y me lo ofreció. Yo no supe qué hacer; como miembro de la Iglesia de Inglaterra^[118], me han enseñado desde pequeño a desdeñar tales juguetes sagrados, pero no deseaba ofender a aquella buena mujer. Al percatarse de mi indecisión, ella puso fin a la discusión colocando el rosario en mi cuello, y, con voz temblorosa, me dijo:

—Hágalo por su madre.

Tras lo cual, salió de la habitación.

La superstición es contagiosa como una plaga. No me siento bien. He estado escribiendo esto para serenarme mientras espero la diligencia, pues llega con retraso. Me irrita que eso signifique que los caballos del conde también tengan que esperar. Ahora escribiré una carta a mi Wilma^[119], que probablemente la sorprenderá. ——

CASTILLO DE DRÁCULA, 5 DE MAYO, POR LA MAÑANA

En el exterior parece pleno día y solo son las cuatro de la madrugada^[120]. Aún no me he acostado, estoy completamente despierto; ahora no podría conciliar el sueño, así que podría muy bien dedicarme a escribir, ya que el conde ha dicho que puedo descansar todo el tiempo que quiera después de un viaje tan largo.

Cuando subí a la diligencia del correo que iba a llevarme al desfiladero del Borgo, el conductor todavía no estaba en el pescante, pues se había puesto a parlamentar con la casera y un grupo de gente. Me dio la impresión de que estaban hablando de mí, ya que me lanzaban miradas de sorpresa y compasión. Como solo pude captar algunas palabras sueltas, saqué del bolsillo mi diccionario y busqué aquellas que había logrado oír mejor. No eran muy agradables: unos y otros intercambiaban palabras como *diablo*, *infierno*, *monstruo* y otras similares, y sospeché que se referían a mi futuro anfitrión, el conde. Cuando nos pusimos en marcha, en la casa de huéspedes se había reunido toda una multitud y todos realizaban el signo de la cruz con los dedos apuntando hacia mí, hacia mí, que era inocente como un niño, que no había hecho nada malo. Le pregunté por la razón de ese gesto a uno de mis compañeros de viaje, que hablaba alemán, y me explicó que no pretendían ofenderme. Al contrario: ¡pretendían protegerme y rezaban por mí! Entonces el conductor arreó a los caballos y pronto olvidé todos los parabienes y los malos presagios para concentrarme en la contemplación del paisaje. Las colinas se desplegaron ante nosotros, cubiertas de hierba y arboledas, y en sus laderas vimos granjas con sus hastiales sin ventanas, mirando hacia la carretera. A lo largo de la ruta que seguimos, que atravesaba innumerables curvas entre los altozanos, me fijé en un manzano en flor y muchos otros árboles frutales. El conductor dirigía a los caballos como si su vida dependiera de ello, pasando sobre rocas y baches. Las obras de reparación de la carretera, que siempre se hacen en primavera, todavía no se habían llevado a cabo, por lo que el camino estaba en malas condiciones^[121].

Más allá de las colinas, los picos rocosos de los Cárpatos se alzaban por encima de los oscuros bosques^[122]. Muy pronto nos rodearon, resplandeciendo bajo la luz del

sol con los colores más vivos, mientras a lo lejos distinguíamos glaciares azulados. Nos cruzamos con granjeros con los más variados atuendos, y fui testigo de cosas que nunca antes había presenciado, como la colocación de almias en las copas de los árboles para que se secasen.

A medida que la oscuridad se aproximaba, aumentaba el frío. Incluso vislumbramos nieve en las quebradas y los pasos de montaña. A veces el camino era tan empinado que hubiera querido apearme y caminar, como es costumbre en Inglaterra, pero el conductor se negó de forma rotunda, diciendo:

—No, no baje del carro. No es seguro... perros asilvestrados.

Salvo para encender las luces, no detuvo la marcha en ningún momento.

Cuanto más oscurecía, mayor era la aprensión que parecía dominar a mis compañeros de viaje cuando hablaban con el conductor, y, por lo que llegué a entender, le pedían que fuera más rápido, y él se esforzaba por conseguirlo, haciendo chasquear brutalmente el látigo hacia los caballos como el peor de los carniceros y lanzando agudos silbidos urgiéndolos a correr aún más.

De repente, el cielo se despejó frente a nosotros, como si las montañas se hubieran abierto, y, sin embargo, eran ahora más escarpadas a ambos lados de la carretera. Noté a mis compañeros de viaje más tensos de lo que ya lo habían estado. Allí la carretera estaba en mejor estado y nuestra marcha era aún más rápida, hasta el punto de que tuve que agarrarme para no salir despedido. No soy cobarde, pero me pareció una locura avanzar a ese ritmo en la oscuridad. Entonces me dijeron que estábamos atravesando el desfiladero del Borgo, y, como para hacer aquel momento más ceremonioso, mis compañeros comenzaron a ofrecerme extraños regalos, como ramas de rosales, ramitas de serbal, flores blancas, crucifijos y otras pequeñas baratijas. No tuve ánimos como para rechazarlos, pero poco a poco intenté deshacerme de buena parte de las ofrendas, pues no conseguía imaginar qué uso podría dar a semejantes cosas. Entendí, no obstante, que su objetivo era protegerme de los ataques y malas artes del Diablo. La diligencia avanzó con la misma rapidez vertiginosa de antes, y, mientras tanto, mis compañeros se revolvían en sus asientos como si estos quemasesen y miraban en todas direcciones, lo que acabó por ponerme nervioso a mí también. Les pregunté si había algo a lo que temer, pero me contestaron tonterías y frases murmuradas que no pude comprender. Cuando salimos del desfiladero y el camino empezó a descender, el conductor tiró de las riendas y detuvo el vehículo. Aunque todavía estaba tras las montañas, la luna había salido e iluminaba el terreno que nos rodeaba.

Empecé a preocuparme por si el conde no había enviado su carroaje a recogerme, y el conductor insistió en que nadie vendría. Me aconsejó que regresase con él a la ciudad y que volviese allí al día siguiente, o cualquier otro día.

Mientras discutíamos sobre ello, los caballos se pusieron nerviosos y levantaron las orejas, relinchando y retrocediendo. Al conductor le costó mantenerlos a raya. Algunos de mis compañeros de viaje chillaron y nombraron a varios santos, otros se santiguaron y sujetaron con fuerza sus crucifijos.

En medio de ese caos, una anticuada calesa llevada por cuatro espléndidos sementales negros avanzó hasta nosotros^[123]. Sus arneses mostraban adornos de plata y uno no podía evitar pensar que deberían estar en un museo y no sobre aquellos caballos magníficos. El conductor era un hombre alto con una larga barba negra. No

llevaba uniforme, sino alguna especie de vestido típico del país, con un sombrero de fieltro de ala ancha que solo dejaba a la vista la parte inferior de su rostro. Percibí, sin embargo, que sus ojos parecían ser rojos a la luz de los faros. He visto ojos así en otras personas, y siempre resultan inquietantes. Como ya mis ánimos estaban bajos como consecuencia del viaje agotador y de la conversación con mis compañeros, hubiera preferido que mi nuevo guía fuese algo menos extraño.

—Esta noche has viajado muy rápido, amigo mío —dijo el recién llegado al conductor de la diligencia, en alemán^[124].

—El caballero inglés tenía prisa.

—Y por eso le has aconsejado que regrese contigo. Tengo buen oído y no se me engaña con facilidad. Además, mis caballos son veloces^[125]. —Soltó una carcajada que mostró sus dientes, blancos como la nieve—. Dame el equipaje del caballero —añadió, y con la ayuda de todos los ocupantes de la diligencia, mi equipaje pasó en un momento de un vehículo a otro. Entonces me apeé y el conductor me ayudó enérgicamente a subir a la calesa. Al instante volvió al pescante y cogió las riendas, y partimos con premura. Miré hacia atrás y vi que los que hasta entonces me habían acompañado en el viaje habían bajado de la diligencia y me observaban mientras me alejaba, santiguándose de nuevo.

Cuando quedaron fuera de la vista, sentí una punzada de temor y una sensación de soledad, como si hubiera dejado atrás el mundo civilizado y hubiese penetrado en un reino de oscuridad en el que cualquier cosa era posible. Las supersticiones de los otros viajeros me habían afectado más de lo razonable, y para calmarme tuve que recurrir a mi sentido común y mi capacidad de autocontrol. No paré de decirme que no era un aventurero haciendo frente a fantasmas y demonios, sino el tranquilo de Thomas Harker, un respetable letrado y futuro miembro del colegio de abogados, actualmente asistente en el bufete del señor Peter Hawkins^[126], quien me había enviado a Transilvania para finalizar el contrato de compra de una propiedad en Londres por parte del conde Drácula. También pensé en mi prometida, Wilma; acababa de escribirle una carta, y al visualizarla a ella y nuestra vida en común pude por fin recuperar la calma. Comencé a sentir deseos de explorar nuevos caminos en la finca del conde.

Encendí un cigarro y al cabo de un momento la calesa se detuvo. El conductor dejó su asiento y vino hacia mí para taparme los pies y las piernas con una manta hecha de pieles. También me cubrió de cintura para arriba con un abrigo, mientras me decía, en perfecto alemán:

—La noche es muy fría en las montañas, y el señor conde me dijo que me asegurase de que no pasaba usted frío. Bajo su asiento hay una botella de licor de cereza, por si le apetece entrar en calor.

Le di las gracias y regresó al pescante para coger de nuevo las riendas.

Estaba medio adormilado cuando sentí que de pronto el vehículo realizaba un giro completo. Quizá solo fueran imaginaciones mías, pero me pareció muy real. Instantes

después encendí una cerilla y alumbré mi reloj: faltaban escasos minutos para la medianoche. Recordé entonces algunas de las cosas que la mujer de la casa de huéspedes me había dicho, pero lo deseché con una carcajada, me cubrí con el abrigo y traté de dormir.

En cuanto cerré los ojos, empero, oí ladridos de perros procedentes de una granja cercana, y unos minutos después los oí desde otra dirección, y luego otra vez, en la lejanía, hasta que todo se llenó de quejidos y ladridos, unos próximos y otros distantes, y todos aumentaban de volumen a medida que el viento soplaban cada vez con mayor fuerza. Ya no me resultaba posible dormir, menos aún ahora que los caballos empezaban a mostrarse agitados. El conductor les hablaba con voz suave para tranquilizarlos, diciéndoles algo que yo no podía entender. El viento se volvió feroz, y no podía oírse nada aparte de su propio sonido en el bosque y el ululato ocasional de algún búho en lo alto de un árbol. Entonces se escucharon otra vez los ladridos, seguidos por un violento alarido que me dejó petrificado.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunté al conductor.

—Son lobos, señor. En estas montañas hay lobos —dijo—. Esta noche han salido a cazar, pero puede estar tranquilo: a *nosotros* no nos harán nada.

No obstante, los caballos no parecían tan seguros, pues ahora se mostraban rebeldes y coceaban como si estuvieran asustados. Me fijé en que el conductor tenía que hacer gala de toda su fuerza para mantenerlos bajo control. La calesa estuvo a punto de volcar, lo que me habría arrojado a mí al barranco que intuía en la oscuridad más allá del camino. Me preparé para saltar hacia el lado opuesto y ponerme a salvo, pero el conductor logró por fin hacerse con el control y detener el vehículo. Desmontó el arnés y fue hacia los caballos, los acarició y les habló en susurros, como hacen los domadores, y pronto se mostraron dóciles como corderos. El hombre volvió entonces al pescante y continuamos.

No mucho más tarde salimos del bosque y avanzamos entre altísimas paredes de roca. Allí estábamos a cubierto del vendaval, pero me di cuenta de que la tormenta continuaba cogiendo fuerza, y pronto se volvió salvaje^[127]. Apenas se oían ahora los ladridos del valle que acabábamos de cruzar, pero los aullidos de los lobos eran más fuertes que antes y parecían rodearnos por completo.

No estaba asustado, pero tampoco me sentía tranquilo. Deseé tener conmigo algún rifle, pues me habría gustado poder darle a Wilma dos o tres pieles de lobo como regalo de boda. No pude evitar reírme al pensar en los cazadores que conozco, que se habrían sentido felices de pasar un mes en esta región^[128].

De repente me di cuenta de que el conductor escudriñaba entre los árboles en todas direcciones, y al fijarme me pareció distinguir, no muy lejos de nosotros, una especie de resplandor azulado. Obviamente, el conductor también lo había detectado. Saltó del pescante y se internó en el bosque. El resplandor parecía estar cerca del camino, y vi con claridad lo que el hombre estaba haciendo: estaba construyendo un mojón^[129]. — — —

Cuando la calesa se detuvo comprendí que debí de quedarme dormido un momento^[130]. El conductor no estaba, y tardaba más que en las ocasiones anteriores, y al cabo de un rato los caballos comenzaron a inquietarse. Eso me desconcertó, sobre todo porque ya no se oía a los lobos. Al poco estaban tan alterados que cogí yo mismo las riendas, y estaba a punto de aparearme para tratar de calmarlos cuando de pronto la luna salió entre las nubes y vi que cuatro, cinco, seis enormes lobos se acercaban sigilosamente por el camino, con las fauces abiertas y las lenguas colgando. En un gesto impulsivo, me llevé la mano al bolsillo en busca de mi revólver, pero por la mañana lo había puesto en mi maletín^[131]. No tenía nada con lo que defenderme aparte del látigo, que apenas podía utilizar, pues ya bastantes problemas tenía para controlar a los caballos. Poco dispuesto a quedarme sentado, grité *¡Hola!* Con todas mis fuerzas y el eco propagó mi voz por todo el bosque. A los lobos no pareció gustarles. Entonces oí que el conductor decía algo que no alcancé a oír, y cuando miré hacia un lado lo vi gesticulando hacia los lobos, que se retiraron avergonzados y con el rabo entre las piernas.

—¿Cómo ha podido marcharse en una situación así? —le grité—. Poco ha faltado para que tuviéramos un accidente. No hubiera podido controlar a los caballos mucho más tiempo.

—Ya le dije que no había nada que temer, por mucho que los caballos sean jóvenes y les falte experiencia. Soy un viejo cazador, los lobos no nos causarán ningún daño. Ya ha visto cómo los he espantado. Sé cómo tratarlos, no se atreven a atacarme. De todos modos, cuando la noche es tan oscura hay cosas mucho peores en el bosque. Intente dormir; pronto llegaremos al castillo^[132].

Me lo tomé al pie de la letra y estoy seguro de que volví a quedarme dormido^[133]. Cuando la calesa se detuvo de nuevo la luz de la luna iluminaba con claridad un gran patio cercado por un muro alto que en algunos puntos había empezado a resquebrajarse.

7 DE MAYO, POR LA MAÑANA

C
ontinuaré por donde me quedé para relatar los acontecimientos de los últimos días^[134].

Aunque todavía no lo he visto a plena luz del día, el patio del castillo se me antoja inusualmente grande.

A mi llegada al castillo, el conductor me ayudó a bajar de la calesa, y de nuevo reparé en lo endiabladamente^[135] alto que era. Yo mido más de un metro ochenta y cinco^[136] y soy corpulento, pero tuve la impresión de que él podría tumbarme sin esfuerzo alguno. Cogió mi equipaje de la calesa y lo depositó a mi lado. Delante de mí había una escalinata de piedra que ascendía hacia una puerta con adornos grabados.

El conductor tiró de una cuerda para hacer sonar una campana y el sonido reverberó en la distancia. Entonces saltó de nuevo al pescante de la calesa, arreó a los caballos y en un instante desapareció a través de una abertura en el muro.

En el castillo no se oía ningún ruido, ni se veía luz alguna a través de las ventanas. Mientras permanecía allí, balanceándome sobre mis talones, consideré la posibilidad de despertar a los inquilinos llamando con fuerza con los nudillos a la puerta cuando oí pisadas desplazándose sobre el suelo de piedra del interior, y entonces la puerta se abrió.

Apareció una mujer de edad avanzada, vestida con lo que me pareció un traje típico de Hungría (o de algún otro país de la región). Hizo una reverencia, mirándome con una extraña sonrisa que me hizo sospechar que era sordomuda, como más tarde pude confirmar^[137]. Sin embargo, apenas me fijé en ella, pues al punto reparé en el hombre que estaba detrás, que captó toda mi atención.

Era anciano y alto, con el pelo blanco y un bigote largo y también blanco. Como la criada, vestía algún tipo de uniforme regional, de color oscuro y adornado con galones^[138]. Llevaba en la mano una antigua lámpara de plata, y antes de que yo alcanzase lo alto de la escalinata me saludó muy cortésmente en un inglés fluido en el que apenas se percibía su acento extranjero:

—¡Bienvenido a mi casa! ¡Entre libre y felízmente!^[139]

Cuando crucé el umbral, me tomó de la mano con vigor. Lo hizo con tal fuerza que me estremecí, sobre todo porque su mano era gélida y la sensación de frío me llegó hasta los huesos. Repitió su saludo, y aunque di por supuesto que era mi futuro cliente, me sentí obligado a preguntar:

—¿Conde Drácula?

Asintió y respondió con tono amable:

—Soy Drácula. Sí, por favor sea bienvenido, señor Harker. He estado esperando con impaciencia su llegada. Pero está cansado y frío; ha realizado un largo viaje durante la noche y sin duda no está acostumbrado. Le vendrá bien comer algo y descansar.^[140]

Le dirigió un gesto a la anciana y la mujer se apresuró a coger mi equipaje.

Lámpara en mano, el conde me guio hacia una pesada puerta de hierro, que abrió por completo. Entramos en una habitación bien iluminada, con una mesa ya dispuesta para la cena y un fuego ardiendo en la chimenea.

El conde pasó a una estancia de planta octogonal, desprovista de ventanas, y abrió una nueva puerta, tras lo que me invitó con un gesto a pasar a una amplia habitación que sería mi dormitorio. Sobre la mesa había dos velas encendidas en sendos candeleros de plata, y en el hogar chisporroteaba agradablemente el fuego.

—Está usted cansado —dijo el conde—. Imagino que querrá asearse un poco antes de cenar, así que le esperaré en el comedor.

Me aseé y regresé con rapidez al salón.

Ya habían servido la cena y el conde me indicó que tomase asiento.

—Por favor, coma cuanto quiera, pero discúlpeme por no acompañarle, yo ya cené hace un rato.

Le tendí la carta de mi jefe, el señor Hawkins. La leyó y me la devolvió con una sonrisa. Entonces la leí yo también:

Señor conde^[141],

Lamento profundamente no atenderle en persona, pero sufro de gota, lo que me impide temporalmente realizar cualquier tipo de viaje. Por fortuna he podido enviar a otra persona en mi lugar; alguien en quien confío plenamente, pues se trata de un hombre lleno de energía y muy trabajador. Es un abogado joven pero muy prometedor al que conozco desde que era niño, y que ahora trabaja como ayudante en mi bufete. Puedo garantizarle sin la menor duda que su competencia en este campo es excelente, y que es callado como una tumba. Por lo tanto, puede usted discutir con él cualquier particularidad legal relacionada con la compra de la propiedad. Le he informado bien, pero para preparar el viaje él mismo adquirió todos los conocimientos necesarios sobre el asunto en cuestión. Por ello, lo recomiendo fervientemente, y le saludo a usted humildemente,

PETER HAWKINS

El conde levantó la tapa de la bandeja que había sobre la mesa y me invitó de nuevo a tomar asiento. No fue necesario que me lo dijera por tercera vez, así que me senté y comencé a comer. Aunque tenía mucha pimienta, me pareció la mejor pechuga de pollo que jamás había probado^[142]. También había una generosa

ensalada, queso, pan y mantequilla, y una vieja botella de vino dulce Tokay^[143], todo lo cual sabía a ambrosía^[144], dado el hambre que yo tenía. El cansancio desapareció de mi cuerpo, y cuando mi cliente me ofreció un cigarro y sugirió que nos sentásemos en unos sillones junto a la chimenea, me sentí tan a gusto que podría haber pasado la noche entera charlando con él.

El conde se sentó a contraluz, directamente frente al hogar, lo que me dio una buena perspectiva para observarle. Sus facciones parecían muy marcadas, con los ojos hundidos bajo cejas muy espesas y una nariz que semejaba el pico de un buitre. Tenía una frente amplia que emergía de la cabellera gris que le llegaba a los hombros, un mostacho blanco que le cubría la boca, en la que detecté cierta dureza, o incluso crueldad, pero esa sensación desaparecía cuando hablaba o reía; dientes impecables, con la excepción de unos caninos inusualmente grandes^[145]; y manos elegantes y pálidas, aunque más velludas que las de cualquier otro hombre que hubiera conocido.

Hablamos de todo y de nada^[146]; incluyendo mi viaje hasta el castillo y también temas políticos de actualidad, sobre los que mi anfitrión demostró estar muy bien informado. También tocamos brevemente la razón de mi viaje, pero el conde dijo que lo trataríamos al día siguiente.

Se produjo una pausa en nuestra conversación, y cuando eché un vistazo hacia la ventana me di cuenta de que comenzaba a amanecer. Todo estaba en silencio, hasta que de repente oí el sonido de los lobos. Los ojos del conde resplandecieron como si reflejasen un relámpago, y brillaron como los ojos de una corneja.

—Escuche, escuche —dijo—, los hijos de la noche, ¡qué sonido más melodioso^[147]! —A mí los sonidos se me antojaban horribles, pero él se rio con suavidad y añadió—: ¡Oh, señor mío, ustedes los de ciudad no pueden comprender los sentimientos de un viejo cazador^[148]! —Entonces se incorporó y dijo—: Debe de estar cansado. Le pido perdón por haberle retenido tanto tiempo. Su dormitorio está listo, así que puede acostarse cuando quiera. Tenga la libertad de dormir hasta bien entrada la tarde, ha de recuperarse. Sucedé que debo salir y probablemente no estaré de vuelta hasta la noche. Siéntase a gusto. Que duerma bien y tenga buenos sueños.

Abrió la puerta e inclinó la cabeza cortésmente. Le di las buenas noches, pero no pude dormir hasta que el sol se hallaba ya muy alto.

Después de levantarme, bastante tarde^[149], repasé los acontecimientos del día anterior y me reí al pensar en lo peligroso que el relato de mi viaje le resultaría a Wilma cuando estuviera de vuelta en casa.

Eché un vistazo a la habitación. Los cortinajes de mi cama estaban hechos de gruesos tejidos, y en las paredes había colgados tapices que parecían ser muy valiosos. Por lo que respecta al mobiliario, solo había lo estrictamente necesario, pero todo ello era precioso y muy antiguo. El lavabo, por ejemplo, era inusualmente pequeño, pero estaba hecho de oro sólido^[150].

Cuando estuve vestido y listo, fui a la habitación donde cené la noche anterior. Se trataba de una sala amplia con más tapices en las paredes. En la mesa habían

dispuesto comida fría y vino, y al fijarme me di cuenta de que estaba dispuesta para un solo comensal. Descubrí una nota que me había dejado el conde, en la que decía:

He de ausentarme durante la mayor parte del día, pero confío en que pueda disculpar esta des cortesía, pues no puedo evitarla. Si prepara la documentación que ha traído, hablaremos a mi regreso.

Muchas gracias, D-a^[151]

Después de comer (la comida estaba buena, pese a haber sido cocinada y sazonada de un modo diferente del que estoy acostumbrado) busqué una campanilla con la que avisar a los criados, pero no encontré nada parecido. Entonces intenté abrir la puerta que daba al pasillo, y me sorprendió descubrir que estaba cerrada con llave. Las costumbres de este lugar se me antojan muy extrañas.

Todo estaba en silencio como una tumba. Me asomé a la ventana y vi que la anciana que me había abierto la puerta iba a coger agua. Eran entre las cuatro y las cinco de la tarde, así que volví a mi dormitorio y me concentré en revisar y ordenar la documentación de la compra de la propiedad. Después regresé al salón y traté de abrir dos de las otras puertas, pero ambas estaban también cerradas con llave. La tercera, en cambio, no lo estaba, y daba a una gran estancia iluminada por el sol. Al entrar comprendí que se trataba de la biblioteca del conde. Había largos estantes con libros, algunos de ellos aún escritos a mano, otros muy antiguos, que parecían versar sobre temas como astrología, alquimia^[152] y magia de la Edad Media. Estaban escritos en lenguas que no conocía, pero lo que más me sorprendió fue el gran número de libros escritos en inglés que encontré, viejos pero también nuevos, sobre temas tan variados como poesía, cuentos tradicionales y sagas, o publicaciones científicas y comunes libros de consulta. En todos ellos había marcas y comentarios en los márgenes que demostraban que habían sido leídos. Sobre la mesa había periódicos y revistas inglesas.

Me entretuve curioseando entre los libros y permanecí allí sentado hasta que anocheció. El crepúsculo fue el más precioso que jamás he presenciado, incomparable con cualquier otro que he visto en otros lugares, con la única excepción, quizás, de los que se ven en las Highlands escocesas^[153]. Pero cuando el sol se puso en el horizonte, todo cambió en un instante: el aire se volvió frío y húmedo, y los colores se desvanecieron con la trémula luz de la luna creciente. Las golondrinas desaparecieron y su lugar lo ocuparon los murciélagos, que son muy numerosos en esta zona. Uno de ellos se coló por la ventana, y como detesto esas criaturas me apresuré a cerrarla^[154].

Cuando me volví me sobresalté al descubrir que no estaba solo. Anochecía, y aunque no había tanta claridad como durante el día, el brillo de la luna era suficiente para iluminar la escena.

Junto a la mesa que había en el centro de la habitación había una mujer, esbelta y vestida con colores suaves. Apoyaba una mano en el respaldo de una silla, mientras con la otra sostenía un chal sobre su hombro. Era joven y su piel era pálida, y parecía estar observándome con curiosidad.

Incliné la cabeza y, con mi mejor alemán, le dije:

—Por favor, discúlpeme, señorita. Estaba esperando al conde^[155].

Cuando hablé, ella se acercó y me respondió también en alemán, embadurnado de un acento exótico:

—Usted es el extranjero al que esperábamos. Sea bienvenido. Este castillo es muy solitario, como también lo son estas montañas.

Su voz resultaba curiosamente clara. Tuve la impresión de que el sonido de sus palabras penetraba hasta tocar todos mis nervios, pero no podría decir si la sensación era placentera o desgradable. Lo único que sabía era que había acariciado algo en mi interior que hasta entonces nadie había tocado, y eso me aturdió un poco. Noté que los latidos de mi corazón se aceleraban, como si sufriera un acceso de fiebre^[156].

No suelo quedar abrumado ante la belleza femenina, al contrario, me considero más bien impasible y reservado, y desde que era niño no me he enamorado de nadie aparte de Wilma. Pero mientras contemplaba a aquella mujer y ella me hablaba, era incapaz de apartar mis ojos de su rostro.

Estaba frente a mí, bañada por la luz de la luna, y no puedo recordar haber visto antes chica alguna de tan sobrecogedora hermosura. No la describiré, pues las palabras no pueden hacerle justicia, pero diré que tenía el pelo rubio dorado, peinado en un moño. Sus ojos eran grandes y azules^[157]. Su vestido hacía pensar en los que lucían algunos iconos de belleza del cambio de siglo, como la reina Josefina^[158], y dejaba a la vista el cuello y la parte superior del pecho. En el cuello llevaba un collar de relucientes^[159] diamantes.

—Admire el paisaje —me dijo—. Dicen que nuestras montañas son hermosas. Y realmente lo son. Pero son muy áridas, demasiado. Aquí una vive como prisionera, deseando salir al mundo, al inmenso mundo... conocer gente. No hay nadie aquí, y a mí me encanta la gente. —Extendió la mano hacia delante al decir esto, como abrumada, y sus ojos parecieron centellear a la luz de la luna—. Me alegro de que haya venido usted. Parece atractivo y masculino; eso es una ventaja^[160] aquí en los Cárpatos. Será un placer para nosotros conocerle^[161].

No supe qué responder, pues me hallaba desconcertado; no deseaba otra cosa que abrazarla y besarla. Avancé hacia ella, pero desapareció en el momento en que el conde entró en la habitación con una lámpara en la mano. Debía de haberse deslizado furtivamente detrás de él, o haber salido por una puerta secreta de la habitación.

—Mi querido señor Harker, lamento muchísimo no haber podido estar con usted hoy. Debe de tener usted un mal concepto de la hospitalidad de este viejo hogar. Por desgracia, no he podido venir antes, y ahora le encuentro en esta oscuridad. Le pido disculpas: mis criados no están acostumbrados a tener huéspedes. Por favor, perdone lo primitivos que somos aquí en los Cárpatos. —Encendió las velas y cerró los postigos—. Espero que se haya recuperado del viaje. Me alegro de que haya encontrado la forma de llegar aquí, pues verá que hay muchas cosas que pueden ser de su interés. Estos libros —dijo, señalando los volúmenes ingleses— han sido mis amigos durante años, desde que empecé a pensar en ir a Londres, si surgía la oportunidad. Es gracias a ellos que sé algo de Inglaterra, su bello y poderoso país. Anhelo estar en Londres, con sus multitudes y su alboroto, sus actividades sin fin, todo lo que hace de esa gran ciudad lo que es. He vivido solo demasiado tiempo. Quiero conocer gente.

Era casi exactamente lo mismo que había dicho la chica, aunque percibí algo de crueldad en su voz. Por un momento tuve la sensación de estar contemplando a una bestia que acechaba a su presa, lo que me produjo escalofríos. El conde pareció notar que yo estaba un tanto desconcertado, porque sus extraños ojos orientales^[162] me observaron con intensidad desde debajo de sus cejas antes de decir, con un tono diferente:

—¿Qué tal le ha ido en mi ausencia?

Respondí que había dormido casi todo el día, a lo que él asintió y me aseguró que había sido buena idea quedarme en la cama hasta recuperar todas mis fuerzas.

—Pero ¿qué ha estado haciendo desde que se despertó?

Fui sincero y le dije que había organizado la documentación y descubierto que las puertas estaban cerradas con llave. Había sido por mera casualidad que había encontrado la biblioteca, y esperaba que él no estuviese enfadado porque hubiera entrado.

—¡No, no, en absoluto! Aquí usted siempre es bienvenido, y espero que pase en esta habitación la mayor parte del tiempo mientras se aloje en mi casa. También es mi habitación favorita. Le suplico que me perdone por cerrar con llave la puerta que da al pasillo, tengo la costumbre de hacerlo siempre. Por supuesto, es bienvenido a

recorrer nuestro castillo a su gusto. Desafortunadamente, la mayoría de las habitaciones están ahora vacías y lo han estado durante muchos años, mientras el polvo se posa sobre un montón de reliquias de tiempos antiguos. Sin embargo, algunas de las habitaciones están cerradas, por razones que a nadie atañen. Las casas viejas como esta contienen muchas cosas que los forasteros no deben ver, y espero que lo respete. Transilvania no es Inglaterra, hay mucho aquí que los británicos no comprenderían.

Hice una inclinación con la cabeza, para mostrar mi conformidad, pero me di cuenta de que me observaba de modo persistente.

—Ahora vivo aquí —dijo— como un viejo ermitaño en el hogar de mis antepasados. Vivo de recuerdos manidos, pero también atiendo a lo que sucede en el mundo exterior, aunque aquí, en este desierto rincón del planeta, apenas oigo el eco de los acontecimientos. Puede resultarle sorprendente que, a pesar de que tengo el pelo blanco, mi corazón es joven y quiere tomar parte en la vida más allá de los muros de este castillo, donde se forjan los destinos de las naciones y se libran las guerras de este mundo. Hubo una vez en la que participé en ese juego y pulsé algunas cuerdas. —Su voz se volvió gélida—: Gobernar, mi joven amigo, gobernar, es lo único por lo que merece la pena vivir, ya sea en la voluntad de las gentes, o en sus corazones^[163]. —Se quedó callado un momento, y luego habló de nuevo—: Entonces ¿ha pasado aquí casi toda la tarde? Leer mis libros acorta las horas, pero ha tenido que esperarme en penumbras. ¿Ha conseguido dormir un poco?

Parecía que quisiera descubrir si yo había notado algo fuera de lo normal, y como sospechaba que sería mejor^[164] no ocultarle nada, le conté la verdad:

—Estaba admirando la puesta de sol sobre las montañas, porque no he visto nada tan espectacular. Y el aire, la fragancia del bosque, era como un vino embriagador, narcótico. No podía apartarme de la ventana.

—La ventana —dijo el conde—. Ha abierto la ventana. La vista es verdaderamente deslumbrante; estas montañas son únicas. Pero ¡por Dios!, dígame, ¿volvió a cerrar la ventana antes del anochecer?

—U nos pocos minutos después, sí, lo hice. Cinco, o quizá diez minutos más tarde, no lo recuerdo con precisión —contesté, sorprendido por su fervor.

—¡Qué diablos! —exclamó airado, medio incorporándose de su asiento. Se me pasó por la cabeza que podía abalanzarse sobre mí y morderme en el cuello, por lo que me puse en pie de un salto y me apresté a defenderme^[165]. Pero el conde se calmó con rapidez, y entonces recuperó su tono habitual para decir—: Perdóneme, querido Harker. Tiendo a irritarme con facilidad. Pero, por favor, comprenda esto, amigo mío: hay una norma en esta casa que nunca debe ser infringida, en especial cuando tenemos huéspedes. Ninguna ventana tiene que quedar abierta tras el final del día. Hay vapores dañinos (gases tóxicos, o como sea que los llamen) que hacen que el aire del anochecer resulte insalubre para los extranjeros. A partir de ahora debe recordarlo siempre. No debe pasear por estas habitaciones y vestíbulos una vez que haya oscurecido, y, por mi bien, no duerma en ninguna de las habitaciones vacías, pues eso podría tener graves consecuencias tanto para usted como para mí. Dejando eso a un lado, espero que no le haya ocurrido nada malo. ¿Está seguro de que cerró la ventana?

—Sí, lo hice. El aire se estaba volviendo frío y había montones de murciélagos, las criaturas más desagradables que conozco —dije, con franqueza—. Y he de confesar que uno de esos repugnantes animales se las ingenió para colarse por la ventana. Aún no he sido capaz de encontrarlo, pero debe estar por aquí, en alguna parte. —El conde permaneció muy quieto, frotándose las manos mientras me dirigía una mirada peculiar y atenta—. Lo estaba buscando justo cuando entró la mujer en la biblioteca.

El conde pareció perplejo al oír eso, y esperé que tuviera un nuevo arranque de ira, pero en lugar de eso se limitó a pedirme que me explicase.

—La mujer que estaba aquí cuando usted entró. Tiene que haberla visto —le dije—. Usted entró justo después que ella.

—No, no la vi —respondió, con gesto distraído—. Debería haberlo imaginado. Hay ciertas cosas en esta casa de las que poca gente sabe. Usted ha experimentado una de esas cosas. ¿Qué aspecto tenía la chica? ¿Era rubia?

—Sí.

—¿... Y vestía con colores claros, con un estilo algo inusual?

Asentí.

—¿Tenía un collar de diamantes sobre su pecho, con un rubí en el centro?

—Sí.

—¿... Y era, digamos, bastante hermosa?

—¡Muy hermosa!

—¿Muy hermosa? ¡Ja, ja, ja! ¡Bellísima! ¡Radiante, como Venus, como Helena de Troya! Una maravilla de la naturaleza, podría decirse. ¿Alguna vez ha visto usted un cuello como ese? Ese pecho, esos brazos, esos labios, por no hablar del resto. Mi pobre joven, mi pobre y virtuoso caballero inglés, probablemente no haya visto en toda su vida a una mujer como esa. —Había algo indecente en su voz y en su risa—. Discúlpeme por burlarme de usted —dijo—. Ustedes, los jóvenes de hoy en día, se toman todo demasiado en serio, pero cuando yo era un muchacho solíamos reírnos de esas cosas. En realidad me estaba riendo de su expresión inocente, pero la verdad es que no hay nada de lo que reírse^[166]. Por casualidad, ¿ella le habló?

—Si no recuerdo mal, me dio la bienvenida. Por eso pensé que vivía aquí.

—Sí, vive aquí, y es familiar mío, preciosa como una diosa, pero loca de remate^[167].

Mi corazón dejó de latir por un instante.

—Eso, sin embargo, no significa que deba tenerle miedo. Ella cree que es su propia bisabuela. Por eso es por lo que siempre viste con las mismas ropas que se ven en el retrato de su bisabuela. Otra tarde le mostraré los retratos de mi familia, y estoy seguro de que las mujeres le resultarán muy parecidas. Por supuesto, no es más que una locura inocente. Normalmente la mantengo bajo vigilancia, pero de vez en cuando se escabulle al anochecer y pasea por los pasillos del castillo. ¿Sabe?, ha tenido mala suerte en los asuntos del corazón, la pobre, y por eso siempre anda buscando a su pretendiente^[168]. Ya le he contado todo cuanto debe saber sobre ella. —Me dirigió una mirada ausente, como si estuviera concentrado en sus propios pensamientos—. Más allá que eso, *sin duda* usted no descubrirá nada.

Podría equivocarme, pero estaba convencido de que no me decía la verdad.

No estoy seguro de por qué, pero el conde me da miedo. Es normal sentirse inquieto sobre alguien que no te gusta, pero no puedo evitar sentirme asustado a pesar de que el conde no deja de mostrarse amable conmigo.

—Los granjeros de esta región cuentan muchas historias sobre este castillo. Una de ellas es sobre una mujer de blanco, que según la leyenda vague por el edificio y se aparece solo ante aquellos que están en alguna clase de peligro mortal. Seguro que a usted le resultan familiares esos cuentos sobre doncellas de blanco en viejos castillos europeos^[169], pero aquí, hasta cierto punto, la historia parte de hechos reales. Por supuesto, no hay necesidad de ir contándole eso a todo el mundo^[170].

Asentí para mostrarle que estaba de acuerdo.

—Confío en no tener que decirle que no crea todos los rumores que probablemente habrá oído sobre mí o sobre mi hogar. Aquí en las montañas la gente tiende a ser supersticiosa, como se suele decir, y a menudo sobre las casas viejas se cuentan montones de historias tenebrosas. Puede que piense usted que ha experimentado algunos incidentes extraños aquí en el castillo, pero le aseguro que todo tiene un origen natural y que no debe tener ningún miedo.

—Sí, por favor, puede estar seguro de que no creo en fantasmas.

—Perfecto. Me lo había imaginado —dijo—. Inglaterra es tierra de cultura y de objetivos prácticos. Los ojos que han apreciado la luz de la civilización moderna^[171] nunca ven fantasmas.

—Por supuesto que no —repuse—. Ese tipo de creencias se consideran ahora patológicas, y, por lo que sé, son causadas por alucinaciones y nervios sobreexcitados. Nada más. ¿Puede haber algo más absurdo que imaginar los espíritus de gente muerta vagando como fantasmas, vestidos incluso con las mismas ropas que llevaban cuando estaban vivos, ropa que ahora se han podrido y desgarrado?

—Es cierto —dijo, con lo que me pareció una mirada burlona en su cara—. Eso me gusta. Así es como tiene que pensar la gente joven. Nosotros los viejos podemos vivir sujetos a nuestros antiguos dogmas, pero el futuro pertenece a las nuevas generaciones. Por eso es por lo que ansío la vorágine de la vida joven en Londres. Allí la gente tiene otras cosas en las que pensar aparte de creer en espectros. Sí, pero ahora deberíamos concentrarnos en los negocios. ¿Puede ir a por los documentos, por favor?

Fui a cogerlos y volví de inmediato. El conde examinó con atención todos los papeles y me bombardeó con preguntas. Me sorprendió enormemente lo bien que conocía los hábitos y costumbres de la gente de Londres.

—Sí, pero como ya le he dicho, he dedicado años a estudiar el corazón de Inglaterra, que muy pronto espero poder disfrutar en persona. Sin embargo, desafortunadamente he tenido que aprenderlo todo de los libros, incluso el idioma. Creo que podría aprender ahora de usted, mientras conversamos.

—Habla usted inglés muy bien, señor conde.

—Todavía tengo mucho que aprender —dijo—. Conozco la gramática y puedo hablar de modo que se me entienda, pero cuando vaya a Londres sé que todo el mundo se dará cuenta de que soy extranjero. Quiero aprender a hablar su lengua como los nativos.

Empezamos a analizar los documentos^[172]. La casa ofrecida al conde se hallaba en la zona este de la ciudad^[173]. Era una mansión antigua y grande en la que nadie había vivido desde hacía bastante tiempo.

El conde dijo que la propiedad le satisfacía en todos los sentidos. Le gustaba que fuera vieja y gastada, parecida a su propia casa, y también le pareció que la capilla que había en las proximidades era una ventaja añadida.

—Aquí, en este país, la gente como yo no puede olvidar que algún día seremos enterrados^[174] junto con el común de los mortales, la peor de las lombrices, que solo ha disfrutado de un día de vida^[175].

Después de revisar la documentación, mi anfitrión me invitó a cenar. Me dijo que él ya había comido en el viaje de regreso, razón por la cual se había retrasado. Tomó asiento cerca de la chimenea^[176] y comenzamos a charlar.

Le hablé de mis viajes y le conté lo ocurrido la noche anterior, de camino al castillo. El conde dijo que el conductor había actuado de forma apropiada al alejarse del carro, pues los lobos podrían haber atacado a los caballos, pero por lo general se asustan ante los humanos. Cuando le pregunté por el resplandor que había visto en la oscuridad, él me preguntó si alguna vez había oído hablar de las luces de los túmulos^[177]. Dijo que se creía que esos fuegos podían verse en la Noche de San Jorge, ardiendo en lugares en los que se había enterrado algún dinero.

—Sin duda, en esta región hay innumerables tesoros enterrados. Los turcos, los valaquios, los Siculi y los sajones lucharon en esta zona durante siglos, y era costumbre enterrar los tesoros para esconderlos del enemigo.

—Pero ¿cómo es posible que esos tesoros hayan permanecido enterrados durante tanto tiempo cuando se conoce su ubicación?

—Porque los campesinos son cobardes, y siempre lo serán. Son parásitos, y a pesar de que nos acosarán cada vez que tengan ocasión de hacerlo, carecen de agallas. Tampoco resulta sencillo encontrar el dinero allí donde se han visto las luces. De hecho, puede ser que no se encuentre tesoro alguno, pues a menudo no se puede creer en esas historias viejas, pero sí, sería fantástico encontrar un arcón lleno de oro. ¡Oro! Es lo único que gobernará este mundo nuestro.

Parecía como si el conde hubiera entrado en trance, con la mirada fija en la lejanía, arañando con los dedos los reposabrazos de la silla, como haría una bestia con sus pezuñas. Empecé a pensar que no estaba del todo cuerdo (al menos no como otros hombres), así que tendré que intentar mantenerlo de buen humor y asegurarme de que todo vaya bien, como se espera de un buen abogado.

Ya comenzaba a amanecer. El conde salió de su trance y se disculpó por haberme mantenido en vela toda la noche. Nos despedimos y me retiré a mi dormitorio.

Como antes, una vez que me quedé solo, no logré conciliar el sueño. Estaba abrumado por lo que me había sucedido durante el día y me sentía intranquilo. Para calmar mi mente, y para guardar todo lo posible en mi recuerdo, me puse a escribir. Lo hice con taquigrafía para que mi cliente no pudiera leerlo; incluso si quisiera furgonear, las abreviaturas de taquigrafía resultarían muy complicadas de descifrar, por mucho que lo intentase.

Cada vez que pienso en la chica que conocí en la biblioteca, mis recuerdos son muy frescos. Lo que el conde me contó sobre ella quizás sea cierto, pero tuve la impresión de que algo no encajaba. Estoy convencido de que aquí en el castillo no

todo es lo que parece. Pero los abogados tenemos tendencia a ser escépticos, pues la desconfianza es el espíritu que nos guía^[178].

Comoquiera que sea, me gustaría volver a verla, preferiblemente a la luz del día.

8 DE MAYO, AL FILO DE LA MEDIANOCHE

Han ocurrido muchas cosas desde mi última entrada en esta diario, algunas de las cuales resultan muy sospechosas. Ya había transcurrido buena parte del día antes de que me despertase. Cuando entré en el salón la comida estaba servida en la mesa, pero las puertas estaban cerradas con llave, como de costumbre. Había también unos cuantos periódicos extranjeros, y una carta de Wilma que había llegado con el correo. Eso era con diferencia lo mejor de todo lo que había sobre la mesa.

Tenía un hambre voraz, de modo que permanecí sentado a la mesa un buen rato, más aún porque no pude evitar echar una ojeada a los periódicos. Después fui a la biblioteca, pero no había rastro del conde. Todos los días está ocupado fuera del castillo, lo que no me sorprende, pues posee una finca muy grande de la que debe ocuparse, y también es un ferviente cazador. Permanecí leyendo los periódicos hasta el ocaso, y entonces me apresuré a mi habitación para cerrar la ventana. Allí caí en la cuenta de que había olvidado afeitarme, y como no tenía nada mejor que hacer mientras esperaba al conde, coloqué mi pequeño espejo de viaje en la ventana, me quité la chaqueta y el chaleco, cogí la cuchilla de afeitar y me puse manos a la obra.

Miré al exterior para admirar el paisaje, y pensé en la carta de Wilma. No me había percatado de que alguien había entrado en el dormitorio hasta que oí al conde decir:

—Buenas tardes, mi querido y joven amigo^[179].

Siempre se muestra muy cordial.

Me sobresalté tanto que me corté con la cuchilla, pero no presté atención a la sangre que me corría por el cuello y me giré para responder al saludo.

Nunca antes había visto que la expresión de una persona pudiera cambiar de forma tan drástica. De repente, el conde palideció hasta parecerse a un cadáver; sus ojos enrojecieron y sobresalieron como si fueran a salirse de sus cuencas, y con el cabello erizado como el pelo de un perro rabioso parecía una bestia enfurecida. Antes de que me diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, me agarró por la garganta y me

desgarró la camisa, y probablemente me habría mordido en la tráquea de no ser porque mi rosario quedó en ese momento ante sus ojos. Sin duda, estaba momentáneamente poseído.

Al punto su arrebato se disipó, y me pidió que le disculpase.

—Pero no soporto la visión de la sangre —explicó.

—E sos cortes pueden ser peligrosos —añadió—. Más peligrosos de lo que pueda usted imaginar, y todo es por culpa de ese instrumento de la vanidad: ¡ese espejo, quítelo de ahí!

El mismo cogió el espejo y lo lanzó al horno, rompiéndolo en pedazos^[180]. Después recogió los pedazos, los arrojó a la cesta del carbón y se dirigió al comedor, mientras decía:

—Le esperaré en el salón, mi querido Harker^[181].

Me sentía incómodo con el conde, pues resultaba obvio que no estaba del todo cuerdo, y aunque era viejo y su pelo ya había encanecido, supuse que yo no sería rival para él, ni en fuerza ni en agilidad, pues se jacta de ser descendiente de Atila, rey de los hunos. Da la impresión de que en este castillo uno puede esperarse cualquier cosa. No he visto a ningún otro miembro de la servidumbre aparte de la mujer sordomuda y del conductor, y a este no lo he vuelto a ver desde mi llegada. No obstante, esta finca es tan grande que podría haber en ella varias docenas de personas sin que se vieran entre sí. Parece que la norma principal del castillo sea el silencio sepulcral, y puesto que no mantengo contacto con nadie aparte del conde, muy bien podría él encerrarme si le apeteciera hacerlo. No podría escapar por las ventanas, porque el castillo está construido en la cima de una montaña, con escarpados acantilados en tres de sus lados. Si miro hacia abajo, todo lo que se ve es un profundo barranco en el que crecen árboles de gran altura, así que a menos que pudiera volar como un pájaro, no tengo escapatoria. A plena luz del día, mi autocontrol y mi falta de una imaginación exagerada me evitan temer lo que la oscuridad pueda traer consigo, pero si el conde ha heredado alguna desagradable característica tribal^[182] de los hunos, como el impulso de matar o algún otro rasgo siniestro, es mejor ser precavido.

Encontré al conde en la biblioteca, curioseando sin excesivo interés las revistas y periódicos. Se mostró sereno y cortés, como si en mi habitación no hubiera ocurrido nada. Me saludó amablemente y me preguntó cómo estaba, como si no acabásemos de hablar un momento antes. Comprendí que quizás no era consciente de lo que había sucedido. Entonces se incorporó y dijo:

—Aún no es tarde, y me estaba preguntando si le apetecería ver los retratos de mi familia en la planta de arriba.

Le dije que me encantaría.

—Puede que no sea lo ideal verlo a la luz de las velas, pero, como tengo tantas cosas que hacer durante el día, no puedo mostrárselos en un momento más apropiado. Más tarde podrá verlos usted mismo a la luz del día. Si no le importa esperar un momento, iré a ocuparme de la luz, para que la galería esté suficientemente iluminada.

Se alejó y pude oír sus pisadas por el pasillo y a continuación subiendo por las escaleras. Parecía que la galería de los retratos quedaba bastante lejos.

De repente comencé a alarmarme, así que corrí a mi dormitorio y cogí mi revólver, que hasta entonces había permanecido en mi maleta, sin que lo hubiera tocado desde que me embarqué en este viaje.

Cuando volví a la biblioteca me llevé una nueva sorpresa que me sobrecogió. Estaba oscureciendo, y antes de salir el conde había encendido todos los candeleros de plata. Allí, en el sillón junto a la chimenea, estaba sentada la «sobrina^[183]» del conde, con sus brazos de marfil adornando los reposabrazos^[184]. Se había abierto el chal que llevaba puesto, dejando su pecho a la vista, que estaba desnudo hasta el escote, cubierto por relucientes diamantes, igual que la primera vez que la había visto. Volvió lentamente la cabeza, como una flor en su tallo, con su cabello rubio enroscado en su cabeza al estilo griego. Yo había esperado volver a verla, pero quedé enormemente sorprendido por el efecto que causaba en mí, pues me había prometido a mí mismo que la próxima vez sería diferente, sobre todo porque el conde me había informado sobre ella^[185]. Sin embargo, todo sucedió igual que la otra vez. Experimenté de nuevo las mismas sensaciones, una especie de pavor sordo y mortal, pero también algo semejante a un dolor agrio dulce^[186]. Intenté recuperar el dominio de mí mismo para protegerme del efecto que causaba en mí, y más o menos lo conseguí, pero en el instante en que sus incomparables ojos me enfocaron y su mirada coincidió con la mía, sentí como si una corriente eléctrica recorriese todo mi cuerpo. Busqué el apoyo de una silla próxima y me agarré al respaldo. Ella me miró fijamente a los ojos, y ni siquiera se me pasó por la cabeza que debía saludarla, o que mi comportamiento era estúpido. Pero era evidente que ella no necesitaba que la saludase. Era como si nos conociéramos desde hacía mucho tiempo y, por tanto, no requiriésemos explicaciones^[187].

—¿Por qué nunca sube? —me preguntó, con la misma voz pasmosa de la otra vez. Jamás antes había oído una voz como esa—. Creía que subiría para hacernos una visita. Hay muchas cosas de las que me gustaría hablar con usted. —Traté de disculparme y hacerle ver que no sabía a lo que se refería—. Está bien —dijo, sin apartar sus ojos de mí—. Vendrá, vendrá. Le espero. —Sin desviar su mirada, sonrió casi imperceptiblemente. El brillo azul de sus ojos era tan nítido que sentí como si se me clavasen en el cerebro y me lo abrasasen^[188].

Entonces oí los pasos del conde en el pasillo.

—Ya viene —susurró la chica—, pero, recuerde —se incorporó y durante un instante estuvo frente a mí, bañada por la luz de las velas. Era más imponente que ninguna otra mujer que yo hubiera visto en mi vida. Caminó de puntillas de forma tan sigilosa que apenas me percaté de ello, y con sus ojos fijos en los míos, puso su blanca mano, llena de brillantes anillos, sobre la mía y murmuró—: ¡No le diga a él nada, pero venga! Y tenga cuidado, cuidado, cuidado^[189].

Entonces desapareció, e igual que en la ocasión anterior, no vi cómo lo hizo. Sin embargo, me pareció oír el leve clic de un pestillo en un rincón de la estancia, donde hasta entonces no había visto ninguna puerta.

Con mucho esfuerzo, intenté recomponerme de nuevo antes de que el conde entrase, y más o menos lo logré, fingiendo estar absorto en el estudio del mapa de Inglaterra que estaba desplegado sobre la mesa^[190].

—Venga, mi querido amigo —me dijo—. Ya está todo listo arriba. Debe disculparnos por lo primitivos que somos en este lugar. Aquí en los Cárpatos no disponemos de luz eléctrica.

—Pero tampoco tienen la bruma londinense, con este aire límpido de la montaña —repuse.

—Sí, esos bancos de niebla —dijo, con excitación—. También he leído en los libros sobre eso. Creo que hacen aumentar mis deseos de ir a Londres. Esa bruma, que convierte el día en noche y se posa como un manto espeso sobre las calles y las plazas, sobre la ciudad entera; más oscura que la propia oscuridad. Quiero verla.

—Me temo que se cansará pronto de ella. La niebla es la principal desventaja de Londres. Asfixia a la ciudad como un vampiro chupando la sangre y el tuétano de sus ciudadanos, envenenando la sangre y los pulmones de los niños y provocando innumerables enfermedades. Por no mencionar todos los crímenes que se cometan bajo su abrigo, crímenes que de otro modo sería poco menos que imposible cometer^[191].

—Sí —dijo el conde, casi sin aire por el entusiasmo, mientras al fondo de sus ojos parecía llamear un fuego—.^[192] Sí, esos crímenes, esos horribles asesinatos; esas mujeres asesinadas, encontradas en el Támesis, metidas en sacos; toda esa sangre derramada, que no para de fluir, sin que se encuentre al asesino. —Creo que no lo acuso en falso si digo que parecía estar relamiéndose de ansia cuando mencioné los crímenes—. Sí, es una tragedia —continuó—. Y esos asesinatos nunca serán resueltos, jamás. Ese escritor, Conan Doyle, ha escrito muy buenos libros sobre Londres, y leo los periódicos ingleses. Según lo que cuentan en ellos, apenas un dos o un tres por ciento de los casos de homicidio son resueltos. Sí, realmente Londres es una ciudad extraordinaria.

«Entonces, mi buen amigo, quizá sería mejor si usted permaneciera bajo custodia policial cuando llegue allí», dije para mis adentros.

Portando una vela, el conde encabezó la marcha cuando recorrimos el pasillo. Después subimos las escaleras de piedra y llegamos a una puerta de roble revestida de hierro forjado. La abrió y pasamos a la galería de los retratos. Cuando el conde volvió a cerrar, me pareció ver que algo se deslizaba con rapidez en el extremo opuesto de la estancia, algo grande y peludo, como un animal que no identifiqué. Quedé sobrecogido, y mi anfitrión se percató de ello.

—¿Qué ocurre? —me preguntó—. ¿Se siente mal de repente? Le avisé de que el aire en estas viejas habitaciones podía resultar dañino.

—No, no me pasa nada. Pero ¿qué es lo que hay al fondo de la galería?

—Allí no hay nada... ¿O se refiere al cuadro grande?

Ahora tampoco yo veía nada, pero, algo avergonzado, le conté lo que creía haber visto. Al oírme, se rio y dijo:

—No diré que es tan solo su imaginación, querido Harker. No, no diré eso, ya que usted parece tan convencido de haberlo visto. Pero si de verdad ha visto algo, debió tratarse de una rata^[193]. Hay muchas de ellas en estas casas viejas.

—No, me atrevería a decir que no lo era. Lo que vi era del tamaño de...

—Un gato —me interrumpió—. Muchas partes del castillo están en ruinas, y los gatos se han multiplicado. Su instinto les lleva a cazar ratas y ratones. Las leyes de la naturaleza son iguales en todas partes: las criaturas más fuertes e inteligentes viven a costa de las débiles y estúpidas.

La galería esa inusualmente grande. Al fondo colgaba un cuadro enorme, que en un principio me pareció que era un retrato de la dama^[194] desconocida a la que ya había visto dos veces en la biblioteca. Se le parecía tanto que resultaba imposible distinguirlas: los mismos ojos y la misma mirada, el mismo rostro, el mismo peinado y las mismas ropas. El parecido había sido ejecutado a la perfección por alguno de los maestros de comienzos de este siglo.

La mujer estaba reclinada en un sillón o algún tipo de diván, con macizos de flores y árboles detrás de ella. La composición del artista, aunque era algo pretenciosa, surtía efecto. También se había permitido hacer algunos cambios en la indumentaria de la mujer, que sin duda las damas de esa época habrían considerado

apropiada por mucho que probablemente se desmayarían si llegasen a ver la indumentaria ciclista que visten hoy en día las mujeres.

A primera vista el retrato me sorprendió enormemente, pues parecía una réplica exacta de la chica a la que había visto en la casa. Pero enseguida puse en orden mis pensamientos y recordé lo que me había contado el conde. Yo sabía que no era ella la que estaba en el retrato, sino una antepasada suya. Esa tenía que ser la razón por la que se parecían tanto, especialmente porque el retrato era de tamaño real. Cuando miré con más atención, vi que la dama lucía en su pecho el mismo collar de diamantes con un rubí en el centro. También tenía un cinturón en el que se veía un broche con joyas que representaban un dragón^[195].

Contemplé el cuadro como en trance, mientras el conde me observaba con impaciente curiosidad.

—Ja, ja, amigo mío —me dijo—. No tiene por qué sentirse incómodo. No es usted la primera persona a la que ella ha confundido, y probablemente no será tampoco la última. Pero mírela bien, mire de cerca —prosiguió, levantando el candelabro, que aunque era muy pesado parecía liviano en sus manos, como si solo fuera una vela de cera—. ¡Esos pechos, que los poetas compararían con alabastro! Su lengua no posee palabras para expresarlo, ustedes, gente sin sangre, no es nieve ni alabastro. ¡Y esa piel, firme y suave como plumas al tacto! ¡Y ese físico inigualable!

Lo miré y me di cuenta de que se había desprendido de su máscara. En ese momento comprendí que era un libertino.

—¡Y esos labios! —añadió, frunciendo los suyos como si quisiera absorber la pintura.

Después me mostró otros cuadros, como el retrato de una mujer desnuda que era vendida por un tratante de esclavos, en último lugar^[196]. El conde me presentaba cada nueva pintura con una descripción muy indecente:

—No dice usted nada —me dijo.

—No, señor conde, usted lo hace muy bien. No tengo nada que añadir.

—Ustedes los ingleses son de sangre fría, no conocen el poder del amor y la belleza, y, en cambio, he leído que las mujeres inglesas están entre las más encantadoras del mundo.

—Hay unas cuantas mujeres preciosas allí, sí —repuse.

—¿Como ella, en el cuadro de allí al fondo^[197]?

Respondí con sinceridad que nunca había visto a nadie como ella, pero también que no conocía a muchas mujeres, aparte de las que salían en revistas y periódicos, algunas de las cuales se supone que eclipsan a otras en lo que respecta a belleza.

—He visto esas imágenes. Son fascinantes —dijo—. He hecho que me envíen algunas de esas revistas para mi propio regocijo, pero una imagen no es más que eso, una imagen. No es lo mismo que tener ante ti un cuerpo por el que fluye la sangre.

—¿De quién es este retrato, entonces? —pregunté.

—De una prima mía —respondió—.^[198] La sangre de la familia corría pura por sus venas, pues su madre pertenecía también a nuestro clan. En nuestra familia ha sido tradición que los hombres no se casen con alguien que no sea del clan, pues cuando lo han hecho no han ido bien las cosas. Las mujeres han vivido poco tiempo y los niños casi nunca han alcanzado la edad adulta.

Yo estaba horrorizado, ya que había percibido un tono triunfal en su voz^[199].

—Pero algunas de nuestras hijas —dijo— han contraído matrimonio fuera de la familia al no poder encontrar una pareja adecuada entre sus familiares. Como nuestras hijas han sido siempre muy hermosas, miembros de los clanes más nobles de Europa se han unido a nuestra familia, pese a que raras veces poseían nuestra categoría. Ella —hizo un gesto con la cabeza hacia la mujer del retrato^[200]— ya desde niña era una de esas mujeres que tiene el corazón de los hombres en sus manos, que juega con ellos entre sus dedos como un crío hace con las uvas antes de chuparles todo el líquido.

Me cogió del brazo y me guio por la galería mientras decía:

—Se casó con un joven austriaco, un noble. Su nombre no importa, pero puede usted encontrarlo en muchos libros, si quiere buscarlo, porque ella hizo que ese nombre fuera famoso. Ella comprendía perfectamente que cualquier don que la naturaleza haya conferido a un hombre es esencialmente el don del poder. El arte, el valor, la sabiduría y la belleza, ¡todo eso es poder! Pasa de una generación a la siguiente, querido amigo; la naturaleza nunca descansa, constantemente intenta crear algo más refinado, malgastando mucho material mientras selecciona y rechaza. Aquello que es inferior contribuye dentro de su capacidad, y luego es descartado, como basura. —Hizo un gesto con su mano, como si arrojase algo, y su expresión se volvió cruel. No pude distinguir el más mínimo rastro de humanidad en su rostro—. Pero entonces —prosiguió— tal vez una o dos veces en cada generación, el trabajo da resultado y la familia florece, y la élite queda revelada. —Aunque el conde posee un amplio vocabulario en inglés, le había costado hallar estas últimas palabras. Siempre parece quedarse sin palabras cuando le embarga el entusiasmo—. Ella —insistió una vez más—. Ella tenía poder, y por eso poseía el derecho a gobernar. Había sido bendecida con todo: belleza, como puede usted ver; inteligencia y elocuencia; nobleza y voluntad; y fuerza. Tenía el destino de naciones enteras en sus manos, pese a que pocos podían sospecharlo^[201]. Jefes de Estado, reyes y emperadores estaban a sus pies, o en sus brazos. Ella sabía muy bien que una mujer así, que poseía todas esas cualidades, no podía comprarse ni por todo el oro del mundo, por lo que ella podía convertir a cualquier hombre en su esclavo, en un esclavo servicial al que dominaba con un solo dedo, porque esos hombres imaginaban que la poseían cuando

en realidad era ella la que tenía las riendas en sus preciosas manos^[202]. Todo el mundo bailaba como una marioneta bajo sus dedos. Sabía cómo gobernar, y sabía que ese es el objetivo supremo de la vida.

»Quedó viuda muy pronto —dijo—. Su marido se marchitó. El pobre diablo había sido un pelele desde niño, por mucho que procediera de un noble linaje. —Soltó una carcajada de desprecio—. Se dice que ella se sentía atraída por él, pues era un hombre atractivo (su retrato está ahí), pero el amor de nuestras mujeres es como una llama avasalladora, y él... él se derritió con ella, como una vela de cera que es arrojada a la hoguera. Nosotros, los que somos del género Drácula, un linaje principal de los Siculii^[203], creemos que nuestro origen proviene de los hunos, que una vez barrieron Europa como un fuego salvaje, destruyendo naciones y poblaciones enteras. Según cuenta la historia, los hunos eran descendientes de las brujas escitas^[204], que habían sido desterradas a los bosques, y allí se mezclaron con demonios. Esas historias, por supuesto, son como cualquier otra leyenda de ese tipo, pero se sabe que ningún demonio ni mago ha sido jamás tan poderoso como Atila, nuestro antepasado^[205]. Por tanto, no resulta sorprendente que nosotros, sus descendientes, amemos y odiemos más apasionadamente que otros mortales. Pero me he desviado demasiado de la historia.

»Quedó viuda, pero como podrá usted suponer, un incidente tan trivial no significó nada para una mujer semejante. Ningún historiador ha sospechado jamás cuánto poder tenía, y por esa razón hay cosas que nunca podrán ser explicadas del todo. Los pocos que lo saben (podría mencionar sus nombres, pero no es necesario) pueden probar que en su época no había prácticamente ningún acto político en el que ella no hubiera movido los hilos. De hecho, para muchos de esos acontecimientos se podría distinguir un plan originado en sus aposentos privados, pues allí ella era la reina, y era desde allí desde donde ella reinaba en secreto^[206]. ¡Qué vida más grandiosa, guiada no por la ley, sino por el amor y el libre albedrío! Este cuadro fue pintado en París, dos años antes de que Napoleón fuese coronado^[207]. Fue unos años más tarde cuando conoció a un hombre en Viena, que, como ella, era de la familia Drácula. Él era más joven, pero las mujeres como ella nunca envejecen. Era más hermosa que nunca, y él no se parecía a ninguno de los hombres de los que se había enamorado hasta entonces, un hombre cortado por el mismo patrón que ella^[208]. Era como si dos fuegos se hubieran encontrado. Oh, ustedes, hijos de Occidente, fríos y racionales, no conocen *esa* clase de amor. Un amor tan cortante como el odio más amargo, con besos que queman como hierro al rojo vivo, y abrazos... ¡Pero ya basta de esa historia! Se casó con él y se mudó aquí a vivir, en la antigua finca de la familia, que, por supuesto, no estaba en tan malas condiciones como ahora, y aquí vivieron juntos como un solo fuego, creados ambos para gobernar. Si estos viejos muros pudieran hablar, contarían muchas historias que su fría virtud inglesa no le permitiría ni soñar (aunque incluso yo puedo apreciar esa virtud suya, puesto que es una forma de poder). Sin embargo, nosotros, los niños de Atila, poseemos una

naturaleza por completo diferente de la suya. Oh, va usted a odiar el final de esta historia.

»He leído sobre el amor eterno en sus libros ingleses, pero quizá pueda llegar a comprender su significado cuando me mude a Londres, pues no sé muy bien qué significa, o, más bien, no entiendo el significado que ustedes le confieren. El amor tiene su duración, como una flor en el campo: una vez que alcanza su máximo esplendor, empieza pronto a marchitarse^[209]. Después regresa la primavera, pero no vuelve a aparecer la misma flor, ni ninguna otra de la misma raíz. Es una ley de la naturaleza. Una vez que la pasión ha alcanzado su cémito, es más probable que se extinga. Ese amor suyo acabó por apagarse, como suele ocurrir con el amor. Al menos el de ella..., era una de esas mujeres. —Bajó ahora su voz hasta convertirla en un misterioso susurro—: Le diré una cosa, amigo mío. Era una de esas mujeres cuya vida es demasiado rica como para tener un solo hombre. Sí, ¡las criaturas así existen! Pero ya está bien de hablar de eso. Ella se buscó un amante, un chico atractivo de las montañas de por aquí; un paleto de pueblo, como lo llamaría usted, aunque nosotros, los Siculi, somos todos aristócratas. Para ella no era una deshonra, y su marido debería haberlo entendido así y permitirle vivir su vida del modo que ella necesitaba vivirla, pero no lo hizo, y eso fue un gran error por su parte. Sin embargo, ella era una esposa obediente y se encargó del castillo como se esperaría de una dama de alta cuna. En definitiva: como esposa, le mostró respeto y cumplió con sus obligaciones hacia él. Los asuntos personales de ella no eran asuntos que a él le concernieran^[210].

—¿No le concernían? —exclamé de forma involuntaria.

—Desde luego que no, mi querido amigo. El amor es libre. Es ajeno a cualquier compromiso y circunstancia. En nuestro clan esa ha sido siempre la norma. Su incapacidad de aceptarlo así, como he dicho, fue un enorme error que merecía ser castigado. Quizás en él no se hubiera extinguido aún la llama del amor, como sí se había apagado en ella. Podría ser que en él todavía quedasen unas pocas brasas encendidas, eso explicaría sus actos, pero no los disculparía, pues está claro que no se comportó de la manera honorable en que lo haría un noble. Al contrario, actuó como un plebeyo de la más baja ralea. Se empequeñeció hasta el punto de espiar a su esposa y a su amante. Una tarde irrumpió ante ellos en el papel del marido traicionado, sin siquiera darse cuenta de lo ridículo de su actitud y lo bajo que había llegado a caer^[211]. Entonces se permitió tomarse su venganza. ¿Y cómo cree usted que lo hizo, amigo mío? Claro y simple, e innegablemente gracioso, hizo tapiar las puertas de las habitaciones de la condesa, dejando a los amantes en el interior. Pero no tenía intención de que murieran de hambre, pues no les faltó agua ni comida. Se dice que de eso se encargó él mismo en persona. Despidió a toda la servidumbre, excepto a las más fiel y digna de confianza. El castillo quedó entonces tan silencioso como una tumba. ¿Puede usted imaginarse a los dos amantes viviendo en esa habitación? Al principio, supongo, vivirían como si estuvieran en el Paraíso: ella era demasiado orgullosa como para conocer el miedo, y él, el pobre, debió considerarse

más rico que un rey al tener toda para él. No obstante, el conde sabía muy bien cómo desquitarse. Conocía a la condesa y la fuerza devoradora de sus emociones, por lo que supuso que su amante se derretiría como una vela de cera ante tanto calor, igual que había ocurrido con su primer marido. Algunos hombres mueren, otros enloquecen (pobres e inútiles diablos), así que el conde se limitó a esperar el momento propicio. Pasaron varios meses, hasta que una tarde, con la luna creciente, se abrió la ventana de la habitación sellada (esa pequeña habitación en la torre sudeste). Se dijo entonces que oyeron gritos angustiosos y enloquecidos: «¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Me está matando!». Un instante después alguien se había encaramado al alféizar y se había lanzado de cabeza. ¿No ha visto usted el abismo ahí fuera? Puede verlo desde la ventana de su dormitorio, pero aquí, desde lo alto de la torre, la caída es de varias decenas de metros. Cuando se encontró su cuerpo en el fondo de los acantilados, no quedaba mucho de él que ella pudiera abrazar.

No puedo describir el impacto que su historia tuvo en mí, pues parecía carecer de sentimiento alguno. El conde bajó la voz, como si hubiera percibido mi reacción a lo que estaba diciendo:

—Nadie sabe lo que ella había estado haciendo, pero la ventana volvió a quedar cerrada y todo quedó de nuevo en silencio. El conde aguardó unos días antes de ir a encontrarse con ella, después de que su amante hubiera saltado camino del Cielo, o del Infierno^[212]. Nadie sabe qué ocurrió entre ellos, pero se cuenta que el conde volvió cada noche, a la misma hora, para verse con ella. Probablemente esa fuera una época feliz para él, y quizás no tanto para ella, ¡quién sabe! Nadie vio ni oyó nada más, y unos meses más tarde el conde contrató a unas mujeres del pueblo para que realizasen los servicios funerarios^[213]. Ella yacía muerta en su cama, y nadie llegó a saber nada más que eso. Llevaba puesto un vestido similar al que se ve aquí en el retrato, y por orden del dueño del castillo fue colocada así en el ataúd. Descansa aquí, en la capilla, junto a los miembros de su familia. Pero como puede usted ver, amigo mío, sigue siendo tan hermosa como siempre.

—¡Qué horrible historia! —exclamé, tan afligido por el relato que no pude evitar estremecerme. Si hubiera sido una mujer, habría creído que me estaba poniendo histérica^[214]. Nunca antes me había sentido así. No habría reaccionado peor aún en el caso de que hubiera podido vislumbrar las entrañas de la tierra, con sus demonios y su azufre ardiente (tal y como se creía en la Edad Media).

—Sí —dijo mi anfitrión—. Fue un enorme error por parte del conde. La gente de esta región (los checos, tártaros, valaquios y toda la chusma que ha habitado este país que los Siculi hemos nacido para gobernar) siempre ha sentido miedo y resentimiento hacia nosotros, en especial hacia los que formamos la familia Drácula. Ahora han encontrado nuevos cotilleos para su charlatanería. Y aunque ignoremos a la serpiente que se arrastra por el suelo, esa serpiente no dejará de morder^[215]. Yo he aprendido esa lección por las malas. Por eso ahora vivo como un recluso, con búhos y cuervos que montan sus nidos en las torres del castillo de mis antepasados. Quizás hayan tratado también de calumniar me al hablar con usted, amigo mío. Dígame la verdad, ¿qué le dijeron sobre Drácula antes de que llegase aquí?

—Nada que merezca la pena mencionarse —repuse, con franqueza—, pero...

—Pero sí lo insinuaron —dijo él—. ¡Oh, esos esclavos! ¡Esos vagabundos! Temen a Drácula, y tienen buenas razones para ello. ¡Sufrirán la venganza y el poder de la maldición mucho después de que Drácula haya cambiado de residencia^[216]! Venga conmigo, amigo mío. —Se calmó y cambió el tono de su voz—. En otra ocasión volveremos a apreciar ese cuadro a la luz del día.

Alzó el candelabro para iluminar el retrato una última vez, y a continuación me mostró otros cuadros y me habló de cada uno de ellos.

Se trataba de una extraña colección, que abarcaba varios siglos. Muchos de los retratos parecían realizados por pintores principiantes y su estilo era bastante pobre, pero otros eran auténticas obras de arte. Lo que más me intrigó fue la perpetuación ininterrumpida y el perfeccionamiento gradual de los dos o tres aspectos físicos que surgían sistemáticamente, generación tras generación. Daba la impresión de que el clan había alcanzado su máximo esplendor con el conde y con la bellísima dama del magnífico retrato que me había descrito antes. Los mismos rasgos faciales que poseía el conde podían apreciarse en cuadros de diferentes épocas, tres o cuatro de los cuales mostraban a hombres tan parecidos al conde que no pude evitar sobrecogerme^[217].

—Es exactamente como usted dice —afirmó el conde—. Soy un auténtico Drácula.

Los rasgos recurrentes (cabeza grande con cabello negro, cuello corto, pecho inusualmente amplio, frente baja y tez morena y arrugada, incluso en los hombres jóvenes) resultaban muy diferentes a los de la gente moderna y civilizada. Ni siquiera las imágenes de hombres salvajes que he visto me han parecido menos atractivas que aquellas.

Halagué a la familia del conde por su belleza, que siempre había ido en aumento. Aunque el cumplido le agració claramente, cambió enseguida de tema^[218]:

—Sí, amigo mío —dijo—, es una prueba más de lo que siempre digo: que los fuertes prevalecen y conquistan el mundo. Los débiles solo son creados para satisfacer las necesidades de otros más fuertes. La persona que sepa cómo emplear su fuerza obtendrá la supremacía y tendrá todo bajo su control (belleza, prudencia y conocimiento) de la misma forma que la semilla, al crecer en el cementerio, se transformará gradualmente en un árbol alto con la fuerza vital de mil generaciones, todas las cuales han contribuido a su fuerza, su encanto y todas sus otras buenas cualidades^[219].

Me pareció percibir la teoría de Darwin aleteando en la mente del conde, aunque la había adaptado a su manera^[220].

Mientras hablábamos, mi anfitrión apagó las luces de la galería de retratos con un apagavelas y salimos de la habitación a la tenue luz de la luna. Cuando bajamos las escaleras y llegamos al patio ya había logrado recuperar mi compostura y serenarme, pero entonces oí con nitidez que alguien más caminaba junto a nosotros. Me giré, y el sonido de pisadas pareció alejarse, pero solo pude vislumbrar a un hombre pequeño y fornido que desaparecía a través de una de las puertas del pasillo^[221].

El conde caminaba delante de mí, portando la luz.

—¿Qué sucede, amigo mío? —me preguntó—. ¿Por qué se ha detenido?

—No es nada, solo que había oído pasos detrás de nosotros —contesté—, y me ha parecido ver a alguien deslizándose por esa puerta de allí, por el pasillo.

Pensé entonces que a pesar de que mi dormitorio daba en dirección a ese pasillo, nunca había oído que nadie entrase o pasase por allí.

—¿Un hombre... aquí? —inquirió—. Debe de estar bromeando. No hay nadie aquí. Seguramente no habrá sido más que el eco de nuestros pasos y su propia sombra.

—¡Pero lo he visto con mis propios ojos...!

—Puedo asegurarle, amigo mío, que ninguna criatura viviente pisa este lugar a esta hora, a menos que se trate de la vieja Natra, pero ella nunca viene por aquí^[222]. Usted mismo dijo que no creía en fantasmas.

—Sí, pero aquí uno puede llegar a pensar de modo diferente —repuse.

—Lo que ha visto no ha sido más que un engaño de los sentidos —dijo el conde.

Cuando llegamos al comedor, todo estaba dispuesto como de costumbre: las velas encendidas y los platos servidos en la mesa. El conde me dijo que cenase, pero se excusó por no acompañarme diciendo que no tenía apetito, pues no suele cenar tan tarde. Desde que llegué no le he visto tocar la comida, pero como dueño de esta finca imagino que podrá comer cuando lo deseé, y el hecho de que prefiera comer a solas cuadra con su habitual comportamiento.

—Con su permiso me sentaré aquí mientras usted cena —dijo, ocupando un sillón cerca de la chimenea—. Me gustaría practicar mi inglés.

Sí, eso explicaría por qué se muestra tan hablador conmigo. En estos últimos días su inglés ha mejorado mucho. He notado que tiene un oído particularmente bueno para los idiomas, pues corrige su pronunciación en cuanto oye que la mía es diferente.

Cuando terminé de cenar, me senté en el sillón frente a él.

—Lo que dijo usted antes en el pasillo me ha recordado algo —comenzó—. Los campesinos cobardes y supersticiosos de estas tierras afirman que el castillo en el que vivo está lleno de espectros y espíritus malignos, por la sola razón de que su historia es muy rica, pues aquí hay muchas cosas del pasado que merecen ser recordadas y que la gente no ha llegado a conocer. Me cuesta encontrar empleados, incluso si ofrezco un elevado sueldo, porque estaban demasiado asustados. Estos pobres desgraciados. Sé que en la gran ciudad de Londres no se da pábulo a estas supersticiones, pero sigo pensando que es preferible para su salud que permanezca intramuros una vez que anochezca. El aire de la tarde es perjudicial para usted, y puede que vea u oiga cosas que no comprenda. Solo espero que se sienta cómodo y a gusto aquí, y que se quede aquí durante unas semanas, como ya he dicho antes. No me resultaría agradable que se marchara antes de que yo considere que es el momento de hacerlo. Espero que se quede conmigo un mes más a partir de hoy^[223].

Quedarme aquí durante tanto tiempo no me atraía en absoluto, pero no tuve el coraje de decirlo. De modo que, en lugar de eso, mencioné a mi jefe, el señor Hawkins.

—Le informaré al respecto. De hecho, ya le he pedido permiso —dijo, con tono severo—. Sí, se quedará usted aquí. Hay muchas cosas que puede encontrar en mi biblioteca, incluidas obras de arte, pero no fantasmas. —Ahora se rio con ganas—. Como le he dicho, esa gente supersticiosa habla de una mujer vestida de blanco que vaga por el castillo, pero esa mujer no es otra que la chica a la que usted ya ha conocido, la que vive arriba —y señaló hacia el techo—, y se rumorea que se aparece cuando acecha el peligro. Aun así, le pido que si en algún momento le parece ver algo blanco, no será un fantasma, sino ella. En realidad es lo bastante deslumbrante para resultar peligrosa, pero no para usted. Como ya le he contado, ella está mal de la cabeza, la tiene llena de pájaros y cree que es la noble dama del retrato, a la que tanto se parece. Vaga por el castillo buscando a su galán. Es triste, pero al mismo tiempo resulta divertido.

Hablaban de forma tan arrogante que yo apenas podía soportar escucharle, así que, en un esfuerzo por intervenir en la conversación, le pregunté si su trastornada familiar^[224] lo acompañaría a Londres.

—¡No, no! Ni se le ocurra semejante idea. Al ser tan atractiva, podría terminar en las garras de algún casanova, como ustedes los llaman (también he leído sobre ellos en sus libros^[225]). Sería un riesgo llevarla a Londres. Es mejor para ella que se quede aquí, en casa, en este lugar retirado. ¿No le parece a usted?

Respondí que sin duda él sabría qué era lo más conveniente en ese asunto.

—Por supuesto —contestó—, pero ahora son ya casi las doce. No puedo robarle más tiempo, y tengo que escribir algunas cartas. Buenas noches, amigo mío. Que duerma y descansen bien.

A la tarde siguiente^[226], el conde me preguntó:
—¿No le ha escrito usted a su jefe, el bueno del señor Peter Hawins, ni a nadie más desde que llegó aquí?

Respondí con sinceridad que no lo había hecho, pues no sabía cómo enviar las cartas.

Se encogió de hombros y se acicaló el bigote, mientras decía:

—Sí, aquí en las montañas carecemos de muchos de los lujos que disfrutan ustedes en su espléndida Londres. Hay un largo camino de aquí a Borgo^[227], y desafortunadamente no cuento con muchos criados para hacer recados, pero si las escribe usted esta tarde, como yo también tengo que escribir unas cuantas, me encargaré de enviarlas todas a la vez. Por favor, escriba, amigo mío —me dijo, posando su mano con firmeza en mi hombro—. Escríbale al señor Peter Hawkins y a todo el que usted quiera. Dígales que se siente a gusto aquí, como espero que así sea, y que va a permanecer aquí durante el tiempo que hemos acordado.

Realicé un último intento de escapar antes de su custodia.

—Se toma usted demasiadas molestias por mí —dije—. ¿Realmente quiere que me quede tanto tiempo? Me temo que se aburrirá terriblemente teniéndome aquí —afirmé, con el propósito de que sonase como una broma.

—Ya se lo he explicado, y la situación no ha cambiado —replicó, con un tono tan acerado que hacía inútil cualquier nueva objeción por mi parte—. Cuando el señor Hawkins acordó conmigo su viaje aquí, la intención era, por supuesto, que se hiciera cargo de mis intereses, y que mis necesidades fueran atendidas en primer lugar. Como verá, no pido favores que no esté dispuesto a devolver.

Asentí en silencio. No le había oído antes hablar de ese modo, y no puedo negar que me sentía cada vez más irritado^[228]. Pero entonces cambió su comportamiento de manera inmediata, y dijo:

—No imaginaba que el asistente de mi amigo resultase tan agradable, como así ha sido. Tendrá que disculpar mi terquedad y garantizarme el placer de su compañía.

Volví a asentir. ¿Cómo iba a protestar? Estaba convencido (y sigo estando) de que aunque era un hombre de gran inteligencia, debía estar un poco desequilibrado, y quizás incluso peligroso cuando algo se hace contra su voluntad. Dadas mis actuales

circunstancias, es mejor que evite llevarle la contraria. Acceder a sus deseos también irá en beneficio de mi jefe en el bufete.

Escribí a Wilma, mi prometida, y más o menos le conté que me siento cómodo aquí, y que el castillo es un lugar agradable. También le dije que el conde me ha pedido quedarme con él unas pocas semanas más.

Escribí otra carta para mi jefe, informándole de que el conde parecía feliz con la compra de la casa y que quería que yo permaneciera con él en el castillo algo más de tiempo.

Cuando terminé mis cartas, el conde se sentó a la mesa en la misma silla que había ocupado yo y empezó a escribir las suyas, mientras yo leía un libro. No obstante, no pude evitar echar un vistazo para ver a quién iban dirigidas las cartas del conde. Vi que entre los destinatarios estaba Samuel Billington, de Whitby^[229]; la compañía naviera Seutner, en Varna^[230]; el Banco Coret, en Londres^[231]; y el Banco Klopstock, en Viena^[232]. Cuando acabó de escribir, el conde reunió todas las cartas y salió, tras despedirse de mí.

—Tengo varios asuntos a los que atender esta noche y espero que me disculpe por darle las buenas noches más temprano de lo habitual. Imagino que encontrará aquí suficiente con lo que entretenerte hasta que se vaya a la cama —dijo, mientras señalaba las estanterías—. La cena está servida, pero tengo prisa.

Por el destello que vi en sus ojos y el temblor que percibí en sus labios, intuí que estaba excitado por algo. Eso me sorprendió, pues hasta ese momento me había parecido que estaba muy tranquilo.

10 DE MAYO

Al revisar mi anotación de ayer en el diario, me doy cuenta de que he sido demasiado prolíjo. Por lo tanto, estoy decidido a ser más conciso de ahora en adelante^[233].

Anoche me acosté temprano, y apagué las luces no mucho después de medianoche. Tuve la impresión de que acababa de conciliar el sueño cuando la luz comenzó a aumentar en el exterior y de repente me despertó un ruido que procedía de fuera. Era como el sonido de una persona moribunda; primero un alarido, que gradualmente fue debilitándose. Despierto por completo, me incorporé hasta sentarme en la cama, con todo mi cuerpo cubierto por un sudor frío. En mi cabeza aún podía oír el eco del grito. Me vestí a toda prisa y me abalancé hacia la ventana. La noche anterior había olvidado cerrar los postigos, de modo que cuando abrí la ventana el aire fresco entró en la habitación^[234].

Podía distinguir vagamente en el este los primeros indicios del amanecer, pero todo estaba cubierto de niebla y no se veía nada. Me asomé por la ventana todo lo que pude y agucé el oído. El aire era frío y húmedo, y a través de la espesa bruma solo podía distinguir el perfil de los muros del castillo en la distancia. Después de permanecer en la ventana durante cerca de media hora, escuché el ruido de algo que se arrastraba en la oscuridad. Sonaba como si algo se arrastrase por el lado exterior del muro, quizás sobre una cornisa^[235], que o bien había sido construida como elemento decorativo o simplemente marcaba la transición entre los niveles inferior y superior del castillo. Al acercarse, pude ver que se trataba de una forma humana, envuelta en una larga capa gris, con una especie de capucha sobre su cabeza. Se arrastraba a lo largo del estrecho saliente con los pies y las manos, como un gato, pero después de un rato desapareció, como si se hubiera deslizado por una grieta de la pared o entrado por una ventana^[236].

Cerré a toda prisa la ventana y eché los postigos.

Después de encender las velas de mi habitación, pude serenar mis nervios y calmarme un poco. Estaba temblando por el frío, así que cogí mi petaca y bebí un

largo trago de coñac. No resultaría agradable caer enfermo aquí. A continuación me aseguré de que la puerta estaba cerrada con llave y de que mi revólver estaba cargado. Lo coloqué en la mesita junto a la cama y volví a meterme bajo las mantas.

Si hubiera visto algo así en Londres (un hombre vestido de extraña manera arrastrándose sigilosamente por una canaleta de desagüe), mi único pensamiento sería ir en busca del oficial de policía más cercano y, con su ayuda, descubrir si se trataba de un sonámbulo desafortunado o de un ladrón poco convencional, y después cerciorarme de que lo ponían bajo custodia. Pero, puesto que aquí soy un extraño, no tengo ni idea de qué debo hacer. No sé orientarme en el castillo; en realidad, ¡ni siquiera sé dónde duerme el conde! También sospecho que, aparte de nosotros dos, en esta parte de la casa no se encuentra ni un alma. Medité si merecería la pena causar algún alboroto para despertar al conde, y así poder contarle lo que había visto, pero no estaba seguro de si él se lo tomaría bien. Decidí que era más inteligente intentar mantenerme a salvo con los medios que tenía a mi alcance y fingir que todo estaba bien, mientras intentaba controlar mis emociones.

Traté de permanecer alerta y no dormirme de nuevo, pero a pesar de mis esfuerzos se me cerraron los ojos y no desperté hasta las diez, cuando el sol ya brillaba con fuerza en el exterior. Abrí la ventana e inhalé el refrescante aire primaveral con su fragancia a bosque; con la llegada de la luz del día, el terror de la noche anterior se había desvanecido. Podría haberme dicho a mí mismo que lo que había visto en la oscuridad era solo un sueño, de no ser porque la vela consumida y el revólver sobre la mesa eran testigos mudos de la verdad. Me asomé a la ventana y me incliné hacia fuera para tener una mejor visión del paisaje que me rodeaba, y se hizo evidente que el castillo estaba construido sobre un peñasco enorme, con precipicios en todos sus lados excepto uno. Antiguamente esta fortaleza debió ser inexpugnable.

Vi que había torres en los lados izquierdo y derecho del castillo. La que quedaba a mi derecha se hallaba en buen estado, pero la de la izquierda estaba en ruinas. Muchos de sus muros están cubiertos de grietas, y su techo se ha colapsado. La figura humana que vi por la noche procedía de esa parte del castillo^[237].

Me incliné aún un poco más y vi enormes bloques de roca en el suelo a lo lejos. Debían haber caído desde los precipicios. Más allá de las rocas veía arbustos y árboles, pero a lo lejos, pasado el bosque, solo había montañas desnudas. Distinguí dos o tres granjas solitarias a lo lejos, pero, por lo demás, no había indicios de civilización.

Hice visera con la mano para protegerme del sol y que me obstaculizase la vista. Entonces, algo blanco en los arbustos que había a mi izquierda atrajo mi atención. Pensé que podría ser ropa lavada tendida para secarse, así que cogí mi catalejo de bolsillo para poder verlo mejor. ¡Y de ese modo vi que se trataba de una persona! Un hombre o una mujer que yacía sobre su espalda, con los brazos y las piernas estirados, como si estuviera durmiendo. Como desde que había llegado no había visto ni un alma en el exterior del castillo, me alegré de ver a alguien. Levanté otra vez el catalejo y miré de nuevo, pero entonces me desplomé en la silla que tenía al lado, temblando de espanto. No quería ver más.

Era una mujer; una chica joven, de hecho. La vi como si la tuviera justo delante. Tenía un rostro agradable y una figura bonita. Estaba muerta. Su cabeza estaba torcida hacia atrás y medio hundida en el musgo. Tenía el pelo negro suelto, como si

alguien hubiera tirado de él, y su boca y sus ojos estaban abiertos por completo; su expresión reflejaba auténtico miedo. Le habían rasgado el vestido en el pecho, de forma que su cuello y sus senos quedaban al descubierto, y en su garganta se distinguía una herida abierta. Desde ella, la sangre se había derramado por los hombros y había empapado su ropa. Llevaba un atuendo basto de lana blanca, típico de las mujeres de esta región. La posición de los brazos hacía pensar que había Arañado el musgo durante su agonía^[238].

Tras unos minutos, eché otro vistazo para cerciorarme de que no me había equivocado.

Todo era tal y como acabo de describirlo.

Esa debe de ser la razón del grito de dolor que había oído. Pero ¿cómo puede haber sucedido este hecho terrible? Me pregunté si los lobos serían los responsables, dado que hay tantos en los bosques. Sin embargo, el conde me había dicho que no atacan a los humanos, en especial en esta época del año, cuando disponen de presas suficientes para cazar.

¿O se trataba de un asesinato?

Los lobos no habría dejado a la chica así, pero un asesino sí podría haberlo hecho^[239]. Estaba medio oculta entre los arbustos, y no había ninguna carretera cerca.

Cogí mi sombrero, me guardé el revólver en el bolsillo y me puse en marcha para llegar cuanto antes a donde yacía el cuerpo. Tenía que haber algún sendero entre las rocas que me llevase hasta allí.

Corré escaleras abajo para salir del edificio, pero cuando alcancé al vestíbulo de entrada recordé que no había puesto un pie fuera de los muros del castillo desde mi llegada aquí. Como había dormido tanto durante el día y el conde había pasado tanto tiempo conmigo durante las noches para mejorar su dominio del inglés, no había estado ni una vez fuera del recinto del castillo.

Intenté abrir la puerta principal, pero estaba cerrada y la llave no estaba a la vista. La busqué, pero no parecía estar en ninguna parte. Traté de forzar la puerta, pero fue en vano.

El vestíbulo es amplio y tiene puertas que llevan en muchas direcciones diferentes. Probé cada una de ellas, pero estaban todas cerradas.

Como hombre libre, no estoy acostumbrado a que mi libertad de movimiento sea restringida. Me di cuenta de que era un prisionero en este castillo.

Ya antes había deseado recorrer el recinto del castillo, sin plan alguno de lo que hacer una vez fuera, pero ahora que había visto el cadáver de la chica, no podía pensar en otra cosa que llegar hasta donde ella estaba y, si era posible, intentar ayudar, pedir auxilio, y buscar al asesino con ayuda de las autoridades. Es decir: quería hacer lo que toda persona civilizada haría en mi situación. Pero solo en ese momento comprendí cuál era en realidad la situación. Repasé en mi cabeza todo cuanto había visto y oído aquí, y al hacerlo mi propio destino se me antojó más sombrío que nunca.

Por supuesto, sabía que debía haber muchas otras salidas, pero cuando hallé otro vestíbulo, todas sus puertas estaban también cerradas.

No había otro lugar al que pudiera ir aparte de mi habitación, donde me sentía seguro (si acaso eso era posible entre estos lúgubres muros). Permanecí allí, nervioso, con la cara enrojecida por la inquietud, pues al pensar en el comportamiento del conde desde que nos habíamos conocido caí en la cuenta de que él, de forma deliberada, ¡me había impedido salir del castillo! Cada noche me había mantenido despierto hasta el canto del gallo, para que así durmiera la mayor parte del día, y yo, por pura cortesía, casi no había salido de mi habitación hasta que él regresaba. Y así había pasado el tiempo, y apenas he tenido oportunidad de calcular cuántos días llevo aquí. Está claro que el conde es un hombre bastante extraño. Su comportamiento, al menos, no tiene igual. Tal vez se esté aprovechando de mi estancia aquí, en especial porque ha comprobado que soy muy dócil, pero no puedo tolerar que me mantenga encerrado como a un criminal.

Miré a mi alrededor y vi que no había ninguna otra salida de mi dormitorio, ni de ninguna de las otras habitaciones en las que había estado, excepto la que daba a las escaleras por las que había subido la primera noche, o la que conectaba con el vestíbulo que daba acceso a esta ala del castillo. Pero en ese vestíbulo también estaban todas las puertas cerradas.

A continuación pensé en subir las escaleras que llevan a la galería de retratos. Cuando puse mi mano sobre el pomo de la gran puerta de roble, me sorprendió descubrir que giraba.

El sol penetraba a través de las ventanas de la larga galería, y los retratos parecían tener un aura distinta de cuando los vi por la noche, iluminados solo por el débil brillo de una luna todavía joven^[240] y con la ayuda de las velas. No obstante, las imágenes me impactaron otra vez. De repente comencé a sentirme mal, a punto de venirme abajo. Eché solo un breve vistazo a los retratos, a pesar de que el imponente cuadro del fondo parecía estar atrayéndome con una fuerza irresistible. Pero estaba decidido a que nada me retrasase hasta que hubiera podido examinar el castillo lo más a fondo que me fuera posible.

En el extremo opuesto del pasillo había dos puertas abiertas de par en par.

La puerta de la izquierda conducía a una habitación en la torre, amplia y circular, con varias ventanas pero sin más puertas que la que daba a la galería de los retratos. La otra puerta abierta en el lateral de la galería llevaba a una larga serie de estancias de distintos tamaños. Todas ellas estaban orientadas al oeste, y supuse que formaban buena parte del ala oeste del castillo. No tenía tiempo de examinar esas habitaciones con detenimiento, pero juzgué, por su aspecto^[241], que no había en ellas escaleras que comunicasen con otras zonas del edificio. Di por sentado que en alguna parte encontraría esas escaleras, pero la última puerta de ese conjunto de habitaciones (que probablemente daba a un pasillo o salida) estaba cerrada con llave, por lo que no pude abrirla.

Todas las habitaciones estaban amuebladas a la manera típica de los viejos castillos, con elementos originales de diferentes períodos, pero nada que fuera del estilo actual. Todo estaba viejo, descolorido y gastado, pero no desvencijado. Quería inspeccionar esos muebles al detalle, pero lo haría más tarde, pues no disponía de tiempo de hacerlo en ese momento. Comprendí que no podría salir por allí, así que regresé a la galería. En el otro extremo, donde estaba la entrada, había también otra puerta. No estaba cerrada con llave, por lo que pude pasar a un largo pasillo lleno de ricos ornamentos en el que había tres ventanas por las que entraba la brillante luz del sol. Entre ellas había espejos con marcos negros y dorados^[242], y el suelo estaba pintado siguiendo un patrón romboidal en gris y blanco. Todo estaba dispuesto en un estilo que estuvo de moda a comienzos de siglo entre la gente de alta cuna, con colores rosados, azules, blancos y grises, que el paso del tiempo había hecho palidecer. Después encontré otra serie de habitaciones, y las atravesé como en un sueño: me sentía mal (débil y enfermo), por lo que caminaba tan rápido como me era posible. Probablemente estas habitaciones llevan tanto tiempo vacías que el aire que hay en ellas podría ser insalubre, en especial en esta época del año, cuando el calor del sol todavía no ha penetrado sus gruesos muros. Pero daba la impresión de que los cuartos habían sido habitados no hace demasiado. Lo más seguro es que estuvieran destinados a damas, pues ni las flechas ni el fuego enemigo podrían alcanzarlos desde el exterior, y las ventanas son más grandes y elevadas que las de las habitaciones de la planta inferior.

Después de haber recorrido varias de ellas, encontré otra puerta en la pared opuesta a la de las ventanas. Traté de abrirla, pero no cedió. Sin embargo, al inspeccionarla con más atención me di cuenta de que no estaba cerrada con llave, sino atascada porque la madera se había hinchado^[243]. Por fin me las ingenié para abrirla. Accedí a un pasillo de aspecto ruinoso, y a través de unas troneras en la pared pude ver directamente el barranco que había al este del castillo, en el que un río caía formando una cascada. Todas las habitaciones que había en la pared opuesta estaban cerradas, pero cuando alcancé el fondo del pasillo descubrí unas escaleras que bajaban. Eran estrechas y muy inclinadas, con pequeños pasamanos que bordeaban las paredes.

Empezaba a sentirme mejor, ya que allí el aire era más fresco y sano, con lo que dejé de sentir tantas náuseas. Pero al mismo tiempo, lo que implicaba todo cuanto había visto la noche anterior y esta misma mañana resultaba cada vez más evidente: tenía que salir de esta prisión lo antes posible.

La escalera comunicaba con otro pasillo, aún más ruinoso que el anterior. Sospeché que me hallaba ahora en el ala norte del castillo, que parecía diseñada, en mayor medida que las otras partes del edificio, para la defensa de la fortaleza^[244]. Al final de este nuevo pasillo encontré una puerta de hierro forjado. La llave estaba puesta en la cerradura, y, con cierta dificultad, la hice girar. Cuando pasé al otro lado penetré en una estancia rectangular que me hizo pensar en una bodega. Las paredes y el suelo estaban excavados en la roca, de forma irregular, y todo estaba cubierto por telas de araña, lo que indicaba con claridad que nadie había entrado allí desde hacía años. La luz entraba a través de dos ventanas, y entre ellas distinguí cadenas de hierro y grandes tornillos cuyo propósito no fui capaz de imaginar. Había un tramo de escaleras que subían a una de las ventanas, y corrí por ellas para asomarme al otro lado.

Cuando miré por la ventana, vi que había debido dar vueltas y vueltas en mi camino para llegar finalmente al lado norte del edificio. La ventana era pequeña, de modo que no podía ver mucho hacia la derecha o hacia la izquierda, pero sí vi que estaba cerca del barranco, y que en su fondo había una cascada que formaba una nube de vapor a su alrededor. A menudo he oído el murmullo del torrente de agua en el silencio de la noche, pero no imaginaba que se hallaba tan cerca. Desde la puerta principal, el puente levadizo pasaba por encima de la catarata, pero ahora había sido retirado, de manera que no se podía acceder al castillo por allí. Comprendí entonces la función de las cadenas que había visto antes: eran utilizadas para levantar el puente. También entendí que, por mucho que consiguiera salir del vestíbulo de entrada, aun así no podría escapar. Bajé con rapidez las escaleras y eché un vistazo a la estancia. Se notaba que las herramientas paraizar y bajar el puente habían sido reparadas recientemente, y se distinguían pisadas frescas en el polvo que cubría el suelo. Supuse que el puente levadizo se movía de forma gradual, y que quien realizase esa operación tenía que moverse por la habitación en la que me encontraba para accionar el mecanismo. Resultaba difícil de creer que fuera necesario pasar por todas las habitaciones y pasillos que yo había recorrido para llegar aquí, por lo que imaginé que debía haber otra forma de entrar. En ese momento me fijé en otra puerta, enfrente de la que yo había utilizado, pero era mucho más pequeña, apenas de la altura de un hombre adulto, y no había cerradura en ella, sino solo un pomo de manivela, como las que suele haber en las viejas granjas de Inglaterra. La manivela cedió con facilidad, pero la puerta era pesada y se mantuvo inmóvil. Cuando la abrí de un empujón, me impactó una ráfaga de aire pestilente y descubrí cuatro o cinco peldaños de una escalera de caracol que descendía hacia la tenebrosa oscuridad. Si hubiera estado menos nervioso, sin duda habría dudado si bajar o no, pero en lo único que podía pensar era en continuar adelante. Mantuve la puerta abierta colocando un leño contra ella y comencé a descender lentamente...

Al principio podía ver gracias a la luz que entraba por la puerta abierta, pero muy pronto me envolvió la negrura y tuve que tantear con las manos para guiarme. Había una gran distancia entre cada peldaño, y eran tan estrechos que solo había espacio para una persona; tenía la impresión de estar descendiendo a un pozo muy profundo.

Con la mano sobre la pared húmeda, avanzaba con cautela. Ya debía haber descendido unos cincuenta escalones cuando empecé a pensar en dar la vuelta y regresar arriba, pero la curiosidad me hizo continuar adelante. Quería descubrir qué es lo que esconde este castillo, pues el conde había dado a entender que algo secreto había, pese a que sospechaba que, fuera lo que fuese, ningún hombre honrado debería acercarse. Si ese resulta ser el caso, debo advertir al señor Hawkins, mi jefe, y decirle que el conde debe permanecer donde está.

¡De repente, sentí que había alguien detrás de mí en las escaleras! No oí nada, ni tampoco lo vi, pero sentí que allí había alguien, siguiéndome. Se me erizó el cabello y sentí un escalofrío recorriendo mi espina dorsal. No pude soportarlo, así que me puse de lado, con la espalda contra la pared y un pie en el siguiente escalón.

¡Y justo en ese preciso instante fui atacado! Algo (hombre o animal, no puedo saberlo), me agarró. No desde atrás, pues en ese caso sería ahora hombre muerto, sino desde delante y desde un lado, por lo que me resultó más fácil^[245] defenderme.

Algo enormemente pesado me sujetaba el hombro izquierdo y empezaba a estrangularme. Sentí unas fauces abiertas que tocaban mi oreja, mi mejilla y mi boca con sus gruesos labios, lanzando sobre mí un aliento asqueroso. Entonces, una pierna, o algo semejante, se enroscó en torno a mi pie derecho, pero por fortuna yo tenía las dos manos libres y pude aferrarme a la escalera para no caer. No pude coger mi revólver, pero sujeté los brazos que me asían y noté que, pese a lo peludos que eran, ¡sin la menor duda eran humanos! Tiré de ellos con todas mis fuerzas, pero no cedieron su agarre. Noté que algo me arañaba el cuello, como si mi atacante quisiera alcanzar mi garganta con su boca. Acababa de sujetarle la cabeza con mis manos cuando él de repente me soltó y me empujó, y tuve la impresión de caer durante mucho tiempo ---

Ignoro cuánto tiempo había pasado cuando recuperé de nuevo la conciencia, pero me llevó un buen rato ser capaz de pensar con claridad. Yacía en el suelo delante de una puerta estrecha, y detrás de mí, en la oscuridad, podía ver la escalera. También distinguí un largo túnel en el que penetraba algo de luz a través de unas ventanas situadas muy alto en las paredes, cerca del techo. Por suerte había caído en una zona blanda y cubierta de suciedad, por lo que no había resultado malherido.

Consideré la posibilidad de haber sido simplemente víctima de un ataque de pánico^[246] (de haberme mareado y haberme precipitado escaleras abajo, golpeando al caer la puerta que ahora tenía delante y abriéndola), y que todo lo demás hubiera sido solo un producto de mi imaginación... Pero ¿por qué entonces tendría el cuello de mi camisa rasgado y por qué había desaparecido mi corbata, mientras el rosario con la cruz de hierro (que llevaba colgada en recuerdo de la mujer con la que me había hospedado) me había dejado visibles marcas en el cuello? También sentía una sensación de quemazón en mi garganta.

De pronto pensé que tendría que regresar por el mismo camino por el que había llegado hasta allí, y la sola idea me aterró. Tuve la impresión de estar atrapado, así

que continué adelante, medio cojeando^[247].

Cuando llegué al final del túnel, se abría a una cripta sin ventanas. En su otro extremo había un espacio circular con el suelo sucio y tres o cuatro ventanas en lo alto. Las paredes estaban construidas con grandes sillares de roca, e imaginé que me hallaba en una de las habitaciones más profundas del castillo. Desde allí podía oír la cascada mejor que desde ninguna otra habitación en la que hubiera estado antes. El suelo se inclinaba por los extremos, formando una especie de zanja.

Me detuve allí un momento, tratando de orientarme. Las ventanas se hallaban abiertas y una brisa agitaba las telas de araña que colgaban del techo. Pese a ello, el aire de la habitación era rancio. No tardé mucho en descubrir de dónde procedía aquel hedor.

En un primer momento pensé que estaba en una bodega para almacenar comida, pues parecía que hubiera diversos productos apilados a lo largo de las paredes. También se me ocurrió que debía haber cerca otra salida, para que los residentes pudieran acceder fácilmente a aquella estancia. Entonces distinguí una especie de postigo o escotilla en la pared más próxima. Pude abrirla. Cuando vi que podría conseguir más luz y aire fresco, me asomé por la abertura, pero justo en el instante en que me apoyaba contra la pared para atisbar por el agujero, dos calaveras cayeron rodando ante mis ojos. Una de ellas era pálida y brillante, ¡pero la otra todavía tenía pelo y piel pegada al hueso!

Quedé horrorizado por lo que veía, y más aún cuando me percaté de que la zanja que recorría la pared estaba llena de huesos humanos, mohosos y medio descompuestos. Pude ver una caja torácica aún unida a la columna vertebral, brazos y piernas con sus tendones todavía intactos, y calaveras con las cuencas de sus ojos vacías, todo ello amontonado. El hedor que emanaba de aquel horror aumentaba por la corriente de aire, y era tan pútrido que me faltó poco para arrojarme por la ventana en un intento de huida. Por fortuna, logré controlarme lo suficiente para no hacerlo, pues de lo contrario habría sido mi último acto en esta vida: bajo la ventana se hallaba el abismo con los gigantescos precipicios y la cascada.

Miré otra vez para cerciorarme: no había salida para los vivos. ¡Estaba pensada exclusivamente para los muertos!

El pánico se apoderó de mí cuando pensé en el trayecto de vuelta a mi dormitorio. Obcecado por la frustración, atravesé corriendo la pila de huesos, que crujieron bajo mis pies mientras me abalanzaba hacia el otro extremo de la habitación. Había allí otra puerta, y conseguí abrirla.

¿Qué diablos encontraría tras ella?

Dubitativo, me deslicé al otro lado.

Había llegado a una especie de iglesia, o templo, aunque apenas había ninguno de los elementos habituales de las iglesias cristianas.

El interior era sombrío. Había altas ventanas en arco. En las paredes se veían imágenes primitivas y repulsivas, y también detecté extraños símbolos en el

suelo^[248]. Vi ataúdes construidos en piedra, y al fondo había un sarcófago enorme hecho de mármol amarillo y multicolor.

De repente encontré un portal del que surgía una escalera ascendente.

Dudé antes de subir por ella, recordando vívidamente lo que me había ocurrido en la otra, pero aun así decidí seguir adelante.

Cuando llegué a lo alto de las escaleras, me hallé en una suerte de terraza desde la que se veía una capilla antigua y decrepita. Comprendí que la habitación que acababa de abandonar debía realizar la función de cripta subterránea, y que debía estar conectada con aquel santuario, pero no pude ver un camino desde la terraza a la capilla^[249]. Lo que sí había, sin embargo, era un nuevo tramo de escaleras que subían desde la terraza, y las seguí. Resultaba evidente, por el estado de los peldaños, que alguien pasaba por allí con frecuencia. Mientras subía, vi el baile de los rayos de sol en el muro que había por encima de mí, lo que mejoró mucho mis ánimos. ¡Había una ventana! Me sentí tan aliviado que por un momento olvidé que no tenía la menor certeza de si podría regresar a mi habitación. Me asomé y miré a mi alrededor.

Me hallaba en la esquina sudoeste del castillo. Y desde allí podía ver el lado oriental, donde estaba mi dormitorio. Y me di cuenta de que había dejado las ventanas abiertas. ¡Si tuviera alas, habría regresado hasta allí volando!

De repente, vi algo más que me hizo detenerme^[250].

A lo largo del muro, por debajo de la ventana a la que me había asomado, se veía la cornisa que había observado la noche anterior. Durante la noche daba la impresión de que una sombra se había proyectado sobre ella. Si la había causado una persona o no, no podía saberlo, pero solo podía proceder de la ventana en la que yo me encontraba ahora, pues no había otras puertas o ventanas cerca de las que pudiera salir luz alguna.

En mi intención por escapar del castillo tenía demasiadas cosas en las que pensar, y por ello casi había olvidado el cadáver de la chica que había divisado no muy lejos de allí. Pero entonces sucedió algo que me hizo recordarlo.

Vi que de pronto aparecía entre los arbustos y el lugar donde yacía el cuerpo una mujer de edad avanzada, vestida como una campesina. Resultaba evidente por su forma de moverse que estaba temblando de miedo, y cuando llegó a donde estaba el cadáver su boca se abrió como para lanzar un grito, pero en vez de hacerlo, se volvió y le hizo un gesto a alguien, a quien yo no podía ver, de que se acercara. Me di cuenta en ese momento de que se hallaba en un estrecho sendero que bordeaba la base de los precipicios, en el exterior del castillo.

Un grupo de gente, compuesto tanto por hombres como por mujeres, se aproximó por el camino, con la misma aprensión visible en sus gestos. Cuando llegaron hasta la mujer, la rodearon y quedó claro que ella les estaba hablando. No había duda de lo que les estaba diciendo. El grupo hablaba en voz baja, pero se percibía que estaban completamente conmocionados. Se acercaron a la chica muerta. Desde donde estaba, yo podía verlo todo: su cara pálida bajo la luz del sol, la herida en su garganta y las ropas manchadas de sangre que cubrían su cuerpo.

Entre el grupo había un hombre anciano que parecía estar al mando. Me dio la impresión de que les decía algo a los demás y que ellos dudaban antes de obedecer. Pero finalmente asintieron. Un hombre joven, que parecía aún más angustiado que los otros, se internó entre los arbustos y cogió un palo de fresno, que luego le tendió al anciano. Este clavó a continuación el palo en el pecho del cadáver mientras murmuraba lo que supuse eran oraciones, y después el grupo se llevó el cuerpo^[251].

Me pareció obvio que ese ritual tenía su origen en la superstición^[252]. Me senté y eché un vistazo a mi reloj. Tenía la sensación de que llevaba muchísimo tiempo recorriendo el castillo, pero ahora me di cuenta de que solo habían pasado tres horas. A pesar de que había imaginado que el día estaría próximo a acabarse, el sol continuaba todavía alto en el cielo.

Sabía que tenía que seguir mi inspección. Aquellas escaleras me conducirían a la parte alta del edificio, y allí seguramente encontraría a sus habitantes. Ella también tenía que estar allí, la chica despampanante a la que ya había visto en dos ocasiones, y no podía estar sola: en algún lugar debían estar las criadas, y habitaciones ocupadas, y puertas que pudieran franquearse sin tanta dificultad, aunque hasta el momento solo había podido avanzar hacia las zonas abandonadas del castillo.

—Adelante —me dije a mí mismo.

Corré escaleras arriba, que ya no estaban a oscuras, y pronto alcancé una puerta maciza. Me hallaba tan nervioso que apenas podía calmar mi respiración. Sospeché que la puerta estaría cerrada con llave y que no me quedaría más remedio que volver por donde había venido, o perecer allí mismo.

Las ventanas estaban algo alejadas, de modo que apenas había luz allí, por lo que tuve que buscar el pomo a tientas. Noté que la tapa de la cerradura estaba abierta, así que imaginé que alguien había cerrado aquella puerta con llave.

Me sentí mareado y estuve a punto de desplomarme, así que me senté en lo alto de las escaleras, apoyando la espalda contra la pared. Estaba exhausto, y no sé durante cuánto tiempo permanecía allí, hasta que de repente creí oír que alguien se acercaba. Me incorporé y agucé el oído. ¡Sí! ¡Lo oí otra vez! Parecía como si alguien estuviera descorriendo el cerrojo.

¿Era posible? Me puse en pie de un salto y me aproximé a la puerta, ¡y descubrí que ahora podía abrirse^[253]!

Saqué la navaja de mi bolsillo e introduje su filo entre la puerta y el marco hasta que logré abrirla.

Ante mí se extendía un espacioso vestíbulo con suelos de madera noble y tapices colgando de las paredes. También había sillas de aspecto anticuado, similares a las que había en mi dormitorio. Las cortinas estaban medio echadas para atenuar la luz.

Entré con sigilo, sin hacer ruido.

En el extremo opuesto del vestíbulo había dos puertas abiertas de par en par.

Supuse que la de la izquierda me conduciría hacia mi habitación y la del conde^[254], pero antes de dirigirme hacia allí deseaba asegurarme de que ningún peligro me acechaba tras la puerta de la derecha, así que me acerqué allí de puntillas y me asomé al interior. Enseguida comprendí que me hallaba en la torre que había visto antes^[255]. Se trataba de un espacio amplio y circular, sin más puertas que la que yo acababa de cruzar. Las ventanas estaban parcialmente tapadas con ladrillos, y el espacio restante quedaba cerrado por barrotes de hierro. No había ninguna decoración en las paredes, solo telas de araña. La pared estaba recubierta por una especie de valla

de madera, y entre ella y la mampostería había varios montones de lo que parecía ser grano como el que había visto en cobertizos de granjas. Al principio pensé que aquella habitación se utilizaba como almacén, pero no parecía lógico, ya que se encontraba en la cuarta planta del edificio. Movido por la curiosidad, puse una mano en uno de aquellos montones y noté pequeños objetos duros y redondos que eran fríos al tacto. Cogí un puñado y los acerqué a la luz de la ventana. Descubrí que era algo muy diferente de lo que había imaginado: se trataba de piezas de oro; por su peso y el sonido metálico que producían, era evidente que eran monedas antiguas y polvorrientas.

Recorrió con rapidez la habitación e inspeccioné los diversos montones. Todos me parecían iguales. Algunas de las monedas no tenían ningún defecto, como si las hubieran acabado de acuñar, pero otras habían ennegrecido. No encontré ninguna actual, otras ni siquiera pude reconocerlas, y algunas eran griegas y romanas. No soy un experto numismático, por lo que no puedo juzgar el valor de esta colección de monedas, pero solo el precio del metal ascendería a varios millones de coronas. Pero no fue eso lo único que encontré^[256].

Mi curiosidad iba en aumento y continué fisgando por la habitación. Me fijé en dos arcones que había en el centro de la habitación. No estaban cerrados, así que pude echar un vistazo a su contenido. Ambos estaban llenos de alhajas hechas de oro, plata, joyas y perlas. Había cuencos y vasos de oro, un estuche con gemas^[257] brillantes y varios otros objetos de corte semejante.

También hallé pequeños compartimentos en las paredes que contenían otras riquezas, no menos espléndidas que las que había en los arcones, pero no disponía de tiempo para examinarlas. Comprendí que la gente no exageraba al decir que el conde era tan rico como Creso, pues jamás había visto algo como aquello.

En cierto modo me sentí aliviado por el hecho de que a nadie se le había ocurrido cerrar con llave esa habitación, pese al inmenso tesoro que contenía.

Creo que ahora puedo entender con más claridad por qué el conde se muestra tan extremadamente cauto: debe temer robos y hurtos en la casa cuando él no está, por eso se asegura de cerrar con llave todas las puertas.

A continuación abrí la puerta de la izquierda. Era un dormitorio, de un tamaño ligeramente superior al mío. En la pared contraria a la ventana había una cama de cuatro postes con gruesos cortinajes. Desde el dormitorio se veía otra estancia en la que había estanterías y una mesa grande en el centro. Estaba bastante seguro de que me hallaba en los aposentos privados del conde, que encajaban con las otras habitaciones del castillo en las que yo me alojaba y aquellas que había recorrido hasta ahora^[258]. Apenas me atreví a echar un vistazo, pues temía que el conde o alguna otra persona acabaría por descubrirme, y no estaba seguro de lo que me ocurriría si eso llegaba a pasar. Había dos puertas en la habitación, y decidí probar con la más grande. En un primer momento pensé que estaba cerrada, pero cuando presioné el pomo se abrió, y de repente me encontré en el salón donde solía comer. Ahora se me antojaba agradable y acogedor; me sentía como si estuviera de vuelta en mi casa, y, sin embargo, solo un poco antes, me había sentido encarcelado y era incapaz de pensar en otra cosa aparte de salir de allí. Tenía la impresión de que habían pasado muchos meses desde la última vez que había estado en esa habitación, aunque solo habían sido unas horas. Todo tenía el mismo aspecto de antes. Fui hacia la ventana y miré hacia el patio. A mi derecha se alzaba amenazante la torre principal^[259], donde las escaleras me habían llevado a las profundidades del castillo. Comprendí que había regresado sano y salvo por puro milagro^[260].

Sentí que me vencía un gran peso, y necesitaba limpiarme el polvo, la tierra, las telarañas y la suciedad que me cubría por completo.

Notaba una quemazón en el cuello, justo por encima de la arteria, ¡y descubrí señales de mordiscos! Obviamente el rosario me había protegido, pues se había quedado marcado en mi piel.

Pese a la intensidad con que traté de lavarme, no había forma de eliminar la marca de mi garganta.

Tenía un hambre atroz, así que volví al comedor, donde antes, al entrar desde la alcoba del conde, me había dado cuenta de que había un mantel sobre la mesa. Ahora

estaba allí la anciana muda, colocando platos y cubiertos. Creo que no me equivoco al decir que se sobresaltó al verme, como si estuviera sorprendida y asustada. Al parecer, la mujer no podía entender cómo me las había ingeniado para llegar allí. Debía haber entrado en mi dormitorio un momento antes y ver que yo no estaba. Me miró con miedo y echó un vistazo a la puerta por la que yo acababa de salir, y luego a la otra puerta, la que daba al cuarto del conde. Cuando todo estuvo dispuesto, me invitó a tomar asiento y obedecí con alegría.

Comencé a comer con apetito, llené mi copa de vino y la vacié de un trago. Pero entonces, de improviso, ocurrió algo tan espantoso que la copa resbaló entre mis dedos y se hizo pedazos contra el suelo.

Oí una llave en la cerradura de la puerta del dormitorio del conde. Alguien acababa de echar el cerrojo.

Ese hecho hubiera resultado insignificante si las circunstancias fueran distintas, pero en este lugar todo parece preñado de presentimientos funestos.

Por lo que yo sabía, esa puerta había estado cerrada desde dentro desde el día de mi llegada.

Pero hoy no lo había estado, lo que había sido un golpe de suerte para mí. Ahora volvía a estarlo, lo que implicaba que alguien me había seguido o me había visto allí, o que el conde había llegado y había echado el cerrojo, o quizás que la anciana criada se había percatado de que yo había estado curioseando y se había apresurado a cerrar para que no se me ocurriera fisgar de nuevo por esa parte del castillo.

Yo había entendido que el conde no me quería en esas habitaciones, ya que nunca se había ofrecido a mostrármelas y siempre las había mantenido cerradas.

No había entrado allí a propósito, pero tampoco podía olvidar que había estado en ellas.

Si surgía el tema, pretendía contarle al conde directamente lo que había sucedido: que me había perdido por el castillo y había encontrado el camino de vuelta a mi habitación por pura suerte, pero no le diría todo lo que había descubierto.

Cuando me levanté de la mesa, encendí un cigarro y caminé hacia la ventana. Hacía bastante frío en el interior, así que la abrí para disfrutar del aire que había calentado el sol y que se había estancado entre los muros del patio.

Mientras estaba allí fumando, oí el sonido de un cerrojo que giraba. La criada muda había entrado, pero ¿desde dónde? Estaba tan cansado y aturdido que no me había percatado por dónde había venido la otra vez. Estaba seguro de que no lo había hecho por la puerta que comunica al pasillo.

Me parecía evidente que lo había hecho de otra forma, por lo que tenía que haber una puerta secreta que la criada utilizaba con regularidad^[261]. Varias veces había tratado de hablar con ella mediante gestos, pero ella simplemente parecía incapaz de comprenderme, y se limitaba a mirarme con desconcierto, casi como si estuviera asustada. La única forma, por tanto, de descubrirlo era fijarme con atención por dónde venía y por dónde se marchaba.

Me percaté de que me observaba de reojo, pero fingí no haberme dado cuenta. Me giré hacia la ventana, pero miré por encima de mi hombro para ver qué hacía ella. Estaba seguro de que en alguna parte del comedor se hallaba la puerta que comunicaba con la salida que llevaba tanto tiempo buscando para escapar de mi encierro.

Con rapidez y destreza, la criada recogió el mantel y guardó la vajilla en un armario en el que no me había fijado hasta entonces. Después de recoger los cristales rotos del suelo, vi que dudaba, inmóvil. Miró en mi dirección y me di cuenta de que sospechaba algo. Hice como si no me percatase de ello, pero no dejé de observarla con atención. No obstante, solo un momento después, mis ojos siguieron el vuelo de unas golondrinas en el patio y oí a mi espalda el mismo sonido sibilante de antes. Cuando miré hacia atrás, la anciana había desaparecido... Esta vez noté con claridad que el ruido procedía de la pequeña habitación octogonal que había entre mi dormitorio y el comedor. Yo había dejado abierta la puerta que daba al comedor.

La puerta secreta tenía que estar allí.

Sin perder un segundo, corrí hacia esa habitación para registrarla al detalle.

La examiné a conciencia, pero no pude encontrar nada. Dado que allí no hay ventanas y que la única fuente de luz es la que penetra desde las habitaciones

adyacentes, todo estaba en penumbras. Decidí realizar más tarde un segundo examen, más exhaustivo, y dejé por el momento de palpar las paredes.

Me sentía también muy cansado por mi recorrido por el castillo, así que me fui a la cama y caí rendido de inmediato, pero me desperté de nuevo una hora más tarde, sintiéndome ya bien y recuperado. Supuse que el conde ya estaría de vuelta, por lo que fui a su biblioteca, pero no estaba allí. Para pasar el tiempo, me puse a escribir en mi diario, y todo se me habría antojado increíble, más sueño que realidad, de no ser por las evidencias tangibles, que no pueden discutirse. Apenas tenía claro qué debía pensar, pero lo peor de todo es que no puedo confiar en el conde. ¿Por qué está adquiriendo una propiedad en Londres y planea mudarse allí? Mi jefe es una persona extremadamente honesta, y su reputación se vería perjudicada en el caso de que ayudase a sombríos sinvergüenzas a migrar a Londres (ya hay suficientes de esos en la ciudad).

El conde debe llegar en cualquier momento. El sol se está poniendo, y el hermoso valle está cargado de aromas vespertinos y de la misma suave belleza que la primera vez que lo vi. Debería subir a la planta de arriba, pues la vista debe resultar aún más hermosa desde la galería de los retratos y la torre. ¿Debería...?^[262]

12 DE MAYO

¡Qué dios me ayude! ¡Ni siquiera soy capaz de distinguir si estoy despierto o dormido! ¿Por qué veo y oigo cosas que no son reales? ¿Es a causa de la soledad? ¿Es porque aquí todo es tan diferente de aquello a lo que estoy acostumbrado? Probablemente fue solo un sueño, pero espero, por Dios, no volver a tener jamás una pesadilla semejante.

El conde me ha dicho que me encontró completamente vestido y profundamente dormido en mi cama cuando regresó a casa, y que daba la impresión de que había sufrido una pesadilla. Dijo que había estado murmurando y dando violentas sacudidas mientras dormía, por lo que se había decidido a despertarme.

Mi primer pensamiento fue que su relato era veraz^[263], pues era cierto que me había despertado en mitad de la noche, y que estaba tumbado en mi cama, vestido por completo, con una luz encendida en la mesita y con el conde de pie a mi lado, contemplándome fijamente con sus ojos negros.

Yo me sentía exhausto, como si hubiera tomado algún somnífero, así que le obedecí en silencio cuando me dijo que me desvistiera. Debo haberme quedado otra vez dormido de manera inmediata, porque desde ese momento el mundo ha dejado de existir para mí hasta bien avanzado el día siguiente.

Pero una cosa es segura: cuando desperté, recordaba con claridad todo cuanto había ocurrido el día anterior y durante la noche, pero nada de eso cuadra con lo que el conde quiso hacerme creer. Él mantiene que me encontró en mi habitación. Sin embargo, no puedo entender por qué no me cuenta la verdad simple y llanamente. Me había advertido previamente que no curiosease en las habitaciones vacías de la planta superior después de la puesta de sol, pero anoche yo me había olvidado por completo de ello^[264]. Tengo que aceptar, tal y como él me había dicho, que el aire de este viejo castillo no es saludable, aunque resulta difícil identificar los agentes patógenos. La gente especula sobre enfermedades mentales contagiosas, pero ¿por qué no imaginan también infecciones mentales que debilitan la mente y el carácter de la misma forma que las bacterias del cólera y la difteria debilitan el cuerpo^[265]? Y no se puede rechazar la posibilidad de que esos gérmenes permanezcan en un estado latente durante años o incluso siglos^[266]. No soy psicólogo ni médico, pero puedo dar mi opinión. No soy capaz de ponerlo en palabras, pero puedo sentirlo con nitidez: del mismo modo que varios factores externos pueden hacer que alguien enferme, yo también me he visto afectado. Ya sean estas causas mentales o no, me han provocado visiones y emociones que antes no había tenido, ¡y que son muy nocivas!

El conde dice que solo he soñado cosas, y esa sería la explicación más lógica. Esa tarde estaba cansado y al borde de un ataque de nervios, y mi imaginación se había vuelto enfermiza por todo lo que me había pasado desde el mediodía. Me había quedado dormido con la ropa puesta. ¡No, juraré que no fue eso lo que ocurrió!

Estaba sentado a la mesa, en la biblioteca, justo como estoy ahora, cuando de repente sentí el impulso de subir a la planta de arriba para tener una mejor panorámica del crepúsculo. Dejé la pluma y llevé mi libro al dormitorio; después corrí escaleras arriba. Cuando llegué a la torre junto a la galería de retratos, el sol todavía no se había puesto. La vista desde allí arriba es realmente mucho mejor que desde ningún otro punto del castillo. Miré desde todas las ventanas y al final escogí la que tenía mejor vista, y, puesto que hay bancos en todas las habitaciones, tomé asiento, abrí la ventana y me quedé absorto en la contemplación de aquella belleza de la naturaleza. Encendí un cigarro y me recosté hacia atrás.

El aire era sofocante, e imaginé que la noche traería consigo una tormenta eléctrica. Estaba cansado y no tenía fuerzas ni para levantar un dedo^[267]; en lugar de eso, sentí la llamada de la belleza del paisaje. Después de que el sol se ocultara, el brillo rojizo del anochecer se extendió por el cielo, ¡era como si estuviera ardiendo! Entonces, con jirones de niebla azulada y rojiza en el este, un grupo de nubes doradas se movió por lo alto, empujado por las corrientes de aire. Curiosamente, empecé a sentirme entusiasmado^[268], como si pudiera prever que iba a suceder algo, aunque no sabía qué. Nunca antes en mi vida me he sentido así. No puedo describirlo, pero era como si estuviera medio borracho. La oscuridad se extendió, pero se mantuvo el mismo calor sofocante, que llenaba el aire de un aroma floral procedente del valle. Volví a colocar los cojines del banco para ponerme más cómodo, me estiré por completo y miré fijamente a lo lejos, preguntándome por qué no había comenzado aún la tempestad.

Debí de quedarme dormido, porque recuerdo con nitidez despertarme al notar que una corriente eléctrica me recorría de arriba abajo, y sentí que no estaba solo. La oscuridad iba en aumento, tanto como puede hacerlo en una noche de verano en esta región^[269]. Las ventanas apenas resultaban visibles, y casi no podía distinguir ninguno de los muebles que me rodeaban. Al principio no pude recordar dónde me encontraba. Pensé que había llegado a una especie de mundo desconocido, y que una voz me susurraba: «Amor, que arde como amargo odio, ¡y odio, que arde como amor!».

Esas eran las palabras que el conde había empleado cuando me mostraba los cuadros, pero ahora era otra voz muy diferente la que las pronunciaba, una voz seductora. Medio inconsciente, me recosté en el banco.

En ese mismo momento, dos relámpagos desgarraron el cielo y proyectaron su luz en la habitación. Gracias a ello advertí su presencia a mi lado. Estaba tal y como la había visto la primera vez. Cuando la luz se extinguió, la perdí de vista, pero pude sentir cómo se acercaba y se inclinaba hacia mí. Me volví débil, incapaz de moverme...

Estalló un nuevo relámpago, y pude ver su cara delante mismo de la mía; me miraba directo a los ojos, con sus labios separados. Vi el collar en torno a su cuello, que estaba desnudo hasta su pecho. Vi que se había puesto de rodillas frente al banco en el que yo estaba sentado^[270]. Entonces me envolvió una vez más la oscuridad y sentí que me desplomaba a un lugar muy profundo, medio inconsciente. La fragancia a flores me había dejado aturdido, pero aún podía percibir sus suaves brazos femeninos rodeándome, su aliento en mi rostro y sus labios sobre mi garganta...

No sé cuánto tiempo había pasado, pero de repente me desperté con una sacudida. Sentí como si ella se apartase de mí y me invadió una gran angustia. En ese momento vi que se encendía una luz, no la de un relámpago, sino la de una lámpara que sostenía el conde, que acababa de entrar en la habitación. Gritó algo que sonó como

una maldición en una lengua que yo no conocía. Vino directo hacia mí e iluminó mi rostro.

—¿Qué demonios está usted haciendo aquí? ¿Por qué no me obedece? —Me ladró en alemán, temblando de rabia pese a sus esfuerzos por controlarse—. ¡Aquí, a estas horas! Debería saber que Drácula es el dueño de este lugar.

Cerró la ventana. Había dejado la lámpara en el suelo, y desde abajo proyectaba un matiz fantasmal, o más bien demoníaco sobre su propia cara. Su pelo recordaba a la melena de un león.

Me incorporé, dispuesto a balbucear cualquier excusa, y él se puso en pie, mirándome fijamente, como si meditase algo.

Entonces, con voz de mando, me dijo:

—Túmbese.

Obedecí de forma automática y me recliné en el banco.

El conde cogió la lámpara y examinó con detenimiento mi cara y mi garganta. Entonces soltó una inquietante carcajada.

—Mi querido amigo —me dijo, empleando de pronto un tono suave—, debería haber recordado que le advertí en contra de subir aquí cuando anocchece. Usted lo ha olvidado, por supuesto, pero debo prevenirle de nuevo. Se ha puesto a usted mismo en peligro al quedarse dormido delante de la ventana. ¿Le han atacado mientras dormía?

Me acarició la frente y la parte superior del cuello.

Después de eso, no puedo recordar nada hasta despertar en mi cama, completamente vestido y con el conde de pie a mi lado, diciendo que me había despertado porque estaba sufriendo una pesadilla, que era tarde y que sería mejor que me desvistiera^[271]. Obedecí y no volví a despertar hasta mucho más tarde.

Ya he escrito todo cuanto me ha ocurrido, y aunque no ocupa más que unas pocas líneas, es lo bastante claro como para convencerme de que no fue un sueño, o, al menos, no un sueño ordinario. Para cerciorarme, subí al piso de arriba a plena luz del día y eché un vistazo. Entré en la habitación de la torre y todo tenía el mismo aspecto de la noche anterior. Nadie había tocado los muebles y nada había cambiado de sitio. Los cojines del banco frente a la ventana estaban amontonados, tal y como recuerdo haberlos colocado para estar más cómodo, y sé que la tela con la que los bancos están forrados es la misma que vi ayer. Todo es exactamente como lo recuerdo. Descubrí ceniza del cigarrillo en el alféizar, donde la había dejado caer mientras fumaba. También distinguí huellas de pisadas en el polvo que cubre el suelo y que al parecer nadie ha barrido en mucho tiempo, e incluso vi el rastro que parecía haber dejado el roce de un vestido. Por eso no tengo dudas de que mis recuerdos son correctos. Sé que estuve allí, pese a que el conde lo niega. Pero no consigo comprender por qué lo hace. Lo entendería si, en lugar de eso, me hubiera reprochado haber desobedecido sus instrucciones de no subir^[272]. Quizás entonces podría aceptar la idea de que todo lo que creo que me ha ocurrido no es más que un simple sueño^[273].

Cuando nos encontramos anoche, el conde ya estaba en la biblioteca, al contrario de lo que acostumbra. Se mostró muy amistoso, y me mostró un buen número de libros ingleses y austriacos sobre leyes que había cogido de las estanterías para que la velada me resultase lo más agradable posible. Resulta realmente sorprendente lo mucho que ha mejorado su inglés en tan poco tiempo. Debe tener muy buen oído, pues capta la pronunciación a un ritmo pasmoso. Ahora es complicado distinguir que no se trata de un hablante nativo, excepto por algunas palabras, cuya entonación le resulta demasiado complicada. Le alabé por ello, y parece que el cumplido le gustó.

—Me alegra de oír eso, querido Harker —dijo con gran entusiasmo—. ¿Cree usted que en el plazo de unas pocas semanas, digamos, o un mes, podría hablar su hermosa lengua con un inglés nativo? ¿No cree que los londinenses notarán de inmediato que soy extranjero? Estoy en deuda con usted, amigo mío, y le devolveré el favor. Puede contar con ello.

Le dije que aprendería mejor la lengua una vez que estuviese en Londres, o, mejor dicho, su pronunciación, puesto que ya es capaz de construir frases correctas. Cuando esté allí, podría también oír a otras personas hablando y llegará a conocer los diversos dialectos.

—No, debe ser como le digo. No quiero arriesgarme a llamar la atención o ser objeto de burlas cuando esté en Londres^[274]. ¿Qué le parece? Estoy hasta arriba de trabajo y estoy dispuesto a pagar por la ayuda adecuada. Hay, no obstante, ciertas cosas por las que no se puede pagar con dinero, como sucede con el favor y el placer que usted me ha ofrecido. Espero que disfrute de su estancia aquí, y que descansen después de una jornada de duro trabajo. En mi biblioteca dispongo de montones de libros de índole legal, y entre ellos podrá encontrar varias publicaciones excepcionales que no hallaría en otras colecciones más amplias que la mía. Aquí hay un auténtico tesoro para un buen abogado, y estoy plenamente convencido de que este castillo tiene mucho que ofrecerle a usted, mucho más de lo que pueda imaginar... Estoy seguro de que no se aburrirá.

No sabía qué pensar. Me pareció detectar un cierto tono sarcástico en sus palabras, y durante nuestra conversación medité si debía contarle todo lo que había descubierto y pedirle que me lo explicase abiertamente, pero rechacé esa idea, y quizá fuera lo mejor que pude hacer. En lugar de eso, me limité a mencionar que a mi jefe podría no gustarle que yo permaneciese aquí mucho más tiempo, posiblemente varias semanas más.

—Ya le he dicho que será mi huésped por el momento. Debe usted informar a su jefe; y, en cualquier caso, unas semanas más no supondrán una gran diferencia. No hablaremos más de ello.

Me dirigió una mirada tan lúgubre mientras decía esto último que consideré lo más inteligente no volver a mencionar mi deseo de marcharme. Voy a permanecer encerrado aquí, lo quiera o no^[275]. Sin embargo, sigo sin poder entender por qué me mantiene aquí: dice que la razón es que necesita que le dé lecciones de lengua, pero eso no es más que un pretexto. Debe tener otro motivo que no alcanzo a imaginar.

He decidido no permanecer aquí, pese a que él así lo desea. No obtendré permiso para salir, ya sea por las buenas o por las malas, así que no me queda más remedio que intentar escapar en secreto.

Cuando me embarqué en este viaje, como en cualquier otro viaje de negocios, di por supuesto que lo acabaría en cuestión de días, pero ahora me he transformado en un prisionero por expreso deseo de un tirano oriental^[276], y temo por mi vida.

No. Tengo que salir de aquí. Permanecer aquí sería insopportable. Puedo ya sentir que he perdido mi habitual serenidad. Siempre he sido conocido como una persona imperturbable, y me he propuesto que nadie me influya indebidamente. Esta es la primera vez que me he sentido obligado a ceder a la voluntad de otra persona.

¡Si al menos tuviera alguna tarea que realizar, para que así pudiera dejar a un lado mi inquietud!

Estoy empezando a redactar un artículo para el *Diario de Leyes* sobre los procedimientos legales en Hungría, tanto pasados como actuales. El conde estaba en lo cierto al decir que su biblioteca es un tesoro inagotable para un abogado. Podría haber sido de gran utilidad, si las circunstancias fueran otras. Siempre es mejor aprender algo nuevo que no hacerlo, y en la situación en la que ahora me encuentro, la inactividad puede ser muy dañina, así que trabajo con intensidad y me sumerjo en los libros.

Durante los últimos días el conde ha estado de muy buen humor, y ha pasado más tiempo en casa de lo que en él es habitual. Se sentó conmigo toda la tarde, como hizo la primera noche que pasé aquí, y se esforzó por mantenerme entretenido; puede que en parte lo haya hecho para mejorar su nivel de inglés. Me ha contado muchas historias sobre su familia, y la mayoría de ellas eran tan obscenas y lascivas que no me atrevo a repetirlas, ni en voz alta ni por escrito. Desde luego, nosotros los ingleses no somos ángeles^[278], pero, no obstante (y por fortuna), consideramos que ciertos principios morales son leyes naturales, y creemos que nuestras aspiraciones morales se sostienen gracias a la decencia en el habla, la palabra escrita y el comportamiento. El pecado puede esconderse bajo un disfraz impecable. Al igual que el polvo y la suciedad, puede hallarse en cualquier parte, pero resulta de crucial importancia para la sociedad que semejante comportamiento sea condenado por vicioso y dañino. Sin duda, aquella comunidad que se siente avergonzada por su suciedad es más saludable que esa otra en la que sus gentes carecen de la vergüenza necesaria para no arrojar sus basuras a las calles y los cruces de caminos como si no importase. Entiendo que el conde puede considerar inútiles nuestras ideas de moralidad, y que en su opinión el comportamiento ético (como nosotros lo denominamos) no es más que la sabiduría que el hombre ha obtenido mediante la experiencia. No pretendo tampoco ser yo una persona muy estricta en lo referente a la moral, pero no puedo consentir que las únicas notas que constantemente se tocan sean las del desenfrenado deseo carnal.

Me da la impresión de que el conde cree que el amor entre un hombre y una mujer (en su forma más básica) es lo único que importa en este mundo^[279]. Medio en broma, el otro día le hice un comentario a ese respecto y no pude dejar de mencionar que no estoy de acuerdo con ese punto de vista.

—¡Oh, es usted un auténtico José^[280], y le admiro por ello! —exclamó, soltando una risotada inquietante—. Respeto sus principios, pues tenerlos es una virtud extraordinaria en estos tiempos, pero créame, usted también probará algún día esa frase tan conocida: «*C'est l'amour, l'amour, l'amour, qui fait tourner la terre*». Es

decir, el amor es lo que hace girar el mundo^[281]. ¡Entonces me comprenderá! ¡Míreme!

Me dio una fuerte palmada en el hombro, y sentí que me ruborizaba cuando me miró, pero creo que no debí entender el sentido de sus palabras como él pretendía, pues si lo hubiera hecho, habría sido...

18 DE MAYO^[282]

Habría sido mi fin. Sí, eso es lo que no puedo borrar de mi mente, incluso cuando me siento aquí a leer o a escribir, pues mis pensamientos no cesan de vagar. Siento como si una fuerte corriente me arrastrase hacia mi destrucción y no puedo hacer nada por resistirme.

Mi querida Wilma, me encomiendo a ti, igual que un católico se encomienda a la Virgen María ante la tentación^[283]. Hay otra imagen que siempre surge en mi memoria, solapando la tuya de manera que ya no puedo verla, y cuando trato de buscar consuelo en los recuerdos de nuestros momentos más felices (cuando nos entendíamos el uno al otro sin necesidad de hablar y mirábamos con esperanza al futuro, con nuestros planes para vivir y trabajar juntos en armonía) es otro el recuerdo que aparece en mi cabeza. Un recuerdo que sofoca todo lo demás y me afecta como unas fiebres, o un veneno, o una borrachera. Y cuando abro mis brazos... no eres tú — — —

Ya esté dormido o despierto, ella, esa extraña criatura, se me aparece. Me da miedo, y aun así mis pensamientos vuelven a ella de forma irresistible. No entiendo cómo he podido cambiar, cómo he enloquecido y me he obsesionado.

He vuelto a verla, pese a que en más de una ocasión he realizado el solemne juramento de que nunca más lo haría. Pero ¿qué sentido tiene? Sin ninguna clase de aviso previo, se presenta ante mí.

Cuando me siento aquí y escribo en mi diario (solo sobre los hechos que he vivido), ella aparece de repente a mi espalda, como ocurrió el otro día, cuando dejé mi pluma y cerré el diario. No oigo nada ni percibo nada hasta que siento una sacudida eléctrica en todas mis terminaciones nerviosas que me incita a levantar la mirada, y entonces — — —

Intentaré describir estas aflicciones personales, pues quizás así me resulte más fácil evitarlos.

Un ejemplo: estaba sentado escribiendo en la biblioteca después de que el conde me hubiera dado las buenas noches. De pronto, mientras escribía las últimas líneas de

la página anterior, sentí el impulso de subir a la planta de arriba, a la habitación de la torre adyacente a la galería de retratos. Algo tiró de mí hacia allí contra mi voluntad. Luché contra ello con todas mis fuerzas y continué escribiendo, pero era como si una voz me susurrase de manera incesante al oído: «¿Por qué no subes? Creía que nos visitarías. Tengo mucho de lo que hablar contigo. Vendrás. Recuerda que te estamos esperando».

No subí, no volveré a subir allí mientras mantenga el control de mí mismo, pero, aunque me he considerado a mí mismo más estoico que la mayoría de la gente^[284], soy muy débil. Puedo controlar mi cuerpo, pero no a mi yo interior.

No estaba allí físicamente, pero algo de mi yo interior la obedeció y la llamó para que se reuniera conmigo. Continué escribiendo, pero de repente sentí su presencia. La pluma cayó de mi mano, miré hacia atrás y ella estaba detrás de mi silla, mirándome fijamente con esos ojos que son como rayos brillantes, capaces de atravesarme hasta el tuétano.

Se discute mucho sobre la hipnosis^[285]. Nunca me he dejado hipnotizar, pero en los casos que he llevado más de una vez he visto que se echaba la culpa de un delito cometido a la hipnosis. Siempre he creído que ese llamado estado hipnótico no es más que una falta de resistencia moral o de voluntad, y nunca he querido aceptar que semejante excusa pueda ser tomada en consideración en un proceso legal. Si los hombres de leyes admitieran y utilizaran la hipnosis como argumento, esto podría derivar en confusión en cuanto a la responsabilidad y a la moral por la que se rige la gente. Resultaría, sin embargo, muy conveniente para los hombres débiles si pudieran emplear este subterfugio para culpar a alguien a cuya malvada voluntad no hayan podido resistirse^[286]. Como resultado, la sociedad se sumergiría en el caos. Aunque tuve que sufrir en mis carnes esa dolorosa experiencia de que otra persona se mostrase lo suficientemente poderosa como para derretir mi voluntad como si fuera cera, debilitándola hasta disolverla por completo, estoy convencido de que fue por mi propia culpa. Si mi alma fuera más pura y más dura en la batalla, y mi ansia de bien más fuerte, no me rendiría tan fácilmente ante algo que ni siquiera puedo identificar, algo no puedo ni entender mediante el sentido común.

Ella se inclinó hacia mí y pude sentir cómo sus ojos escrutaban mi interior, mi independencia y toda mi fuerza mental. Lo sentí, pero en ese momento no pude ponerlo en palabras. Me eché hacia atrás en la silla y la miré. Un rayo de luz incidió en el corazón de rubí que había en su pecho y tuve la impresión de que de él manaba sangre. ¿Estaba dormido? Al principio solo vi el resplandor de sus ojos, pero luego pude distinguir con claridad que sus senos estaban manchados de sangre y recuerdo que me sentí horrorizado. Lo que sucedió a continuación solo lo recuerdo como si formase parte de un sueño en el que se mezclan realidad y fantasía. Se sentó sobre mis rodillas, y noté su suave cuerpo entre mis brazos mientras ella me envolvía con los suyos con tanta fuerza que apenas me permitía respirar. Aún puedo sentir cómo presionó sus labios contra mi cuello en un largo beso que me hizo estremecer. Fue como si me derritiese y perdiese la conciencia, como si el tiempo y el espacio se disolviesen. Pero de repente desperté con una sensación de dolor y ella me susurró con ímpetu:

—Quítate la cruz. La cruz, no puedo soportarla, quítatela.

Supuse que se refería al crucifijo que colgaba del rosario que llevaba alrededor de mi cuello, pero fue como si una fuerza en mi interior se sublevase. No puedo explicarlo de ningún modo, pues no creo en absoluto en objetos inanimados (ni en la cruz ni en ningún otro objeto), y soy tan devotamente luterano^[287] que no puedo atribuir ningún poder sobrenatural al crucifijo, como sí hacen los católicos. Honestamente no sé qué fue lo me llevó a no obedecerla. Fue como si una voz me susurrase que no debía prestar atención a sus palabras. Desperté como de un sueño, y tuve la impresión de que de repente un hilo invisible se quebraba. Ella se incorporó de un salto y me lanzó una mirada amenazadora. Extendió su brazo por encima de mi cabeza y lo fue bajando de forma gradual sin dejar de mirarme, mientras al mismo tiempo retrocedía hacia la puerta. Yo permanecí inmóvil, aturdido como si me hubiera golpeado con una piedra, y no me percaté de por dónde se escabullía, pese a mi curiosidad por averiguarlo.

— — — Y desde entonces he tenido la sensación de que ella me ronda constantemente. Aunque cuando pienso en ella estoy claramente indefenso y horrorizado^[288], no puedo liberarme de los hilos con los que me ha atado (esos hilos invisibles que han estado anudando en torno a mí desde que llegué aquí, al principio ligeros como la seda de una araña, pero cada vez más y más fuertes, tanto que ahora casi me estrangulan).

Después de esa ocasión he vuelto a verla dos veces. Una de ellas, al anochecer, como la primera vez que la vi. Me hallaba en la biblioteca, asomado a la ventana, y cuando me giré hacia atrás ella estaba a mi espalda, y antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba pasando, me había envuelto con sus brazos y me besaba en el cuello, como antes. La segunda vez la encontré bajo la lámpara de la habitación octogonal, pálida como una sélfide. Nos miramos el uno al otro, pero esa vez tuve la suficiente fuerza de voluntad como para cerrar de un portazo y quedarme fuera.

— — — Pero ya esté dormido o despierto, ella siempre ronda por mi cabeza, y si le hiciera caso a esa voz que no cesa de susurrarme, registraría el castillo entero con tal de encontrarla.

Solo tengo un deseo más fuerte que ese, el de salir de aquí, incluso si me cuesta la vida. Pero ¿cómo puedo conseguirlo?

La puerta principal permanece siempre cerrada, y no conozco otro modo de salir. Es cierto que el conde no me controla todo el tiempo, pero sé con seguridad que lo descubriría enseguida si yo intentase escapar. Me da la impresión de que constantemente está observándome, con esa actitud suya de menospicio y autosatisfacción (ni siquiera se preocupa de disimularlo). A veces, cuando me habla (siempre tan diligente para practicar su inglés) y yo estoy tan concentrado en mis propios pensamientos que me olvido de contestarle, hace una pausa y me observa con una expresión en su rostro que no soy capaz de describir. Pero me asusta. Estoy casi convencido de que él sabe y comprende cómo me siento, y que disfruta con ello.

A menudo recuerdo lo que me dijo durante los primeros días de mi estancia aquí, cuando me habló de su prima (supuestamente lunática); no puedo olvidar la picardía que había en sus ojos al mirarme. Ahora me pregunto si he caído en una trampa. ¿Es ella en realidad una demente, o qué, si no^[289]? No. Tengo que salir de aquí... antes de ser yo quien pierda el juicio.

21 DE MAYO

Ya no albergo la menor duda de que este castillo es hogar de espantosos demonios, y no de seres humanos dotados de corazón y conciencia.

Me dispongo a describir en pocas palabras lo que he descubierto^[290].

He inspeccionado repetidamente la habitación octogonal, buscando la salida que estaba convencido de que existía pero que todavía no había podido encontrar^[291].

Anoche, después de que el conde se hubiera retirado, y una vez que supuse que ya estaría dormido, realicé un nuevo intento.

Abrí la puerta de mi dormitorio, encendí todas las velas y registré cada centímetro de la pequeña habitación^[292].

Suponía que el pasadizo secreto debía hallarse justo enfrente de la puerta de mi dormitorio. En efecto, la habitación octogonal solo cuenta con cuatro paredes con el tamaño suficiente para contener una puerta, pues los paneles diagonales de las esquinas no son lo suficientemente anchos. En dos de esas paredes estaban las puertas que ya conocía, la que da a mi cuarto y la que da al comedor, y puesto que uno de las dos restantes está en lo que es uno de los muros exteriores del castillo, solo quedaba una opción. Después de buscar durante un buen rato, descubrí un botón de forma triangular en el suelo. Lo presioné con el pie. De inmediato, y sin el menor sonido, en la pared se abrió un túnel lo bastante alto y ancho para que pudiera pasar por él.

Entonces comprendí cómo era posible que la dama desapareciera al instante cada vez que salía del comedor.

Con precaución, alumbré la abertura con mi lámpara y vi un amplio pasillo que imaginé que durante el día recibiría luz solar a través de alguna ventana situada en lo alto. Al fondo distinguí una escalera que bajaba.

Corré a mi habitación para coger fósforos y también mi revólver, luego encendí la vela de mi candil^[293], antes de iniciar mi exploración escaleras abajo. El descenso era por tramos, y resultaba evidente que alguien utilizaba aquellas escaleras con frecuencia. Me sentí animado y cargado de energía, pues por fin había encontrado la

salida que llevaba tanto tiempo buscando. Descendí con todo el sigilo que me era posible.

De repente me sobresalté y me detuve en seco al escuchar el eco de un sonido que no pude identificar. El sonido reverberaba en las paredes y parecía proceder de algún lugar subterráneo. No tardé en comprender que se trataba del sonido de unas trompetas, pero en ese momento la música empezó a desaparecer lentamente. Mientras permanecía allí, inmóvil y escuchando, pensé que se distinguían al menos una docena^[294] de trompetas^[295].

Me sentí tan aterrorizado por aquellos sonidos, aterrorizado hasta la médula por primera vez en mi vida, que estuve a punto de retroceder.

Pero conseguí controlarme, y continué el descenso.

Había sido lo bastante prudente para cambiarme los zapatos por unos mocasines, por lo que no hacía más ruido que una mosca. Cuando bajé un piso más, los sonidos me llegaron con mayor nitidez y pude oír que había gente hablando (sus voces se me antojaban primitivas y agresivas). Podía oír que había muchas personas hablando al mismo tiempo, como cuando un grupo de escolares recita al unísono algo que ha aprendido, como hacía yo mismo en los viejos tiempos.

Entonces detecté un olor extraño, y al levantar mi candil pude ver que por las escaleras ascendían jirones de humo azulado.

Mi curiosidad iba en aumento y ya no pensaba en el peligro que podía estar aguardándome, o, más bien, que con toda seguridad me aguardaba si avanzaba un poco más. Tenía que ver, a cualquier coste, qué era lo que estaba ocurriendo allí abajo.

Bajé un nuevo tramo de escaleras, con el mismo cuidado de antes. Eran ahora unas escaleras de caracol labradas en la roca, y supuse que me hallaba por debajo de la planta baja del castillo. ¡Me pregunté si aquellas escaleras tendrían fin!

Distinguí el resplandor del fuego en las profundidades, mientras los acordes subían de volumen en un *crescendo*.

Al punto me detuve y apagué la luz.

El brillo que había visto antes procedía de una puerta de poca altura a los pies de las escaleras^[296] y proyectaba su luz sobre los últimos escalones, mientras que el humo oscurecía esa zona como si fuera niebla. Continué adelante, con la espalda pegada a la pared. Por último, llegué hasta la puerta y eché un vistazo al interior.

Me relajé al ver que la puerta no daba al espacio abovedado del que procedía el resplandor, sino que se abría a una especie de balcón, donde una nueva escalera bajaba a un vestíbulo, y era allí donde se originaban las voces acaloradas y el resplandor. Me arrastré por el balcón y me escondí detrás de la celosía.

Aunque llegase a vivir cien años, no podría nunca olvidar la escena de la que fui testigo allí.

Había una gran cripta en la que dos gruesas columnas soportaban el peso del tejado. Daba la impresión de que las paredes no estaban hechas de ladrillo, sino

excavadas en la roca. Estaban completamente a oscuras, por las manchas de hollín producidas por las antorchas (que eran el origen del resplandor que había visto desde las escaleras) y por el humo que se iba deslizando hacia arriba.

Por debajo de mí había una gran cantidad de gente, con hombres y mujeres separados en grupos; debía haber cerca de ciento cincuenta personas en total.

Nunca había visto caras con rasgos tan embrutecidos y animales. Los describo así porque son el tipo de facciones que nos parecen normales en otras criaturas, pero que nos resultan repulsivas cuando las vemos en humanos. Hasta cierto punto, tuve la impresión de que podía reconocer aquellos rostros, pero era incapaz de recordar dónde los había visto antes. Sin embargo, después de pensar en ello, ¡caí en la cuenta de que había visto rasgos similares en los retratos de la familia del conde Drácula! Cuando intento recordar el efecto que causaron en mí, comprendo que me parecieron más propios de diablos que de bestias.

Todos estaban desnudos de cintura para arriba, y resultaba horroroso ver el color amarillento de sus cuerpos y la estructura de sus músculos, más similares a los de los simios que a los de los humanos. En el estado apropiado, el cuerpo humano es la obra más noble de la naturaleza, pero allí, la combinación de su primitivo aspecto, su constitución y su postura producía un efecto más bestial que humano^[297].

Parecía que estaban celebrando algún tipo de ritual religioso.

Recorrió con la mirada toda la escena. Frente al lugar donde estaba arrodillado pude ver una especie de altar, a falta de una palabra más exacta, que consistía en una gran piedra negra con una columna de mármol también negro encima. Detrás de esa columna (que parecía sustituir la cruz que normalmente se alza sobre los altares de las iglesias), un mural mostraba una cara repugnante y espantosa de rasgos toscos y lascivos. A su alrededor, sobre un fondo negro, había feroces llamas pintadas.

Delante del altar había una gran escalinata de mármol, en la que había sentados seis hombres de aspecto brutal. Su parecido con simios era aún mayor que el del resto. Estaban apoyados sobre sus tacones, mirando fijamente la pared que había al otro lado, y en ellos, las odiosas características que resultaban tan evidentes en los rostros de los demás, estaban multiplicadas. Sus frentes inclinadas eran muy reducidas, de apenas unos dos centímetros de ancho, y estaban llenas de arrugas; en sus enormes cabezas crecía un pelo pajizo; su cuello era como el de los toros, y sus hombros eran muy robustos. Los seis estaban desnudos por completo, dejando a la vista sus cuerpos morenos y exageradamente peludos.

Me estremecí ante esa visión, y al punto comprendí que uno de esos tipos había debido ser quien me había atacado a oscuras en las escaleras el otro día.

De nuevo empezó a oírse el mismo acorde que había escuchado mientras bajaba hasta allí. Todo el lugar resonaba con los mismos tonos de horror. Si las trompetas utilizadas por los sacerdotes de Israel cuando marchaban sobre Jericó se parecían a estas, no me sorprende que las murallas de la ciudad se desmoronasen^[298]. La roca empezó a temblar y sentí que estaba a punto de desmayarme.

Entonces me fijé en un hombre alto y de edad avanzada. Tenía el cabello blanquecino y una barba gris, y vestía una capa roja que le llegaba hasta los pies, aunque sus brazos y su cuello estaban desnudos^[299].

Era el conde.

Cuando se alzó ante la congregación, todos se inclinaron como el trigo en un campo arrasado por un vendaval^[300].

Se colocó delante del altar.

Después de varios trámites ceremoniales, que eran de tal naturaleza que no puedo describirlos, vi que los seis hombres, si es que se les puede llamar así^[301], volvían a entrar en la estancia de dos en dos, y cada pareja llevaba consigo a una joven con las manos atadas a la espalda. Todas las chicas estaban prácticamente desnudas y poseían una figura atractiva. Sin duda habrían resultado muy seductoras, si sus rostros no hubieran estado desfigurados por el terror.

Entonces apareció un nuevo grupo de hombres, cuyo aspecto era idéntico al de los demás. Portaban tambores de aspecto arcaico que producían un extraño sonido, semejante al estruendo de un trueno.

A continuación, otros cuatro hombres avanzaron, y estos sí eran distintos al resto. Llevaban brillantes trompetas de cobre casi tan altas como ellos mismos. Al ver esos instrumentos me di cuenta de que era el origen de los sonidos que había oído con anterioridad.

Ahora toda la congregación se aproximó al altar, después de lo cual el anciano vestido de rojo (el conde, si mis ojos no me engañaban) dio un paso adelante y empezó a leer algún tipo de invocación ceremonial. Los músicos volvieron a hacer sonar sus instrumentos, y en ese mismo momento, uno de los gorilas cogió a una de las chicas maniatadas y la arrojó sobre el altar. Ella trató de oponer resistencia, como si luchase contra la Muerte en persona.

Al punto, el conde, engalanado de rojo, avanzó hacia la chica y se inclinó sobre ella, mirándola fijamente a los ojos. Pude ver que el rostro de ella comenzaba a cambiar, poco a poco el miedo fue desapareciendo y en sus mejillas reapareció el color. Me dio la impresión de que había dejado de resistirse, y sus labios esbozaron una sonrisa lasciva. Entornó los ojos, echó su cabeza hacia atrás y abrió los brazos^[302]. Y entonces pareció desvanecerse.

El viejo dirigió un gesto a uno de los tipos^[303] arrodillados junto al altar, que de inmediato saltó sobre la chica como una bestia salvaje. Poco faltó para que no pudiera controlar mis ganas de gritar.

Vi cómo le mordía la garganta a la joven, y me dio la impresión de que le chupaba la sangre. Durante un breve momento, ella trató de resistirse, pero todo terminó enseguida. Estaba muerta.

Las trompetas volvieron a sonar mientras el cadáver yacía sobre el altar.

La multitud enloqueció ante la visión de la sangre derramándose de la herida. El conde mojó sus manos en la sangre y salpicó su propio cuerpo con ella.

Yo ya había visto demasiado y no podía resistir permanecer en mi escondrijo por más tiempo. Con gran dificultad, conseguí incorporarme. Mis piernas apenas podían sostenerme, pero con grandes esfuerzos logré subir las escaleras. Solo encendí de nuevo mi candil cuando llegué arriba. Abrí la puerta y la cerré detrás de mí con cuidado de no hacer ningún ruido. Mientras regresaba hacia mi habitación todavía podía oír los horrendos sonidos que procedían de abajo.

Me sentía muy débil, como si hubiera tenido que guardar reposo en cama durante una larga temporada y acabase de levantarme. Me dejé caer sobre el colchón, temblando de pánico.

El Infierno no es un simple invento de los teólogos, pues existe aquí en la Tierra. Yo he estado en el umbral, y he visto cómo los demonios realizan su trabajo^[304].

Quizá la próxima vez sea yo quien muera asesinado sobre la losa de piedra...

Han pasado ya dos días, pero no he reunido el valor para investigar si podría utilizar la escalera secreta para escapar de aquí.

Todo sigue la misma rutina de antes. Por las tardes el conde se sienta junto a mí y se muestra como el paradigma de la bondad, tanto en su comportamiento como en sus palabras. Ante mí, en la mesa, está el último directorio de Londres, y en la biblioteca se pueden encontrar decenas de libros explicando los avances realizados a lo largo del siglo XIX.

Pero abajo, en las entrañas de este castillo, se realizan los más espantosos sacrificios humanos como si fueran una práctica común.

25 DE MAYO

Me he sentido profundamente enfermo después de todo cuanto he visto y oído aquí.

Creo que no me equivoco al decir que cada día que pasa el conde se vuelve más amenazador. Desde luego, se muestra muy amable al hablar, pero puedo percibir la burla en sus palabras, que cada vez son más ambiguas, y en ocasiones, cuando cometo el error de mirarlo a los ojos, su expresión me aterroriza.

Desde que les escribí al señor Hawkins y a Wilma sobre la necesidad de quedarme aquí unas pocas semanas más, no he sabido nada de ellos. Y siempre que me quejo de que no ha llegado ni una sola carta, el conde me contesta algo así:

—¿Por qué debería yo, un viejo ermitaño, contactar con el mundo exterior? ¿Quién me escribiría y a quién debería yo escribirle? Aquí en las montañas, la región está poco poblada y el desbordamiento de los ríos ha destrozado varios puentes, lo que dificulta el transporte y las comunicaciones. Debe usted disculparnos, mi joven amigo, si nuestras comunicaciones y otras comodidades, que para nosotros son suficientes, resultan menos avanzadas que las que existen en el ombligo del mundo civilizado. No obstante, espero que el estado de las carreteras mejore cuando ya no haya más nieve derritiéndose.

Supuse que mi anfitrión ya no diría nada más sobre este tema, y puesto que yo le había explicado a Wilma en mi carta que aquí el sistema de correos dista mucho de ser perfecto, imaginé que ella no se inquietaría si no recibía nuevas cartas de mi parte.

Pero, en cambio, yo no puedo mantener la serenidad. Bien lo sabe Dios.

Dos días después de que el conde me hablase de los problemas en las comunicaciones, encontré en su biblioteca cinco o seis periódicos, tanto ingleses como franceses, incluido un ejemplar del *Times*, y todos eran de fechas más recientes que los que mi anfitrión me había enseñado hasta entonces. Así que pensé que el reparto del correo no era algo tan infrecuente como él me había dicho. También tengo la impresión de que el conde está al corriente de determinados acontecimientos políticos que han ocurrido muy recientemente. Dijo que los había oído mencionar en

boca de sus conocidos en la región, pero resulta llamativo que alguno de sus vecinos esté tan bien informado cuando las inundaciones y demás obstáculos naturales impiden las comunicaciones.

Y aún hay más.

Hace unos días olvidé mi reloj en la biblioteca cuando me despedí del conde y fui a acostarme. Al percatarme de ello, me levanté y volví allí, llevando conmigo un candil. Mi reloj estaba sobre la mesa, bajo unas cuantas cartas que medio lo ocultaban. Cuando las aparté, me fijé en que dos o tres de ellas tenían como remitente al conde. Leí la dirección de los destinatarios y me sorprendí al ver que se trataba de gente conocida en toda Europa por su relación con temas de índole política, social y cultural.

Sentí la tentación de abrir una, pero no me atreví a hacerlo.

Las volví a dejar en la mesa y descubrí entonces que también había otras que el conde había abierto para leerlas. ¡Me quedé pasmado al ver que en varias de ellas la fecha era de hacía solo tres días!

No había ninguna razón en absoluto para quejarse del sistema de correos. ¿Por qué no había querido contarme el conde la verdad?

No dudé en leer la carta que sostenía en la mano. Estaba escrita en francés e iba firmada por una personalidad muy conocida.

Su autor expresaba su gratitud por un giro bancario que había recibido de parte del conde junto con su carta del día 16 de mayo (es decir, la semana pasada), y contaba que había llevado a cabo los cometidos que se le habían encargado. Después de unos cuantos párrafos difíciles de comprender, en los que se nombraba a varias personas solo mediante sus iniciales, la carta llegaba a su conclusión:

Con incansable dedicación, todo está finalmente dispuesto para la revolución. Cada día se unen nuevos seguidores a nuestra causa. Los que son «elegidos» han sufrido durante demasiado tiempo una opresión insopportable, intolerancia y la vergüenza del gobierno de la mayoría. Nosotros hemos superado la esclavitud de esa falsa moral y pronto alcanzaremos la posición desde la que podremos predicar el mensaje de la libertad.

El mundo debe inclinarse ante los poderosos.

Esa es la misma frase que el conde repite constantemente.

Como fuera, el texto en sí mismo no me impactó, ni tampoco el nombre de la persona que lo firmaba. Lo que sí me impresionó fue el hecho de que el conde hubiera estado enviando y recibiendo cartas con regularidad desde mi llegada.

Quería leer otras cartas, e incluso vi en una de ellas el nombre un caballero inglés muy famoso, pero al mismo tiempo tenía el presentimiento de que debía marcharme de allí, de que *ella* venía hacia mí. Corré de vuelta a mi dormitorio y me aseguré de cerrar la puerta con llave.

Me siento más seguro así. — — —

Habían transcurrido varios días cuando el siguiente incidente tuvo lugar, el incidente que me demostró que estoy en una situación en la que mi vida se halla en peligro.

Estaba escribiendo en la biblioteca, como suelo hacer. El conde entró y me saludó, y me dio la buena noticia de que podía enviar a alguien a Bistrita, por lo que podía escribir a mi casa, si lo deseaba^[305].

Aunque no le creí, expresé mi alegría y fui a coger pluma y papel.

—Aquí tiene todo lo que necesita, amigo mío —refunfuñó el conde—. Tenemos prisa. —Abrió un cajón y me entregó papel y una pluma. Luego, con expresión inocente, me dijo—: El servicio de correos es lento y digno de poca confianza, por lo que sería preferible que escribiera usted tres cartas con fechas distintas. Le pediré al encargado del servicio que se asegure de enviar sus cartas, para que sus amigos puedan saber cuándo esperar su regreso. —Se dio cuenta de que no le estaba entendiendo, y explicó—: Verá, debe escribir en la primera de las cartas que ya ha terminado su trabajo aquí y que llegará a casa en unos días. En la segunda, escriba que partirá al día siguiente. Y en la tercera... bueno, veamos. Sí, escriba en ella que ya está de camino a Bistrita^[306].

Lo miré fijamente, pero él me devolvió la mirada con tanta malicia que no me atreví a pronunciar una sola palabra más.

No tiene sentido protestar contra su voluntad, y temo que sospecha que he averiguado demasiadas cosas, por lo que no me permitirá salir de aquí con vida.

Balbuceé unas pocas frases, diciéndole que haría lo que me decía, y le pregunté qué fechas debía poner en las cartas.

La primera llevaría la fecha del 12 de junio; la segunda el 19 y la tercera el 22^[307].

Me sentí como si acabasen de condenarme a muerte, y aun así seguí sus instrucciones.

29 DE MAYO

Ha sucedido algo. Una nimiedad, en realidad, pero que quizá resulte de ayuda^[308]. Ayer se quebró el silencio sobrecogedor que ha envuelto este lugar como una amenaza desde que llegué. Cuando entré en el comedor, vi a un grupo de tártaros abajo en el patio.

Estos nómadas son muy numerosos en Hungría y Transilvania (Siebenburgen), y su población ronda los varios miles. Hasta cierto punto, viven fuera de la ley del país, y en esta región mantienen sus viejas costumbres más que en cualquier otra parte de Europa. Pero en ocasiones escogen como protector a un noble, adoptan su nombre y se consideran a sí mismos sus vasallos. Son salvajes, valientes y carecen de piedad; no conocen religión alguna, pero son muy supersticiosos^[309].

Se me ocurrió la idea de que quizá podría utilizar a esa gente para enviar mensajes. Para establecer contacto, los saludé y hablé con ellos desde la ventana. Mi miraron con un gran respeto, pero no fueron capaces de entenderme, ni yo a ellos. Había terminado de escribir las cartas. Solo le había puesto unas pocas líneas a mi jefe, en las que le pedía que hablase con Wilma, pues ella podría decirle cuánto quisiera saber. A ella le había escrito una carta muy extensa, en la que le detallaba mi situación^[310]. Esa carta la cifré mediante notas taquigráficas^[311], por lo que es difícil que terceras personas puedan leerla. Le conté que el conde está bastante desquiciado y que uno de sus caprichos es mantenerme aquí el máximo posible, pero que mi estancia en este lugar me resulta insoportable. Le urgí a que mi jefe realizase algún esfuerzo por rescatarme, con la ayuda del embajador británico en Viena y el consulado en Budapest. Expresé mi confianza en el Gobierno británico, que siempre se esfuerza por proteger a sus ciudadanos.

Me las he ingeniado para entregar mis cartas a los tártaros. Se las lancé por la ventana, junto con dos monedas de oro. Uno de ellos las recogió, hizo una reverencia y se las llevó al pecho mientras señalaba hacia el oeste. Al parecer, había entendido mis intenciones. No había nada más que yo pudiera hacer. Fui a la biblioteca y esperé a que el conde regresase. — — —

31 DE MAYO

El conde entró mientras escribía las últimas palabras de mi anotación anterior. Me saludó con su cortesía habitual, que ahora se me antoja molesta, pues sé lo que se oculta tras ella. Entonces tomé asiento en el lado opuesto de la mesa. Hice un comentario sobre los extraños visitantes que había en el patio y añadí algo sobre lo interesantes que me resultaban los tártaros.

—Son buena gente. Ojalá hubiera más. Si así fuera, muchas cosas cambiarían. Durante siglos, han preservado fielmente^[312] muchos tesoros de las ciencias ocultas que de otro modo se habrían perdido para siempre^[313]. Cuando llegue el momento, su lealtad será recompensada^[314].

No supe qué responder a eso, pues en la Europa Occidental nunca se ha considerado ejemplarizante la conducta de la «gente del crepúsculo». Sus doctrinas y creencias son despreciadas como la clase más despreciable^[315] de superstición, y se tachan de ser completamente inútiles. Pero el conde me ahorró el esfuerzo de tener que responderle y prosiguió:

—El jefe de los tártaros me ha entregado estas cartas, y yo, por supuesto, me he visto obligado a aceptarles, pese a que no van dirigidas a mí e ignoro quién es el remitente. ¿Qué es esto? —dijo mientras rasgaba el sobre de una de las cartas—. ¿La ha escrito usted, querido Harker, y va dirigida a nuestro querido amigo Peter Hawkins? Pero esta otra... —Abrió también la segunda, pero al ver la extraña forma en que estaba escrita su semblante se ennegreció como el hollín y me lanzó una mirada furiosa—. Es una carta deshonesta y anónima que se burla de la confianza y la hospitalidad, pero como no va firmada no nos incumbe a ninguno de nosotros dos. —Le prendió fuego al papel con una vela y la arrojó a la chimenea—. Por supuesto, me haré cargo de la carta dirigida a Hawkins, ya que veo que usted la ha firmado. Todas las cartas que usted escriba, amigo mío, son sagradas para mí, y debería saber que están a salvo en mis manos. Me disculpo sinceramente por haberla abierto. Quizá sea mejor que vuelva a escribir la dirección. —Me tendió el sobre con una cortés inclinación de cabeza.

No tenía otra opción que apuntar de nuevo la dirección y entregársela a él. Se marchó con ella, y cuando unos momentos más tarde me dispuse a ir a mi habitación, descubrí que la puerta del comedor estaba cerrada desde el exterior. Perdí los nervios y regresé a la mesa para intentar calmarme. Quería continuar escribiendo, pero no podía. Empecé a dar vueltas, pero tampoco eso me servía para tranquilizarme. Finalmente, me tumbé en el sofá y debí quedarme dormido, porque cuando desperté el conde volvía a estar allí, y parecía de muy buen humor. Cuando se percató de que había estado durmiendo, me dijo con suavidad:

—Oh, amigo mío, está cansado. Debería ir a acostarse. La cama siempre es buena compañía. Por desgracia no podré pasar la tarde con usted, pues tengo mucho que hacer. Buenas noches, y que descansen.

Le deseé yo también buenas noches y distinguí el sarcasmo en su rostro. Caminé arrastrando los pies hasta mi habitación y me quedé dormido en cuanto mi cabeza tocó la almohada. La desesperación también puede hallar un momento de reposo^[316].

3 DE JUNIO

He descubierto nuevos engaños^[317] que me hacen temer lo peor.

Hoy, mientras buscaba en mi maleta mis utensilios de escritura (por si me surgía la oportunidad de enviar una carta), me di cuenta de que todo el papel había desaparecido: me habían quitado todo lo que había escrito (excepto este libro, que siempre suelo llevar conmigo), mi pasaporte, mis cartas de recomendación, las notas que había tomado para este viaje, tales como horarios de ferrocarril, hoteles, etc. Ahora me será aún más difícil regresar a casa. Curiosamente, no habían tocado mi dinero ni mis cosas de valor, y todo lo demás estaba exactamente como debería estar^[318].

Mi mente se puso en funcionamiento a toda velocidad mientras me abalanzaba hacia el armario donde había colgado las ropas que había vestido durante el viaje. No lo había abierto desde hacía días.

Todo había desaparecido, ¡ni siquiera me habían dejado el paraguas!

Me quedé petrificado. ¿Cómo había ocurrido? Y ¿con qué propósito? El primer pensamiento que surgió en mi mente fue avisar a toda prisa al conde, informarle del robo y pedirle que tomase medidas inmediatas para descubrir al ladrón. Pero cuando lo medité un poco más, consideré más inteligente no hacerlo.

Nadie entra en estas habitaciones sin el conocimiento y el consentimiento del conde; ni siquiera los tártaros osarían cometer un robo tan descarado bajo las mismas narices del dueño del castillo. No sospecho de la anciana ciega^[319]; ni ella ni los tártaros se molestarían en llevarse mis documentos si tenían la oportunidad de llevarse otras cosas de mayor valor. Mi cartera contiene objetos caros hechos de plata y diamantes. En mi billetero todavía quedan algunos billetes austriacos (lo que sería un verdadero hallazgo para un ladrón codicioso), y justo al lado de donde estaban los documentos hay una cigarrera exquisita. No se han llevado ninguno de esos objetos, así que se puede deducir que no se trata de un ladrón común que haya hurgado en mi equipaje, sino de alguien que deseaba obtener específicamente mis cartas de

recomendación y los demás documentos que llevaba conmigo durante el viaje. Alguien a quien no le interesaba el dinero ni los objetos de valor.

Decidí comportarme como si nada hubiera ocurrido, pero ¿por qué me habían robado todas esas cosas?

Dudo de que haya sido alguien diferente del conde. Pero me resulta complicado entender qué interés pueden tener para él mi pasaporte o mis cartas de recomendación, porque si él fuese a Inglaterra podría obtener ambas cosas a su propio nombre.

El motivo solo puede ser impedirme regresar a casa o escapar de este lugar.

Incluso si logro salir del castillo, me sería difícil atravesar Europa con mis ropas de diario y sin pasaporte. ¡Me tomarían por un fugitivo o un vagabundo! ---

6 DE JUNIO

Solo Dios sabe lo que está sucediendo aquí. En esta parte del castillo donde estoy encerrado siempre reina un silencio mortal, nunca se oye ni la más leve pisada por los pasillos ni tampoco resuena ninguna voz en las habitaciones. Pero ahora pueden oírse las voces ásperas y crudas de los tártaros en el patio, y sus hogueras arden todas las noches. Oigo un clamor de palas y picos de hierro que parece proceder del subterráneo. Le he preguntado al conde qué ocurre, pero se ha limitado a responder algo sin sentido.

Entre el grupo de tártaros he distinguido a algunos que son diferentes de los demás y que poseen un aspecto simiesco como el de los hombres que vi en el templo. Pero me da la impresión de que los tártaros mantienen buenas relaciones con ellos. Los tártaros son bastante atractivos^[320], y algunas de sus mujeres resultan incluso cautivadoras. Me inclino a creer que el clan Drácula tiene su origen en miembros de ambos grupos.

8 DE JUNIO

Esta mañana, a eso de las nueve^[321], un sonido estridente me hizo despertar. Me incorporé de un salto y corrí al comedor. Al asomarme a la ventana vi lo que estaba ocurriendo: en el patio^[322] hay cuatro grandes carros de transporte, como los que emplean los granjeros de esta región. Estaban cargados con cajas enormes hechas con planchas de madera. Los tártaros las descargaban de los carros y las colocaban juntas en el patio. Las cajas parecían estar vacías.

Había seis caballos para cada carro, y los conductores iban vestidos con los coloridos atuendos nacionales eslovacos. Tenían sombreros de fieltro de ala ancha, botas altas y abrigos de piel de oveja, y sostenían en sus manos largos bastones.

Los eslovacos se mantenían algo apartados de los tártaros, y podía ver en sus caras que se sentían maravillados ante el castillo y sus altas torres.

Me alegré de su llegada y pensé que la Providencia me los había enviado como un pequeño favor. Corré escaleras abajo tan rápido como pude, convencido de que la puerta principal estaría esta vez abierta, pero la encontré cerrada, como siempre. Volví arriba para asomarme a la ventana y comprobé que los eslovacos continuaban esperando en el patio; les hice señas para que se acercasen, tratando de hacerles entender que quería hablar con ellos. Quería entregarles una carta, que me pondría inmediatamente a escribir en la biblioteca. Al principio me miraron, hablaron entre ellos y luego les preguntaron algo a los tártaros. El mismo hombre que había cogido mis otras cartas se aproximó a ellos y les dijo algo que les hizo reír. Después de eso no pude persuadirlos de que hablasen conmigo. Daba igual cómo los llamase, ni siquiera me escuchaban. Se limitaban a darme la espalda.

Cuando los carros estuvieron vacíos, vi que el mismo hombre de antes, que parecía ser el jefe de los tártaros, les daba dinero a los eslovacos, tras lo cual estos montaron en sus caballos y se marcharon. Cuando me di cuenta de que era una causa perdida, abandoné la idea de realizar cualquier nuevo intento de establecer contacto.

10 DE JUNIO

Mi estancia aquí se está volviendo cada vez más inquietante. Esta tarde el conde y yo estuvimos conversando sobre noticias políticas del mundo exterior que habíamos leído en periódicos nuevos que acababan de llegar (pese a que sigo sin recibir carta alguna). El conde tiene un gran conocimiento sobre asuntos políticos, pero me cuesta averiguar a qué tipo de partido apoya. En algunos aspectos parece ser muy liberal, como un auténtico revolucionario, pero en otros su punto de vista está tan anticuado que bien podría ser más conservador que otros muchos reaccionarios. Dedica mucho tiempo a pensar sobre socialistas y anarquistas, y a menudo expresa su peculiar opinión sobre ambas ideologías.

—Son buena gente; gente muy capaz —dijo recientemente cuando hablábamos sobre unos disturbios organizados por los anarquistas que habían sido condenados y repudiados por todo el mundo culto^[323]. Se frotó las palmas de las manos y en sus ojos creí ver llamas ardiendo.

—No veo a dónde quiere llegar, señor conde —le dije—. No puede estar contento con el poder de la multitud.

—La multitud nunca conseguirá ningún poder, no es más que un conjunto de gente carente de inteligencia —repuso—, y jamás será más que un instrumento en manos de los poderosos, que gobiernan con las masas y sobre las masas. Pero solo unos pocos alcanzan a entender la sabiduría que subyace en esta frase. Oh, ustedes los ingleses se sienten tan orgullosos de su libertad política^[324] y su progreso, como lo llaman, pero solo hay dos o tres hombres entre todos ustedes que entienden realmente lo que es el progreso y que esa libertad para las masas es un enorme error.

— Con frecuencia le he oído hablar así, y sus palabras me han provocado unas cuantas ideas, pero todavía no he sido capaz de dar con el quid de la cuestión, pues cada vez que pretendo hurgar un poco más, el conde se muestra evasivo y me da respuestas que carecen de sentido y me dejan en ascuas.

Después de pasar casi toda la velada juntos, me deseó buenas noches y se retiró. Me costó mucho conciliar el sueño y me levanté cuando rayaba el alba, abrí la ventana y me puse a leer, con la esperanza de que eso me ayudase a dormirme otra vez.

Aquí en las montañas las mañanas son brumosas, por lo que no me resulta posible ver el valle. En lo alto del castillo el sol teñía de rojo las torres, pese a que la niebla cubría con un velo la parte baja de los muros y se volvía más densa cuanto más baja estaba. Contemplé aquel espectáculo cuando de repente presencié la misma escena de la que había sido testigo la noche que la chica había debido ser asesinada. Pero a causa de la bruma apenas pude distinguir la monstruosa silueta ni la cornisa por la que se deslizaba.

Al poco vi a otro hombre en el saliente. Este era mucho más pequeño, y cuando se acercó pude distinguir que avanzaba muy lentamente, justo al borde del precipicio.

Me eché hacia un lado para intentar observarlo con mayor claridad.

¡Llevaba puestas mis ropas de viaje! Se parecía mucho a mí en estatura y corpulencia, y también en el resto de su apariencia, hasta el punto de que sentí como si estuviera mirando mi propio fantasma^[325]. Como él miraba hacia abajo, yo no podía distinguir con claridad su rostro, pero sí pude ver que era joven y de tez oscura^[326]. Era evidente que actuaba de forma resuelta y que poseía nervios de acero por la forma en que se movía por la estrecha y peligrosa cornisa.

Seguí observándolo hasta que se encaramó a una ventana de la torre oeste del castillo^[327].

Comprendí entonces que quienquiera que hubiese robado mis ropas lo había hecho con un propósito, y me pregunté cuál podría ser. Era obvio que las habían cogido para impedir mi huida, pero seguramente había también alguna otra razón. Ese hombre, vestido con mis ropas, probablemente aparecerá en mi lugar (o yo en el suyo) para dar la impresión de que yo estaba en algún sitio concreto en un momento dado en el que realmente no estaba. La cornisa, que apenas tiene medio metro de ancho, debe llevar a unas escaleras exteriores por las que se puede bajar el muro. Así alguien podría entrar y salir del castillo por la parte trasera, incluso si todas las puertas están cerradas y el puente alzado.

Ahora entiendo por qué el conde no desea que las ventanas estén abiertas tras la puesta de sol. No quiere arriesgarse a que descubra la verdad sobre sus tejemanejes. Si le hubiera hecho caso, no me hubiera enterado de nada de esto.

Lo que he descubierto hasta ahora se me antoja muy siniestro: no sé de qué fechoría podrían acusarme si alguien se hace pasar por mí.

Si el conde de pronto decide deshacerse de mí (y sospecho que he visto y oído demasiado como para que me permita salir de aquí con vida), ya tiene previsto un plan para protegerse de que recaiga sobre él cualquier sospecha o acusación.

Supongamos que Hawkins o Wilma convencen al Foreign Office y al embajador de Viena de investigar el asunto, y supongamos que alguien es enviado aquí a

investigar, ¿cuáles serían las consecuencias?

Averiguarían que un joven caballero inglés, de alrededor de un metro ochenta de altura, moreno y vestido con ropas de viaje de color gris había viajado a Transilvania durante los primeros días de mayo, y que después había cogido un carro hacia el desfiladero del Borgo, donde el conde había enviado a un cochero para recogerlo. Más tarde se habrían recibido algunas cartas firmadas por Thomas Harker, en las que decía que había llegado al castillo y había sido recibido de la mejor de las maneras posibles. El conde confirmaría eso, y algún tiempo después Harker habría escrito diciendo que había decidido partir de vuelta en una fecha determinada. Finalmente escribiría desde Bistrita, avisando de que ya estaba de camino, y desde ese momento ya no se sabría nada más de él. El conde no sabría nada. Las pesquisas en la zona próxima al castillo revelarían que Harker había sido visto por allí, pero aparte de eso nadie dispondría de ninguna pista...

La única solución posible es escapar, pero dudo de que pueda conseguirlo. ---

13 DE JUNIO

Anoche volví a verle, justo antes del amanecer. Recorrió el mismo camino que la otra vez, pero seguí sin poder ver por dónde había llegado hasta allí. Cuando descubra por dónde lo hace, intentaré registrar la torre pese a que detesto la idea de volver a recorrer los muchos pasillos de este castillo.

16 DE JUNIO

Al fin le he visto tanto salir como volver a entrar. Había decidido quedarme despierto toda la noche si hacía falta, por lo que le dije al conde que me encontraba más cansado que de costumbre, pues ese día había trabajo más de lo normal. No puso ninguna objeción, de modo que nos despedimos en cuanto terminé de cenar, y me retiré a mi habitación^[328]. Allí apagué la luz y me senté frente a la ventana, que había abierto por completo. La noche era clara y la luz de la luna lo iluminaba todo.

No tuve que esperar mucho. Poco después de las once oí un crujido, y cuando me asomé con sigilo vi a un hombre que se arrastraba por la cornisa. Al parecer procedía de la torre oeste y desapareció cerca de la torre que da al este. Entonces me envolví en una manta y aguardé el momento oportuno.

Pasó un buen rato y acabé por quedarme dormido en la posición en que estaba. Cuando me desperté estaba amaneciendo y pensé que había malgastado la noche. Eran casi las cinco de la mañana y ya había luz, por lo que imaginé que el hombre debía haber regresado hacía ya bastante. Pero en el preciso instante en que pensaba eso, percibí movimiento y cogí mi catalejo. ¡Sí, allí estaba! Pero ni siquiera con ayuda del catalejo pude distinguir cómo se las ingenia para escalar el escarpado muro. Tenía que haber algún asidero, hendiduras excavadas en la roca del muro, pero también era necesario disponer de nervios de acero y una serenidad absoluta para trepar por allí de aquella forma. ¡Sí! ¡He visto los asideros! Eso significa que he encontrado una manera de escapar de aquí, y eso es lo más importante. El hombre desapareció de repente en la torre oriental.

17 DE JUNIO

Ayer el conde me dijo que estaría fuera durante todo el día, así que aproveché la oportunidad para explorar la torre este^[329].

Como todas las demás rutas estaban cerradas, tuve que subir a la galería de los retratos. No he estado físicamente allí arriba desde que recibí aquel beso a la luz de los relámpagos, pero he visitado ese lugar con mi pensamiento y mis fantasías muy a menudo, y por eso es precisamente que he puesto todo mi empeño en evitar subir^[330]. He llegado a la conclusión de que esa habitación es su hogar, por lo que ella podría adueñarse de mi voluntad mientras estuviera allí.

Sin embargo, solo la he visto al atardecer o ya de noche. Durante el día nunca me he encontrado con ella ni tampoco he sentido el deseo que me atrae hacia ella.

De modo que no sentí miedo de subir ahora.

El sol brillaba a través de las cristalerías cubiertas de polvo y bañaba de luz los retratos. Pero no me atreví a mirarlos, pues en cuanto abrí la puerta tuve la sensación de que la dama del retrato del fondo se incorporaba y extendía sus brazos hacia mí. Atravesé a toda prisa la galería y las habitaciones adyacentes, todas ellas decoradas en un estilo propio de la época de Napoleón I. Finalmente llegué ante una puerta de doble hoja que supuse que comunicaba con la torre. No estaba cerrada con llave, pero la cerradura estaba tan oxidada que me costó hacerla girar.

Al entrar, vi una habitación circular con una cama en el centro. Era una cama amplia y colorida, con un dosel que cubría la cabecera. En el baldaquín se podía ver un retrato de Cupido con su arco. En el techo de la habitación había nubes pintadas, como si fuera un cielo de primavera, con alegres querubines asomándose tras unas nubes esponjosas. Me parecía estar en el dormitorio de la mismísima diosa Venus.

Avancé hacia la cama con la intención de comprobar si alguien había dormido en ella recientemente, pero enseguida vi que una gruesa capa de polvo se había posado sobre la colcha de seda y que varias telarañas^[331] cubrían el cabezal. Debía haber pasado una vida entera desde la última vez que alguien había dormido allí. En la almohada, amarillenta por la antigüedad, había una mancha oscura que había debido

ser roja como la sangre. Seguramente alguien había perdido allí la vida cuando esa sangre se derramó desde la almohada hasta el suelo, donde una marca negra se erige en testimonio de un crimen cometido hace mucho tiempo.

No tengo ninguna duda de que fue aquí donde el marido celoso se tomó su venganza contra su bella esposa, a la que tenía a su merced. «Nadie vio ni oyó nada; nadie se atrevió a preguntar. Ella yacía muerta en su cama y eso fue lo único que se supo. Estaba vestida con las mismas ropas que había lucido para su retrato, y luego la pusieron con ellas en su ataúd. Reposa en la capilla, junto a la mayoría de los miembros de la Casa de Drácula, pero, como puede usted ver, amigo mío, aún se mantiene tan hermosa como era entonces», me había dicho en una ocasión el conde.

Me pareció que casi podía oír su voz en el momento en que me lo había dicho, y mi cabeza se llenó de los acontecimientos que había experimentado desde entonces. —

— Fui a una ventana y la abrí. Había decenas de metros de altura desde allí hasta el suelo, y, aun así, aquella era con toda probabilidad la ventana por la que había saltado el amante de la condesa.

Abajo estaba el barranco, con la cascada. Intenté calmarme, y me asomé a la ventana que había en la pared opuesta, desde la que podía verse la fachada trasera del castillo^[332]. Desde allí pude ver con claridad por dónde se había ido el hombre la otra noche.

Llevaba el catalejo conmigo, y con él pude distinguir hendiduras excavadas en la roca que apenas resultaban visibles a simple vista. También descubrí asideros de hierro, cuya función era obvia. Siguiendo las hendiduras al parecer se podía alcanzar la cornisa en la que había visto al hombre. Ahora solo me falta hallar el modo de llegar a la cornisa desde mi habitación, y espero hacerlo, con la ayuda de Dios.

19 DE JUNIO

Solo Dios sabe si podré salir de aquí con vida. Ni siquiera me atrevo a escribir cuál de mis sospechas resulta más acuciante^[333], pero tengo la impresión de que en estas últimas semanas he podido ver el peligro que se cierne sobre la humanidad y que la mayoría de la gente ignora por completo. Pero esta amenaza es de tal naturaleza que toda persona de buena voluntad debe comenzar a plantar batalla, sea cual sea su credo y su nacionalidad.

Ayer realicé un nuevo registro. Anoche, cuando el conde me dijo que tenía que pasar de nuevo todo el día fuera, me pidió que inspeccionase varios documentos y libros que quería llevar consigo a Londres y que los ordenase en un directorio. Al entrar en la librería vi que había dejado allí para mí una gran caja y que los libros que debía inspeccionar y registrar estaban sobre el sofá. A pesar de todo cuanto había visto, aquello me resultaba muy extraño, pues ¿quién imaginaría a Satán con una maleta y un billete de tren en la mano? Viendo los artículos de viaje del conde, no puedo, sin embargo, dejar de visualizar semejante escena^[334]. Los tártaros (también llamados zíngaros)^[335] que han pasado aquí los últimos días están ayudando al conde en los preparativos para el viaje. Los he visto yendo y viniendo con las cajas que trajeron los eslovacos, que parecen pesar una barbaridad. El número de cajas vacías es cada vez menor, pues el conde les ha encargado la tarea a tres o cuatro hombres altos como verdaderos gigantes a los que recuerdo haber visto en el templo en aquella tarde inolvidable. Son fuertes como trolls^[336] y pueden transportar cargas muy pesadas como si fueran ligeras como plumas.

Hoy no había nadie en el patio ni se ha movido ninguna caja.

La quietud era absoluta en el castillo. Encendí un cigarro y salí del comedor con la intención de estirar un poco las piernas antes de sentarme a organizar los documentos y libros del conde. La criada había limpiado la mesa hacía ya un rato, y después había desaparecido de forma tan sigilosa como siempre, y yo sabía por experiencia que no regresaría en varias horas. Se me ocurrió entonces que nunca dispondría de una oportunidad mejor para examinar las escaleras secretas y averiguar si era posible o no encontrar gracias a ellas una salida.

No le di más vueltas y comencé a prepararme, porque si hubiera pensado en las cosas de las que había sido testigo allí abajo nunca habría reunido el coraje suficiente para volver.

Comprobé que mi revólver estaba cargado, entré a continuación en la habitación octogonal y pulsé el botón, con lo que la puerta secreta se abrió al instante y sin hacer el menor ruido. Encendí entonces mi lámpara e inicié el descenso. No estaba tan oscuro ahora como la otra noche, pues una luz tenue penetraba por dos ventanas.

Me detuve a mitad de las escaleras, sin saber por dónde debía ir. Había llegado a una especie de rellano del que partían túneles en direcciones opuestas, al oeste y al este. Me incliné por coger el que iba hacia el oeste, pues es por allí donde espero encontrar una ventana desde la que poder acceder a la cornisa.

Al final del túnel me topé con una puerta. Dubitativo, la abrí...

A punto estuve de dar un salto de alegría, pues había llegado a la escalera por la que había subido el día de mi inspección anterior del castillo, cuando había llegado desde la capilla a las habitaciones privadas del conde, y era en esta escalera donde estaba la ventana por la que esperaba poder escapar, si me decidía a intentarlo.

Con cautela, subí por las escaleras para asegurarme de que no me había equivocado. Vi que la luz del sol se colaba por una ventana y sentí una brisa fresca en mis mejillas. Desde allí vi que la cornisa tenía la suficiente anchura para caminar por ella, pese a que desde la distancia parecía muy estrecha. Pero solo haría falta un resbalón o un pequeño susto y la muerte sería inevitable. Me estremecí ante la sola idea de tener que recorrer ese camino, pero al mismo tiempo sentí que me quitaban un gran peso de encima ahora que había descubierto una posible vía de escape. Como medida de seguridad, cogí la llave de la cerradura y me la guardé en el bolsillo. La puerta era tan pesada y sus bisagras estaban tan oxidadas que pese a no estar cerrada con llave se mantuvo en su posición, y quizás quienes pasaran por allí, fueran quienes fuesen, no reparasen en la ausencia de la llave.

Entonces pensé que podría echar un vistazo a la capilla y a la cripta.

Todo parecía igual que antes, excepto porque habían cavado en el suelo y había picos, palas y rastrillos tirados por ahí, como muestra de que el trabajo no había terminado.

Imaginé que eran los tártaros los que habían estado trabajando allí.

En la profundidad del calabozo, frente al patio^[337], vi tres cajas reforzadas con hierro. Dos de ellas estaban cerradas con cerrojos, pero una estaba abierta.

Sentí curiosidad, así que trepé por las grandes rocas que habían sido desenterradas y por los montículos de tierra, y al hacerlo me di cuenta de que aquel subterráneo era en realidad un cementerio, y uno no muy antiguo, pues tropecé con una calavera humana que apenas había comenzado a descomponerse.

Las cajas estaban hechas con gruesas planchas de madera de pino y tenían asideros de cuerda. La tercera había sido construida con el mayor de los cuidados, y también presentaba varios agujeros realizados en la tapa. Imaginé que en su interior encontraría objetos de gran valor, pues recordaba el tesoro que había hallado en la torre y me parecía lógico pensar que el propósito de aquellas cajas era guardar el oro y las joyas para el transporte.

¡Pero me llevé una inmensa sorpresa al mirar bajo la tapa! La caja estaba llena hasta la mirad con tierra húmeda, y en ella había un hombre tumbado a lo largo. Un hombre anciano con el pelo blanco y un largo mostacho del mismo color. Ese hombre no era otro que el propio conde.

Di un respingo y me acuclillé para esconderme detrás de la caja, pero un momento después reuní el valor de incorporarme e inclinarme sobre él para echar otro vistazo.

No había ningún error. Era el conde, con las mismas ropas que había llevado por la tarde^[338]. Parecía estar muerto. No se me pasaba por la cabeza que alguien pudiera reposar voluntariamente allí. A mi mente acudieron los tártaros, que se habían marchado hoy. ¿Podría ser que ellos hubieran asesinado a mi cliente y se hubiesen llevado todo el tesoro que hubieran podido reunir? No podía negarse que parecían sospechosos...

Pero desde mi punto de vista el conde se había comportado durante las últimas semanas como el vigilante de una prisión, de modo que yo solo podía sentir alivio al verme libre de su custodia.

¿Estaba muerto, o solo tan profundamente dormido que lo parecía? Y si de eso último se trataba, ¿por qué había escogido semejante lugar para descansar?

Lo cierto es que no tenía aspecto de estar realmente muerto. Sus facciones resultaban tan ásperas e impresionantes como de costumbre, y aunque estaba pálido, la suya no parecía ser la palidez de la muerte, sino simplemente el tono que siempre tenía su piel. No me atreví a tocarlo, pues di por hecho que en caso de que estuviera vivo no toleraría de buen grado que yo estuviese inspeccionando el castillo sin su permiso.

Al poco, decidí volver a mi dormitorio y aguardar allí hasta por la mañana. Si el conde no había regresado para entonces, dispondría de una buena oportunidad para intentar escapar.

Y si el conde estaba muerto, confiaba en hallar otra forma de salir del castillo diferente de la que ya había descubierto.

Antes de marcharme me fijé en que la tapa de la caja tenía seis ganchos de hierro que podían engancharse en agarraderas que había en el interior de la caja, de forma que esta podía cerrarse desde dentro y parecería que había sido atornillada por fuera. Utilizando esos ganchos podía ser cerrada y abierta desde dentro. Parecía evidente que aquella caja había sido ideada para ocultar a una persona que quería permanecer escondida.

Regresé a mi habitación, pero durante lo que quedaba de día no logré tranquilizarme.

Para cuando atardeció ya había acabado con los libros, pero me sentía nervioso y no podía permanecer quieto. Así que di vueltas y más vueltas por la estancia.

«¿Vendrá o no vendrá?», me pregunté en silencio.

Las agujas del reloj no se detenían: las ocho, las nueve, las diez, y no se oía nada.

Estaba a punto de bajar al sótano y comprobar si mi anfitrión continuaba allí cuando de repente la puerta se abrió y el conde entró. Se hallaba de mejor ánimo que de costumbre y parecía haber rejuvenecido.

—Aquí estoy, amigo mío —dijo alegremente—. Espero que no se haya aburrido. Yo he estado muy ocupado. Ahora estoy cansado y necesito descansar, pero antes de eso quería verle y saber cómo estaba, y ver qué tal le ha ido con la tarea que le encargué. Ah, ya ha terminado. Se lo agradezco. Espero que mañana pueda hacerme usted un favor: haga un inventario de todo lo que hay en ese armario de ahí —añadió—. Se lo agradecería mucho. —Señaló los compartimentos intermedios del armario, donde se almacenaban diversos tipos de herramientas que parecían ser apropiadas para experimentos médicos. Dijo que no podía hacerlo por sí mismo porque tenía otras obligaciones que atender.

Lo miré fijamente, tan sorprendido que no fui capaz de decirle nada. Me daba la impresión de que estaba más joven que nunca, parecía que en sus ojos ardiera una hoguera^[339], o, por decirlo con más exactitud, llameaban con la ferocidad de una bestia que sabe que ha localizado a su presa.

Entonces, con un profundo suspiro, contesté que no tenía ni idea de cómo se llamaban muchos de los objetos que había en el armario, y que por lo tanto difícilmente iba a poder hacer un listado de ellos.

—Son herramientas, amigo mío, nada más que herramientas que el científico utiliza para que algo muerto cobre vida bajo su mando —me dijo—. Ustedes los occidentales tienen todavía mucho que aprender; no han alcanzado sino la antesala de las ciencias^[340], donde la vida y la muerte continúan siendo misterios por resolver^[341]. De todos modos, lo haré yo mismo, pero aun así me despido de usted hasta mañana. Necesito descansar. También tendré mucho que hacer mañana, así que probablemente no podré reunirme con usted hasta que haya anochecido. Que pase usted una buena noche, y hasta mañana —dijo al tiempo que me tendía la mano.

Al salir seguía de tan buen ánimo como al entrar. Se parecía más a un joven que se dispusiera a acudir a un encuentro con su amada que a un anciano que iba a acostarse tras una jornada de trabajo. ——

20 DE JUNIO

Volví a bajar a la cripta una vez más.

El conde estaba allí otra vez, y me dio la impresión de que estaba incluso más joven que antes, pero, sin embargo, cuando esa tarde se reunió conmigo me sobrecogió su aspecto amenazador.

Sigue mostrándose educado conmigo, pero puedo percibir la burla y el desprecio que esconden sus palabras.

Hoy me ha dicho:

—El tiempo pasa, amigo mío, y pronto llegará el momento en que deberemos separarnos. Usted regresará a su hermosa Inglaterra —esto lo dijo con tono extraño en la voz—, y yo volveré a mi trabajo, que es de tal índole que dudo de que volvamos a coincidir. Puede ser que yo me marche antes que usted, pero incluso si no estoy, mi coche puede recogerle cuando usted lo deseé y llevarle a Bistrita. Estoy en deuda con usted por haberme hecho compañía.

Al principio no cabía en mí de gozo al escucharle, pues al menos había recibido su promesa de que podría abandonar mi encarcelamiento, que para mí ha sido muy parecido a estar muerto. Pero detecté algo en sus palabras y en la expresión de su cara que me impidió creerle.

No puedo desprenderme de la sensación de que no me permitirá salir de aquí con vida. *Sé demasiado.*

Le respondí con educación, pero añadí que si él se marchaba, yo también debería hacerlo, así que ¿por qué no hoy o mañana, ya que no tenía nuevas tareas que encomendarme?

—No, eso no es posible, amigo mío —contestó—. Mi conductor y mis caballos no están disponibles ahora.

—Eso no importa. Puedo irme a pie, y que me envíen mi equipaje más tarde.

—¿A pie, amigo mío? ¿Tanta prisa tiene? —Me miró con una sonrisa sarcástica que me produjo escalofríos—. Usted no conoce los Cárpatos. Si le permitiese marcharse a pie, sería lo último que usted haría: hay lobos en el bosque. —Fue a la

ventana y la abrió—. Escúchelos. —Oí los aullidos que procedían del bosque—. No es un juego de niños^[342]. Es más seguro que espere aquí en casa^[343].

23 DE JUNIO

Ayer regresaron los tártaros y reanudaron su trabajo, que parece estar a punto de acabar, pues la mayoría de las cajas ya están llenas. El conde me ha visitado brevemente; parece estar muy inquieto y su aspecto ha cambiado aún más. Mis ojos no me engañan: parece unos cuantos años más joven que cuando llegué aquí. Es como si la sangre corriese con mayor libertad por sus venas, ahora el color de su piel no es tan cerúleo, sus mejillas han cogido un tono entre cobrizo y rojo, y en sus ojos hay más vida, e incluso algo de brillo... y a veces aparece de repente en ellos un extraño matiz rojo. Su aspecto impresiona, y cada vez que mi mirada coincide con la suya me estremezco.

24 DE JUNIO

Que Dios me ayude. — — — Con valor e ingenio, un hombre puede defenderse de las amenazas que proceden del exterior, pero es mucho más difícil mantener a raya los peligros que proceden del interior, del hombre mismo. Un bastión que tenga traidores entre los soldados que lo defienden corre el riesgo de caer, por muy fortificado que esté, y yo he estado luchando contra un poder demasiado grande como para vencerlo. — — —

Ignoro quién es, pero ahora estoy convencido de que todo cuanto el conde me ha contado sobre ella puede no ser cierto. Cuando recuerdo todo lo que he visto y experimentado, me siento perdido y soy incapaz de llegar a una conclusión, a menos que decida abandonar la lógica y creer cosas que nadie más creería.

Me estremezco solo de pensar en ella, y aun así ansío verla. Es una de las Once Damas que encantan a los hombres para arrojarlos contra las rocas^[344].

Llevo ya tres días decidido a escapar de este lugar. Aunque sea peligroso, sé por dónde puedo hacerlo, y he tenido oportunidades que he dejado pasar. Una y otra vez, he estado a punto de salir, pero entonces un deseo irresistible se apodera de mí y ya no puedo controlarme: tengo que verla una vez más.

Es incomprendible; no puedo creerlo, pero tampoco tiene sentido negarlo: ella acude siempre que pienso en ella, como si la llamase o como si estuviera justo detrás de la puerta, preparada para entrar.

Antes de que pueda calmarme ya está ella a mi lado, y no puedo refrenarme. Sin embargo, ni una sola vez me he rendido a ella, y eso es lo único que me ha salvado.

Nunca me he quitado el crucifijo que la anciana me regaló, y quien quiera puede llamarlo superstición, pero creo que esa es la única razón por la que el conde no me mató aquella tarde que me agarró por la garganta, y tengo el presentimiento de que también le debo a esta cruz el haber logrado escapar del repugnante bellaco que me atacó en las escaleras^[345].

Ella no para de susurrarme para suplicarme que me desprenda del crucifijo, pero no lo he hecho. — — —

28 DE JUNIO

Escribo estas palabras en mi diario ya avanzada la noche y en mi dormitorio, el único refugio que poseo en el que puedo estar sin temor. Estoy decidido a huir de aquí en cuanto llegue la luz del día. Para alertar a mi familia sobre lo que me ha ocurrido y lo que me ha llevado a la muerte, he escrito el nombre de Wilma y su dirección en la primera página de este libro, tanto en alemán como en inglés, añadiendo que quienquiera que lo encuentre haga el favor de enviárselo a ella a la dirección anotada y explicándole cómo ha llegado el libro a sus manos. No puedo hacer nada más, y tengo muy claro que solo hay una muy pequeña posibilidad de que este último mensaje llegue a su destino en caso de que yo muera.

Wilma, si sobrevivo, leamos juntos algún día estas líneas^[346] y agradezcamos a Dios que salvé mi vida, pero si muero, este es mi último mensaje para ti. Una vez que hayas leído lo que he escrito, sabrás que he sucumbido a fuerzas más poderosas que yo mismo, y que esas fuerzas representan un peligro para la humanidad entera, un peligro ante el que toda persona de bien debe alzarse y plantar batalla. Habla con personas importantes y sabias, preferiblemente con quienes tengan más influencia sobre la sociedad. He anotado unos cuantos nombres en la última página de este libro. No tengo tiempo de explicarme con más detalle. Que Dios te conceda la fuerza para hacer buen uso de mi experiencia. Mi espíritu permanece a tu lado, sea lo que sea lo que haya pasado a mi cuerpo.

Relataré con pocas palabras lo que me ha ocurrido en los últimos dos días.

La letra con la que he escrito los párrafos anteriores me recuerda cómo me sentía al tomar mis notas: era consciente de que ella estaba cerca y de que tiraba de mí hacia ella. Me susurraba palabras cargadas de dulzura; me besó y me pidió con cariño que me quitase el crucifijo del cuello. Mis manos se alzaron para hacer lo que me pedía, pero en el último momento logré controlarme. — — —

No estoy seguro de cuánto tiempo había transcurrido, pero de repente escuché la voz burlona del conde hablando con desprecio.

—¡Lárgate de aquí! Tu esfuerzo es en vano. Aún no ha llegado el momento. Espera unos días más. Cuando yo ya no lo necesite, podrás tenerlo para ti, y entonces^[347]...

Oí una risotada extraña y estridente, como el sonido de una campana de cristal. Era la voz de ella. Aún me estremezco al recordarla, no era una voz humana en absoluto^[348].

Poco después oí que el conde decía:

—Buenas tardes, amigo mío. Veo que se ha quedado dormido mientras realizaba su tarea. —Abrí los ojos y le vi de pie al otro lado de mesa, frente a mí y dirigiéndome una mirada punzante. Me sentía cansado y débil, y cuando me dijo que me fuese a la cama le obedecí sin rechistar. Al pensar en ello, me resulta difícil discernir si había estado soñando o había estado despierto. Si era un sueño, tal vez se tratara de un presentimiento, pero no creo que fuera un sueño.

Unos días más tarde, el conde volvió a pedirme que ordenase una serie de documentos, libros e instrumentos para que estuviesen listos para llevárselos en su viaje. También me hizo que comprobase, corrigiese y copiase dos cartas que había escrito en inglés y que iban dirigidas a ciudadanos británicos, aunque no reconocí sus nombres. El lenguaje con el que estaban escritas era ambiguo y de difícil comprensión, y el mensaje parecía tratar algún tema de gran relevancia. Aunque apenas pude entender el texto, me quedó claro que el conde ya no temía que yo pudiera traicionarle: probablemente me ve ya con un pie en la tumba, incapaz de hacer público ninguno de sus secretos.

Ayer los tártaros finalizaron su trabajo. Muy temprano por la mañana llegaron al patio dos grandes carrozas, tirados cada uno de ellos por seis caballos, y en ellos colocaron las cajas que habían estado preparando. Después los carrozas se marcharon por separado. Los conductores eran eslovacos, pero al partir los escoltaban varios tártaros armados.

Cuando anocheció ya solo quedaban tres cajas. La mayoría de los tártaros se habían marchado, pero todavía quedaban en el patio algunos hombres como los que ya he descrito antes, más simiescos que humanos. Pensé que podría ser mi oportunidad de escapar, pues quizás la puerta principal estaría abierta. Me deslicé hasta allí, pero estaba cerrada, como siempre, y, lo que es peor, los horribles criados del conde montaban guardia. Me apresuré de vuelta, mientras oía a mi espalda jadeos y pasos a la carrera. Me abalancé al interior del comedor, cerré la puerta y me apoyé contra ella. Noté que alguien trataba de abrirla desde el otro lado, pero un momento después todo quedó en silencio.

Comprendí que probablemente el conde había imaginado que intentaría escapar y había tomado medidas para impedírmelo. Me estremecí al pensar lo que podría haber ocurrido si sus siervos hubieran llegado a atraparme. No temo a la muerte, pero no quiero morir *así*.

Esa noche el conde vino ya tarde. Parecía muy contento, y caminaba por la habitación con paso enérgico, mientras no paraba de hablar y de juguetear con sus uñas, que eran exageradamente largas. Pese a que ese gesto era una manía suya, es algo que siempre me ha disgustado presenciar. De no haber sido por su pelo blanco como la nieve y por su bigote del mismo color, cualquiera podría pensar que apenas tenía cuarenta años de edad.

—Sí, amigo mío —dijo con suavidad—, ya casi estoy listo para mi viaje, pero todavía debo encargarme de unas cuantas cosas aquí. Puede que mañana esté ocupado todo el día, y como no sé si regresaré a tiempo de despedirme de usted, lo hago ahora. Mi carrozaje y mis caballos estarán disponibles mañana, ¿cuándo partirá?

Esa pregunta llegó de forma tan inesperada que me quedé mudo de asombro. Lo miré fijamente y balbuceé sobre los horarios de los trenes, Bistrita, etc. Mi cabeza daba vueltas y mi corazón empezó a latir con tanta fuerza que temí sufrir un sofoco.

Cuando logré serenarme, vi que el conde me contemplaba con una extraña sonrisa de satisfacción.

—¿Le va bien ponerse en marcha a las doce en punto? —me preguntó—. Así podría llegar a tiempo de coger el tren vespertino a Budapest. Bien, me aseguraré de que la calesa esté a mediodía frente a la entrada, y si me es posible, vendré a desearte buen viaje, pero, por si acaso me retraso, me despido de usted ahora. Que le vaya bien, mi querido amigo. —Me tendió la mano—. Adiós, y le agradezco mucho su agradable compañía. No puedo expresar su verdadero valor ni tampoco pagarlo con oro, pero el tiempo es algo precioso para usted, y en nuestra familia no acostumbramos a recibir favores sin dar algo a cambio, así que permítame... —Abrió un cajón de la mesa y cogió una pequeña bolsa de seda roja, que luego me ofreció— darle esto como contrapartida, y esto —extrajo algo del bolsillo de su pecho— como recuerdo de su estancia aquí y como muestra de la gratitud de Drácula. Son pequeñas, pero son viejas reliquias familiares que poseen cierto valor, y espero que sirvan para que no olvide su estancia conmigo.

Su voz poseía un extraño matiz, y cuando alcé la vista hacia su rostro distinguí en él una mueca malvada y burlona que se apresuró a cambiar por una sonrisa amistosa. Vi que el objeto que había sacado de su bolsillo era un antiguo anillo con un corazón de joyas y un gran rubí en el centro. Las piedras brillaban a la luz de las velas; sus rayos multicolores eran tan fuertes y cegadores que me mareé solo de mirarlos. Poco faltó para que me desvaneciese.

Hice un esfuerzo por apartar la mirada de aquella alhaja con semejante poder mágico, y cuando finalmente logré hacerlo el encantamiento había desaparecido, pero

algo en mí había cambiado. Me sentí obligado a aceptar la bolsa de seda, que descubrí que contenía monedas de oro.

—Me honra usted demasiado —dije, intentando no mostrar ninguna emoción—. No puedo aceptar estos magníficos regalos.

—No hay de qué —repuso él, en un tono más firme—. Es mi decisión, y es un placer para mí saber que esta reliquia familiar está ahora en sus manos. Póngasela y piense en Drácula. Muchos la han llevado puesta antes que usted y la han considerado un amuleto de buena suerte. Ustedes los ingleses no creen en tales cosas, pero póngasela de todos modos, y le deseo mucha suerte con ella. Todavía tiene mucha vida que disfrutar, es usted un joven atractivo y elegante. Adiós, querido Thomas Harker. Si no volvemos a vernos, y es muy posible que así sea, cuenta usted con la bendición de Drácula. Hasta mañana, entonces, a mediodía.

Me estrechó la mano con tanta fuerza que dio la impresión de que la suya era de hierro; su tacto era frío como el hielo o el metal pulido. Mi mano quedó entumecida y sentí un cosquilleo por todo el brazo. Deseé apartarlo de mí, pero conseguí controlarme. Después fue hacia la puerta.

—Póngase el anillo —volvió a decir—. Hágalo por mí, y piense en Drácula. —Se besó los dedos de acuerdo a la vieja tradición y salió^[349].

No sabía qué creer. ¿Sería posible que pudiera salir de aquí? ¿Acaso todas mis sospechas eran gratuitas? Si debo dar crédito a lo que el conde ha dicho, mañana por la noche estaré a bordo del tren a Budapest, y todo lo que he pasado en este lugar formará parte de un sueño incomprendible.

Me senté a la mesa y agradecí a Dios haber escapado del peligro. Luego empecé a recoger mis cosas y a prepararme para el viaje.

El anillo estaba sobre la mesa y me sentí tentado a probármelo. Era como si una fuerza invisible me trajera hacia él. En cuanto lo cogí, noté como si una corriente ardiente recorriese mis venas. Casi sin sentido, me desplomé en la silla y arrojé el anillo sobre la mesa. Poco después de eso recuperé por completo la conciencia.

Permanecí en la silla hasta avanzada la madrugada, pero por fin me incorporé, fui a mi habitación y me quedé profundamente dormido. Cuando me desperté vi con espanto que era la una de la tarde. ¡Había dormido más de la cuenta! Me puse en pie de un salto y corrí a las ventanas del comedor.

En el patio no había un alma. Los tártaros se habían marchado y las cajas que habían estado allí habían ahora desaparecido. Tampoco se veía la calesa del conde.

Corré escaleras abajo hacia el vestíbulo para buscar al conductor y decirle que estaba listo para partir, pero la puerta principal estaba cerrada y asegurada con una enorme barra. No había posibilidad de salir por allí.

Al volver al comedor me di cuenta de que no había ninguna comida servida en la mesa. Fui a la habitación octogonal y pisé el botón de la puerta secreta, con la esperanza de escapar del castillo por ese camino, pero allí también estaba todo cerrado con llave.

Comprendí que ahora me hallaba encerrado dentro del castillo, como un ratón en una trampa.

Todo el edificio parecía estar vacío. El escritorio del conde estaba limpio y las estanterías casi también. Los artículos de escritorio habían desaparecido, solo quedaba allí el anillo.

Dieron las seis, las siete, las ocho en punto. El crepúsculo se avecinaba. El castillo estaba sumido en una quietud absoluta. Empecé a sentirme débil por la falta de alimento. Traté de abrir a la fuerza la puerta secreta, pero no conseguí hacerlo.

Ya no tenía ninguna duda de que el conde me había encerrado a propósito, para que falleciera de inanición en esta horrible tumba o quizás para que me enfrentase a un destino todavía peor.

A medida que oscurecía, mi visión mental se volvía más y más aguda, permitiendo que en mi cabeza penetrasen muchas más cosas de las que estoy apuntando aquí. Los Poderes de la Oscuridad^[350] se han unido contra mí, no sé con qué propósito, pero conozco y puedo ver el peligro. Tengo la impresión de oír a alguien que susurra en mi oído... Sé que ella no está muy lejos... brazos pálidos, labios encantadores. «Cuando me haya ido, podrás tenerlo», había dicho el conde, ¿o había sido solo un sueño?

¡No, no venderé mi alma! No escucho estas falsas voces... Quiero ser un hombre^[351].

Si alguna vez lees estas líneas, Wilma, entonces sabrás que estoy muerto, y que siempre te he amado y te he sido fiel.

He decidido qué voy a hacer. He rasgado mis sábanas y he trenzado una cuerda con ellas, que espero que pueda soportar mi peso. Con ella pretendo descolgarme por la ventana en cuanto amanezca, e intentaré así alcanzar la cornisa. Es arriesgado, pero puede funcionar. Si fallo, nada peor que la muerte puede ocurrirme.

Comienza a clarear, está amaneciendo.

He atado las sábanas. Estoy preparado.

Así pues, me despido, mi querida Wilma. Por favor, perdóname por todo lo que pueda haberte hecho, y ten por seguro que jamás he amado a nadie aparte de ti.

PARTE II

CAPÍTULO UNO

Lucia Western

Mientras Thomas Harker se debatía entre la esperanza y el horror en el castillo del conde Drácula, su amada prometida, Wilma, pasaba el tiempo en el balneario de Whitby, en la costa este de Inglaterra. Wilma era profesora en un internado^[352], y este año, durante las vacaciones de verano, se alojaba con su antigua compañera del colegio, Lucia Western. Wilma tenía la costumbre de escribir un diario, igual que su prometido, y mucho de lo que se cuenta en esta segunda parte se ha extraído de entre sus anotaciones^[353].

Lucia, la amiga de Wilma, era una chica encantadora a la que todo el mundo adoraba, incluidos los miembros del sexo opuesto. Poseía un carácter dulce y divertido, pero también tenía un lado vanidoso que le llevaba a desear que los hombres se sintieran atraídos por ella. Su madre era viuda y rica, pero tenía mala salud, sufría una deficiencia cardíaca que la obligaba a evitar emociones fuertes y cualquier tipo de agitación. La constitución de Lucia también era bastante frágil, y poseía ciertas sensibilidades poco frecuentes, además de que, desde niña, padecía de sonambulismo, lo que algunos achacaban al hecho de que su padre había sido un hombre promiscuo^[354].

Pocas semanas antes, Lucia se había comprometido con un joven llamado Arthur Holmwood, el hijo primogénito y heredero de lord Godalming. Antes de eso, también le habían propuesto matrimonio sus amigos John Seward, un médico famoso y director de un manicomio en Parfleet^[355], un suburbio de Londres, y Quincey Morris, un millonario americano^[356]. Ambos estaban locamente enamorados de ella, pero los había rechazado a ambos. No obstante, los dos continuaron siendo buenos amigos tuyos y también de Arthur.

Las chicas leían juntas, trabajan juntas y paseaban juntas para entretenerse. A menudo iban también juntas a la iglesia, que estaba situada en lo alto de una colina desde la que se tenía una vista espléndida del mar, así que con frecuencia se sentaban allí al atardecer para disfrutar del paisaje.

De vez en cuando a Wilma le podían la ansiedad y los nervios, pues estaba preocupada por Thomas. Solo había recibido una carta suya desde su llegada al castillo del conde Drácula^[357]. Le había escrito al jefe de Thomas, el señor Hawkins, solicitándole que hiciera averiguaciones sobre el paradero de su prometido por medio de los cónsules de Viena y Budapest^[358].

CAPÍTULO DOS

La tormenta en Whitby

El cuatro de agosto hubo un violento vendaval en Whitby, de tal calibre que nadie podía recordar haber visto una tormenta igual. La galerna estalló a medianoche y el mar cobró el aspecto de un géiser hirviendo^[359]. El haz de luz del faro de Whitby permitió ver una gran goleta con todas sus velas desplegadas. La gente supuso que se trataba del mismo navío que habían visto unos días atrás y que había llamado la atención por sus extrañas maniobras. En su ruta hacia puerto había varios arrecifes que ya habían dañado otros barcos, y puesto que el viento empujaba el navío hacia los acantilados parecía inevitable que la nave acabase estrellándose contra las rocas. Pero de repente la tempestad amainó y el barco se deslizó por la bocana del puerto como si alguien hubiera conseguido gobernarlo y encalló en tierra. La multitud se reunió para contemplarlo, y a la luz del faro pudieron ver que había un hombre muerto atado al timón, con su cabeza moviéndose a un lado y a otro por el vaivén de la embarcación.

CAPÍTULO TRES

Del cuaderno de bitácora

Cuando registraron la goleta, descubrieron que se trataba de un barco ruso, de Varna, bautizado como *Demeter*. Estaba cargado de cajas que contenían tierra; según el registro de la mercancía se habían enviado para realizar experimentos de ingeniería. No se encontró a nadie a bordo, aparte del hombre muerto que iba al timón. Estaba atado por las dos manos, en torno a las que también llevaba enroscado un rosario. En su bolsillo había una botella que contenía una hoja de papel, que resultó ser parte del cuaderno de bitácora de la embarcación.

En el cuaderno se leía:

Desde el momento en que el barco zarpó, la tripulación se ha mostrado inusualmente hosca. El capitán y el primer oficial trataron de averiguar la razón, pero los hombres no respondían. Sí dieron a entender, sin embargo, que había algo terrible a bordo, y se santiguaron. No había pasado demasiado desde la partida cuando, una noche, el vigía desapareció.

Al día siguiente, uno de los miembros de la tripulación le dijo al capitán que había un extraño en el barco, y algunos otros marineros también creían haber visto a un polizón.

El capitán dio la orden de que se inspeccionara a fondo el navío, pero no encontraron nada.

El barco cruzó el estrecho de Gibraltar y durante unos días las estrellas se mostraron compasivas, pero entonces desapareció otro marinero durante su turno de guardia.

Al día siguiente el navío se adentró en el canal de la Mancha y otros dos miembros de la tripulación desaparecieron.

Una noche el capitán se despertó a causa de un ruido horrendo. Corrió al puente y encontró allí al timonel, que también había escuchado el ruido. El vigía había desaparecido.

La noche siguiente el barco penetró en el mar del Norte, y allí desapareció un hombre más. El capitán llamó al timonel, que subió al puente con la palidez del terror

en su rostro.

—El Diablo en persona está a bordo —susurró el timonel—. Lo he visto: es alto y muy delgado^[360], pálido como un cadáver pero con los ojos muy oscuros. Estaba contemplando el mar. Me acerqué a él furtivamente por detrás y traté de clavarle un cuchillo, pero su cuerpo no era más que aire.

El timonel añadió que no se rendiría hasta que volviera a encontrarlo, y bajó a la bodega con su candil y sus armas para examinar la carga.

De repente el capitán oyó un sonido terrible que procedía de abajo y vio al timonel de nuevo, con la cara desfigurada por el miedo.

—Ahora sé cuál es la situación, pero el mar me llevará a casa. No tengo otra forma de salir de aquí. —Dicho esto, se lanzó por la borda antes de que el capitán pudiera evitarlo.

El propio capitán también había escrito:

Le he visto. El timonel hizo bien al arrojarse al mar, pero el capitán no puede abandonar su barco. En lugar de eso, he decidido atarme al timón.

CAPÍTULO CUATRO

Barón Siculi

La mañana después de que el barco fantasma encallase^[361], un viejo capitán apareció muerto en un banco del cementerio. A juzgar por la expresión de su cara, había muerto de miedo. Solía conversar con las dos jóvenes damas, y su muerte fue un duro golpe para Lucia. Se volvió más aprensiva que antes, y comenzó otra vez a caminar sonámbula.

Una tarde, Wilma paseaba junto a Lucia por la línea de costa hacia el cementerio, como hacían a menudo. Allí se encontraron con el tío de Lucia, llamado Morton, a quien acompañaba un extranjero de mediana edad con un aspecto muy peculiar.

Morton lo presentó como el barón Siculi. Era un hombre alto y fornido, con el cabello negro que empezaba a cubrirse de gris, un bigote negro y penetrantes ojos también negros. Empezó enseguida una conversación con Lucia y pareció disfrutar hablando con ella^[362].

A la noche siguiente, Wilma se despertó justo para ver cómo Lucia se levantaba de su cama y se acercaba a la ventana. Echó a un lado la cortina y se colocó ante la ventana vestida solo con su ropa interior^[363], la melena removida por el viento^[364] y dijo:

—Ya voy, ya voy, pero la puerta está cerrada con llave.

En ese momento trató de arrojarse por la ventana, pero Wilma había llegado hasta ella justo a tiempo y rodeó a su amiga con sus brazos para tirar de ella de vuelta hacia la cama. Lucia tardó mucho en recobrar la calma. No podía dormir y no dejaba de murmurar:

—Me pregunto qué quería de mí.

Wilma le dio un pequeño vaso de vino, tras lo cual se quedó dormida y no volvió a despertarse en lo que quedaba de noche.

Al día siguiente, las chicas encontraron al barón Siculi en el cementerio. Parecía tener muchas ganas de hablar. Un grupo de tártaros (zíngaros)^[365] acababa de llegar a la ciudad, y el barón les contó a las chicas varias cosas sobre las costumbres de esos nómadas en su país natal. Dijo que existen incontables leyes y fuerzas de la

naturaleza que solo unos pocos conocen, y que los tártaros dominan varios de esos secretos.

Les dijo que las mujeres están dotadas con los poderes más potentes y valiosos de todos, y que las mujeres tártaras también saben cómo ejercitar esos poderes.

—Estoy convencido —le dijo a Lucia— de que usted también posee esos talentos, y depende de usted utilizarlos o no.

Wilma se percató de que Lucia se había quedado embargada por la emoción ante aquel comentario^[366].

CAPÍTULO CINCO

Los tártaros

T_{ras la conversación con el barón, las chicas sintieron mucha curiosidad y le dieron muchas vueltas al tema en su cabeza. Al día siguiente visitaron al grupo de vagabundos, que habían establecido su campamento en las afueras.}

Wilma sospechó que los tártaros estaban esperándolas, pues las recibieron con mucha hospitalidad^[367]. Pero fue Lucia a quien trataron con mayor distinción: el jefe del grupo llegó incluso a besar el dobladillo de su vestido^[368], y a continuación le pidió al que hacía las veces de intérprete que le preguntase a la joven si deseaba que su humilde siervo hiciera algo por ella^[369]. Ella contestó:

—Me han dicho que vuestra gente posee más conocimientos de ciertos temas que la gente de otros países. Para mí sería un placer aprender.

El jefe fue a su tienda y salió al poco acompañado por una chica joven, envuelta en un chal de seda amarilla con rayas doradas. La chica le entregó a Lucia una bola de cristal y le pidió que mirase en su interior. Lucia así lo hizo, y vio a su prometido, Arthur, besando a una joven que estaba sentada a su lado. Al día siguiente, Lucia recibió una carta de Arthur en la que le decía que su hermana, Mary, había llegado de visita la noche anterior. Mary acababa de casarse con un rumano, asistente del príncipe Koromezzo, el embajador austriaco en Londres. Los familiares de Mary habían hecho todo lo posible por evitar que el matrimonio tuviera lugar, pues el príncipe tenía una nefasta reputación.

Mary y su marido habían salido de viaje a Constantinopla justo después de la boda^[370].

CAPÍTULO SEIS

Enfermedad y muerte de Lucia

Después de visitar a los tártaros, la salud de Lucia fue a peor. Perdió todo interés en los demás y se recluyó en sí misma. Después viajó a Londres e inició los preparativos para su boda. El barón Siculi también se había mudado a Londres y se dedicó a visitarla para charlar con ella^[371].

Lucia no conseguía dormir por las noches, y cada día que pasaba se la veía más pálida. Cuando Arthur fue a visitarla su aspecto le impresionó. Solicitó la ayuda del doctor Seward, pero el médico se vio incapaz de hacer nada por ella, por lo que decidió escribir a un catedrático de Ámsterdam, llamado Van Helsing, que era mundialmente conocido por sus investigaciones sobre enfermedades nerviosas. El experto holandés atendió a Lucia, y durante un tiempo su salud pareció mejorar. Pero no pasó mucho tiempo antes de que volviera a deteriorarse, lo que motivó que recurrieran de nuevo al catedrático^[372]. Este dijo que Lucia debía de estar sufriendo anemia, y que no se recuperaría a menos que pudieran realizarle una transfusión con la sangre de alguien con buena salud.

Así lo hicieron, y con ese tratamiento Lucia mejoró. Por desgracia, el médico holandés se vio obligado a regresar a su país. Al día siguiente, el doctor Seward se presentó en casa de Lucia y descubrió que tanto la puerta principal como las que había en la parte de atrás estaban firmemente cerradas pese a que hacía rato que había pasado el mediodía. De repente oyó que alguien corría por el jardín lateral de la casa. Se trataba del jardinero y de uno de sus ayudantes. Respiraban mediante jadeos y apenas podían pronunciar palabra. Finalmente, el doctor consiguió entender de sus balbuceos que el ama de llaves había sido asesinada y que su cuerpo ensangrentado yacía en el jardín^[373]. Al echar un vistazo, el doctor se dio cuenta de que la ventana que daba al dormitorio de Lucia estaba rota, por lo que dio por hecho que encontraría algo terrible en el interior. Se asomó a la ventana y vio que todo parecía estar en orden, excepto por el hecho de que Lucia y su madre estaban tumbadas en la cama, aparentemente sin vida. Introdujo su mano por el hueco donde el cristal se había roto y abrió la ventana para pasar adentro, e indicó a los dos hombres que le esperasen

fuerá. Cuando llegó a la cama comprobó que la madre de Lucia estaba muerta (parecía haber fallecido de puro pánico), y Lucia yacía inmóvil junto a ella. El médico no fue capaz de decir si su amiga estaba viva o no. No sabía qué hacer, pero justo en ese momento oyó que un carro llegaba a la casa. Le dijo a los jardineros que fueran a recibir al visitante: el doctor Van Helsing acababa de llegar.

Los dos médicos volvieron a examinar a Lucia y descubrieron que aún vivía. El catedrático ordenó que se le diera un baño caliente, de modo que fueron en busca de alguna de las criadas, pero todas ellas estaban profundamente dormidas y no había forma alguna de hacerlas despertar. Entonces decidieron pedir la colaboración de la esposa y la hija del jardinero, que acudieron para preparar el baño. Después de varios intentos, los médicos lograron por fin que Lucia recobrase la conciencia. Querían realizarle una nueva transfusión, pero tuvieron que hacer frente a otro dilema: ¿a quién debían extraerle la sangre? Tanto Seward como Van Helsing habían perdido ya grandes cantidades de sangre en las transfusiones anteriores.

Entonces llegó Quincey Morris, el joven americano que había pedido la mano de Lucia en matrimonio. Se había presentado allí de parte de Arthur, y en cuanto se enteró de lo sucedido se ofreció voluntario para que le trajesen sangre.

Así, por fin lograron revivir por completo a Lucia. Su corazón y sus pulmones empezaron a funcionar de nuevo^[374]. Cuando los médicos consideraron que podían dejarla un tiempo a solas, atendieron al resto de los ocupantes de la casa.

La policía había empezado ya a buscar al asesino. Las criadas se despertaron y dijeron que se habían acostado a la hora de costumbre, y que no podían entender por qué habían dormido durante tanto tiempo. No sabían nada sobre el asesinato del ama de llaves, pero dijeron que solía ir a lo suyo y que le gustaba dar largos paseos al atardecer^[375].

Los detectives sospechaban que el crimen había sido planificado y que el ama de llaves podría haberse confabulado con los culpables y haberles suministrado a las criadas algún tipo de somnífero. Tras lo cual, los criminales habrían decidido asesinar a su cómplice para que nadie pudiera revelar su identidad. Lo que resultaba más sorprendente, sin embargo, era que no hubieran robado nada. El grupo de tártaros llevaba varios días acampado en las afueras, y la policía pensó que podrían tener algo que ver con lo sucedido, en especial porque levantaron el campamento al día siguiente al crimen^[376].

Los médicos examinaron detenidamente el cadáver del ama de llaves, pero solo pudieron concluir que había recibido un mordisco en la garganta.

Finalmente encontraron un papel en el que Lucia había escrito lo que le había sucedido esa noche. Había tenido la sensación de que alguien llamaba varias veces con los nudillos a la ventana, hasta que lo hizo con tanta fuerza que el panel de cristal se rompió. Después de eso podría jurar que había visto al otro lado rostros humanos con expresiones malvadas, pero entonces tanto ella como su madre habían perdido el conocimiento^[377]. Cuando había despertado de nuevo, vio que su madre estaba

muerta. Entonces logró a duras penas garabatear este relato en un trozo de papel, junto a una despedida a sus amigos y conocidos en la que decía que aguardaba su propia muerte.

A la noche siguiente, ya de madrugada, el doctor Seward también oyó cómo llamaban a la ventana, pero no pudo ver a nadie allí.

Por la mañana, Lucia se encontraba tan débil que los médicos perdieron todas sus esperanzas. Murió ese mismo día, en presencia de quienes la habían atendido y de su prometido, Arthur. Sus últimas palabras iban dirigidas a Van Helsing:

—Protéjale, y concédame la paz.

Se realizaron los preparativos para el funeral. La noche anterior al entierro, el doctor Seward y Arthur entraron en la habitación donde se encontraban los cuerpos de Lucia y de su madre. Se habían colocado flores y grandes candelabros con velas encendidas alrededor de la cama. El médico levantó la mortaja que cubría el cuerpo de Lucia y ambos hombres se sobresaltaron, pues daba la impresión de que su amiga estaba viva. Parecía incluso más joven que durante sus últimos días de vida, y no había en ella señales de muerte o descomposición.

Esa noche, Arthur durmió en la habitación de Lucia, y el médico ocupó el dormitorio contiguo. En un momento determinado, a Seward le despertó un ruido extraño. Se incorporó de un salto y cogió una lámpara. Vio que la habitación de Arthur estaba a oscuras y que la puerta del cuarto donde estaban los cadáveres se hallaba medio abierta. Entró y vio que alguien había abierto la tapa del ataúd de Lucia, de forma que su rostro quedaba a la vista, y que las flores habían sido arrojadas al suelo. Arthur yacía inconsciente junto al féretro. El doctor lo cogió en brazos y cargó con él hasta su habitación, y cuando Arthur recuperó el sentido, afirmó que Lucia estaba viva y que se había alzado de su ataúd con una sonrisa. Decía que él no había podido dormir y había estado dando vueltas en la cama hasta que sintió la necesidad de verla y entonces se había levantado.

Repetió aquel relato tantas veces como le preguntaron al respecto, por lo que los médicos hicieron todo lo que estaba en sus manos para revivir a Lucia, pero fue en vano. No obstante, eso no bastó para Arthur, que se negó a que atornillasen la tapa del ataúd, de manera que este quedó abierto en la cripta, donde habría aire suficiente en caso de necesidad. También se colocó allí comida y mantas, por si Lucia despertaba.

CAPÍTULO SIETE

La búsqueda de Thomas Harker

Este relato vuelve ahora a Wilma, que había recibido un mensaje del jefe de Thomas Harker, el señor Hawkins, en el que le decía que quería hablar con ella. Había realizado investigaciones sobre Harker en las proximidades del castillo de Drácula, pero la única información que su agente, Tellet^[378], había podido conseguir consistía en un rumor según el cual Harker llevaba un tiempo vagando sin rumbo por la región, y algo más específicamente, que se había alojado en una casa de huéspedes en Zolyva^[379], una pequeña ciudad de las cercanías, donde había sido visto con un grupo de embaucadores y borrachines. Presuntamente había tenido un romance con una tal Margret, la hija de la dueña de la pensión. La joven había aparecido más tarde asesinada no muy lejos del castillo de Drácula, y la gente sospechaba que había sido Harker quien la había matado.

Se decía que lo habían visto por la zona a comienzos de julio, pero desde entonces no se sabía nada de él. El conde había salido de viaje a finales de junio, y el castillo permanecía ahora vacío. El 15 de julio se había sacado una gran cantidad de dinero a nombre de Harker en un banco de Budapest. Los empleados habían dado una descripción del hombre que lo había hecho y parecía guardar cierto parecido con Harker.

Wilma solicitó todos aquellos informes, y al insistir mucho en ello finalmente los obtuvo. No tenía ninguna duda de que no eran ciertos, por lo que decidió realizar su propio viaje, sin hacer escalas hasta llegar a Budapest.

Allí se alojó en casa de unos ingleses conocidos del señor Hawkins. Una vez que se hubo recuperado del viaje, realizó una pequeña excursión con sus anfitriones a un pueblo cerca del Danubio.

Allí entraron en una taberna para tomar unos refrescos. Mientras descansaban, se fijaron en un grupo de tártaros que habían acampado no muy lejos. Entre ellos, Wilma vio a un hombre que se parecía tanto a Thomas que resultaría imposible distinguir a uno del otro. Poco después de eso se hizo pública la noticia de que un hombre había sido asesinado en el pueblo; se trataba del mismo tártaro que no solo se

parecía a Thomas Harker, sino que también era considerado responsable de los crímenes por los que se acusaba a Harker.

El investigador inglés comprendió entonces que había estado siguiendo una pista falsa y emprendió una nueva búsqueda^[380].

CAPÍTULO OCHO

Una visita al Castillo de Drácula

Al día siguiente Tellet y Wilma viajaron a Bistrita, y durante el camino Tellet, un antiguo oficial de policía, mencionó que había llamado a un viejo compañero, Barrington, para que les ayudase^[381]. Parecía evidente que habían tropezado con una complicada conspiración y que era muy posible que el viejo conde Drácula^[382] fuese uno de los que manejaban los hilos. Se trataba de un caso muy difícil de resolver, pero si Barrington no podía averiguar la verdad, entonces nadie podría hacerlo.

Cuando llegaron a Bistrita se dirigieron a la misma casa de huéspedes en la que Harker se había alojado tres meses y medio antes. Wilma habló con la esposa del dueño, y la mujer recordaba muy bien al «elegante caballero inglés» que se había alojado allí. También comentó que había intentado disuadirle sobre su visita al castillo de Drácula y que le había dado su cruz como talismán para protegerle.

No podía, o no quería, decir nada sobre el conde, pero Wilma creyó entender por la reacción de la mujer que había algo impío en él.

No pasó mucho hasta que llegó Barrington a Bistrita, acompañado por Hawkins, el viejo abogado^[383]. Wilma se alegró mucho de verlos, y después de disfrutar de una noche de descanso tras su viaje, todos pusieron rumbo a la ciudad de Zolyva, pues Tellet daba crédito a la información^[384] que había recibido afirmando que Thomas Harker había sido visto allí, pero todas esas historias resultaron no tener ningún fundamento. Desde Zolyva solo había una hora de viaje al castillo de Drácula. Se alojaron en una casa de huéspedes en la ciudad y fingieron estar de vacaciones. Desde la posada se encaminaron hacia el castillo de Drácula, como si se tratara de una excursión de placer^[385].

Su conductor se mostró reacio a coger el camino que llevaba al castillo, que se elevaba por una cordillera de montañas boscosas, y cuando alcanzaron una cima desde la que podía verse el edificio, el hombre se negó a continuar adelante.

El puente levadizo estaba bajado y la puerta principal abierta. Cuando accedieron al patio decidieron separarse para explorar en busca de cualquier criatura viviente.

No encontraron nada, pero Wilma sintió que era atacada en cuanto puso en pie en el interior del castillo. Soltó un grito, y en ese mismo instante se vio arrojada al suelo. Al oír el chillido, sus compañeros corrieron hacia ella. Se había hecho daño en una pierna.

Decidieron marcharse de inmediato, y siguiendo el consejo de Barrington, que era el único del grupo que entendía el idioma, el conductor tomó una ruta distinta a la que les había llevado allí.

CAPÍTULO NUEVE

El convento

Cogieron un camino que pasaba por un convento cercano en el que las monjas mantenían la tradición de atender a los enfermos que pasaban por allí^[386].

Para cuando llegaron allí, Wilma había perdido el conocimiento a causa del dolor. Cuando más tarde abrió los ojos, vio que se hallaba en una pequeña habitación blanca, tumbada en una cama dura pero limpia. Le habían vendado la pierna. Junto al lecho estaba sentada una joven con atuendos de monja, pero cuando Wilma se dirigió a ella en alemán no contestó más que mediante movimientos de cabeza.

Un poco más tarde entró otra monja de mayor edad que hablaba un francés muy fluido. Le pidió a Wilma que se sintiera como en casa, y le explicó que tendría que pasar varias semanas de reposo para que su pierna se recuperase por completo.

Eso preocupó mucho a Wilma, pero la monja le dijo:

—Es la voluntad de Dios, querida hermana, y Su voluntad siempre es la mejor opción. ¿Quién puede decir con qué propósito le ha traído Él aquí? Nada en este mundo sucede sin una razón.

Estas palabras aliviaron enormemente a Wilma, y también se alegró de saber que los dos detectives continuaban con sus pesquisas. Ahora estaban convencidos de que se había confundido a Thomas con otra persona, y que se había llevado a cabo algún engaño muy sofisticado para culparle a él de los crímenes que otros habían cometido. El señor Hawkins, por su parte, se veía obligado a regresar a casa, pues tenía diversos asuntos de negocios a los que atender.

Las monjas se ocuparon de Wilma lo mejor que pudieron, y aunque no hablaban inglés, muchas de ellas sí hablaban alemán, algunas francés y otras italiano, y Wilma podía hacerse entender por todas ellas. En especial le cogió cariño a una monja de origen austriaco, que se llamaba Agatha. Era una chica alegre de ojos oscuros que a menudo hablaba sobre los pacientes a los que había cuidado y por los que sentía mucho aprecio. Las monjas visitaban con frecuencia a enfermos, aunque viviesen a kilómetros de distancia. También había un hospital en el convento, y la hermana

Agatha sentía una especial debilidad por quienes estaban allí ingresados. A menudo mencionaba a un hombre que había sido atendido en el monasterio durante mucho tiempo, aquejado de fiebres, y que cuando por fin comenzó a recobrar la salud había perdido la memoria por completo^[387]. Wilma le hizo muchas preguntas sobre el castillo de Drácula, y Agatha le contó muchas cosas, la mayoría de las cuales resultaban inconcebibles para Wilma. Le dijo que la gente de la región creía que había una mujer vestida de blanco vagando por sus pasillos, y que a veces se la podía ver en las ventanas cuando la luz de la luna las iluminaba. También dijo que según algunos rumores aquellos que la vieran perdían el juicio, y que muchos hombres que se habían aventurado a encontrarla en el castillo habían desaparecido y nunca se había vuelto a saber de ellos.

Comentó asimismo que un grupo de bestias habitaba el lugar, y que su jefe estaba confabulado con el Diablo en persona.

CAPÍTULO DIEZ

Thomas y Wilma se reencuentran

Un día, la hermana Agatha le preguntó a Wilma:

—Usted conoce muchos idiomas, ¿podría decirme qué significa «*mhai löhf*»?

Wilma respondió que no entendía aquellas palabras, y le preguntó a la monja por qué deseaba saberlo.

Agatha le explicó entonces que uno de sus pacientes hablaba a veces sobre «*mhai löhf*» y que le entristecía mucho no comprender a qué se refería.

Al día siguiente, por la tarde, Wilma estuvo dándole vueltas a aquella expresión y se le ocurrió que «*mhai löhf*» podría ser el equivalente al inglés «*my love*», y que, de ser así, el paciente podría estar hablando sobre su prometida o su esposa. Por la mañana se lo comentó a la monja, y acordaron visitarlo juntas para ver si el hombre procedía del mismo país que Wilma.

La abadesa les dijo que no era buena idea, ya que la pierna de Wilma todavía estaba débil, por lo que decidió que en lugar de visitarlo le escribiría. Wilma escribió una nota en la que le preguntaba si era inglés. El hombre se hallaba tan exhausto mentalmente que apenas podía leer, por lo que deletreó cada palabra como si fuera un niño pequeño, pero después de un momento logró escribir, con mano temblorosa: «Sí, soy inglés. Que Dios le bendiga por ayudarme».

Empezaron a escribirse cada día. Al principio, él solo era capaz de escribir frases incoherentes; no podía recordar nada de lo que le había pasado. Cuando se le preguntaba algo, su respuesta era siempre la misma: «No recuerdo, todo olvidado».

Por fin, Wilma acudió a visitarlo junto a la monja.

Empezó a saludarlo en inglés, pero al verle soltó un chillido y se desmayó. ¡Acababa de reconocer a su amado Thomas Harker! Él, que también la reconoció a ella, se alteró igualmente y acabó por perder el conocimiento como le había sucedido a ella. En cuanto recuperó la conciencia, la llamó dando grandes voces:

—Wilma, ¿dónde estás? ¡Te he visto, pero ahora han vuelto a apartarte de mí!

Wilma se dio cuenta de que Thomas, pese a encontrarse muy débil, podía pensar con claridad. De forma gradual, fue recobrando la memoria: es decir, podía recordar todo cuanto había hecho antes de emprender su viaje, pero un inmenso vacío continuaba cubriendo sus experiencias tras haber partido de Inglaterra.

Wilma informó de las buenas noticias al jefe de Harker, y unos días más tarde Hawkins llegó al convento junto con Barrington.

El detective dijo que había destapado algunos secretos y que solo requería unos pocos detalles más para poder comprender en toda su extensión aquella compleja red de engaños^[388]. Por ahora había logrado desenmarañarla, y confiaba en que Thomas Harker podría llenar los huecos vacíos. Se quedó estupefacto al enterarse de que Harker había perdido la memoria sobre su estancia con el conde y que, por lo tanto, era inútil preguntarle al respecto.

El viejo señor Hawkins, el jefe de Harker, mantuvo una larga conversación con él. Creía que Thomas había recobrado por completo su salud, y pensaba que su amnesia se resolvería con el tiempo. Le contó a Wilma que los había designado a ella y a Thomas como herederos de todas sus posesiones y que tenía la esperanza de que se instalasen en su casa. Por encima de todo, deseaba que no pospusieran su boda, por lo que organizó para que un sacerdote inglés acudiera desde Budapest acompañado por un abogado del Consulado Británico que haría, con Barrington, de testigo del enlace.

La ceremonia tuvo lugar al día siguiente, y una vez finalizada, la pareja se despidió de las monjas, que se entristecieron por la marcha de Wilma y Thomas, pero al mismo tiempo se alegraron porque el viejo Hawkins había realizado una generosa donación al convento.

Regresaron a Inglaterra sin prisas, disfrutando del viaje. En Viena, Wilma consultó a un famoso neurólogo, quien le dijo que esperaba que la salud de su marido fuera mejorando poco a poco, pero que se le antojaba improbable que recuperase la memoria del período inmediatamente anterior a caer enfermo. El doctor también le aconsejó que no le preguntase nada a Thomas sobre ese episodio.

CAPÍTULO ONCE

De regreso en casa

T_{ras} un largo viaje, por fin llegaron a Inglaterra. Una vez allí, Wilma se enteró de la muerte de su amiga Lucia, y poco después recibió una carta del catedrático holandés, Van Helsing, que la había atendido. Arthur había estado enfermo desde el fallecimiento de Lucia, y le enviaba recuerdos a Wilma por medio de Van Helsing. El catedrático le decía que le gustaría visitarla y que cuando se viesen le podría explicar la situación con más detalle. Ella le contestó que sería bienvenido si quería alojarse con Thomas y con ella. Van Helsing se presentó allí poco después y realizó muchas preguntas sobre los hábitos de Lucia durante la última temporada que las dos chicas habían pasado juntas. Le llevaba a Wilma un precioso anillo de diamante, que dijo que Lucia llevaba puesto, pero le suplicó que no se lo pusiera, si acaso estimaba en algo el valor de su consejo^[389]. Mostró mucha curiosidad por Harker y se interesó por todo lo relacionado con su estado de salud.

Una semana más tarde, el ya retirado jefe de Harker, el viejo señor Hawkins, falleció a consecuencia de una enfermedad cardíaca. Llevaba tiempo preparándose para ello, por lo que había redactado un testamento en el que explicaba que debía hacerse con sus propiedades. Tal y como había prometido, le había legado todo a la joven pareja.

Dos días después, Hawkins fue enterrado en Londres, como había estipulado en su última voluntad. La pareja asistió al funeral y después fue a dar un paseo por Hyde Park. De camino de vuelta al hotel en el que se alojaban pasaron por Picadilly, donde se cruzaron con una joven de impactante belleza. Iba sentada en un brillante carro tirado por caballos grises, acompañada por criados que vestían uniforme. La joven era muy bella y elegante, aunque su vestido resultaba un tanto pretencioso. Wilma la contempló fascinada, pero en ese momento sintió que Thomas la pellizcaba en el brazo al tiempo que un gemido escapaba de su garganta. Se volvió hacia él para advertir que había palidecido y que sus ojos parecían estar fijos con extraña intensidad en algo que había delante de él. Al seguir la dirección de su mirada, vio a

un caballero que hablaba con la joven del carro. Era un hombre alto y de aspecto impactante, aunque en cierto modo peculiar.

Wilma se sobresaltó, pues reconoció en el caballero al barón Siculi, a quien había conocido en Whitby. Pero, pensando en Thomas por encima de cualquier otra cuestión, se apresuró a parar un coche de punto y volvió con él al hotel a toda prisa^[390].

Thomas estaba tan aturdido que apenas se daba cuenta de lo que estaba sucediendo. Poco a poco, recostó su cabeza sobre el hombro de Wilma y se quedó dormido. Volvió a despertar justo antes de llegar al hotel, pero había olvidado todo lo ocurrido en la calle.

Al día siguiente, Wilma comenzó a organizar su nuevo hogar, en el que, desde que se habían mudado, todavía no había puesto orden. Entre otras cosas, registró la maleta que habían traído desde Transilvania. En el fondo encontró un paquete envuelto en el papel de la iglesia del convento. Recordó entonces que la hermana Agatha, al despedirse, le había dicho que metería las pertenencias de Thomas en la maleta, y en otra ocasión anterior había comentado que Thomas apenas llevaba nada consigo al llegar al convento.

Comprensiblemente, Wilma se sintió intrigada y abrió el paquete, pero no contenía más que un rosario y una cruz de latón^[391] y el diario de Thomas, escrito en taquigrafía, que se ha presentado en la primera parte de esta historia. En la primera página encontró su propio nombre.

Por la tarde, mientras Thomas dormía, Wilma comenzó a leer el diario, y lo que descubrió en él la asustó y la desconcertó a partes iguales. A pesar de que creyó que todo era producto de la imaginación de su pobre marido, no pudo evitar que la lectura la embargase de temor.

También empezó a sospechar que el conde Drácula y el barón Siculi podrían ser la misma persona.

Thomas no se sentía bien al día siguiente, y aunque logró realizar su trabajo, estuvo todo el tiempo distraído. Esa noche habló en sueños, y Wilma comprendió que estaba soñando con su estancia con el conde.

CAPÍTULO DOCE

El profesor y Barrington

Con Thomas sufriendo de aquel modo, el profesor holandés llegó en cuanto su presencia fue requerida. Wilma lo recibió cordialmente, y no tardó en contarle todo lo relativo a su viaje al castillo de Drácula, y al diario de Thomas. Aquello al catedrático le pareció muy importante, y preguntó si podría llevarse prestado el texto^[392], que Wilma había transcrito. Prometió volver al día siguiente y dedicar la noche a leer el diario. Cuando regresó, le dijo a Wilma que el libro valía su peso en oro, pues proyectaba un rayo de luz sobre muchas cosas que hasta entonces habían permanecido ocultas en la oscuridad.

Dijo que Thomas se había quedado tan impactado al ver al hombre en la calle de Londres porque en ese momento había debido activarse algún recuerdo de su estancia con el conde. No obstante, esa vaga reminiscencia le había debido parecer tan ajena (ahora que había olvidado todo lo relacionado con su período en el castillo y ni siquiera recordaba la existencia del diario) que creyó que estaba perdiendo el juicio. Wilma fue entonces a buscar a su marido para que se entrevistase con el profesor.

Van Helsing y Thomas conversaron durante largo rato, y el profesor llegó a la conclusión de que Thomas estaba recuperando la memoria^[393], aunque no podía recordar el incidente de Picadilly el día del funeral del señor Hawkins.

El profesor le dio a Thomas algunos consejos para cuidar su salud y le pidió que se mantuviera tranquilo durante una temporada, y que evitase cualquier cosa que pudiera ponerle nervioso. Tenía el diario en su poder y quería mostrárselo a algunos de sus conocidos.

Unos cuantos días más tarde, Barrington fue a visitar a Wilma. Acababa de regresar a Londres y había viajado de inmediato a Exeter, donde vivían Thomas y Wilma^[394], para hacer averiguaciones sobre la compra inmobiliaria del conde Drácula en Londres. Ella le informó de que Thomas estaba recuperando la memoria, y que habían encontrado su diario.

Barrington y Wilma acordaron que el detective no se entrevistase con Thomas hasta que lo hubiera consultado con Van Helsing, y organizaron reunirse de nuevo en

dos días.

Van Helsing y Barrington llegaron a la hora acordada y mantuvieron una larga charla con Thomas, después de la cual, Barrington fue una vez más a ver a Wilma y le dijo que había estado dándole vueltas a la teoría de Van Helsing. Sentía un gran respeto por él, pero lo tenía por un religioso sentimentalista con cierta inclinación por la superstición. Dijo que, personalmente, solo confiaba en hechos, y que creía que debía haber una explicación lógica para todo lo que se contaba sobre el conde Drácula y sus cómplices, por muy extraños que sonasen aquellos rumores.

Dicho esto, se marchó.

El profesor Van Helsing comenzó a explicarle a Wilma lo que había estado investigando y las conclusiones a las que había llegado:

—Los inventos del siglo XIX son sorprendentes. Han dado lugar a un nuevo mundo, mostrándonos las fuerzas de la naturaleza que nuestros antepasados o bien ignoraban o bien consideraban que pertenecían al ámbito de lo sobrenatural. Hoy en día los científicos no pueden apenas clasificar ningún fenómeno de inconcebible dentro de los límites de las leyes físicas. La naturaleza posee un abanico infinito de esas leyes, pero la percepción humana no alcanza a comprenderlas todas porque nuestros órganos sensoriales no son lo bastante sofisticados.

»Debe haber poder y principios que nuestros descendientes descubrirán algún día por mucho que nosotros ignoremos todavía su existencia. Ellos aprenderán a comprender esas fuerzas, a domesticarlas y controlarlas. Quién sabe, tal vez exista un mundo de seres invisibles que influyen en nosotros para que actuemos de parte del Bien o del Mal^[395], dependiendo de su intención^[396].

»Tanto yo como otros pensadores de nuestra época hemos llegado a la conclusión de que tales criaturas existen realmente y de que obedecen ciertas leyes que son desconocidas para nosotros, pues están equipados con toda una gama de dones y poderes muy diferentes a los nuestros.

»El folclore admite muchas cosas sobre las que la ciencia no sabe nada, o que los científicos se atreven incluso a negar. Una de esas cosas es el hecho de que existen criaturas que caminan entre nosotros después de que hayan muerto^[397]. Pensemos en ese tipo de criatura como una persona, por ejemplo, que ha vivido su vida de forma pecaminosa, como un criminal o un asesino. Fallece como cualquier otra persona, pero su alma no consigue liberarse de su cuerpo y queda atada. El alma, entonces, permanece asida al cadáver y, mediante una ley que nosotros aún ignoramos, puede instalarse de nuevo en él, insuflarle nueva vida y utilizarlo, además, para satisfacer sus ansias naturales. Para poder mantener esa existencia, sin embargo, esta alimaña debe alimentarse de la sangre de humanos vivos, y a causa de su propia naturaleza, nunca dejará de matar.

»En el folclore se habla de estos seres, y ahora podemos añadir que esas criaturas no muertas^[398], según las creencias populares, son capaces de influir en otras personas, y no solo en personas malvadas, sino también en personas débiles^[399].

Hablaron entonces sobre la muerte de Lucia, y el profesor dijo:

—Tengo razones para creer que esa joven inocente sufrió precisamente las mismas fuerzas de las que estoy hablando, o de una clase de hipnosis que estos enemigos de la humanidad utilizan para transformar a gente decente en sus siervos una vez que han conseguido apoderarse de su voluntad. Ella, que fue llevada a su tumba con las prendas blancas de la inocencia, ejerce ahora el mismo poder sobre su amante y está intentando llevarlo a la tumba con ella^[400].

»Estoy convencido de que estos Poderes de la Oscuridad se están extendiendo a nuestro alrededor. En los periódicos hay muchas noticias que apuntan a ellos, pero nuestro amigo Barrington tiene otra opinión y afirma que puede explicarlo todo de una manera muy diferente de la mía.

Van Helsing se despidió de la pareja y se marchó, pero Wilma no dio crédito a su teoría, pese a lo mucho que lo respetaba.

CAPÍTULO TRECE

La gente de Carfax

El capítulo siguiente está basado en un diario escrito por el doctor Seward^[401], el médico director del Manicomio de Parfleet, que ya había sido mencionado con anterioridad en esta historia.

El hospital que dirigía Seward se hallaba justo enfrente del edificio Carfax, que el conde Drácula había comprado.

Barrington fue a visitar al doctor y descubrió lo que estaba ocurriendo en Carfax.

El doctor Seward le contó que se habían realizado recientemente obras de reforma en Carfax y se habían instalado allí varios muebles muy lujosos. Había visto que con cierta regularidad acudían a la casa carroajes suntuosamente decorados, mucho más elegantes de lo que era habitual ver en aquella parte de la ciudad.

Cuando Barrington le preguntó a Seward si acaso alguno de esos carroajes destacaba sobre el resto, el doctor le habló de uno muy extravagante, tirado por caballos grises, en el que iba una joven bellísima de rostro verdaderamente atractivo y varios criados uniformados. Por la descripción que de ella hizo Seward, Barrington pensó que se trataba de la esposa del embajador francés.

—Sin embargo, no fueron los carroajes los que llamaron mi atención, sino los extraños y sospechosos individuos que frecuentan Carfax, en especial al caer la tarde.

Antes de marcharse, Barrington agradeció la información al doctor y le pidió que mantuviera un ojo en Carfax y en lo que allí sucediera.

Más tarde ese mismo día, cuando el doctor se disponía a cenar, recibió una tarjeta a nombre de la condesa Ida Varkony. La tarjeta había sido entregada por un criado, junto con un mensaje de parte de la condesa solicitando que el doctor fuese a verla, pues sufría un ataque de cierta enfermedad a la que era muy propensa. Se disculpaba por lo tardía de la hora, pero esperaba que el doctor pudiera visitarla, pues vivía muy cerca, en Carfax.

Seward sentía mucha curiosidad por echar un vistazo a la casa, que había permanecido deshabitada durante mucho tiempo, por lo que partió sin demora junto al criado. Cuando llegó a la puerta principal fue atendido por otro criado que le

franqueó el paso, y una vez dentro una doncella francesa lo saludó y lo guio a un gran vestíbulo decorado con antiguos tapices bordados.

Cuando el médico entró, una mujer se levantó de un diván y avanzó hacia él para darle la bienvenida.

No resulta sorprendente que el doctor, pese a ser conocido por su serenidad y el control de sí mismo, reacio a la frivolidad, quedase tan impactado por aquella mujer que llegó a perder la compostura^[402]. Nunca antes había visto a una mujer de tal belleza, extraña e indescriptible. A Seward le pareció que era diferente de cualquier otra mujer, como si procediera de otro mundo. Era alta y poseía una buena figura, grácil y radiante. Tenía el cabello negro y muy tupido, y sus ojos eran inusualmente grandes y profundos, con pestañas muy largas y negras.

Pero a pesar de su exquisita belleza, el doctor sintió una punzada de alarma al verla, como si hubiera posado sus ojos sobre una maravilla de la naturaleza que pudiera acabar resultando peligrosa.

Después de saludarlo, la condesa regresó al diván. Hablaba francés con cierto acento extranjero.

Seward le hizo algunas preguntas acerca de su estado de salud, y ella respondió con cierto aire despreocupado. El doctor se enteró de que sufría desvanecimientos^[403] e insomnio, arritmia cardíaca y episodios de convulsiones. La mujer le contó que recientemente se había recuperado de uno de esos ataques y que desde entonces le costaba conciliar el sueño, por lo que le gustaría ser hipnotizada. El doctor Seward conocía muy bien esa técnica, aunque muy pocas veces la ponía en práctica. En esta ocasión, sin embargo, se dejó persuadir, pero le resultó más complicado de lo habitual conseguir que la paciente entrase en trance. De hecho, no lo logró hasta que tomó la mano de la condesa entre las suyas. Entonces le dio una instrucción: cuando se fuese a la cama, se quedaría profundamente dormida, sin que su sueño se viera interrumpido durante la noche, y despertaría por la mañana sintiéndose descansada y revitalizada. Tras lo cual, la sacó del trance y la mujer se mostró muy agradecida por su ayuda, y le pidió que volviera a tratarla pronto.

El tratamiento hipnótico causó un extraño efecto en el propio doctor. Al día siguiente se sintió cansado, y no pudo apartar de su cabeza a la condesa y lo que había ocurrido entre ellos en Carfax.

Cuando atardecía, fue a visitarla y un criado lo llevó al dormitorio de la condesa.

La mujer yacía en la cama como si estuviera muerta, y no abrió los ojos, pese a que parecía estar hablando y su voz sonaba como si brotase del techo:

—Buenas tardes, doctor. Ella está muerta ahora, pero usted debe revivirla. Haga lo que pueda^[404].

Seward no pudo hallar ningún indicio de vida.

—Primero debe hipnotizarla —dijo la voz.

Después de muchos intentos de revivirla y masajear sus extremidades^[405], logró devolverla a la vida, pero el proceso tuvo el mismo efecto de antes, como si estuviera

perdiendo buena parte de su propia fuerza vital, como si la sangre escapase de sus venas, igual que cuando el catedrático holandés se la había sacado para dársela a Lucia. Incluso llegó a tener la impresión de que era la mismísima Lucia quien yacía en el lecho.

Finalmente entró en razón, como si se recuperase de un momento de estupor, y en ese mismo instante también la condesa se despertó. La mujer le hizo prometer que regresaría al día siguiente, y a continuación le dio instrucciones a la doncella para que lo condujese a ver a su hermano, en la habitación de al lado. Este se presentó como el príncipe Koromezzo^[406] y se interesó por el estado de su hermana, pero el doctor respondió que aún no se hallaba en condiciones de emitir un juicio al respecto. El príncipe Koromezzo le pidió al doctor que se convirtiese en el médico personal de la condesa y que les hiciera el favor de volver a visitarles a las nueve de la noche^[407]. Para entonces, su hermana ya se habría recuperado lo suficiente para recibirla.

CAPÍTULO CATORCE

La fiesta

Esa tarde, el doctor Seward se sintió más cansado de lo normal y tomó cloral antes de acostarse^[408]. Durmió profunda y tranquilamente hasta la mañana, pero al despertar todavía se sentía débil y cansado. Tuvo que serenarse para poder llevar a cabo sus obligaciones habituales, y por la tarde se dio una siesta, de la que despertó a las nueve, sintiéndose lo bastante bien entonces para visitar a su paciente al otro lado de la calle.

Cuando salía del manicomio vio que llegaba a Carfax un carro tirado por caballos grises, y al entrar en el vestíbulo se encontró allí con una dama de elegante aspecto. Llevaba un abrigo blanco de exquisito adornos de plumas, y el doctor cayó en la cuenta de que se trataba de la misma mujer a la que Barrington había identificado como la esposa del embajador francés.

Seward fue entonces recibido por la condesa.

Las luces estaban atenuadas y apenas iluminaban la estancia. Había entre cuarenta y cincuenta invitados, y aunque había tanto hombres como mujeres, el número de hombres era considerablemente mayor. Aunque los invitados hablaban francés, el doctor sospechó que muchos de ellos procedían de países diversos, pues cada poco escuchaba alguna palabra en un idioma que no reconocía. Parecía ser el único inglés presente.

El príncipe Koromezzo le saludó y le dio la bienvenida en cuanto le vio entrar. Le llevó ante la condesa, que estaba sentada en un rincón, rodeada por un grupo de damas y caballeros. Ella, al igual que el resto de las mujeres, llevaba un vestido glamuroso; todas llevaban los brazos y el cuello desnudos, pero adornados con brillantes joyas. El doctor se fijó especialmente en el collar de la condesa. Tenía un corazón de diamantes relucientes, con un gran rubí en el centro.

La condesa saludó al doctor con una ligera inclinación de cabeza, y en ese momento la joven dama que había llegado a Carfax unos minutos antes que él entró en la sala acompañada por dos caballeros. La condesa la saludó y la presentó al doctor Seward como *Madame Saint Amand*. Poco después, todo el mundo se puso en

pie cuando un hombre alto de aspecto impresionante hizo su entrada. Resultaba obvio que era el anfitrión, pues todos le dedicaron visibles muestras de respeto y se hicieron a un lado para dejarle pasar^[409].

Intercambió unas pocas palabras con dos de los hombres presentes y avanzó luego hacia la condesa. Ella había parecido hasta entonces una especie de reina, pero cuando el recién llegado se aproximó la expresión de su cara cambió y se hizo evidente que estaba por completo bajo su poder. Mantuvieron una breve conversación en una lengua extranjera antes de que el caballero se girase hacia el doctor para agradecerle sus servicios de parte de la condesa. Dijo que había leído el tratado de Seward sobre alucinaciones e ilusiones ópticas, que se había publicado en un diario médico, y que el trabajo le había parecido de gran interés, pues él mismo realizaba personalmente experimentos de ese tipo. Deseaba realizar alguno esa noche, y esperaba que el doctor, con su agudeza científica, lo supervisara.

Entonces tomó a la condesa de la mano y se la llevó por un pasillo que se abría tras una cortina. Uno de los presentes en la sala se volvió hacia el doctor. Era un hombre fornido, de baja estatura^[410] y tez morena, con ojos negros y hundidos, y empezó a hablar con él sobre el programa previsto para la velada.

—La condesa es única en su especie —dijo—, por lo que es un auténtico hito en la historia de la humanidad que un maestro como el marqués Caroman Rubiano consiga que semejante maravilla de la naturaleza colabore con él. Su don de visión interior es muy fuerte; puede percibir el mundo escondido^[411] y ver el futuro^[412].

De repente se apagaron la mayoría de las luces de la sala, y el doctor Seward tuvo la impresión de que estaban sucediendo cosas maravillosas que quedaban más allá de su comprensión, como si estuviera asistiendo a algún tipo de ceremonia religiosa en la profundidad de una caverna. A continuación experimentó la extraña sensación de estar flotando en el aire, hasta que perdió por completo la conciencia. Por fin, despertó como de un sueño y se encontró sentado en la misma silla, con la condesa de pie a su lado, junto al tal marqués Caroman Rubiano.

Sospechó que sus anfitriones podrían haberlo utilizado para un ejercicio de hipnosis o algún otro experimento de similar índole.

El marqués se dirigió a él para explicarle que se había desmayado:

—Espero que se reponga pronto. Por desgracia, debido a su indisposición, no ha aprendido usted nada nuevo esta noche, pero está invitado a volver en otra ocasión^[413].

El doctor se despidió y se marchó. El jorobado^[414] le acompañó hasta su casa, y cuando se separaron le entregó su tarjeta de visita, en la que figuraba el nombre de Giuseppe Leonardi, que, curiosamente, era el de un violinista y compositor mundialmente famoso. Al entrar en el hospital, el doctor oyó un grito de angustia que procedía de los jardines de Carfax.

—¿Qué es eso? —le preguntó al jorobado—. Es una voz de mujer^[415].

El jorobado hizo caso omiso de la pregunta y se despidió del doctor.

Poco tiempo más tarde, el mismo hombre visitó a Seward y, tras pedírselo con insistencia, obtuvo su permiso para tocar su violín para los pacientes del manicomio en compañía de las damas de Carfax.

(En este punto terminan las anotaciones del doctor Seward; da la impresión de que no pudo acabarlas).

CAPÍTULO QUINCE

La conspiración

Habían pasado dos semanas desde que Van Helsing había visitado por última vez a Harker y a su esposa, tiempo durante el que no había tenido noticias del doctor Seward. Thomas Harker se encontraba cada vez mejor y estaba recuperando la memoria. Ya no tenía ninguna duda de que el barón Siculi, a quien Wilma había conocido, era el mismísimo conde Drácula.

Una tarde, Van Helsing, Barrington, Tellet y el amigo americano de Seward, Morris, se presentaron en casa de la pareja^[416].

Van Helsing tomó la palabra para explicar que debían deliberar y hallar el modo de destruir totalmente al enemigo público al que todos conocían. Estaba claro que se había formado una conspiración para desbaratar todo lo que hay de bueno en la sociedad, y que había un hombre que era responsable de ello: el conde Drácula. Este era medio hombre y medio animal, tal y como en algunas tradiciones folclóricas se piensa que existen ciertas criaturas con esas características, y probablemente llevaba viviendo más tiempo del que pueden hacerlo los hombres mortales^[417]. Van Helsing explicó que esos seres estaban dotados de poderes y cualidades que la gente normal no conocía, pero al mismo tiempo se les negaban otras facultades que eran ordinarias al común de los hombres. De acuerdo con algunos textos antiguos, esas criaturas no podían cruzar una corriente de agua, su poder menguaba con la luz del sol, y, aunque podían moverse entre otros humanos, cada cierto tiempo necesitaban descansar en la tierra sagrada en la que una vez habían sido enterrados.

El conde había abandonado su hogar ancestral en los Cárpatos para extender el Mal entre los hombres. No había duda de que era consciente de que tendría que sortear muchos obstáculos, y se habría preparado para ello. Entre otras cosas, habría traído consigo cajas llenas de tierra consagrada; en una de las cuales habría descansado durante su viaje. Otras cajas contendrían grandes riquezas, pues llevar a cabo los taimados planes que el conde tenía en mente costaría muchísimo dinero.

Finalmente decidieron intentar detener al conde y sus ayudantes.

Acordaron que la joven pareja buscaría un lugar donde alojarse^[418] cerca de Carfax para que les fuera más fácil vigilar todo cuanto sucedía allí.

CAPÍTULO DIECISÉIS

La muerte del conde

Pronto quedó establecido que el dueño de Carfax no era otro que el conde Drácula, y también había rumores de que el manicomio dirigido por el doctor Seward se hallaba sumido en un estado de auténtico caos. Van Helsing y Morris se presentaron allí, pero Seward no estaba; en su lugar encontraron a un extraño que parecía estar a cargo de la institución. Van Helsing solicitó que admitieran a Morris en el hospital, pues ambos estaban decididos a averiguar qué era lo que estaba ocurriendo allí. Sospechaban que la gente de Carfax había estado visitando el manicomio con regularidad.

Al día siguiente, Van Helsing y los demás se reunieron con Morris y el doctor Seward, y descubrieron que las ropas de ambos estaban rasgadas y hechas jirones. Su aspecto era más propio de fantasmas. Los dos acababan de salir de Carfax, adonde Morris había ido a buscar al doctor, que había enloquecido^[419]. Morris tenía heridas en la cabeza y estaba a punto de desmayarse. Los dos fueron ingresados en otro hospital, y ese mismo día el manicomio del doctor Seward ardió hasta los cimientos sin que nadie supiera cómo se había iniciado el fuego.

Al día siguiente el grupo trazó un plan y se dispuso a visitar al conde en Carfax, pues habían descubierto dónde se escondía durante el día. Ya era tarde cuando llegaron allí. Rompieron la cerradura de la puerta y entraron a un amplio vestíbulo. Harker se fijó en que las paredes estaban adornadas con las mismas imágenes que había visto en el templo del castillo de Drácula. Había habitaciones a ambos lados, pero no encontraron a nadie en ellas. Cruzaron una puerta y se hallaron en una especie de cripta. Había varias velas encendidas, y en el suelo vieron un sarcófago hecho por completo de mármol negro pulido. Su búsqueda había llegado a su final, pues en el interior del sarcófago yacía el conde Drácula, vestido con la larga túnica de color rojo con la que Harker lo había visto durante la ceremonia ritual en el subterráneo del castillo.

Todos se aproximaron al ataúd. Van Helsing, aferrando su daga en su mano, miró fijamente al hombre que yacía allí, pero el conde permaneció inmóvil.

De repente Drácula se estremeció, ¡estaba anocheciendo! Abrió los ojos y se incorporó hasta quedar sentado, y miró, no a Van Helsing, sino directamente a Harker. Con una velocidad de vértigo, saltó del sarcófago y lo atacó, arañándole y cortándole en el pecho. Los ojos de Harker quedaron cegados durante un instante, pero un momento después el conde yacía inerte en el suelo, cubierto por su propia sangre: Van Helsing le había atravesado el corazón con su daga.

Metieron el cadáver en el ataúd de mármol y enseguida advirtieron que empezaban a producirse cambios en él. Al poco dio la impresión de que el cuerpo llevaba muerto varios días, y al cabo de un rato no quedó allí más que un pequeño montón de polvo.

CAPÍTULO DIECISIETE

Epílogo

Por esas mismas fechas desapareció el marqués Caroman Rubiano, que había llegado no mucho antes a Londres y había mantenido contactos con personalidades de las más altas esferas. Algun tiempo más tarde, *Madame Saint Amand*, que había sido amante de varios hombres notables de la ciudad, cometió suicidio. Y también durante esos días, varios embajadores recibieron la orden de regresar a sus países de origen.

No pudo determinarse la causa del incendio en el manicomio, pero el diario del doctor apareció en una caja ignífuga, y de ahí se pudo extraer la parte de esta historia protagonizada por el doctor Seward^[420]. Este vivió un tiempo más tras los acontecimientos aquí narrados, pero nunca recuperó la cordura.

Morris le contó a la policía que había sido él quien había matado al conde. El asunto fue investigado en secreto y se le declaró absuelto^[421].

No se halló rastro alguno de la condesa ni del resto de personas que vivían con el conde en Carfax. La casa quedó abandonada, y cuando se procedió a inspeccionarla solo se hallaron los muebles aún en su interior. A excepción de tres de las cajas, todas las demás fueron recuperadas y se descubrió que estaban llenas de monedas de oro y piedras preciosas por valor de varios millones.

El lugar aún está vacío. Sin embargo, no puede descartarse la posibilidad de que los seguidores del conde Drácula continúen escondidos en alguna parte.

POST SCRIPTUM

de John Edgar Browning

El libro de Hans de Roos fomenta la discusión... No, el libro insufla nueva vida en un tema cada vez más anticuado que una y otra vez ha demostrado ser capaz de estimular el corazón y la mente de personas, naciones y culturas en todo el mundo. Pronunciad su nombre: *Drácula*. Se trata de una curiosa palabra de tres sílabas, en especial por todo lo que debería suscitar en nosotros y no lo hace, y todo lo que no debería suscitar y, sin embargo, sí suscita.

Apenas tres años después de la publicación de *Drácula*, *Los poderes de la oscuridad*, un texto que permaneció oculto durante más de un siglo, anticipó la miríada de sentimientos ambiguos que todos compartiríamos hacia el conde al invitarlo a dejar atrás la periferia en la que se halla en el texto original de Bram Stoker y ocupar el centro del escenario en la versión de Valdimar Ásmundsson. *Los poderes de la oscuridad* resulta aun más curioso, no obstante.

Drácula ha sido como una receta familiar, compartida entre narradores y pasada a cada nueva generación, que añadía u omitía en sus escenas un poco de cada cual. Aun así, *Los poderes de la oscuridad* se lee como ningún otro texto que haya aparecido en inglés antes o después. Aquí tenemos a dos cocineros (Bram y Valdimar) trabajando simultáneamente en una cocina que apenas es lo suficientemente grande para contener los gustos dispares de ambos. Sin embargo, no es fácil distinguir dónde termina la voz de Bram y dónde comienza la de Valdimar, y quizás ese sea el verdadero misterio aquí.

En la versión islandesa hay gatos en el castillo de Drácula, y en cierto momento Thomas Harker, nuestro aspirante a héroe, habla de bicicletas, referencias que son evidencias para los que opinan que Stoker es el autor (Bram era, por supuesto, aficionado tanto a las bicicletas como a los gatos). Y hay ocasiones, como cuando Thomas habla de dibujar a los campesinos ataviados de modo diferente en Bistrita, en las que nos preguntamos si es a Bram (a quien le gustaba dibujar) o a Valdimar a quien vemos. Sin embargo, en otras ocasiones, como cuando leemos el encuentro en Bistrita de Thomas con el profesor sajón que emplea expresiones islandesas (tema

que continuará apareciendo a lo largo del texto), o más aún, como cuando descubrimos que el Drácula de Valdimar es, entre otras cosas, un ávido cazador, las voces de los dos autores resultan más fácilmente distinguibles, y la voz islandesa se trasluce en toda su belleza.

El texto islandés también adquiere su propia voz de varias otras formas. Entre las diferencias más llamativas está el propio Thomas (dejando su nombre a un lado). Thomas es en muchos sentidos más imbécil de lo que el Jonathan de Bram jamás lo fue, aunque el protagonista de la versión islandesa es lo bastante capaz de llevar un revólver y un telescopio de bolsillo; incluso tiene una petaca de coñac, objetos que resultarán indispensables para cualquier desafortunado que se vea obligado a alojarse en el castillo de Drácula de creación islandesa, del que se podría decir que es más macabro. Bajo sus suelos de piedra se viven escenas espantosas que, a veces, combinan elementos de la Scholomance (*Solomanťa*) del relato original de Bram con el de Mefistófeles y el Carnaval de las Brujas en el Brocken del *Fausto* de W. G. Wills, una obra que Bram ayudó a revisar y producir y que Valdimar sin duda debía conocer por la gira de 792 representaciones en Inglaterra y América.

Más aún, la versión de Valdimar metamorfoséa y «masculiniza» el Drácula más femenino de Bram y lo convierte en un guerrero descarado, un hombre adornado con un vestuario tipo militar, reluciente de galones, que utiliza a una anciana sordomuda húngara para encargarse de la cocina y de la limpieza. El Drácula de Valdimar también es un libertino. Esto, combinado con el material referente a la «nieta» del conde, nos proporciona un texto mucho más libre e inhibido sexualmente, un texto que sin duda era inconcebible para los censores británicos (de los que Bram era un firme defensor). El viejo verde al que solo podemos entrever en el texto original de Stoker resulta descarado en la versión islandesa. Este nuevo conde, este polítólogo, está tan lleno de carácter que llega incluso a utilizar la teoría darwiniana para justificar su lugar tanto en la sociedad como en el nuevo orden mundial que conspira para crear.

Incluso hay ciertos momentos, metamomentos, llamémoslos, como cuando Thomas ya está convenientemente versado en el tema de los vampiros y saca abiertamente a relucir el asunto con Drácula al llegar al castillo, (o cuando Drácula menciona personajes tan contemporáneos como Arthur Conan Doyle) en los que algunos de los personajes se comportan como si fueran muy conscientes de la novela en la que aparecen, como actores de una obra de teatro. En realidad, la versión islandesa deja mucho a la contemplación. Quién sabe, quizá Bram no estaba al corriente de todas las revisiones hechas a su novela. Era muy insistente en lo relativo a adaptaciones de su obra: escribió y testificó en asuntos relacionados con la ley de *copyright*, y realizó lecturas dramáticas de, que sepamos, no menos de tres de sus libros (*Drácula* [1897], *Miss Betty* [1898], *El misterio del mar* [1902]) para salvaguardar sus derechos de autor. Pero si hemos aprendido algo de Bram, es que nunca deja de sorprendernos o de mantener a todo el mundo haciendo conjeturas,

incluso un siglo después de su muerte. Al menos podemos estar todos de acuerdo en ese punto, en particular en el caso de *Los poderes de la oscuridad* y la habilidad editorial que Hans muestra en estas páginas.

Desenterrar traducciones como *Makt Myrkanna* ya se ha convertido en el nuevo filón en el campo de estudios de *Drácula* y la industria del entretenimiento que esta obra ha provocado, por lo que debemos estar completamente agradecidos a Hans y su indomable carácter, algo que él y el infatigable Bram tenían en común.

AGRADECIMIENTOS

Este proyecto de traducción no hubiera sido posible sin el apoyo de mucha gente. Desde Dublín, Brian Showers me envió copias del *Bram Stoker Journal* con el artículo de Richard Dalby de 1995 sobre *Makt Myrkranna*. Unnur Valgeirsdóttir, en la Biblioteca de la Universidad de Reikiavik; Sigurgeir Finnsson, en la Biblioteca Nacional y en la Biblioteca de la Universidad de Islandia; Katrín Guðmundsdóttir y Einar Björn Magnússon en la Biblioteca de la Ciudad de Reikiavik, me ayudaron a localizar la primera edición en formato libro de *Makt Myrkranna* y tuvieron la amabilidad de enviarme copias escaneadas del prefacio de Stoker. Ásgeir Jónsson, el editor de la tercera edición islandesa (2011), fue una gran ayuda a la hora de aprender más sobre el contexto de Valdimar Ásmundsson. Juntos, especulamos sobre la ruta que siguió *Drácula* para llegar a Islandia. Bragi Thorgrímur Ólafsson y Erlendur Már Antonsson en la Biblioteca Nacional y en la Biblioteca de la Universidad de Islandia y Gísli Baldur Róbertsson en los Archivos Nacionales de Islandia me informaron sobre el archivo de cartas de Ásmundsson.

Petre Tutunea, de Bucarest; Amanda Larasari, de Jakarta; y Pienette Coetzee, de Stellenbosch, Sudáfrica; trabajando todos ellos como alumnos en prácticas o como voluntarios, ayudaron a estructurar los archivos de texto y repartirlos entre un grupo de hablantes nativos islandeses, que ayudaron a la hora de mejorar los primeros intentos de traducción. Puede encontrarse más información sobre este notable grupo de ayudantes en las páginas siguientes y en la página web de nuestro proyecto <www.powersofdarkness.com>.

Lounette Loubser, hermana de Pienette, una joven lingüista y periodista, se ofreció a venir desde Sudáfrica y pasar un mes con nosotros para conseguir que el texto inglés sonase más natural. Demostró ser una coeditora y transcriptora infatigable de valor inestimable, y tras su marcha a finales de junio de 2014, continuó intercambiando conmigo propuestas de edición hasta finales de octubre de ese año.

Desde noviembre de 2014 hasta abril de 2016 realizamos nuevas investigaciones sobre la lengua islandesa y los antecedentes de la historia. Denyse Sturges, de la Biblioteca Chester Fritz, en la Universidad de Dakota del Norte; Ole Henrik Sørensen, de la Biblioteca Real de Copenhague; Debs Furness, de la Biblioteca UCL, en Londres; y Patrick Joseph Stevens, de la Colección Islandesa Fiske y la

Universidad Cornell, en Nueva York, me facilitaron imágenes de las copias de *Makt Myrkranna* que poseen en sus colecciones. Patrick también me permitió examinar la correspondencia de Willard Fiske con Valdimar Ásmundsson y Mark Twain.

Carrie Marsh y Tanya Kato, de la Biblioteca Universitaria Claremont, California; Susannah Mayor, de House Steward; Smallhythe y Helen Smith, de la Fundación Henry Irving, me facilitaron información sobre la traducción de *Madame Sans-Gêne* realizada por Joseph Comyns Carr.

El Ayuntamiento de Reikiavik me proporcionó mapas en alta resolución de la ciudad en el período de 1876 a 1920.

Por el debate en profundidad sobre el prefacio de *Makt Myrkranna* me siento en deuda con Andrew Wawn, profesor de Literatura Anglo-islandesa en la Universidad de Leeds; con Ásta Svavarssdóttir, Haukur Thorgeirsson y Ari Páll Kristinsson, profesores investigadores en el Instituto Arní Magnússon para Estudios Islandeses, de Reikiavik; con Jón Karl Helgason, profesor de Lengua Islandesa en la Universidad de Islandia; con Gauti Kristmannsson, profesor de Estudios de Traducción en la Universidad de Islandia, Facultad de Islandés y Estudios Culturales Comparativos; con Ástráður Eysteinsson, profesor de Literatura Comparativa en la Universidad de Reikiavik y deán de la Escuela de Humanidades en la Universidad de Islandia; con Ragna Eyjólfssdóttir, ganador del Premio Islandés de Libros Infantiles 2015; con los especialistas en traducción Eva Dögg Diego Thorkelsdóttir y Magnea Matthíasdóttir, y, de nuevo, con Ásgeir Jónsson, que me proporcionaron argumentos muy valiosos.

Mis amigos Dacre Stoker y John E. Browning mostraron desde el principio interés y entusiasmo por este proyecto y aceptaron contribuir a este libro con un prefacio y un *post scriptum* respectivamente. Nuestra agente Allison Devereux, de Wolf Literary Services, Nueva York, realizó un trabajo fantástico mientras nos guiaba a través de todo el proceso de publicación y ayudó activamente a editar el texto antes y después de enviarlo a la editorial. Los editores Allyson Rudolph y Tracy Carns fueron un gran apoyo a la hora de preparar el texto para la versión final.

También agradezco a mi familia y a los talentosos jóvenes que han compartido mi vida, trabajo e ideas en mi casa de Múnich durante los últimos años: Marsha Maramis, Sarah Mawla Syihabuddin, Yofina Pradani y Dian Risna Saputri, de Indonesia; Joyce Goodwill, de Nigeria; Aïda el Haini, de Marruecos; Susannah Schaff, de Nueva York; Andreea y Teodora Vechiu, de Rumanía; Jeewon Kim, de Corea; y Shiva Dehghan Pour, de Teherán. Por último, pero no menos importante, mis buenas amigas Alida Kreutzer, Daniela Diaconescu y Magdalena Grabias fueron una infatigable fuente de apoyo y motivación.

Para la elaboración de la segunda edición me gustaría agradecer al autor y experto literario sueco Rickard Berghorn, que llamó mi atención sobre la existencia de *Mörkrets Makter*, la adaptación sueca de *Drácula*, e intercambió conmigo los textos fuente. También quiero agradecer a Magdalena Grabias, Marcia Heloisa Amarante y Florin Nechita, que coorganizaron conmigo la conferencia internacional Drácula en

Brasov, por apoyar mi primera publicación sobre la versión sueca. Anna Margrét Björnsson, de Reikiavik, Adrien Party, de Lyon, y Kathinka Stel, de Ámsterdam, tuvieron el detalle de entrevistarme acerca de mi más reciente investigación. Muchos colegas que participaron en la iniciativa de organizar la conferencia Dublín/Brasov me apoyaron durante la transición de la primera a la segunda edición: Clemens Rüthner, Dara Downey, Laura Davidel, Simone Berni, Stella Louis, Tanja Jurkovic, Victoria Amador. Gracias en especial a Ásgeir Jónsson en Reykjavík; Clive Leatherdale de Desert Island Books; nuestra agente literaria Allison Devereux; y a Tracy Carns, nuestra editora en Overlook Press. Muchas gracias a mis coautores, Dacre Stoker y John E. Browning, por presentar a tiempo sus textos actualizados para la segunda edición. Por último, pero no menos importante, debo mencionar a mi equipo personal de apoyo: Maria Carmeitta Ardhianti y Syarifah Nurjihan, de Jakarta, Richie Declaro Costamero, de Leyte, y la infatigable Pienette Coetzee, mi asistente personal en este proyecto desde la primavera de 2014.

EQUIPO DE LENGUA INGLESA

LOUNETTE LOUBSER (22), es una joven escritora licenciada en Lingüística por la Universidad de Stellenbosch, Sudáfrica. Trabajó como periodista para *Shout Factory* y para *Glamour South Africa*; ahora estudia Periodismo del Espectáculo en el College of Media and Publishing. En junio de 2014 vino a Múnich para ayudarnos a cambiar la traducción literal a un inglés más fluido. Hasta finales de octubre de 2014 apoyó el proyecto como transcriptora y coeditora del texto en inglés.

SUSANNAH SCHAFF (21), estudió Inglés y Literatura Internacional en Marymount Manhattan College y Edición en la Universidad Pace, de Nueva York. En junio de 2015 nos ayudó con un nuevo repaso a la edición.

ALLISON DEVEREUX (29), se graduó en la Universidad de Texas y trabaja como agente literaria en Wolf Literary Services, de Nueva York. No solo representa nuestro proyecto literario, sino que se implicó a la hora de pulir el texto en inglés entre el verano de 2015 y abril de 2016.

EQUIPO DE LENGUA ISLANDESA

ALDÍS BIRNA BJÖRNSDÓTTIR (40), procede de Skútustaðir y estudió Lengua y Literatura en la Universidad de Islandia. También estudió en la Facultad Técnica de Akureyi. Ahora vive cerca de Múnich y trabaja en una agencia de viajes islandesa. Viaja regularmente a Islandia de vacaciones, junto a su esposo y sus hijos. Ya ha traducido cuatro libros de autores ingleses al islandés y cuenta relatos de hadas islandeses a los niños en la biblioteca de su barrio.

ANJA KOKOSCHKA (30), es el único miembro de este equipo que no es un hablante nativo de islandés. Estudió Oftalmología en Múnich y trabajó en Islandia en varias granjas equinas, y más tarde como óptico, durante un total de ocho años. Después de una larga estancia en Bavaria, vive de nuevo en Islandia, en Egilsstadir.

ARNA SIFTHORGEIRSDÓTTIR (23), es de Akureyi, en el norte de Islandia, y se graduó allí en 2011, enfocando sus estudios hacia las lenguas. Habla islandés, inglés, danés y sueco. Estudió danza en

Múnich, en la Escuela Internacional de Danza Contemporánea, y ahora ha regresado a su ciudad natal para enseñar danza.

ÁSDÍS RUT GUDMUNSDÓTTIR (24) estudió alemán como lengua extranjera en Siegen, Alemania. Ahora continúa con etnología en un curso a distancia impartido por una universidad islandesa. Ha traducido un libro sobre cuentos de hadas al islandés, y también es una jugadora de balonmano de éxito. Nació en Reikiavik.

HAFRÚN KOLBEINSDÓTTIR (20), procede de Húsavík, en la costa norte de Islandia, y fue al instituto en Garðabæ. Ahora trabaja en un hotel en Bremen, pero planea continuar sus estudios en Islandia. Cantante con talento, crea versiones de canciones inglesas y las cuelga en internet. En otoño de 2014 participó en el concurso de talentos *Voice of Germany* y fue seleccionada entre los finalistas.

INGIBJÖR BRAGADÓTTIR (21), también procede de Akurey, donde se concentró en Ciencias Sociales.

Ahora vive en París, donde estudia francés en el Cours de Civilisation Française de la Sorbona y estudiará Periodismo y Comunicación. Desde que tenía ocho años de edad, ha estado entrenando, actuando y enseñando a otros patinaje artístico.

HANS ÁGÚSTSSON (47), nació en Reikiavik pero lleva veinticinco años viviendo en Alemania. En Mallersdorf, Bavaria, cría y adiestra caballos islandeses y trabaja como instructor de equitación.

HERBERT PEDERSEN (44), es el padre de Lára Kristin (véase más abajo) y ayudó a descifrar el capítulo de Whitby (una elección apropiada, puesto que actualmente trabaja en un barco). Estudió en la Universidad de Reikiavik y se especializó en Administración en el negocio de la aviación en Embry-Riddle, Daytona Beach, Florida. Trabajó para Icelandair y para una compañía de diseño de software.

HILDUR LOFTS (45), es otra ayudante originaria de Akurey. Estudió música en el Conservatorio de Reikiavik y escritura creativa en la Universidad de Islandia. Vivió en Suecia y más tarde estudió en Marsella. Ahora da clases en la Scandinavia House de Nueva York.

HJÖRTUR JÓNASSON (25), es de Reikiavik y estudió en la Universidad Rey Abdullah de Ciencia y Tecnología en Arabia Saudí. Se licenció en septiembre de 2014. Anteriormente había estudiado Química en el Politécnico de Milán.

LÁRA KRISTÍN PEDERSEN (19), pasó un año en Nueva York, donde estudió Psicología en la Universidad St. John's. Ahora ha regresado a Reikiavik para continuar allí sus estudios. Además, es una reconocida jugadora de fútbol en la Liga Femenina Islandesa.

MARÍA SKÚLADÓTTIR (21), es también de Reikiavik y estudió en el conservatorio de la capital islandesa. Actualmente vive con su novio en Nueva York, donde también estudia Psicología. Anteriormente había estudiado en la Escuela de Diseño Parsons de Nueva York.

SIGRÚN BIRTA KRISTINSDÓTTIR (18), es la integrante más joven de este proyecto. Estudia en la facultad de Comercio de Reikiavik. Como Lára Kristín, juega al fútbol en la posición de central.

SIGRÚN ÓSK STEFÁNSDÓTTIR (22), también estudió danza contemporánea en la Escuela Internacional Iwanson de Múnich, e, igual que su gran amiga Arna, también es una entusiasta de las lenguas. Antes de mudarse a Múnich, estudiaba danza en Listdanssskóli Íslands, en Reikiavik.

SÆDÍS ALDA KARLSDÓTIR (25), estudió en la Universidad de Islandia y después se mudó a Dresden para estudiar Administración y Dirección de Empresas y disfrutar de esa espléndida ciudad histórica junto a su amiga Chaman, de Siria.

TINNA MARÍA ÓLAFSDÓTTIR (22), es de Hafnarfjörður, vive en París y trabaja como auxiliar de vuelo para Icelandair, al tiempo que se prepara para estudiar Medicina en Islandia. De paso, también estudia francés.

VILBORG HALLDÓRSDÓTTIR (35), es de Mosfellsbær, cerca de Reikiavik. Posee una licenciatura en Farmacia por la Universidad de Islandia y tiene licencia farmacéutica tanto en Islandia como en Alemania. Durante el tiempo que duró este proyecto, vivía y trabajaba en Mörfelden-Walldorf, Hessen, con su marido y su bebé.

VILDÍS HALLSDÓTTIR (69), es amiga de Dacre Stoker, y acabó siéndolo también mía. A los dieciocho años ya había leído *Drácula*, que se convirtió para ella en un tema de interés infatigable, junto a su vida familiar con dos hijas y seis nietos. Nació en el norte de Suecia, de madre danesa y padre islandés, y en 1945 llegó a Islandia con el primer barco tras la Segunda Guerra Mundial. Se licenció en 1964, después de lo cual vivió en Dinamarca, más tarde en Escocia y por fin de nuevo a Dinamarca a la edad de veintidós años. Trabajó como administrativa, y ya se ha jubilado.

La edad indicada de los participantes es la que tenían al unirse al proyecto.

REFERENCIAS

ESCRITOS Y ENTREVISTAS DE BRAM STOKER CITADOS EN ESTE LIBRO

Eighteen-Bisang/Miller, 2008

Eighteen-Bisang, Robert y Miller, Elizabeth, eds. *Bram Stoker's Notes for Dracula: A facsimile edition.* Jefferson, N. C.: McFarland, 2008.

Stoddard, 1897

Stoddard, Jane. *Mr. Bram Stoker: A Chat with the Author of Dracula*, en *British Weekly*, 1 de julio de 1897, p. 185.

Stoker, 1897

Stoker, Bram. *Drácula*, Londres, Westminster: Archibald Constable, 1897.

Stoker, 1907

Stoker, *Personal Reminiscences of Henry Irving*. Londres: Heinemann, 1907, edición en un volumen.

Stoker, 1908

Stoker, Bram. *The Censorship of Fiction*, en *The Nineteenth Century and After: A Monthly Review*, septiembre de 1908, Nueva York: Leonard Scott, p. 158.

ESCRITOS DE BRAM STOKER REDESCUBIERTOS RECIENTEMENTE

Browning, 2012

Browning, John Edgar, ed. *The Forgotten Writings of Bram Stoker*, con un prefacio de Elizabeth Miller y un epílogo de Dacre Stoker. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2012.

Stoker y Miller, 2013

Stoker, Dacre y Miller, Elizabeth, eds. *The lost journal of Bram Stoker: The Dublin Years*, Londres: Biteback Publishers, 2013.

LA SECUELA OFICIAL DE DRÁCULA

Stoker y Holt, 2009

Stoker, Dacre y Holt, Ian. *Drácula: el No Muerto*. Nueva York: Harper Collins, 2009.

BIOGRAFÍAS DE BRAM STOKER

- Belford, 1996
Belford, Barbara, *Bram Stoker: a Biography of the author of Dracula*, Nueva York: Knopf, 1996.
Farson, 1975
Farson, Daniel, *The Man Who Wrote Dracula – A Biography of Bram Stoker*. Londres: Michael Joseph, 1975.
Murray, 2004
Murray, Paul. *From the Shadow of Dracula: A Life of Bram Stoker*. Londres: Jonathan Cape, 2004.

EDICIONES ANOTADAS DE DRÁCULA

- Byron, 1998
Byron, Glennis. *Bram Stoker's Dracula*. Peterborough, Ontario: Broadview Press, 1998.
Klinger, 2008
Klinger, Leslie. *The New Annotated Dracula*. Nueva York: W. W. Norton, 2008.
Leatherdale, 1998 a.
Leatherdale, Clive. *Dracula Unearthed*. Westcliff-on-Sea, Reino Unido: Desert Island Books, 1998.
McNally y Florescu, 1979
McNally, Raymond, y Florescu, Radu, ed. *The Essential Dracula: A Completely Illustrated and Annotated Edition of Bram Stoker's Classic Novel*. Nueva York: Mayflower, 1979.
Roos, 2012
Roos, Hans C. de. *The Ultimate Dracula*. Múnich: Moonlake Editions, 2012.
Wolf, 1975/1993.
Wolf, Leonard, ed. *The Essential Dracula*. Nueva York: Clarkson N. Potter, 1975, seguido por *The Essential Dracula: The Definitive Annotated Edition*. Penguin, 1993.

FUENTES RELACIONADAS CON TRANSILVANIA, MOLDAVIA Y VALAQUIA UTILIZADAS POR BRAM STOKER

- Boner, 1865
Boner, Charles. *Transylvania-Its products and its people*. Londres: Longmans, Green, Reader and Dyer, 1865.
Crosse, 1878
Crosse, Andrew F. *Round about the Carpathians*. Londres: Blackwood, 1878.
Gerard, 1885
Gerard, Emily. *Transylvanian Superstitions*, en *The Nineteenth Century*, julio de 1885, pp. 130-150.
Johnson, 1885
Johnson, E. C., *On the Track of the Crescent, Erratic notes from the Piræus to Pesth*. Londres: Hurst and Blackett, 1885.
Mazuchelli, 1881
Mazuchelli, Nina Elizabeth. *Magyarland*, Londres: Sampson Low, 1881.
Wilkinson, 1820
Wilkinson, William. *An Account of the Principalities of Wallachia and Moldavia*. Londres: Longman, Hurst, Reese, Orme and Brown, 1820.

ESTUDIOS SOBRE DRÁCULA

- Browning y Picart, 2011
- Browning, John Edgar, y Picart, Caroline Joan. *Dracula in Visual Media*. Jefferson, N.C.: McFarland & Co. Publicado en 2011.
- Cri'an, 2013
- Cri'an, Marius-Mircea. *The Birth of the Dracula Myth: Bram Stoker's Transylvania*. Bucarest: Pro Universitaria, 2013.
- Dalby, 1986
- Dalby, Richard, ed. *A Bram Stoker Omnibus*. Londres: Foulsham, 1986.
- Dalby, 1993
- Dalby, Richard. *Makt Myrkranna-Powers of darkness*, en *Bram Stoker Journal* n.º 5, 1993, pp. 2-8.
- Davies, 1997
- Davies, Bernard. *Inspirations, Imitations and In-jokes in Stoker's Dracula*, en Miller, 1998, pp. 131-137.
- Haining, 1987
- Haining, Peter. *The Dracula Scrapbook*, Stanford: Longmeadow, 1987.
- Hughes, 1997
- Hughes, William. *Bram Stoker (Abraham Stoker), 1847-1912, A Bibliography*. Victorian Research Guide 25, Universidad de Queensland, Australia, 1997.
- Leatherdale, 1998 b.
- Leatherdale, Clive. *Stoker's Banana Skins*, en *Dracula: The Shade and the Shadow*, ed. Elizabeth Miller, 1998, pp. 128-153.
- McNally y Florescu, 1994
- McNally, Raymond, y Florescu, Radu, eds. *In Search of Dracula: The History of Dracula and Vampires*. Nueva York: Houghton, Mifflin & Co., 1994.
- Miller, 1998
- Miller, Elizabeth, ed. *The Shade and the Shadow*, actas de la Conferencia Drácula en Los Ángeles en agosto de 1997. Westcliff-on-Sea, Essex, Reino Unido: Desert Island Books, 1998.
- Miller, 2006
- Miller, Elizabeth. *Dracula-Sense & Nonsense* (2.ª edición). Westcliff-on-Sea, Essex, Reino Unido: Desert Island Books, 2006.
- Miller, 2009
- Miller, Elizabeth, ed. *Bram Stoker's Dracula-A Documentary Journey into Vampire Country and the Dracula Phenomenon*. Nueva York: Pegasus Books, 2009.
- Skal, 2004
- Skal, David J. *Hollywood Gothic: The Tangled Web of Dracula from novel to stage to screen*. Edición revisada. Nueva York: Faber and Faber, 2004.
- Storey, 2012
- Storey, Neil. *The Dracula Secrets: Jack the Ripper and the Darkest Sources of Bram Stoker*. Stroud, Gloucestershire, History Press, 2012.

FUENTES RELACIONADAS CON LA CULTURA, HISTORIA Y LITERATURA ISLANDESA, NÓRDICA Y GERMANA

- Ásmundsson, 1899
- Ásmundarsson (Ásmundsson), Valdimar. *Saga Gísla Súrssonar*, vol. I y II. Reikiavik: Kristjansson, 1899.
- Bellows, 1936

- Lokasenna (Lokt's Wrangling)*, del *Poetic Edda*, traducido por Henry Adam Bellows. Princeton: Princeton University Press, 1936.
- Bjarnason, 2004
- Bjarnason, Bjarni. *Systkinabaekurnur-Kristnthaldt undir Jökt & Drakúla*, en *Lesbók Morgunblaðsins* del 17 de enero de 2004, pp. 4-5.
- Booss, 1984
- Booss, Claire, ed. *Scandinavian Folk & Fairy Tales*. Nueva York: Gramercy, 1984.
- Boyer, 1994
- Boyer, Régis. *La mort chez les anciens Scandinaves*. París: Les belles lettres, 1994.
- Cutrer, 2012
- Cutrer, Robert E. *The Wilderness of Dragons. The Reception of Dragons in Thirteenth Century Iceland*. Tesis de doctorado, Háskóli Íslands, Estudios Medievales Islandeses, 2012.
- Dagsdóttir, 2001
- Dagsdóttir, Úlfhildur. *Blóðþyrstir Berserkir*, en *Lesbók Morgunblaðsins* del 21 de abril de 2001, pp. 10-11.
- Driscoll, 2008
- Driscoll, Matthew James. *A New Edition of the Fornaldarsögur Norðurlanda: Some Basic Questions*. Copenhague, 2008. Accesible en internet en driscoll.dk/docs/driscoll-new_edition.pdf.
- Erlendsson, 1852
- Erlendsson, H. *Fjórar riddarasögur*. Reikiavik, E. þórðarsyni, 1852.
- Fiske, 1983
- Fiske, Willard. *Bréf Willards Fiskes til Islendinga*, en *Arbók Landsbókasafn Islands*, Nýrflokkur 8, año 1982 (publicado en 1983), pp. 28-68. Editor: Nanna Ólafsdóttir. Traducciones: Finnbogi Guðmundsson.
- Gering, 1897
- Gering, Hugo. *Eyrbyggja Saga*. Halle a. d. Saale: Max Niemeyer, 1897.
- Grimm, 1828
- Grimm, Jacob. *Deutsche Rechtsalterthümer*. Göttingen: In der Dieterichschen Buchhandlung, 1828.
- Grimm, 1854
- Grimm, Jacob. *Deutsche Mythologie*. Zweiter Band. Göttingen: In der Dieterichschen Buchhandlung, 1854 (3.^a edición).
- Grimm, 1883
- Grimm, Jacob. *Teutonic Mythology*. Vol. III. Traducido de la 4.^a edición por James Stallybrass. Londres: Bell & Sons, 1883.
- Gudmundsdóttir, 2007
- Gudmundsdóttir, Adalheidur. *The Werewolf in Medieval Icelandic Literature*, en *Journal of English and Germanic Philology*, vol. 106: 3, 2007.
- Haugen, 1992
- Haugen, Einar. Reseña de: *Íslensk málhreinsun: Sögulegt yfirlit [Icelandic Language Purification: Historical Survey]* por Kjartan G. Ottosson, en: *Language in Society*, vol. 21, n.^o 2 (junio de 1992) pp. 336-345, Cambridge University Press.
- Jakobsson, 2011
- Jakobsson, Ármann. *Vampires and Watchmen: Categorizing the Mediaeval Icelandic Undead*, en *Journal of English and Germanic Philology*, julio de 2011.
- Jakobsson y Halfdanarson, 2016
- Jakobsson, Sverrir, y Halfdanarson, Gudmundur. *Historical Dictionary of Iceland*. Lanham, Maryland: Rowman & Littfield, 2016 (3.^a edición).
- Jónsson, 2011
- Jónsson, Ásgeir, ed. *Makt Myrkranна-saga af Drakúla greifa*. Reikiavik: Bókafélagið, 2011.
- Karlsson, 2000
- Karlsson, Gunnar. *Iceland's 1100 Years: The History of a Marginal Society*. Londres: Hurst & Co., 2000.

- Keyser, 1854
- Keyser, Rudolph. *The Religion of the Northmen*. Nueva York: Norton, 1854.
- Larsen, 2006
- Larsen, Svanfríður. *Af erlendri rót: þyðingar í blöðum og tímaritumá íslensku 1874-1910*. *Studia Islandica*, n.º 5, 2006.
- Laxness, 1919
- Laxness, Halldór. *Barn náttúrunnar*, 1919, citado desde «snara.is».
- Laxness, 1975
- Laxness, Halldór. *Í túninu heima*, parte I. Reikiavik: Helgafell, 1975.
- Laxness, 2005
- Laxness, Halldór. *Kristnthaldt undir Jöklt*, 1968/*Under the Glacier*, traducido por Magnús Magnússon. Nueva York: Vintage International Ed./Random House, 2005.
- Magnússon, 2010
- Magnússon, Sigurður Gylfi. *Wasteland with Words: A Social History of Iceland*. Londres: Reaktion Books, 2010.
- Matthíasdóttir, 2013
- Matthíasdóttir, Magnea J. *Eldhúsreyfarar og stofustáss-Könnunarferð um fjölkerfi íslenskra þýðinga*. Reikiavik: Háskóli Íslands, enero de 2013.
- Milroy, 1966-1969.
- Milroy, James. *The Story of Ætternisstapi in Gautrek's Saga*, en *Saga-Book of the Viking Society*, London University College, vol. XVII, 1966-1969.
- N. N. 1911.
- N. N. *Sagan af Starkaði Stórvirkssyni*. Winnipeg: Ottenson, 1911.
- Ólafsson, 2002
- Ólafsson, Davíð. *Sagas in Handwritten and Printed Books in 19th century Iceland*. Contribución a la publicación de la conferencia sobre sagas y sociedades. Conferencia en Borgarnes, Islandia, 2002.
- Pálsson y Edwards, 1976
- Atribuido a: Snorri Sturluson. *Egil's Saga*, alrededor de 1240. Traducido por Pálsson, Hermann y Edwards, Paul. Harmondsworth: Penguin, 1976. Texto islandés en «sagadb.org/egils_saga».
- Rafn, 1829
- Rafn, C. C. *Fornaldar Sögur Nordrlanda (eftir gomlum handritum)*. Copenhague: Popp, 1829.
- Rask y Afzelius, 1812
- Rask, Rasmus Kristian y Afzelius, Arvid August. *Edda Saemundar hinns froda: Colectio carminum veterum Scaldorum Saemundiana*, Holmiæ (Estocolmo), 1812.
- Stephany, 2006
- Stephany, Timothy J. *Lady of the Elves: The Great Germanic Goddess*. Rochester, Nueva York: Instituto de Tecnología Rochester, 2006.
- Sæmundsson, 2004
- Sæmundsson, Matthías. Viðar. *Héðinn, Bríet, Valdimar og Laufey*. Reikiavik: JPV-útgáfa, 2004.
- Thorkelsdóttir, 2012
- Thorkelsdóttir, Eva Dögg Diego. *Makt Myrkranna: Sagan af Drakúla gretfa – Rýnt í þýðingu Valdimars Ásmundssonar á Dracula eftir Bram Stoker*. Ensayo escrito para Háskoli Íslands, n.º þÝÐ003M-þýðingasaga.
- Thorsteinsson, 1857
- Thorsteinsson, Steingrímur. *Púsund og etn nótt* (traducción islandesa de *Las mil y una noches*). Copenhague: Sveinsson, 4 vol., 1857-1864.

Otras traducciones mencionadas en esta nota:

- Edición Aldine, basada en la traducción de 1811 realizada por Jonathan Scott. Londres: Pickering & Chatto, 1890.
- Burton, Richard. *The Book of the Thousand Nights and a Night*. Primera edición de 1885-1888 en diez volúmenes. Edición suplementaria en seis volúmenes encuadrados en siete partes. Impreso por el Burton Club For Private Subscribers Only.
- Lane, Edward William. *The Arabian Nights' Entertainments*. Boston: Little, Brown & Co., 1853.
- Arabische Erzählungen zum ersten Male aus dem arabischen Urtext treu übersetzt von doctor Gustav Weil*. Primera traducción del árabe al alemán realizada por el doctor Gustav Weil. Stuttgart/Pforzheim: Verlag der Classiker, 1839-1841.
- Wilda, 1842
- Wilda, Wilhelm E. *Strafrecht der Germanen*. Halle: Schwetschke & Shon, 1842.
- Wisén, 1872
- Wisén, Theodor. *Homiliy-bok. Isländska homilier efter en handskrift från tolfte århundradet*. Lund: Gleerup, 1872.

DICCIONARIOS QUE EXPLICAN SIGNIFICADOS ANTIGUOS DEL VOCABULARIO ISLANDÉS

- Cleasby/Vigfússon, 1874
- Vigfússon, Guðbrandur. *An Icelandic-English Dictionary, based on the MS. Collections of the late Richard Cleasby*. Oxford: O. U. P./Clarendon Press, 1874.
- Jonsson, 1863
- Jonsson, Erik. *Oldnordisk Ordbog*. Copenhague: J. D. Qvist, 1863.
- Köbler, 2003
- Köbler, Gerhard. *Altnordisches Wörterbuch*. Gießen, 2014, 4.^a edición / edición online en www.koeblergerhard.de/anwbbhw.html.
- Zoëga, 1910
- Zoëga, Geir T. *A Concise Dictionary of Old Icelandic*. Oxford: O. U. P./Clarendon Press, 1910.
- Zoëga, 1922
- Zoëga, Geir T. *Icelandic-English Dictionary*. Reikiavik: Kristjánsson, 1922 (2.^a edición).

FUENTES DIVERSAS

- Allen, 1997
- Allen, Vivien. *Hall Caine: Portrait of a Victorian Romancier*. Sheffield: Sheffield Academic Press, 1997.
- Blaufarb, 2008
- Blaufarb, Rafe, ed. *Napoleon: Symbol for an Age, A Brief History with Documents*. Nueva York: Bedford/St. Martin's, 2008.
- Bonaparte, 1935
- Bonaparte, Napoleón. *Les lettres ardentes de Napoléon à Joséphine (1796-1797)*. París: Éditions Beer, 1935.
- Burke, 1832
- Burke, John. *A General and Heraldic Dictionary of the Peerage and Baronetage of the British Empire*, vol. 2, pp. 516-518. Londres: Henry Colburn y Richard Bently, 1832. Aquí: pp. 516-518.

- Burke, 1869
- Burke, sir Bernard. *A genealogical and heraldic dictionary of the peerage and baronetage of the British Empire.* Londres: Harrison, 1869.
- Caine, 1908
- Caine, Hall. *My Story.* Londres: Heinemann, 1908.
- Coleman, 1888
- Coleman, John. *Players and Playwrights I have known*, en dos volúmenes. Londres: Chatto & Windus, 1888.
- Coleman, 1904
- Coleman, John. *Fifty years of an Actor's Life*, en dos volúmenes. Londres: Hutchinson & Co., 1904.
- Debrett, 1840
- Debrett, John. *Debrett's Peerage of England, Scotland, and Ireland, revised, corrected and continued by G. W. Collen.* Londres: William Pickering, 1840.
- Gordon, 2002
- Gordon, R. Michael. *The Thames Torso Murders of Victorian London.* Jefferson (NC): McFarland & Company, 2002.
- Maines, 1999
- Maines, Rachel F. *The Technology of Orgasm-«Histeria», the Vibrator and Women's Sexual Satisfaction.* Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press, 1999.
- Müller, 1902
- Müller, Max. *The Life and Letters of the Right Honourable Friedrich Max Müller;* ed. por su esposa G. A. M. (Georgina Adelaide Müller), en dos volúmenes. Londres: Longmans, Green, 1902.
- Myers *et al.*, 1886
- Myers, Frederic, Gurney, Edmund y Podmore, Frank. *Phantasms of the Living.* Londres: Trübner, 1886.
- Renterghem, 2009
- Von Renterghem, Tonny. *De Laatste Huzaar.* Schoorl, Holanda: Uitgeverij Conserve, 2009.
- Sardou & Moreau, 1894
- Sardou, Victorien y Moreau, Émile. *Madame Sans-Gêne.* París: Albin Michel 1912 (nueva edición). Estreno en Francia: 27 de octubre de 1893.
- Sardou/Bond, 1895
- Bond, Curtis, traducción de *Madame Sans-Gêne-Historial Romance of the Revolution, the Consulate and the Empire*, realizada por Victorien Sardou en colaboración con Émile Moreau y Edmond Lepelletier. Nueva York: Drallop Publishing, 1895 (traducido de la versión novelada en francés).
- Sardou/Heller, 1895
- Madame Sans-Gêne-A Historical Romance* basado en la obra de Victorien Sardou, traducido del francés por Louie R. Heller. Nueva York: Hurst & Co., 1895 (novela basada en la obra de teatro).
- Sardou/Lepelletier, 1894-1895.
- Lepelletier, Edmond. *Madame Sans-Gêne: roman tiré de la pièce de MM. Victorien Sardou, Émile Moreau.* París: À la librairie illustrée, 1894-1895.
- Spicer, n. d.
- Spicer, Gerard. *The Thames Torso Murders of 1887-89*, n. d., en internet en casebook.org/dissertations/thames-torso-murders.html.
- Terry, 1909
- Terry, Ellen. *The Story of my Life-Recollections and Reflections.* Nueva York: Doubleday, Page & Co., 1909.
- Tsernátony, 1902
- Tsernátony, Julius. *Das Bistritz-Naßoder Komitat*, en: *Hungary, Volume VI-Das Südöstliche Ungarn-Stebenbürgen und die benachbarten Berggebiete*, como parte de la serie *Die österreichisch-ungarische Monarchie in Wort und Bild.* Viena: Kaiserlich-Königlichen Hof und Staatsdruckerei, 1902,

reimpreso en Zach, Krista, ed., *Stebenbürgen in Wort und Bild. Schriften zur Landeskunde Siebenbürgens*, Colonia: Böhlau Verlag, 2004.

Twain, 1893

Twain Mark (Clemens Langhorn). *The £1,000,000 Bank Note and Other New Stories*. Londres: Chatto & Windus, 1893. Citado aquí en la primera edición canadiense: Toronto: The Musson Book Company, Ltd. n. d.

Twain/Fishkin, 2006

Twain Mark (Clemens Langhorn). *Is He Dead? A Comedy in Three Acts*, editado por Fishkin, Shelley Fisher. California University Press, 2006.

Twain/Leary, 1969

Leary, Lewis, ed. *Mark Twain's Correspondence with Henry Huttleston Rogers, 1893-1909*. California University Press, 1969.

Warren, 2003

Warren, Louis. *Buffalo Bill Meets Dracula: William F. Cody, Bram Stoker and the Wild West Roots of the Vampire Myth*. Presentación en el Centro Histórico Búfalo Bill, 2003.

Warren, 2005

Warren, Louis. *Buffalo Bill's America: William Cody and the Wild West Show*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 2005.

«Waters», 1863

«Waters». *Autobiography of an English Detective*. Londres: Maxwell, 1863.

West, 1991

West, Trevor. *The Bold Collegians: The Development of Sport in Trinity College, Dublin*. Dublín: Lilliput Press, 1991.

FUENTES DE INTERNET

No habría sido posible finalizar este proyecto de traducción e investigación en el plazo de un año sin la ayuda de internet. Esta afirmación es válida tanto para la base textual (los facsímiles de *Fjallkonan* y la compra de copias de la primera edición) como para el contacto inicial con la Biblioteca Nacional y Universitaria de Islandia, la Biblioteca de la Ciudad de Reikiavik, con Ásgeir Jónsson y con los diversos archivos islandeses que consulté. Lo mismo es aplicable a la colaboración con mis coautores Dacre Stoker y John Edgar Browning, en Estados Unidos, con mi coeditora Lounette Loubser, en Sudáfrica, y con todos los voluntarios islandeses que formaron parte del equipo, pues hay partes del texto en las que se trabajó simultáneamente en Múnich, Bremen, Nueva York, Reikiavik y París, en Dinamarca y en Arabia Saudí. Además, el uso de diccionarios *online* (snara.is, ordabók.is, dict.cc, en.wiktionary.org, leo.org) y la base de datos de inflexión del Instituto Árni Magnússon para Estudios Islandeses aceleró considerablemente el proceso de traducción. Para todo tipo de cuestiones referentes al contexto, consulté no solo Wikipedia (que no puedo elogiar lo suficiente), sino también docenas de otras páginas web sobre temas tan variados como la armónica de cristal, las cartas de amor de Napoleón, el folclore escandinavo, los asesinatos de Whitechapel, las horas de luz

diurna en Transilvania e Islandia, disturbios políticos, la teoría de la evolución, títulos aristocráticos, fases lunares, etc. Me he abstenido de citar las fuentes de cada nimia información para no ampliar las notas al pie más de lo que ya lo están. En el caso de que alguna de estas informaciones sea incorrecta, la responsabilidad es exclusivamente mía.

NOTAS

[1] En Islandia, la segunda parte del nombre no indica la familia, sino que se trata de un patronímico. Por lo tanto, los islandeses prefieren que se dirijan a ellos por su nombre de pila; en este caso: Valdimar. <<

[2] E. g. Neil, 2012. <<

[3] Véase Dalby, 1986 y 1993. <<

[4] La letra islandesa «þorn» puede ser traducida como «Th» o «th»; la letra «eð» como «D» o «d». <<

[5] *Norðanfara* apareció entre 1862 y 1885. *Ísafold* se fundó en 1876, como portavoz del Movimiento Islandés por la Independencia, encabezado por Jón Sigurðsson (1811-1879), editor de *Ný Félagsrit* (desde 1841) y presidente de la Sociedad Literaria Islandesa. Björn Jónsson fue su presidente desde 1884 hasta 1894. <<

[6] Fue fundada en 1877 como escuela de primaria, se convirtió en secundaria en 1882, cuando Valdimar trabajó en ella. <<

[7] El poeta Bjarni Thorarensen utilizó por primera vez la palabra alrededor del año 1810, en su obra *Eldgamla Ísaifold*. El personaje rápidamente se hizo popular en poesía y en 1866 fue pintado por vez primera por Johann Baptist Zwecke, como imagen de portada para el último volumen de *Icelandic Legends* (Longmans, Green and Co., Londres, 1866). <<

[8] Para leer el programa político de *Fjallkonan*, véase su número de 12 de enero de 1899, p. 1 y ss. <<

[9] Véase *Lifið í Reykjavík-Næpan og Helgi sæm en Alþýðublaðið* del 11 de agosto de 1969, p. 8. <<

[¹⁰] Expresión usada en el obituario aparecido en la portada de *Fjallkonan*, del 25 de abril de 1902, probablemente escrito por Bríet. <<

[11] Aparecieron por primera vez en 1891. Obviamente, Kristjánsson advirtió que existía un hueco en el mercado e imprimió sus primeras sagas con una tirada inicial de cuatro mil ejemplares. Véase Magnússon, 2010, p. 157 y ss.; Karlsson, 2000, p. 172 y Jakobsson y Halfdanarson, 2016, p. 215. <<

[12] Véase el anuncio de Valdimar para promocionar sus servicios en *Fjallkonan* del 28 de marzo de 1888, p. 24. <<

[13] Véase el anuncio de Valdimar en *Fjallkonan* del 10 y el 22 de noviembre de 1900, ambos en la p. 4. <<

[¹⁴] En 1900, la moneda islandesa era la corona danesa, que se había empezado a utilizar en 1875. El valor de 2480 nuevas coronas danesas era el equivalente a un kilo de oro puro. Por lo tanto, una corona sería equivalente a 0,4 gramos de oro aproximadamente, 1,50 euros o 1,60 dólares de la actualidad según el valor publicado el 25 de marzo de 2017. <<

[15] Ver *Fjallkonan* del 13 de noviembre de 1895, portada. <<

[¹⁶] De *Reikiavik*, del 26 de abril de 1902, p. 2. <<

[17] Véase Haining, Peter, *The Dracula Scrapbook*, Longmeadow, Stanford, 1987, y Leatherdale, Clive, *Stoker's Banana Skins*, en *Dracula: The Shade and the Shadow*, ed. Elizabeth Miller, 1998, pp. 138-153. <<

[18] Leatherdale, 1998 a, p. 389, pregunta si el camisón de Mina, después de que la joven haya sido forzada a beber la sangre de Drácula, está roto o ha sido levantado, pero incluso esa vaga circunstancia es inmediatamente resuelta por Van Helsing, que coloca una colcha sobre el cuerpo. <<

[19] *Makt Myrkranna* emplea, en mayor medida que *Drácula*, el concepto de personalidad dividida o «identidad subliminal», un concepto estudiado por los hipnotistas e investigadores psíquicos de la época, así como descrito en *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde* (1886), de Robert Louis Stevenson: el conde solo ataca a Harker cuando no consigue dominarse. <<

[²⁰] De *Nokkur orð um bókmentir vorar*, en *Skírnir*, 1 de diciembre de 1906, p. 344 y p. 346. En 1934, el propio Benedikt Björnsson realizó la traducción para *Slunginn þjófur, og aðrar sögur* (Un ladrón astuto y otras historias), de Edgar Allan Poe. En realidad, ninguna de las historias había sido escrita por Poe: todas habían sido extraídas de la novela *Mrs. Carew*, de 1865, escrita por la autora británica Amelia B. Edwards. Ver Eysteinsson, 2014, p. 105 y ss. Al parecer, a eso es a lo que Björnsson se refería al hablar de enriquecimiento de la literatura islandesa. <<

[21] El Gobierno danés obstruía el comercio con el Reino Unido, el cliente más próximo a Islandia. La independencia de Dinamarca impulsaría el tráfico de exportaciones e importaciones con el Reino Unido. <<

[22] Véase anuncio en la portada de *Fjallkonan* del 13 de enero de 1900. <<

[23] Para la recepción del libro de Valdimar y su influencia en Halldór Laxness, me remito a mi artículo inédito «Makt Myrkranna - Its Publication & Reception History in Iceland, 1900-2014». <<

[24] De *Í tuninu heima*, parte I, Reikiavik: Helgafell, 1975, p. 208. <<

[25] *Eirík Briem* (1846-1929), *Stafrófskver*, Kostnaðarm, Reikiavik, 1893, 6.^a ed. Sigurður Kristjánsson, 1915, p. 48; ill.; 14 cm «*Stafrófskver*» significa «libro de relatos», en el sentido de un libro con historias fáciles de comprender por los niños que están aprendiendo a leer. Recordamos que Sigurður Kristjánsson era el editor de *Fjallkonan* en 1885. <<

[26] En Islandés: «*draugur*», del noruego antiguo «*draugr*»; un ser no muerto de la mitología nórdica. Esta palabra suele traducirse como «fantasma», pero, en este caso, el significado original de «no muerto» es el más adecuado. <<

[27] Halldór Laxness, *Ferðabæklingur úr Rúmeníu (Tilraunir í vasabókarstíl)* [Diario de Viaje desde Rumanía (Exercises in Pocket Book Style)], Morgunblaðsins de 7 de enero de 1984, pp. 4-7. Fragmento de *Og árin líða* (1984). <<

[28] *Weighing the Odds* (2015-2016). <<

[29] Véase Anexo I de esta introducción. <<

[30] Valdimar dedicó la portada completa de *Fjallkonan* a *Phantasms of the Living*, de Myers, el 9 de septiembre de 1890. <<

[31] Véase también la primera edición de *Los Poderes de la Oscuridad*. <<

[32] Irving compró los derechos de *Madame Sans-Gêne* para Inglaterra por 176 libras tras su representación (en francés) en Londres en 1894. Se anunció su puesta en escena en el Lyceum tras la ya planificada gira por América, en julio de 1895, pero no se estrenó hasta el 10 de abril de 1897. <<

[33] Véanse las declaraciones de Stoker sobre la Enmienda a la Ley de Derechos de Autor ante el Comité de la Casa de los Lores en 1897, de las que informó *The Daily News* el 10 de julio de 1897, p. 3. Stoker afirmó que Sardou había hecho bien al crear junto a Lepelletier una novelización autorizada para proteger sus derechos de autor en una adaptación de su obra teatral. Como ya sabemos, Stoker había tomado medidas similares con respecto a *Drácula* al organizar una lectura dramática el 18 de mayo de 1897. <<

[34] Para una traducción al inglés, véase Sardou/Bond, 1895, capítulo XLII, p. 311 y ss. <<

[35] La forma en que el profesor Van Helsing mata a las tres vampiresas en el castillo de Drácula podría verse como una alusión a los métodos empleados por Jack el Destripador, pero nadie en Inglaterra es informado de las medidas tomadas por Van Helsing en Transilvania, por lo que no pueden haber provocado «repugnancia» entre el público londinense. <<

[36] Aquí según la traducción de Dalby. En *A Documentary Journey into Vampire Country*, Elizabeth Miller preguntaba: «¿Quiénes son esos extranjeros? ¿Hemos de creer que uno de ellos, un sospechoso de los crímenes del Destripador, sirvió de modelo para el conde Drácula?», Miller, 2009, p. 280. Solo si se lee el resto de *Makt Myrkranna* se comprende que el comentario debe de referirse a dos miembros de la camarilla del conde. <<

[37] Spicer, n. d. (errores en el deletreo corregidos). Véase también Gordon, 2002, p. 35: «El saco estaba hecho de tela común y basta». Rainham es un suburbio en el este de Londres, 22 kilómetros al este de Charing Cross. <<

[38] En la frase islandesa «er komu litlu seinna til sögunnar», la expresión «að koma til sögunnar» significa «ocurrir» o «acontecer». En otros contextos, significa «producirse» o «tener lugar». <<

[39] Como el asesinato de la doncella de Lucia, los crímenes en Carfax y el asesinato del príncipe Koromezzo. <<

[40] Aquí debería mencionarse una ligera contradicción presente en el prefacio. Pese a que en el texto islandés el doctor Seward pierde el juicio y fallece poco después, el autor del prefacio lo alaba como un buen amigo y como testigo fiable, próximo a los Harker. Este fallo sugiere que o bien el autor del prefacio lo escribió antes de terminar la novela, o bien que el prefacio y la novela fueron editados por personas distintas. <<

[41] Dinamarca ratificó la Convención de Berna en 1903, pero Islandia no fue incluida en ese tratado. Ver *Le droit d'auteur*, París, de 15 de julio de 1903, p. 73. Islandia, como estado independiente, ratificó la Convención en 1947. <<

[42] Mensaje por correo electrónico de Ásgeir Jónsson del 1 de febrero de 2014. <<

[43] Ásta Svavarsdóttir, Haukur Thorgeirsson y Ari Páll Kristinsson, investigadores del Instituto Arní Magnússon para Estudios de la Lengua Islandesa, Reikiavik; Jón Karl Helgason, catedrático de Lengua Islandesa en la Universidad de Islandia; Gauti Kristmannsson, catedrático de Traducción en la Universidad de Islandia, Facultad de Estudios Culturales Comparados Islandeses; catedrático Ástráður Eysteinsson, catedrático de Literatura Comparada, Universidad de Reikiavik y deán de la Escuela de Humanidades de la Universidad de Islandia; Ragna Eyjólfssdóttir, ganador del Icelandic Children's Book Prize 2015; los especialistas en traducción Eva Dögg Diego Thorkelsdóttir y Magnea Matthíasdóttir. <<

[44] Mensaje por correo electrónico de Ásgeir Jónsson del 5 de marzo de 2017. <<

[45] Berni, Simone. *Dracula by Bram Stoker: The Mystery of the Early Editions*, Bibliohaus, Macerata, abril de 2016. <<

[46] Según su mensaje del 6 de marzo de 2017, Berni buscó solo libros, no indagó en periódicos ni revistas. <<

[47] *Icelandic version of Dracula, Makt Myrkranna, turns out to be Swedish in origin*, en *Iceland Monitor* del 6 de marzo de 2017 (solo edición online). <<

[48] Anunciado por el productor de cine islandés Sigurjón Sighvatsson el 15 de febrero de 2017, ocho días después de la publicación de nuestro libro *Los poderes de la oscuridad*. Sighvatsson anunció sus planes para crear una serie de televisión con diez episodios, que tendrá lugar en el Londres actual y se centrará en el personaje del conde como un poderoso bróker financiero. <<

[49] Del 16 de julio hasta el 10 de diciembre de 1899. Véase Browning, 2012, p. 9. <<

[50] El archivo de texto completo creado ahora muestra que el total de palabras es incluso inferior: unas 106 000 palabras. <<

[51] Varios mensajes de correo electrónico del 11 de marzo de 2017. <<

[52] *Mörkrets Makter* apareció en *Dagen* entre el 10 de junio de 1899 y el 17 de febrero de 1900 y en *Aftonbladet* entre el 16 de agosto de 1899 y el 31 de marzo de 1900. <<

[53] *Mörkrets Makter* apareció en *Tip-Top* n.os 40-52 de 1916, n.os 1-52 de 1917, n.os 1-4 de 1918. En cuanto a los episodios originales en *Dagen* y *Aftonbladet*, solo podían conseguirse reproducciones muy borrosas en microfichas, por lo que Rickard decidió centrarse en la publicación de *Tip-Top*. <<

[54] Un anuncio en *Aftonbladet* del 4 de septiembre de 1899 ofrecía a los lectores de *Dagen* una reimpresión gratuita de cerca de 300 páginas de los episodios de *Mörkrets Makter* publicados hasta entonces en el suplemento del periódico o «*följetong*» (del francés «*feuilleton*»). La Biblioteca Real Sueca también cataloga su copia como «*följetong ur Dagen*», añadiendo que está impresa en octavo formato, lo que cuadra con el número de páginas de la versión que yo recibí (264 páginas = 33 secciones de 8 páginas). Si mi copia escaneada es idéntica con el extra ofrecido en el anuncio es algo que no he podido comprobar todavía. La Biblioteca Real Sueca da 1900 como año de publicación, mientras que las primeras versiones «separadas» («*separattryck*») ya habían aparecido en el verano de 1899. El *Göteborgs Aftonbladet* del 25 de septiembre de 1899 también ofreció una versión reimpressa de *Mörkrets Makter*, a continuación de una reimpresión de 264 páginas de *Den Biltoge*. Quizás existieran diferentes versiones reimpresas (esta cuestión aún requiere un análisis en profundidad). <<

[55] Deberíamos señalar, no obstante, que el islandés es en sí una lengua extremadamente condensada. Debido al uso de inflexiones, no requiere el uso de artículos definidos ni indefinidos. <<

[56] Anuncios en *Kalmar* del 19 y el 26 de septiembre de 1917 ofrecían una edición suplementaria de 1200 páginas (!) de la serialización de *Mörkrets Makter* en *Tip-Top*. Según estos anuncios, esa versión de *Mörkrets Makter* había sido editada especialmente para *Tip-Top*. <<

[57] «*Jokula*» (también escrito «*Jokala*») quizá se refiera a la tribu indígena australiana que fue objeto de estudios antropológicos en las décadas de 1880 y 1890. Pero tal vez se trate de una referencia a la vena yugular, o a nada en absoluto. «Adonais» podría referirse a la religión judía, pero quizá sea una indicación de «Adonismo» tal y como se define en el engaño de Leo Taxil de la década de 1890, en el que se inventó una secta masónica satánica ficticia que practicaba el «Palladismo» o el «Luciferanismo». Los rituales del templo escondido y los símbolos mágicos de la cripta hacen pensar en tales cultos satánicos. Ver el artículo sobre Luciferanismo en *Arbetet* del 12 de octubre de 1895. <<

[58] En toda la prensa sueca de las décadas de 1880 y 1890 solo hallé cuatro artículos muy similares mencionando que se habían encontrado partes de un cuerpo humano en el Támesis. Véase *Göteborgsposten* y *Svenska Dagbladet* del 16 de septiembre y *Upsala* del 17 de septiembre y 11 de octubre de 1888, en los que se menciona los incidentes de Rainham y Whitehall en sus informes sobre los crímenes de Jack el Destripador. En estos artículos no se califica esos homicidios como una serie aislada de crímenes para distinguirlos de los otros crímenes del Destripador. Ni en *Dagen* ni en *Aftonbladet* pude hallar referencias a víctimas de asesinato encontradas en el Támesis. <<

[59] En 1874, Andersson-Edenberg había sido uno de los fundadores de Publicistenklubben (una asociación profesional de periodistas y fotógrafos); ahí cooperó con Harald Sohlberg, editor jefe de *Dagen* y *Aftonbladet*. Tenía experiencia en traducción de obras teatrales del ganador noruego del Premio Nobel de Literatura, Bjørnstjerne Bjørnson, una de esas traducciones realizada con el seudónimo «A. E.». En *Svenska Familj-Journalen*, publicó varios artículos bajo el seudónimo «A. E.». Para sus otras traducciones y columnas empleó casi una docena de seudónimos diferentes, muchos de los cuales consistían en combinaciones de letras con guiones. Podemos reconocer la mano de Andersson-Edenberg en referencias a las óperas de Carl Maria Weber *Preciosa* y *Der Freischütz*, al cuento de Perrault *La Bella Durmiente*, a la novela *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, y en las floridas metáforas tan frecuentes de *Mörkrets Makter* y de la poesía del propio Andersson-Edenberg, entre otras. <<

[60] «Saint Amand»: Amor Sagrado; «Rubiano»: Rubí; «Morton»: Muerte; «Koromezzo» es probablemente un derivado de la ciudad húngara de Körösmez, situada en los Cárpatos, a 125 kilómetros al norte de Bistrita, con una población aproximada de 9000 habitantes en 1900 (Purfleet: aprox. 7000; Bistrita y Whitby: aprox. 12 000; Exeter: aprox. 35 000). Véase también la nota sobre el príncipe Koromezzo en el capítulo 14 de la Parte II, «La fiesta». <<

[61] Curiosamente, en la versión sueca se hace referencia a Barrington como «capitán Barrington Jones», por lo que su título concuerda con el del líder del equipo de *rugby*.

<<

[62] Coleman, 1904, vol. I, p. 326. <<

[63] No está claro el nombre de la madre de Winifred. Podría ser Emma King; la solicitud de divorcio contra Sam Emery realizada por Frances Garside el 16 de julio de 1863 menciona a una tal «Julia King» como la infiel concubina de Emery, un año antes de que Winifred naciera. De todos modos, puesto que Coleman, un productor teatral londinense, conocía personalmente tanto a Clara Tellet como a Sam Emery, resulta complicado pensar que pudiera haberse equivocado. Incluso en el caso de que Clara Tellet no hubiera sido la madre de Winifred, Stoker probablemente habría conocido su nombre por las carteleras y los anuncios en *The Era*: su hija con Daniel John Tellet, Clara Mary Anne Tellet (nacida en abril de 1839 en Manchester; casada con el actor y productor teatral John Waller el 14 de agosto de 1876) adoptó a partir de 1874 el nombre artístico de su madre, *Miss Clara Tellet*. En cambio, el nombre Tellet no apareció ni una sola vez en la prensa sueca hasta 1900, aunque, curiosamente, uno de los agentes de policía que localizó miembros humanos en el Támesis se llamaba Pennett (*Upsala* del 17 de septiembre de 1888, p. 3). <<

[⁶⁴] Para información sobre la familia Taaffe y la boda doble, véase Debrett, 1840, p. 712 y p. 813; Burke, 1832, vol. II, pp. 516-518; Burke, 1869, p. 1089 y ss. Antonia era hija de Antal Amadé de Varkony y, por tanto, prima de Thaddaeus, el único hijo del hermano de Antal, Ferenc, y el último descendiente varón del linaje Amadé Varkony. Lodge, 1832, p. 387, menciona el año 1790 como el del nacimiento de Antonia. <<

[65] Mary Singleton solía encontrarse con otros artistas en el círculo de James Abbott Whistler. Oscar Wilde y Bram Stoker también formaban parte de ese grupo. <<

[66] Colección de ensayos, publicada como libro en 1878. <<

[67] Véase *The Standard* del 25 de enero de 1894, p. 5, donde se informa de la boda.

<<

[68] Resulta intrigante que en diciembre de 1892 Wilhelm Max Müller, hijo del profesor Max Müller, también se mudó a Constantinopla como adjunto (véase Müller, 1902, vol. II, p. 289). En el verano de 1893, antes de que los Currie llegasen allí, los Müller viajaron a Constantinopla para visitar a su hijo y fueron recibidos por el sultán. Más tarde, Mrs. Müller publicó *Letters from Constantinople* con Longmans, Green & Co., Londres/Nueva York, 1897. Véase también el artículo «The Turk's Town» en el *New York Times* del 10 de abril de 1897. <<

[69] «Por qué la adaptación islandesa de *Drácula* probablemente no prueba la existencia de una versión original perdida del clásico de Bram Stoker», publicado el 15 de febrero de 2017 en <<http://jasoncolavito.com/blog/why-the-icelandic-dracula-adaptation-is-probably-not-evidence-for-a-lost-original-version-of-bram-stokers-classic-vampire-novel>>. <<

[⁷⁰] *Fjallkonan* era el nombre del periódico cuyo propietario y editor era Valdimar Ásmundsson. La versión islandesa de *Drácula* apareció aquí serializada desde el 13 de enero de 1900 hasta el 20 de marzo de 1901. <<

[71] Como ya se ha comentado en la introducción de este libro, el prefacio de Stoker es la única parte de *Makt Myrkranna* que se había traducido anteriormente. La primera traducción fue encargada y publicada por Richard Dalby en *A Bram Stoker Omnibus* (1986), y reproducida en *Bram Stoker Journal n.º 5* (1993). Dio lugar a múltiples especulaciones sobre una relación entre *Drácula*, los Crímenes del Destripador y la vida de Bram Stoker. En 2004, en Canadá, Sylvia Sigurdson recibió el encargo de realizar una segunda traducción por parte del experto en *Drácula* y colecciónista de libros Robert Eighteen-Bisang. Se publicó en Storey, en 2012. Ya que la mayoría de los expertos en *Drácula* conocen la traducción de Dalby, las notas que siguen subrayarán las diferencias más importantes entre su traducción y la mía.

<<

[72] *Fjallkonan* y la edición en libro de 1901 utilizan «*sögufolkid*», literalmente «la gente de la historia». Las ediciones de 1950 y 2011 reemplazan «*sögufolkid*» por «*sögunnar*», literalmente «los narradores de la historia». <<

[73] «Por razones obvias», una fórmula elegante para sortear la fragilidad vital de la reivindicación de verdad proclamada en este prefacio. Si los peligros descritos en esta novela fueran reales, sería (por razones obvias) mucho más inteligente que los supervivientes salieran a la palestra para liderar una campaña pública con el objetivo de erradicar tales amenazas. Para un análisis en mayor profundidad, véase mi artículo *Dracula's Truth Claim and its Consequences* en el *Journal of Dracula Studies*, octubre de 2014, pp. 53-80. <<

[⁷⁴] La traducción de Dalby omite la palabra islandesa «*stranga*», que en este contexto puede significar «solemne», «estricto», «grave» o «serio». Cf. alemán y neerlandés «*strengh*». <<

[75] Esta cursiva, que enfatiza la autenticidad de los hechos de la novela, solo apareció en *Fjallkonan*, no en la edición en libro de 1901 ni en las siguientes reediciones. <<

[⁷⁶] Dalby traduce «en años venideros». La expresión islandesa «*þegar minnst varir*» significa «sin ningún aviso», «cuando menos lo esperamos», «de pronto» o «de forma inesperada». <<

[77] Un primer indicio de un cambio de argumento, pues en *Drácula* ni Scotland Yard ni los servicios secretos perciben un patrón en los crímenes. <<

[⁷⁸] De nuevo: «*sögufolkid*». <<

[⁷⁹] Dalby propone «al mismo tiempo», pero en la expresión islandesa «á sínum tíma», «sínum» («su») hace referencia a los mencionados crímenes, que tuvieron lugar antes que los del Destripador. Véase también la siguiente nota. <<

[80] En la traducción de Dalby dice: «que entraron a formar parte de la historia poco después», lo que sugiere que los crímenes del Destripador aparecerán algo más tarde en la propia novela. La expresión islandesa «*ad koma til sögunnar*», sin embargo, significa «ocurrir», «tener lugar» o «producirse». El prefacio de Stoker simplemente indica que los asesinatos del Destripador tuvieron lugar después de la incomprensible serie de crímenes narrados en *Makt Myrkranna*, es decir, los Crímenes del Tórso del Támesis. Es lógico que Bram Stoker conociera esos crímenes mejor que Valdimar. Incluso si Valdimar supiera que se rumoreaba que compartían origen con los crímenes del Destripador, es muy improbable que él insertase una referencia que sus lectores islandeses no iban a captar. Por lo tanto, parece ser que el prefacio fue escrito por Stoker. Véase introducción. <<

[81] En la traducción de Dalby se lee «grupo de extranjeros», aunque la palabra «grupo» no aparece en la versión islandesa. <<

[82] En el texto de Dalby, el islandés «*saman*» se traduce como «juntos», pero «*saman*» hace referencia a las temporadas («consecutivas»), no a los extranjeros. <<

[83] En islandés: «*annar þeirra*», lit.: «el otro de ellos». Ásgeir Jónsson señala que esto hace referencia a otro de *una pareja* (i. e. dos), no a uno de *un grupo*, y sospecha que una línea en la que se indicaba quiénes formaban esa pareja ha desaparecido del prefacio. <<

[84] En islandés: «án þess að nokkur merki hans sæist framar», lit.: «de modo que ningún rastro de él volvió a encontrarse». Las ediciones de 1950 y de 2011 cambiaron «sæist» por «sæjust» («fueron vistos»). El significado se mantiene invariable. <<

[85] En islandés: «*Allt það fólk, sem sagt er...*». En la traducción de Dalby se omite la oración subordinada relativa. <<

[86] En el final de esta novela se menciona la muerte del doctor Seward, por lo que el prefacio, que se supone fue escrito *después* de los acontecimientos narrados, no concuerda en este punto con el argumento. Véase mi introducción. <<

[87] En la traducción de Dalby: «será también demasiado famoso», que podría interpretarse como que el científico todavía no es conocido, pero algún día lo será. El verbo auxiliar islandés «*munu*» puede expresar una posibilidad en el futuro, en el presente o incluso en el pasado. Aquí he optado por el presente, pues la expresión «del mismo modo» coloca al científico junto a los Harker y al doctor Seward, es decir, en la categoría de gente que es actualmente «reconocida y respetada». <<

[88] En su entrevista de 1897 con Jane Stoddard, Stoker ya había afirmado que el personaje del profesor Van Helsing estaba basado en una persona real (Stoddard, 1897, p. 185), una nueva indicación de que el prefacio islandés fue escrito por el propio Stoker y no por Valdimar. A lo largo de los años se han propuesto varios modelos: el doctor Gerard van Swieten (1700-1772), médico personal de la emperatriz María Teresa de Austria; el médico y alquimista flamenco Johan Baptista van Helmont (1580-1644); el profesor Arminius Vámbéry, de Budapest; el profesor Max Müller, de Oxford; el profesor Moriz Benedikt, de Viena, y John Freeman Knott, un médico casado con la hermana de Florence Balcombe, esposa de Stoker. Knott era amigo de Thornley, hermano de Bram, un neurocirujano muy reconocido que quizá también inspirase al autor. <<

[89] La frase «que prefiero no mencionar» resulta confusa y puede hacer creer a los lectores que este científico es «famoso por su nombre real», como París es famosa por su torre Eiffel. En realidad, lo que el texto dice es que este científico es *tan* famoso *que* su nombre real no puede ocultarse al público. <<

[90] En islandés: «*af reynslu*», lit.: «por propia experiencia». Esto vuelve a indicar que el Van Helsing real es un amigo, un conocido personal o al menos un contemporáneo de Bram Stoker, como los Harker y el doctor Seward, y, por lo tanto, excluye a los fallecidos tiempo atrás Van Sweiten y Van Helmont, los únicos candidatos que realmente hablaban neerlandés. En 2012, la biografía del cineasta holandés Tonny van Renterghem atrajo mi atención hacia su abuelo, el psiquiatra Albert W. van Renterghem, cuyo nieto afirmaba que había sido el modelo para el personaje de Stoker. Junto con el médico y escritor doctor Frederik van Eeden, el doctor Van Renterghem había abierto una clínica para tratamientos hipnóticos en Ámsterdam en 1887, que rápidamente adquirió fama internacional. En realidad descubrí toda una red de interconexiones que hacen altamente probable que Stoker estuviera al tanto de la reputación y de la obra de Van Renterghem. Véase mi artículo de octubre de 2012 en *De Parelduiker*. <<

[91] En islandés: «*snilld*». Dalby lo traduce como «genio», que es la primera acepción en los diccionarios modernos. En el de Cleasby/Vigfússon se ofrece «dominio, elocuencia» y «excelencia en el arte, destreza» como traducciones, en referencia a destrezas adquiridas o conocimiento o gran intelecto más que al romántico concepto de genio. <<

[92] Cita de la obra *Hamlet*, de William Shakespeare, en la que el príncipe Hamlet se dirige a Horatio. En lugar de traducir del islandés, he reincorporado el texto original de Shakespeare. El amigo y patrón de Stoker, el actor Henry Irving, era famoso por su papel de príncipe Hamlet, por lo que Stoker debía de conocer estas palabras de memoria. <<

[93] La fecha de agosto de 1898 sugiere que alguna de las modificaciones más significativas de la novela debieron de ser discutidas entre Bram Stoker y Valdimar Ásmundsson más de un año antes de que la primera entrega de la serie fuese publicada en *Fjallkonan*: la aparición de «notables extranjeros» en «círculos aristocráticos de Londres», la referencia a una serie de horribles crímenes que provocó preocupación pública y, finalmente, la participación de la policía secreta. <<

[94] *El castillo en los Cárpatos* (*Le château des Carpathes*) es también el título de una novela de Julio Verne de 1893, que puede haber inspirado a Stoker en su descripción del castillo de Drácula. <<

[95] Stoker cogió prestado el nombre de «Harker» de Joseph Cunningham Harker, un escenógrafo del Lyceum Theatre. <<

[96] Primer cambio con respecto a la historia original: en *Drácula*, Harker coge el tren a Bistrita, no la diligencia del correo. <<

[97] Entre 1867 y 1920, Transilvania era un principado dentro del Imperio húngaro, que lo había controlado desde la Edad Media. Bukovina se había anexionado al Imperio de los Habsburgo en 1775; no se reunificó hasta 1918 con Moldavia, de la que había formado parte desde el siglo XIV. Moldavia y Valaquia se unieron en 1859 con el nombre de Rumanía. Tras la derrota de los otomanos en la guerra turco-rusa, Rumanía proclamó su soberanía en 1877. El territorio de la actual Rumanía no se formó hasta 1920 (tratados de Trianon y París), cuando Valaquia, Moldavia, Transilvania, Bukovina y Bessarabia se unieron. Durante la Segunda Guerra Mundial, Rumanía se vio obligada a ceder una parte de sus territorios del norte a la Unión Soviética. <<

[98] En islandés: «*herstjórnarráðuneytið*». Hasta 1964, el Ministerio Británico de Defensa se llama «Oficina de Guerra». En 1855, el Consejo de Cartografía, que estaba tradicionalmente a cargo de los mapas del servicio estatal de cartografía, entró a formar parte de esa Oficina de Guerra. En *Drácula*, se lee esta frase: «No pude encontrar en ningún mapa ni libro la localización exacta del castillo de Drácula, pues no hay mapas de Transilvania que puedan compararse con los de nuestro Servicio Cartográfico». En realidad, los mapas militares del Imperio austro-húngaro, incluyendo Transilvania, eran muy detallados, pero prácticamente inaccesibles al público general. <<

[99] Ciudad en el noreste de Rumanía («Nösnerland»), fortificada y habitada por colonizadores sajones (germanohablantes) después de 1200. <<

[100] Desde Bistrita, la carretera al desfiladero del Borgo (conocido hoy como paso Tihuta) iba en dirección nordeste. Después de la población de Maros-Borgo, la carretera continuaba ascendiendo y cruzaba el punto fronterizo de Tihucza, donde comenzaba el desfiladero, y giraba gradualmente hacia el norte hasta alcanzar la frontera con Bukovina a una altitud de 1117 metros. <<

[101] Transilvania estuvo bajo el dominio de los sajones, magiares y siculi, quienes en 1437 proclamaron la Unión de las Tres Naciones (*Unio Trium Nationum*). Aunque los rumanohablantes (llamados «valaquios») eran la parte más numerosa de la población, estaban privados de derechos. En *Drácula* apenas son mencionados. Para un análisis de la «Transilvania mítica» de Stoker, véase Crian, 2013. <<

[102] Reflejando la forma global de los montes Cárpatos, como el término «herradura» que aparece en *Drácula*. <<

[103] En islandés: «*hjátrú og hindurvitni*», un primer ejemplo de aliteración en la novela. La rima aliterativa tenía una fuerte tradición en el islandés antiguo de *Poetic Edda* (s. XIII), un texto que Valdimar conocía muy bien. <<

[104] Stoker conocía esto gracias al artículo *Transylvanian superstitions*, de Emily Gerard, julio de 1885. Otras fuentes importantes sobre tradiciones e historia local eran los libros de William Wilkinson, Charles Boner, E. C. Johnson, A. F. Crosse y Elizabeth Mazuchelli (véase listado de referencias). <<

[105] En islandés: «*allur í lögfræðinni*», que también puede traducirse como «soy por completo abogado». Quizá por casualidad, en *Drácula* Harker se autodenomina «un abogado hecho y derecho» (capítulo 2, diario del 5 de mayo) mientras espera ante la puerta del castillo de Drácula. <<

[106] De forma similar, en *Drácula* la casa de huéspedes se llama Golden Krone, que Stoker pudo sacar de la descripción de Salzburgo que se hace en *Baedeker's*. La historia originalmente estaba ambientada en Styria. Véase Klinger, 2008, p. 22 y ss., nota 42. <<

[¹⁰⁷] En *Baedeker's Travel Guide for Austria*, 1896, se dice que la distancia entre Bistrita y Kimpolung (Câmpulung Moldovanesc) era de 126 kilómetros, y que podía cubrirse en diligencia en 17 horas. Klinger, 2008, p. 33, nota 81. <<

[108] Esta forma de despedirse es arcaica y ya apenas se utiliza, pero podemos encontrarla en la correspondencia personal de George Washington. <<

[¹⁰⁹] Stoker tomó el nombre de «Drácula» de un libro de Wilkinson sobre la historia de Moldavia y Valaquia, pero lo interpretó como la denominación de toda una dinastía o clan. Los «Drăculeşti», llamados así tras el gobierno de Vlad II Dracul (miembro de la Orden del Dragón) en Valaquia. A partir de los años setenta del siglo xx, los profesores Raymond McNally y Radu Florescu propagaron la idea de que Stoker había oído hablar de la cruel reputación de Vlad III, Drácula el Empalador, hijo de Vlad II, y que, con esa idea en mente, lo había tomado como modelo para su personaje del vampiro. En su libro *Prince of Many Faces* (1989) incluso presentaron una traducción errónea de un poema medieval realizada por Michael Beheim, quien, según ellos, describe a Vlad III bebiendo la sangre de sus enemigos (véase mi artículo «The Great Dracula Swindle», <www.vamped.org> del 26 de mayo de 2016). Pese a que el conde, en su conversación con Harker, hace referencia a un vaivoda al que reconocemos como Vlad III, Stoker no conocía el nombre Vlad ni su reputación de bebedor de sangre. En el capítulo 25 de *Drácula*, Van Helsing y Mina identifican a su enemigo como «ese otro de su raza que en una época posterior llevó a sus tropas una y otra vez al otro lado del río, al territorio de los turcos». Esto podría ser una referencia a Miguel *el Valiente*, sobre el que Stoker tomó notas a partir del libro de Wilkinson. En la novela, sin embargo, da la impresión de que Stoker prefirió mantener en el anonimato a ese «otro». Véase mi artículo «Bram Stoker's Vampire Trap», Linköping University Electronic Press, 19 de marzo de 2012. <<

[110] Tanto en *Drácula* como en *Makt Myrkranna*, el conde se autodenomina Siculi y afirma que la sangre de Atila corre por sus venas. Los siculi vivían en la parte oriental de Transilvania y hablaban húngaro. Hay al menos tres teorías diferentes que tratan de explicar por qué Stoker presentó a un noble con nombre valaquio pero de origen úgrico. Véase también nota 134. <<

[111] En las notas de Stoker del 14 de marzo de 1890 se menciona «la compra de una finca en Londres». En la copia mecanografiada (1897), Plaistow (suburbio oriental de Londres) fue reemplazado por Purfleet, en Essex, 20 kilómetros más al este. Véase Klinger, 2008, p. 483, nota 8. En *Makt Myrkanna* la acción se traslada de nuevo a Londres, quizá basándose en la idea original de Stoker. <<

[112] En *Drácula*, los murciélagos solo aparecen en las escenas de Whitby, Hillingham y Purfleet, representando al conde vampiro disfrazado. El autor (o autores) de *Makt Myrkranна* debió de pensar que «el murciélagos madrugador es el que atrapa al gusano» (refrán inglés equivalente al «A quien madruga, Dios le ayuda»). <<

[113] Expresión islandesa que hace referencia al desprecio que provocan los comportamientos diferentes. <<

[114] En islandés: «*hefði verið ættfylgja*», lit.: «ha sido el fantasma de la familia». En la mitología nórdica, «*fylgja*» es un espíritu unido a una persona o una familia, que influye en su destino o su fortuna; puede aparecer con forma de animal, en especial durante el sueño. Un concepto relacionado es el de «*hamingja*» (en lengua escandinava antigua: «suerte»), que también personifica el destino o la suerte de una persona o una familia. <<

[115] En *Drácula*, el conde vive con tres mujeres de origen y condición ambiguos; aquí se cuenta que tuvo tres esposas pero las perdió a todas. <<

[116] Harker no tiene la menor idea de que viaja durante la festividad rumana de la víspera de San Jorge. Como la Iglesia ortodoxa Oriental de Transilvania todavía utilizaba el calendario juliano, su festividad de San Jorge (23 de abril) coincidía con el 5 de mayo en Inglaterra (calendario gregoriano). Stoker tomó notas de estas diferencias en los calendarios. Véase Eighteen-Bisang y Miller, 2008, p. 25; p. 121; p. 93, nota 200. <<

[117] En islandés: «*leíka lausum hala*», lit.: «jugar con la cola en libertad», derivado de la *Poetic Edda, Lokasenna (La riña de Loki)*, verso 49: «¡Has hablado a la ligera, Loki! / Pero no será por mucho tiempo / que puedas moverte en libertad / pues en este pico, con la violencia / de tu propio gélido hijo / los dioses te atarán» (mi traducción). Como los espíritus malignos a los que teme la casera, el dios Loki representa la malicia y la falsedad en la mitología escandinava, y en muchos aspectos se parece al hábil pero malicioso conde Drácula de *Makt Myrkranna*. <<

[118] En islandés: «*réttrúuðum*», lit.: «de la verdadera religión», que se traduciría como «ortodoxa». Para evitar confusión con la religión romano-ortodoxa practicada por los valaquios en Transilvania, he preferido el término original de Stoker. <<

[119] Como la «Mina» de *Drácula*, el nombre «Wilma» (en islandés: «Vilma») deriva de «Wilhelmina», nombre completo de la prometida de Harker. Según el censo de 1891, «Minna» era el nombre de una institutriz que vivía en casa del hermano de Bram, George, en el 14 de la calle Hertford, Londres. <<

[120] Una observación quizá basada en las horas de luz diurna en Islandia: El 5 de mayo, en Reikiavik, el crepúsculo comienza antes de las tres de la madrugada (hora local). En Bistrita, el amanecer empezaría a las cinco y media de la mañana. <<

[121] En *Drácula*, Stoker explica que los gobernantes de Transilvania se absténían de arreglar las carreteras con excesiva rapidez para evitar que se sospechase de ellos que estaban preparándose para la guerra. <<

[122] La dramática descripción de Stoker de las montañas del Borgo estaba en realidad basada en el diario de viajes de E. C. Johnson, en el que informaba de su travesía a través de la escarpada Garganta del río Bicaz, aproximadamente a unos 60 kilómetros al sur del desfiladero del Borgo. <<

[123] Como antiguamente en Islandia los carroajes eran escasos, el término «*vagn*» es válido para todo tipo de vehículos. En *Drácula*, Stoker utiliza «*calèche*», que cogió prestada de Wilkinson, 1820. He reintroducido ese término aquí, «calesa», para distinguir el vehículo del conde, más ligero, de la diligencia y de los carros de transporte empleados más tarde por los eslovacos. <<

[124] En *Drácula*, es uno de los viajeros de la diligencia quien cita en alemán el *Lenore* de Burger al decir: «Pues los muertos viajan veloces». La misma cita se emplea en «El invitado de Drácula», grabada en la tumba de la condesa Dolingen-von Gratz. <<

[125] En *Drácula*, el conductor de la diligencia dice a sus pasajeros que han llegado al punto de encuentro «una hora antes de tiempo». Obviamente, su intención era llegar antes que el conductor enviado por el conde para así ofrecer al caballero inglés una excusa para que continuase con él hasta Bukovina. <<

[126] En el texto islandés, al señor Hawkins se hace referencia principalmente como «Hawkins *málaflutningsmaður*». Zoëga, 1922, enumera: «abogado, procurador, apoderado». «*málaflutningsmaður*» se refiere a presentar un pleito, originalmente ante la Asamblea General de þingvellir. Después de 1873, este término se traduce más específicamente «abogado de la Corte Suprema de Inglaterra y Gales». En el resto de la historia he evitado repetir el título del señor Hawkins. Según Davies, 1997, p. 133, el nombre de Hawkins proviene de Anthony Hope Hawkins, autor de *El prisionero de Zenda* (1894). <<

[127] En islandés: «*aftakaveður*», que se suele traducir como «tormenta violenta». El significado literal es: «clima asesino». <<

[128] En realidad, la zona del desfiladero del Borgo era muy popular en la época de Stoker para los cazadores de osos. Véase Tsérnatony, 1902, p. 256 y ss., y las estadísticas de caza ofrecidas por Boner, 1865, p. 155. <<

[129] Una pila de piedras utilizada para indicar un linde, un camino o un punto determinado. La expresión islandesa «*hverfa út í*» se utiliza principalmente cuando alguien se desvanece de repente, en la noche, en la niebla, etc. Resulta curioso que Harker pudiera ver con claridad lo que el conductor estaba haciendo. <<

[130] En *Drácula*, todos los personajes que se dirigen al castillo de Drácula desde el desfiladero del Borgo se quedan dormidos durante el viaje, de modo que la ruta que siguen no puede ser reconstruida a partir de sus diarios. Tal vez Stoker deseaba ocultar la verdadera localización del castillo, que yo sostengo que se encuentra en el monte Izvorul Ălimanului, unos 25 kilómetros (en línea recta) al sudeste del desfiladero (véase mi libro *The Ultimate Dracula*, 2012). En *Makt Myrkranна* se omite la última parte de *Drácula*, en la que los cazadores del vampiro persiguen al conde a través de Moldavia hasta su fortaleza, por lo que las pistas más decisivas no aparecen en la versión islandesa. <<

[131] En *Drácula*, Harker está desarmado durante el episodio en Transilvania; más tarde lucha con el cuchillo *kukri*. <<

[132] En islandés: «*við erum bráðum komnir heim*», lit.: «pronto estaremos de vuelta en casa». En el texto islandés se utiliza repetidamente la expresión «*að koma heim*» con el sentido de «llegar». <<

[133] Véase nota 61. <<

[134] En *Drácula*, los acontecimientos que siguen son todavía parte de la entrada en el diario de Harker correspondiente al 5 de mayo. <<

[135] La expresión islandesa «*heljarmaður*» literalmente significa «un hombre del infierno»: un bruto, muy fuerte y musculoso. <<

[¹³⁶] Lit: «tres *ells* de altura». Desde el siglo XIII, el islandés *ell* ha tenido un valor idéntico al de «*lögalin*» (aprox. 49,2 cm). A comienzos del siglo XVI, se adoptó el «Hamburg *ell*» (57,8 cm), hasta que en 1776 fue reemplazado por el «*ell* danés» (62,5 cm). Así pues, Harker media 187,5 cm de estatura como mínimo. <<

[137] Este personaje solo aparece en la versión islandesa, pero en las notas preliminares de Stoker se menciona a una criada sordomuda del conde. <<

[138] Los galones son adornos tejidos a mano, utilizados principalmente para decorar uniformes. El equivalente en alemán es «*Tresse*», relacionado con la palabra inglesa «*tress*» («trenza, mechón de pelo»). <<

[139] En *Drácula*: «¡Bienvenido a mi casa! ¡Entre libremente y por su propia voluntad!», y más tarde: «Bienvenido a mi casa. Entre libremente. Sea salvo al marchar, y deje algo de la felicidad que trae consigo». En la versión islandesa estas fórmulas están condensadas. Stoker introduce la idea de que una víctima potencial debe penetrar por propia voluntad en el territorio de un vampiro. <<

[¹⁴⁰] En islandés: «*hvíldar og hressingar*», otra aliteración. <<

[141] En *Drácula*, Harker se dirige a su cliente simplemente como «conde». En *Makt Myrkranna*, Harker y Hawkins emplean «señor conde» («*Herra greifi*»), una fórmula que se encuentra en muchas novelas del siglo XIX (Scott, Dickens). Lo que aquí aparece como la carta completa, en *Drácula* solo aparece como un fragmento. He introducido «por no atenderle en persona» para evitar una impresión de descortesía.

<<

[142] Esta frase combina la descripción que se hace en *Drácula* del *paprika hendl*, que Harker degustó en el *Hotel Royale* de Klausenburg, con las cualidades del «excelente pollo asado» que le sirven en el castillo de Drácula. <<

[143] Tokay (Tokaj) es el centro de una famosa región vinícola de Hungría, entre los ríos Bodrog y Hernád. Luis XV de Francia elogió el Tokay como «el vino de los reyes, el rey de los vinos». <<

[144] Lit.: «como la comida del Paraíso en mi boca». <<

[145] Caninos: dientes incisivos. Para Stoker, estos dientes parecían ser una señal especial de poder animal: «Tennyson levantaba en ocasiones el labio superior y dejaba a la vista los caninos, lo que es un indicio de instinto combativo. De todos los hombres que he conocido, el que más marcado tenía ese gesto era *sir* Richard Burton». «Mientras [Burton] hablaba, su labio superior se alzó y sus caninos mostraron toda su longitud, con el brillo de una daga». Véase Stoker, 1907, pp. 130 y 229. <<

[¹⁴⁶] En islandés: «um alla heima og geima», lit.: «sobre todos los mundos y lugares», sobre cosas que están al alcance y cosas que quedan fuera de nuestro alcance. <<

[¹⁴⁷] En islandés: «*þvílíkir tónar!*», una aliteración. <<

[148] El conde se llama a sí mismo «viejo cazador», igual que había hecho el conductor de la calesa. En *Drácula*, Harker sospecha muy pronto que ambos son la misma persona. <<

[149] En *Drácula*, la anotación del diario de Harker correspondiente al 7 de mayo comienza aquí. <<

[150] En *Drácula*, este párrafo indica la ausencia de espejos, pues los vampiros no se reflejan en ellos. «En esta casa hay, sin duda, algunas deficiencias, teniendo en cuenta las extraordinarias evidencias de riqueza que me rodean. La vajilla es de oro [...] pero no hay ni un solo espejo en ninguna de las habitaciones. Ni siquiera uno pequeño en mi tocador, por lo que he tenido que sacar de mi maleta el espejo que uso para así poder afeitarme y peinarme». <<

[151] La forma acortada «D-a» puede indicar una firma apresurada y casi ilegible. <<

[152] En islandés: «*gullgerðalist*», lit.: «el arte de hacer oro». El arte secreto de la alquimia consistía en convertir materiales sin valor, como el plomo, en oro. <<

[153] En *Drácula* no hay ninguna referencia al ocaso en Escocia, pero mientras preparaba la novela, Stoker y su familia solían pasar las vacaciones en Cruden Bay, cerca de Aberdeenshire. *The mystery of the Sea* (1902), de Stoker, está ambientada allí. <<

[154] En *Drácula* no hay murciélagos en el castillo ni en los alrededores de este. *Makt Myrkranna* parece anticipar la película *Drácula*, de 1931, de Universal Pictures, dirigida por Tod Browning, en la que un murciélagos de gran tamaño revolotea cerca de una ventana abierta en el castillo. <<

[155] En todas las conversaciones se emplea la forma honorífica «þér» («ye»). En la actualidad esta fórmula ya no se utiliza en Islandia, ni tampoco en el Reino Unido. Para evitar una traducción anticuada, he recurrido al más moderno «you» (que, originalmente, también era una fórmula honorífica). <<

[156] El texto original muestra «*feber*» entre comillas. Esta palabra se utiliza en danés, sueco y noruego, pero no en islandés. En la edición de 2011 aparece «*hitsatótt*». <<

[157] En *Drácula*, Harker se encuentra con tres vampiresas, y entre ellas la rubia de ojos azules es la más provocativa. En *Makt Myrkranna* se la aísla del grupo y se le otorga un papel principal en el episodio de Transilvania. <<

[158] Esto podría ser una referencia tanto a Josefina de Beauharnais (1763-1814), esposa de Napoleón I, como a la mayor de sus nietas, Josefina de Leuchtenberg (1807-1876), reina consorte de Suecia y Noruega. Los vestidos de esas épocas dejarían más a la vista que los de la Inglaterra victoriana. <<

[159] En islandés: «*skygðum*» (1900 y 1901) o «*skyggðum*» (2011). En diccionarios modernos, el verbo «*að skyggja*» se traduce como «oscurecer» o «eclipsar», pero en los diccionarios tanto de 1874 como de 1922 se le da el significado de «dar brillo». Del mismo modo, el diccionario de 1874 enumera «*skyggðr*» como «brillante, pulido, transparente o que da luz». De forma similar, el diccionario de 1922 enumera «*skygður*» como «pulido, brillante» y «*óskygður*» como «no pulido». <<

[160] En islandés: «*það kemur sér [...] betur*», la forma comparativa de «*það kemur sér vel*» («que viene muy bien»), se emplea para indicar una situación preferible. Desafortunadamente, el texto no indica para qué o para quién resulta ventajoso el atractivo de Harker. Quizá lo que se pretende es un doble sentido: «*að koma sér vel*» significa «para hacerse popular», especialmente referido al sexo opuesto. <<

[161] El plural puede ser un *pluralis majestatis*, también mencionado en *Drácula* con respecto al conde: «Siempre que hablaba de su casa, decía “nosotros” y hablaba en plural, como hacen los reyes». Sin embargo, la chica comienza la frase en singular. Además, el *pluralis majestatis* apenas se emplea en el islandés tradicional. Por lo tanto, el plural podría referirse a la chica y al conde, que habitan ambos el mismo castillo, o a «hermanas vampiresas», o podría sugerir a alguien desconocido. <<

[162] En islandés: «*austurlensku augum*», lit.: «ojos del este». Esto podría apuntar a la relación del conde con los hunos o a la influencia genética de los tártaros (como más tarde se menciona en la novela), o simplemente a Transilvania, su tierra natal. <<

[163] Una primera indicación de las aspiraciones de poder del conde. En *Drácula*, el anfitrión de Harker es representado como un antiguo líder militar, pero no muestra ambiciones públicas. En los episodios ambientados en Whitby y Londres permanece escondido, excepto cuando se encuentra por sorpresa con alguien. <<

[¹⁶⁴] Aquí en la versión islandesa se utiliza «*það kæmi sér best*», la forma superlativa de «*það kemur sér vel*» («que viene muy bien»). Véase nota 91. <<

[165] La intuición de Harker resulta sorprendentemente exacta, dado que parece no conocer los hábitos de los vampiros y no sospecha que el conde es uno de ellos. <<

[166] Un brillante ejemplo de discurso sociopático, poniendo a Harker en punto muerto. <<

[¹⁶⁷] En islandés: «*fögur eins og gyðja, en geðveik*», aliteración que constituye un juego de palabras. <<

[168] En islandés: «*mannsefninu sínu*», utilizado principalmente en un sentido retrospectivo para referirse al hombre con el que una mujer se casará en un futuro, es decir, su futuro marido. En *Makt Myrkranna* no queda claro si el término hace referencia a un prometido en particular, que podría haber abandonado a la pobre chica, o a una potencial nueva pareja, o a un hombre a quien ella podría confundir con su antiguo pretendiente. <<

[169] Grimm, 1854, pp. 914-918, relata una docena de leyendas similares en las que las doncellas de blanco representan princesas o antiguas diosas paganas. Véase también la traducción inglesa de Grimm, 1883, pp. 962-968. <<

[170] *Drácula* menciona un mito similar, pero en un contexto completamente diferente: en el capítulo de Whitby se alude al fantasma de St. Hild, que a veces se aparece en la abadía en ruinas. Más tarde, la sonámbula Lucy Westenra es vista en el cementerio como «una figura medio reclinada, blanca como la nieve». En Londres se convierte en la «Bloofers Lady» vestida de blanco, que vaga por Hampstead Heath y persigue a niños pequeños. Davies, 1997, p. 132, señala como influencia *La dama de blanco* (1859), de Wilkie Collins. <<

[¹⁷¹] En islandés: «*menningar birtu þessarar aldar*». La inflexión islandesa permite dos traducciones: «civilizaciones de luz de esta época» o «luz de la civilización de esta época». La segunda opción es la que encuentro más plausible. <<

[172] Unas líneas más arriba Harker ya había mencionado que el conde había estudiado los documentos. <<

[173] Como en la copia mecanografiada original de Stoker para *Drácula*. <<

[¹⁷⁴] En islandés: «*að dreifast*», lit.: «ser esparcido». La conexión con ser enterrado es evidente a partir del texto correspondiente en *Drácula*: «Me alegro también de que haya una vieja capilla. A nosotros, los nobles de Transilvania, no nos gusta pensar que nuestros huesos puedan yacer entre los de la gente vulgar». <<

[¹⁷⁵] En islandés: «*hafa lifað dagslífi*». Esto podría significar que la gente común (a diferencia de los vampiros, que viven eternamente) es como la mosca efímera, que solo vive durante unas pocas horas y muere al atardecer. Como alternativa, el conde podría querer decir que solo han vivido durante el día, pues duermen de noche, cuando los vampiros están despiertos. <<

[¹⁷⁶] En islandés: «*ofninn*», lit.: «horno», pero previamente Harker había mencionado una chimenea. <<

[¹⁷⁷] En islandés: «*haugeldar*», un fuego visto sobre una tumba. En rituales paganos noruegos, un «*haug*» era un túmulo erigido en honor de una persona enterrada. Stoker sacó la información sobre llamas y tesoros de un artículo de Emily Gerard sobre supersticiones de Transilvania: «En la víspera del domingo de Resurrección las brujas y los demonios campan a sus anchas, y se cuenta que los tesoros escondidos revelan su localización mediante una llama titilante». Véase Gerard, 1885. Semejantes creencias populares de Transilvania tienen mucho en común con su equivalente en Noruega: «Era una consecuencia de sus ideas de un futuro estado [= vida, existencia] enterrar con los muertos, en su tumba, no solo herramientas útiles, sino también oro y ornamentos con los que poder destacar en los vestíbulos del Cielo, o tal vez una espléndida armadura con la que el espíritu [...] podría realizar una entrada honorable en el Valhalla. Estos tesoros, que, cuando eran muy valiosos, se decía que revelaban su localización mediante fuegos nocturnos que se encendían sobre sus túmulos (*haugeldar*), a menudoatraían a algunos hombres a asaltar y robar las tumbas. Pero estos ladrones debían estar preparados para luchar con el inquilino de la tumba (*haugbúi*), o el fantasma del hombre enterrado». Citado de Keyser, 1854, p. 307 y ss.

<<

[¹⁷⁸] En islandés: «*fylgja*», en referencia otra vez a la mitología nórdica: un espíritu o fantasma unido a una persona concreta, que define o influye en su carácter y su destino. <<

[179] En *Drácula*, Harker explica: «Me sobresalté, pues me sorprendió no haberlo visto entrar, ya que el reflejo del espejo cubría toda la habitación a mi espalda». <<

[180] Davies, 1997, p. 133, explica que esta escena se inspiró en *The Compensation House* (1866), de Wilkie Collins. <<

[181] Previamente Harker había mencionado la chimenea encendida en su habitación, ahora habla de un horno, que concuerda con la presencia de una cesta de carbón. Véase también nota 107, sobre la chimenea del salón comedor. <<

[182] En islandés: «*ættfulgju*», de nuevo en referencia a un espíritu que influye en el carácter de una tribu, clan o familia. <<

[183] La expresión islandesa «*frænka*» puede referirse a prima, tía o nieta. Como la chica es mucho más joven que el conde, he optado por «sobrina». Más adelante sabremos más cosas sobre su relación familiar. El uso de las comillas por parte de Harker sugiere que no está muy seguro de la naturaleza de esa relación familiar, o incluso duda de que sea cierta. <<

[¹⁸⁴] En islandés: «*Hvítu handleggirnir hvíldu*», otro ejemplo de aliteración. <<

[185] No queda claro por qué ahora Harker sí parece dar crédito a las palabras del conde. <<

[186] En islandés: «*Ijúfsárrar tilkennigar*». «*Ijúfsár*» = «*Ijúfur*» («dulce o encantador») + «*sár*» («amargo» o «doloroso»), una combinación utilizada principalmente para referirse a la nostalgia. En *Drácula* aparece de forma similar: «Había algo [en las vampiresas] que me inquietaba, un deseo que al mismo tiempo era pavor». <<

[187] En *Drácula* hay una noción semejante: «La otra era rubia, tan rubia como se puede ser, con grandes mechones de pelo dorado y ondulado y ojos como zafiros pálidos. Su rostro me era en cierto modo familiar, como si lo conociera a través de algún sueño que me había provocado miedo, pero en ese momento no podía recordar cómo ni dónde». Se especula con que esta chica le recuerda a Harker a la condesa Dolingen-von Gratz, que aparece en *El invitado de Drácula* (1914), una historia que a menudo es considerada como el primer capítulo omitido en *Drácula*, o como un ensayo para la novela. <<

[188] Wilhelm Conrad Röntgen publicó su estudio sobre los rayos X en diciembre de 1895, y Marconi descubrió unos pocos meses más tarde el principio de la transmisión sin cables. Por lo tanto, no resulta sorprendente que a finales del siglo XIX los investigadores psíquicos comenzasen a especular sobre «rayos de pensamiento» que afectasen el cerebro. <<

[189] Esto resulta intrigante: la chica se comporta como si fuera cómplice de Harker y le advierte que tenga cuidado... ¿De qué? <<

[190] En *Drácula*, la entrada del diario de Harker correspondiente al 7 de mayo indica que examina un mapa de Inglaterra en el atlas del conde y descubre marcas circulares sobre Exeter, Whitby y el este de Londres. El conde ha planeado de antemano su llegada a Whitby, aunque Harker nunca ha mencionado que Mina y Lucy irán allí de vacaciones. <<

[191] Aunque en las películas modernas se muestra que los infames crímenes de Whitechapel se cometían en callejones mal iluminados y cubiertos de niebla, los verdaderos asesinatos del Destripador tuvieron lugar en noches claras, en calles sin iluminación. Durante el cambio de siglo era habitual que en Londres hubiera una mezcla de niebla y humo. En 1905, en el Congreso de Salud Pública de Londres, se acuñó el término «*smog*» para denominar esa mezcla. Harker debe de referirse a esa insalubre combinación de aire húmedo, humo y dióxido de azufre. La bruma común también se da en las montañas, como se verá en los siguientes capítulos. <<

[192] En islandés: «og eldur brann nærrí því úr augum hans», una expresión usada repetidamente entre 1820 y 1920, inspirada en sagas islandesas tradicionales. Véase *Fornaldar Sögur Nordranda (eftir gomlum handritum)*, 1829, p. 111; *Fjörar Riddersögur*, 1852, p. 19; *Sagan af Starkaði í Stórvirkssyni*, 1991, p. 138. Hálldor Laxness también la utiliza en su primera novela, *Barn nátturunnar*, 1919, cap. 24, p. 217. <<

[193] En islandés: «*valska*». En Islandia no había ratas hasta el siglo XVII, y cuando llegaron a bordo de barcos se les llamó «*valska*» o «*völsk mús*», lit.: «ratón galés», en inglés «*welsh mouse*». La palabra «*welsh*» hace referencia a algo extraño o foráneo, y fue utilizada originalmente por los anglosajones para referirse a los habitantes celtas de Gales. <<

[194] En *Fjallkonan* encontramos la palabra «*dömu*» («dama»), y en las ediciones de 1950 y 2011 «*konunni*» («mujer»). <<

[195] Aunque no he podido encontrar ninguna otra mención en la literatura islandesa de «joyas de dragón», los dragones desempeñan un papel importante en los mitos islandeses y eran representados también en joyería. Véase Cutrer, 2012, p. 17. <<

[196] El texto islandés permite dos interpretaciones: o bien este cuadro fue el último que el conde le muestra, o bien la mujer es la última venta del tratante de esclavos. En el Reino Unido, no obstante, la esclavitud ya estaba prohibida por la cláusula de *habeas corpus* en la Carta Magna (1215), por lo que parece improbable que Harker hubiera visto alguna vez un mercado de esclavos. Unas páginas más adelante descubriremos que solo ha visto «salvajes» en ilustraciones de libros. El tema de un tratante de esclavos mostrando a una esclava desnuda era popular entre los artistas del siglo XIX, como Jean-Léon Gerome, Ernest Normand, John William Waterhouse y Géza Udvary. <<

[197] En islandés: «*Eins og hún þarna uppi?*». El uso de «*þarna*» («allí») sugiere que quien habla se refiere a alguien o algo de lo que ya se ha hablado. Para introducir algo o a alguien nuevo se utilizaría «*hérna*». Después de comentar otros retratos, el conde vuelve a referirse ahora al retrato de la mujer que han visto en primer lugar. <<

[198] Lit.: «la hija del hermano de mi padre», por lo que la mujer retratada es la prima hermana del conde. Y puesto que el conde afirma que es la bisabuela de la chica rubia, el tío del conde Drácula ha de ser el tatarabuelo de la chica. Sin embargo, la narración sugiere que la chica rubia es en realidad la mujer del retrato, presa de una eterna juventud por su naturaleza vampírica. <<

[199] Harker se escandaliza porque el conde aboga por la endogamia, asegurando que es más saludable que la exogamia. <<

[200] Al repetir «*hún parna uppi*» y al usar el artículo definido el texto nos indica que el conde continúa hablando de la mujer del retrato al fondo de la galería. <<

[201] Estas palabras son una reminiscencia de las que Napoleón escribió a Josefina de Beauharnais en febrero de 1797: «Tú a quien la Naturaleza ha dado espíritu, dulzura y belleza; tú, que eres la única que puede gobernar en mi corazón; ¡tú, que sin duda eres consciente del poder absoluto que ejerces sobre mí!». Véase Bonaparte, 1935 (traducción mía). Cf. Blaufarb, 2008, p. 40. <<

[202] En islandés: «*fallegu hendurnar hafa haldið*», otro ejemplo de aliteración. <<

[203] Históricamente, la dinastía Drácula gobernó en Valaquia, pero el vampiro de Stoker vive en el extremo nordeste de Transilvania. La cima de la montaña en la que considero que Stoker imaginó el castillo de Drácula, el monte Izvorul Climanului, pertenecía en realidad a un distrito en el que el sesenta y tres por ciento de la población era Siculi, frente a solo un dos por ciento en Bistrita. Ver mapa de población en Boner, 1865. En la copia mecanografiada de *Drácula*, el conde habla de quitar el «yugo austriaco», lo que cuadraría con el punto de vista tanto de los magiares como de los Siculi. En el libro impreso, sin embargo, el conde habla del «yugo húngaro», aunque los Siculi eran aliados de los húngaros. Con ese cambio de última hora, quizá Stoker pretendía restaurar en los Drácula un pasado valaquio. <<

[204] Los escitas eran tribus seminómadas del antiguo Irán que vivieron en las llanuras de Asia Central desde el año 700 a. C. <<

[205] Las líneas que en *Drácula* mencionan las batallas de la dinastía Drácula contra los turcos no aparecen en *Makt Myrkranna*, eliminando así posibles asociaciones con personajes históricos, es decir, con los miembros del clan Drácula que hacían campaña contra los turcos. <<

[206] Esta es otra posible alusión a Josefina de Beauharnais, de la que se decía que gobernaba el mundo desde su dormitorio. <<

[207] Napoleón I fue coronado el 2 de diciembre de 1804. <<

[208] El único miembro varón de la familia Drácula mencionado hasta ahora sería el propio anfitrión de Harker, primo de la dama del retrato. Esto explicaría su sorprendente conocimiento de la historia que está a punto de contar. <<

[209] Esto refleja las palabras bíblicas: «Toda carne es hierba, y todo lo agradable que mana de ella es como la flor en el campo; si la hierba se marchita, la flor se desvanece, porque el espíritu del Señor sopla sobre ella; seguramente las personas son hierba. La hierba se marchita, la flor se desvanece, pero la palabra de nuestro Señor siempre se mantiene» (Isaías 40, 6-8, Biblia del Rey Jacobo). Este pensamiento es reiterado por Thomas de Kempis en su *Imitation of Christ* (circa 1420): «Esta vida es corta. Es como la flor en el campo, nace a la vida en primavera, florece en verano, empieza a languidecer en otoño y muere en invierno». La misma idea se presenta en la *Dance of Death* del Camposanto del Predicador de Basilea (circa 1440): «*O Mensch betracht / Und nicht veracht / Hie die Figur / All Creatur / Die nimpt der Todt / Früh und spot / Gleich wie die Blum / Im Feld zergoht*» [Oh, hombre, contempla / como aquí se revela / en el muro del cementerio / el destino de todos / que tarde o temprano / a la Muerte debe ofrecerse / como en el campo / la flor se marchita] (traducción propia del alemán). Véase también Job 14, 2 y salmo 103, 15.

<<

[210] Otra posible referencia a Josefina de Beauharnais (1763-1814), que en 1779 se casó con el joven Aleixandre, vizconde de Beauharnais (1760-1794). Josefina hizo famoso el nombre «de Beauharnais». Tras la ejecución de Aleixandre durante el Reinado del Terror, Josefina tuvo varios líos amorosos con líderes políticos hasta que en enero de 1796 casó con Napoleón Bonaparte, seis años menor que ella. Ese mismo año, mientras Napoleón lideraba campañas bélicas en el extranjero, ella comenzó una relación con Hippolyte Charles, un joven y atractivo teniente de los húsares (1773-1837). Napoleón fue informado de la relación, y en un arranque de ira decidió divorciarse de ella, pero su carta con instrucciones para su hermano José fue interceptada por el almirante Nelson, lo que añadió el ridículo a la vergüenza cuando los periódicos de Londres y París la publicaron. Josefina rompió con su amante para salvar el matrimonio, pero Napoleón, que por cierto tenía varias amantes, acabó solicitando el divorcio en 1809, pues Josefina no podía darle un heredero. Durante su matrimonio, Napoleón le regaló varias joyas que fueron heredadas, a través de las nietas de Josefina, por las familias reales de Noruega y Suecia. <<

[211] El desdén con el que el anfitrión de Harker describe al segundo marido de su prima hace dudar de la teoría de que ambos condes sean la misma persona. <<

[212] En islandés: «*hlaupið fyrir ætternisstapann*», lit.: «saltó al Precipicio Familiar», una burla cruel en referencia a *Gautrek's saga*. Durante una cacería, el rey Gauti de Götaland Occidental se pierde en los bosques y se encuentra con una familia de deficientes mentales. La hija mayor, Snotra, explica al rey: «Hay un peñasco escarpado cerca de nuestra granja, se llama el Peñasco de Gilling, y tiene un precipicio que llamamos “Precipicio Familiar”. Es tan alto y la caída tan profunda, que no hay ninguna criatura viviente que pueda salvarse si cae allí. Lo llamamos “Precipicio Familiar” porque lo utilizamos para reducir el tamaño de nuestra familia cuando algo muy maravilloso sucede. Allí, nuestros mayores pueden morir sin sufrir ninguna enfermedad, y van directamente a encontrarse con Odín. De esa forma, no se convierten en una carga para nosotros y no tenemos que soportar su cabezonería, pues ese dichoso precipicio está abierto para todos los miembros de nuestro clan sin distinción alguna, y, por lo tanto, no tenemos que sufrir de falta de dinero o comida, ni tampoco de ninguna otra extraña maravilla o milagro que pueda sucedernos» (traducción propia). Al comienzo de la saga, el autor anónimo ya advierte a sus lectores de que se trata de una «historia feliz»: las ideas y el comportamiento de esa familiar resultan obviamente estúpidos. Según las creencias nórdicas, Odín y Freya solo acogerán a aquellos que hayan muerto de forma honorable en el campo de batalla. Los que mueran por enfermedad o vejez irán al reino de Hel; los que hayan cometido suicidio (en especial si es por motivos sin importancia, como ocurre más adelante en la saga) irán a una sección particularmente espantosa llamada Náströnd, la Costa de los Cadáveres, donde el veneno de serpiente no para de gotear sobre asesinos, adúlteros y aquellos que han roto algún juramento. Según las creencias cristianas, el chico (culpable tanto de suicidio como de adulterio) también irá al infierno (nombre derivado en inglés del nórdico *Hel*). En el tema del amor prohibido, al acabar con una caída mortal se encuentra un paralelismo aún más profundo entre la historia del conde y las palabras de Snotra; cf. Milroy, 1966-1969, y en el cuento de Rapunzel de los hermanos Grimm. <<

[213] En islandés: «*að veita nábjargir*». En la antigua tradición nórdica, se denomina «servicio de Muerte» al acto de cerrar los ojos, la boca y las fosas nasales de una persona muerta. Véase Boyer, 1994, p. 56. <<

[214] En islandés: «taugaveikur». Actualmente, «taugaveiki» se traduce como «tifus». Sin embargo, la primera epidemia de tifus alcanzó Islandia en 1906. Aquí «taugaveikur» se refiere a un estado de agitación nerviosa («tauga» significa «nervioso» y «veikur» significa «enfermedad»), tal y como se menciona en *Nordri*, del 30 de abril de 1856: «sjúkdóma [...] kallada Taugaveiki (*Hypocondrie og Hysterie*)». Mientras que la hipocondría podía también corresponder a los hombres, la histeria se consideraba una enfermedad exclusiva de mujeres. El doctor Jean-Martin Charcot, que es mencionado en *Drácula*, trató a un gran número de mujeres a las que se había diagnosticado esta misteriosa enfermedad en el Hospital Salpêtrière de París. Aseguraba que era un defecto del cerebro. La Escuela de Nancy, por otro lado, sostenía que el comportamiento histérico tenía causas psicológicas y no fisiológicas. Poco antes de su muerte en 1893, Charcot tuvo que admitir que estaba equivocado, y el número de pacientes «histéricas» se redujo de forma dramática. Ver mi artículo sobre Bram Stoker, el doctor Van Renterghem y la hipnosis en la época victoriana en *De Pareldutker*, octubre de 2012. <<

[215] Alusión al punto de vista cristiano: «si te ofenden, no se lo tomes en cuenta» («virð einskis við þá er þer gora í mein»), del *Libro de Sermones* islandés (siglo XII). En 1872 se publicó una aclamada edición de este manuscrito se publicó en sueco, Wisén, 1872. <<

[216] Ahora el conde habla de sí mismo en tercera persona y hace referencia a su plan de mudarse a Inglaterra. <<

[217] Esto puede apuntar a un marcado rasgo hereditario, posiblemente acentuado por la práctica de la endogamia, o a la existencia de siglos de Drácula y su prima, representada mediante los retratos. <<

[218] En islandés: «*fór út í aðra salma*», lit.: «empezó a leer de otro salmo». <<

[219] En islandés: «úr afli, fegurð og öðru atgervi», repitiendo la *Egil's Saga* (siglo XIII), capítulo 8: «Sobre þórólf y Bárð la gente decía que eran iguales en atractivo, estatura, fuerza y otras buenas cualidades». («þat var mál manna um þórólf ok Bárð, at þeir væri jafnir at friðleik ok á vöxt ok afl ok alla atgervi», traducción propia). <<

[220] En 1859, Charles Darwin publicó *On the origin of Species*, y, pese a la oposición del clero, en el plazo de veinte años fue ampliamente aceptada como la explicación de la variación y selección de las especies en su lucha por existir. La exposición que hace el conde del mecanismo de la selección natural según Darwin es exacto, pero a Harker obviamente le desagrada la conclusión a la que ha llegado su anfitrión de que los fuertes tienen un derecho «natural» a gobernar y explotar a los débiles, un juicio normativo que no está presente en las teorías de Darwin. <<

[221] Este es otro personaje que solo aparece en *Makt Myrkranna*. <<

[222] «*Natra gamla*» debe de referirse a la anciana ama de llaves. Tal vez se trata de un juego de palabras con «*Naðra*», que significa «víbora», «culebra» o «serpiente» (en alemán antiguo, «*natra*»). El *Völuspá*, el primero y más famoso poema de la *Older Edda*, cuenta cómo luchó Thor contra la Serpiente Jörmungandr, guardiana de Midgard. Mortalmente herido, Thor logra alejarse caminando: «Nueve pasos aún pudo dar / el Hijo de la Tierra, dolorido / golpeado por la serpiente / sin temer ninguna burla» («*Gengr fet níu / Fjörgynjar burr / neppr frá naðri / níðs ókvíðnum*», en traducción propia). Como veremos más adelante, la anciana en realidad se comporta como un vigilante, sin quitarle el ojo de encima de Harker cuando este intenta encontrar una forma de salir. Otra opción es que Valdimar jugase con el nombre de una conocida iglesia en ruinas de Suecia: «*Nätra gamla*». Hoy, según los puristas de la lengua islandesa, «*natra*» es la palabra nativa para «ortiga», llamada «*netla*». <<

[223] Las siguientes escenas, que abarcan dos días, se corresponden con la entrada del 12 de mayo en el diario de Harker en *Drácula*, pero la conversación sobre la chica rubia solo aparece en *Makt Myrkanna*. <<

[224] Como «*frænka*», la palabra «*frændkona*» puede referirse a distintos tipos de familiares femeninos, excepto madre, hija o hermana. <<

[225] Extraño temor para un libertino que acaba de explicar que la pasión no está atada a ninguna convención. Teniendo en cuenta el deseo de la chica por hallar una pareja romántica, la preocupación del conde no resulta ilógica, pero falta por saber quién será al final la víctima y quién el responsable. <<

[226] En islandés: «*Í kveld*», lit.: «por la tarde». Debe de ser la tarde del 8 de mayo, porque más tarde el conde hace referencia al acuerdo por el que Harker prolongará su estancia, tema que trajeron la noche anterior. <<

[227] Probablemente se refiere a Borgo-Prund, la población más grande entre Bistrita y el desfiladero del Borgo. Véase K. y K. Spezialkarte, 1876-1907, zona 17, columnas XXXI y XXXII. <<

[228] La expresión aliterativa «*að sér hitnaði um hjartaræturnar*» significa literalmente «calentar las raíces del corazón» y suele hacer referencia a una simpatía o entusiasmo repentina. Cleasby/Vigfússon, 1874, también da la variante negativa, «alarmarse», que es la única reacción lógica a la arrogancia del conde. <<

[229] Como en *Drácula*, el conde ha planificado de antemano su llegada a Whitby, aunque Harker no había llegado a decirle que su prometida y su amiga iban a pasar allí las vacaciones. Véase también nota 121. <<

[230] En *Drácula*: «*Herr Leutner, Varna*». «*Seutner*» podría ser un error de transcripción. En *Drácula*, es Varna desde donde parte el *Demeter*, con el vampiro a bordo, hacia Whitby. <<

[231] Aquí no se aprecia el guiño de Stoker: en *Drácula* aparece «Coutts & Co., Londres», el banco de la amiga de Stoker, Angela Burdett-Coutts (véase Davies, 1997, p. 133 y ss.). En la reedición de *Makt Myrkranna*, en 2011, se lee «Corsets Bankastjóra», que significa: «el director de banco del Banco Corset», lo que quizá sea una broma del tipógrafo. <<

[232] En *Drácula*: «a Herren Klopstock & Billreuth, banqueros, Budapest». <<

[233] En *Drácula* encontramos la observación contraria: «Mientras escribía empecé a temer que estaba siendo demasiado difuso, pero ahora me alegro de haber entrado en tantos detalles desde el principio, pues hay algo en este lugar y en todo cuanto contiene que me llena de inquietud». Véase *Drácula*, capítulo 2, diario de Harker correspondiente al 8 de mayo. <<

[234] En islandés: «*að setja hlerana fyrir*», «cerrar los postigos». Cleasby/Vigfússon, 1874, define «*hleri*» como «un postigo o puerta para dormitorios o armarios en casas antiguas, que se movían arriba y abajo por una ranura o surco, como las ventanas en las casas inglesas, y se cerraban con llave». <<

[235] En islandés: «*stétt*». En ciertas comunidades islandesas, el «*stétt*» era la acera o pavimento que recorre la fachada de una casa. En esta escena, obviamente se trata de un alféizar o cornisa que recorre horizontalmente el exterior del muro. <<

[236] En *Drácula*, el conde se desliza por la pared como una lagartija y lo hace cabeza abajo, lo que elimina cualquier explicación natural. En *Makt Myrkranna* esa posibilidad sí queda abierta. <<

[237] Harker describirá más tarde que la cornisa une la torre sudoeste con la sudeste (donde está su dormitorio), por lo que la figura humana debe de haber salido de la torre a su derecha y no a su izquierda, a menos que Harker, al escribir esta anotación en su diario mientras se encuentra en la biblioteca, adaptase su descripción a la perspectiva que tenía desde esta estancia. <<

[238] Otro personaje que solo aparece en *Makt Myrkranna*. En *Drácula*, el conde le tiende a las vampiresas una bolsa con «un niño medio asfixiado». Más tarde, la madre es devorada por los lobos. <<

[239] Se refiere a que los lobos, si estaban cazando una presa, habrían devorado a su víctima. El estado de la chica hace pensar en hombres lobo, pero, como veremos más adelante, en el castillo habitan también otras criaturas. <<

[240] En islandés: «*varla hálfvöxnu tungli*»: la luna en la quinta o sexta noche después de la luna nueva. <<

[241] En islandés: «*ég [...] þóttist ganga úr skugga um*». La expresión «*ganga úr skugga um*» significa «cerciorarse», «verificar», «comprobar». La forma mediopasiva «*þóttist*» seguida por un infinitivo se suele traducir como «intentar», pero aquí está utilizada en el original para decir «pensar uno mismo». En su traducción de *The Million Pound Banknote*, de Mark Twain. Ásmundsson utilizó exactamente la misma frase para traducir «[...] juzgué, por el aspecto de las cosas». Véase Twain, 1893, p. 34 y *Fjallkonan* del 1 de mayo de 1894, p. 71. <<

[242] ¿Podría ser que estos espejos pertenezcan a una época en la que los Drácula todavía eran mortales? En la novela de Stoker de 1897 no se mencionan estos espejos. <<

[243] Esta descripción concuerda con la que encontramos en la entrada del diario de Harker correspondiente al 15 de mayo en *Drácula*: «Al final, sin embargo, hallé una puerta en lo alto de la escalera que, aunque parecía estar cerrada, cedió un poco bajo mi presión. Lo intenté con más fuerza, y descubrí así que no estaba cerrada con llave, sino que la resistencia se debía al hecho de que las bisagras se habían caído y que la puerta se apoyaba directamente en el suelo». Este mismo método para crear suspense se repite en dos ocasiones en la versión islandesa. <<

[244] A lo largo de la novela, en el texto islandés aparece la palabra «*höll*» («mansión» o «palacio») para describir el castillo de Drácula. En esta frase, «*kastali*» («castillo» o «fortaleza») se emplea para destacar la torre principal del resto. Dado que el castillo de Drácula no es un palacio (que se asocia con elegancia y lujo, situado en un parque o jardín), he elegido la palabra «fortaleza» para describir la torre principal y he mantenido «castillo» en el resto de la novela, como sucede en *Drácula*. <<

[245] En islandés: «*ég átti hægra með*», donde «*hægra*» es una forma comparativa arcaica del adjetivo «*hægr*» («fácil»). Actualmente, «*hægr*» se escribe «*hægur*», con «*hægari*» (masculino y femenino) y «*hægara*» (neutro) como formas comparativas, mientras que «*hægri*» o «*hægra*» hoy significan «derecha» o «diestra». <<

[246] En la edición de 2011, este párrafo comienza «Ignoro cuánto tiempo había pasado hasta que me di cuenta de lo que había ocurrido en realidad», repitiendo casi palabra por palabra el inicio del párrafo anterior. En *Fjallkonan* y en la edición de 1901, esta repetición no existe. <<

[247] En *Fjallkonan*, esta frase termina con «*hálfhaltur*» («medio cojeando»), que no figura en la edición de 1901. <<

[248] Sabiendo que Drácula posee en su biblioteca libros sobre artes ocultos, puede que esto sea una nueva indicación de que el conde realiza actos de brujería y relacionados con el ocultismo. En *Drácula* no se hace referencia a estos símbolos en la cripta. En el folclore islandés, como en muchas otras creencias populares, existen diversos símbolos mágicos. Entre ellos están «*ægishjálmur*» (protección o invisibilidad durante una batalla), «*vegvísir*» (una brújula mágica), «*óttastafur*» (provocar miedo en el enemigo), «*lásabréjtur*» (abrir cerrojos y escapar), «*pjófastafur*» (protección contra ladrones), y «*stafur gegn galdrí*» (proteger contra la magia de otros). El uso de las runas mágicas se describe en *Sigrdrífumál*, una parte de la *Poetic Edda*. <<

[249] En *Drácula*, todo este viaje se cuenta en unas pocas palabras. Después de subir por el muro exterior hasta los aposentos del conde, Harker llega enseguida a la capilla: «Descendí, cuidando dónde ponía los pies, pues las escaleras estaban en penumbras, tan solo iluminadas por pequeñas troneras en la mampostería. Abajo había un oscuro pasaje, una especie de túnel del que emanaba un hedor pútrido que me produjo náuseas, el olor de tierra húmeda que había sido removida recientemente. A medida que avanzaba por el túnel, el hedor se volvía más intenso y cercano. Al fondo, empujé una pesada puerta hasta abrirla de par en par y me encontré en una capilla antigua y ruinosa, que evidentemente había sido utilizada como lugar de enterramiento». Véase la entrada del 25 de junio en el diario de Harker. Véase también la nota 191. <<

[250] Mientras en la edición de 2011 esta frase termina: «*sem olli mér óhug*» («que me asustó»), en *Fjallkonan* del 11 de agosto de 1900 leemos: «*sem fékk mér íhugunarefni*», lit.: «que me dio motivos para reflexionar», lo cual encaja mejor con los acontecimientos narrados. <<

[251] Recordamos que a bordo del carro del correo Harker recibió de sus compañeros de viaje varias varas de fresno para protegerse contra el mal. En *Drácula*, la entrada del día 15 de mayo en el diario de Harker nos informa de que hay fresnos en las escarpadas rocas que rodean el castillo. Casualmente, el fresno era el único árbol que había en Islandia durante la época de los asentamientos, además del abedul enano, y estaba dedicado a Thor. <<

[252] En *Drácula* no se describe ni a la chica muerta ni a su familia. Lo que sí aparece es una mujer llorosa que busca desesperadamente a su hija desaparecida. Las condescendientes palabras de Harker con respecto a la ignorancia del grupo demuestran que todavía no se ha dado cuenta de que se aloja en el hogar de un vampiro. <<

[253] ¿Realmente estaba la puerta cerrada con llave antes, o Harker sencillamente dio por hecho que así era? Si el sonido que le pareció oír era real, entonces ¿quién era la persona que le abrió y luego desapareció a toda prisa? Hasta ahora, solo uno de los personajes que hemos conocido podría calificarse como cómplice, dispuesto a ayudar a Harker a infringir las normas del conde. <<

[254] Esto es un error: durante el día, Harker se ha quejado de no saber dónde está la habitación del conde. <<

[255] Lo hizo por la mañana, al mirar desde la ventana de su dormitorio. Harker también había estado en esa torre, pero unos pisos más arriba, al explorar la galería de los retratos y entrar por la puerta que había al fondo. <<

[256] En 1900, la moneda de Islandia era la corona danesa, que se había introducido en 1875. El valor de 2480 nuevas coronas danesas era equivalente a un kilo de oro puro. Por lo tanto, un millón de coronas equivaldría a 403 kilos de oro puro, lo que en la actualidad (marzo de 2016) representa aproximadamente 14 millones de euros (16 millones de dólares). Por lo que «varios millones de coronas» equivale a varias toneladas de oro. <<

[257] En islandés: «*fáguðum gimsteinum*». Actualmente, «*fágaður*» se aplica sobre todo a alguien de estilo sofisticado o a algo que presenta un orden impecable. En el texto se emplea aún con su sentido original de «pulido o elegante», para decir que las gemas reflejaban la luz. <<

[258] En islandés: «*sem svöruðu til herbergja þeirra annars vegar í höllinni*», en la que la expresión «*svara til*» significa «encajar» o «corresponderse con», del noruego antiguo «*svara*» = «responder». Hay una equivalencia visible entre el anglosajón «*and-swarian*», el inglés antiguo «*andswaru*», el inglés medio «*answere*» y el inglés más moderno «*an-swer*». En este caso, Harker debe de referirse a que las habitaciones privadas del conde (inaccesibles hasta entonces) son el equivalente a las habitaciones que ya conoce: su propio dormitorio, el comedor y la biblioteca. O bien Harker tiene una orientación excelente para saber que los aposentos privados del conde están en la misma planta del comedor, o bien los muebles de todas las habitaciones son similares. <<

[259] Harker entra en el comedor desde los aposentos del conde, que quedan a su izquierda desde la ventana del comedor, y la torre principal está a su derecha. Ver el estudio al final de este libro y nuestros planos del castillo que están disponibles en internet. <<

[260] En *Drácula*, Harker realiza el registro en dirección opuesta: primero se arrastra por el muro exterior hasta la habitación del conde y descubre el oro; desde allí, desciende por una escalera angosta y acaba en la capilla en ruinas donde está el ataúd del conde. Véase también nota 180. No hay ninguna puerta que conecte la alcoba del conde con el comedor, sino que Harker tiene que escalar por el muro exterior. <<

[261] Esto concuerda con lo que decía el conde de que la «vieja Natra» nunca usa el pasillo, sino otro camino diferente. En las notas preliminares de Stoker para *Drácula*, se menciona una habitación secreta en la residencia del conde, pero esa idea no aparece en la publicación de 1897. Al igual que la presencia del ama de llaves sordomuda, esto sugiere que *Makt Myrkranna* puede estar basado en ideas previas para *Drácula*. <<

[262] En islandés: «*Etti ég ekki* — —». La forma subjuntiva de «*að eiga*» casi siempre precede a un infinitivo, en referencia a algo que alguien debería hacer («*eiga að gera*»). Como la pregunta queda interrumpida, las posibilidades son innumerables.

<<

[263] En islandés: «*mundi herma rétt frá*». La frase «*að herma rétt*» significa «informar correctamente». El verbo «*mundi*» indica una probabilidad o incertidumbre: Harker duda de que el conde le haya contado toda la historia. Curiosamente, esta expresión se había utilizado una sola vez en la historia del periodismo islandés, en *Fjallkonan* del 12 de agosto de 1889: Certo señor Lárus Blondal, de Kornsá, se había quejado de que el periódico había informado de manera inexacta sobre la reunión de la asociación de comercio en el norte de Islandia. Como editor de *Fjallkonan*, Valdimar contestó que el artículo estaba basado en una carta de un caballero local, del que el periódico había dado por hecho que «informaría correctamente sobre la reunión». <<

[264] En *Drácula* Harker se muestra rebelde: «Recordé la advertencia del conde, pero sentí placer al desobedecerla». Véase capítulo 3, la entrada en el diario de Harker correspondiente a «Más tarde: la mañana del 16 de mayo». <<

[265] La junta directiva del Congreso de Salud de Hastings, el 30 de abril de 1889, dirigió su atención hacia enfermedades mentales contagiosas como la manía bailarina del siglo XIV, epidemias mentales en las islas Shetland (1817) o una oleada de suicidios en la época de Napoleón. Ver *Longman's Magazine* de junio de 1889, pp. 145-163. Hasta hoy, las causas de la manía bailarina medieval no han podido ser identificadas con certeza. Los tres fenómenos mencionados podrían explicarse mediante el comportamiento imitativo y no mediante la acción de gérmenes infecciosos. <<

[266] A finales del siglo XIX, la moderna teoría de los gérmenes desbancó a la vieja teoría del miasma, según la cual el «aire malo» era la causa de enfermedades epidémicas, un punto de vista que el conde menciona muy apropiadamente. Investigadores como Louis Pasteur y Robert Koch estudiaron los ciclos de vida de los microorganismos que causan el cólera, la difteria, la disentería, la viruela, la escarlatina, la tuberculosis (tisis), el tifus, la fiebre tifoidea, la malaria, la sífilis y la peste. Muchas de estas enfermedades presentan un estado latente, durante el cual los síntomas desaparecen, aunque los gérmenes sobreviven y causan estragos en una segunda o tercera fase. <<

[267] En islandés: «*Ég [...] nennti ekki að hræra legg né lið*». La expresión aliterativa usa dos términos casi sinónimos («pierna» y «extremidad») para amplificar el enunciado; sirven como *pars pro toto* para todo el cuerpo. <<

[268] En islandés: «*að verða [...] heitt um hjartaræturnar*», lit.: «sentir calidez en la raíz del corazón», en este caso en un sentido positivo. Véase también nota 159. <<

[269] De nuevo, esto puede ser una pista de que esta frase fue creada en Reikiavik, donde las noches de verano nunca son del todo oscuras. Pero también en Londres ($51^{\circ} 31'$ Norte) las noches son en cierto modo más luminosas que en el desfiladero del Borgo ($47^{\circ} 16'$ Norte). Además, la metrópolis victoriana tenía por entonces farolas en las calles. <<

[270] Como se describe en los párrafos anteriores, Harker está tumbado, no sentado. De lo contrario, la chica, arrodillada frente al banco, no alcanzaría su garganta. <<

[271] En *Drácula* no aparece este diálogo: Harker se desmaya tras ver como el conde entrega a las tres vampiresas una bolsa que contiene un niño lloroso. <<

[272] Aquí el texto en islandés parece ser elíptico. He insertado las palabras «me hubiera reprochado» para que la frase tenga sentido. Véase también la nota siguiente.

<<

[273] Las últimas dos frases en islandés son: «*Hitt væri skiljanlegra, að ég hefði brotið móti boði hans með því að vera þar uppi. Ég gætti þá fremur skilið í því, að allt, sem mér þykir hafa borið fyrir mig sé draumur...*». La expresión «*Hinn/það væri skiljanlegra, að*» se utiliza con frecuencia para describir los argumentos o deseos de otra persona, en un sentido de concesión, donde «*skiljanlegra*» significa «más comprensible», «más que comprensible» o «perfectamente comprensible». Entiendo que Harker aquí describe cómo habría reaccionado si el conde se hubiera mostrado franco con él y le hubiese reprochado subir a la planta de arriba, en lugar de fingir que lo había encontrado en su propia cama. En ese caso, Harker habría estado dispuesto a creer en la posibilidad de que su último encuentro con la chica rubia hubiera sido parte de un sueño. Sin embargo, como percibe que el conde está mintiendo sobre ese punto en concreto, llega a la conclusión de que también lo hace sobre el resto. <<

[274] En *Drácula* da la impresión de que el principal objetivo del conde es pasar inadvertido y mezclarse con la multitud. Sin embargo, después de este episodio, *Makt Myrkranna* se desvía de esta idea y vemos que se le asigna al conde un papel más público, en el que actúa como anfitrión de personalidades diplomáticas internacionales en su casa de Carfax. Curiosamente, todos ellos se comunican entre sí en francés y no en inglés. <<

[275] En islandés: «*ljúft eða leitt*», otra aliteración. <<

[276] Con la amenaza de la «tiranía oriental», Herodoto se refería a la lucha entre las democráticas ciudades-Estado griegas y el rey Jerjes de Persia en las batallas de Maratón (490 a. C.) y Termopilas (480 a. C.). En la década de 1850, Karl Marx utiliza el término «despotismo oriental» para describir el «modo asiático de producción», caracterizado por el control estatal sobre la propiedad de la tierra y los sistemas de irrigación. Friedrich Engels expone este pensamiento en su *Anti-Dühring* (1878). Valdimar, que conocía las teorías socialistas, puede haber introducido en la obra estos términos, pues no están presentes en *Drácula*. <<

[277] El capítulo que sigue fue publicado en *Fjallkonan* el 13 de octubre de 1900, pero se omitió en la publicación en formato libro de 1901 y en su segunda y tercera ediciones. <<

[278] Un juego de palabras aliterativo en islandés: «*við erum engir englar, Englendingar*». <<

[279] Anteriormente el conde le había dicho a Harker que lo único que cuenta en la vida es el poder de gobernar a otras personas. Desde su punto de vista, el poder y el sexo deben estar estrechamente conectados. <<

[280] Aquí puede referirse a José, el virtuoso esposo de la Virgen María, o a José, hijo de Jacob y Raquel. En el Génesis 37-50, se describe cómo sus hermanos se burlaban de José, tildándolo de «gran soñador». En Egipto, José se resistió a los encantos de la esposa de Putifar, que intentaba seducirle; fue hecho prisionero, pero más tarde accede al poder. Cuando sus hermanos van a Egipto a comprar comida, se postran de rodillas ante él, con la cabeza gacha y se autodenominan sus siervos. <<

[281] En islandés: «*kærleikar kvenna kringsnúa jörðinni*», lo que probablemente sea una aliteración creada por el propio Valdimar, donde «*kvenna*» es el genitivo plural de «*kona*». Otra opción de traducción sería «Amar a las mujeres es lo que hace girar el mundo». En *Alicia en el país de las maravillas* (1865), de Lewis Carroll, encontramos: «Oh, es el amor, es el amor lo que hace girar el mundo», en boca de la Duquesa, en el capítulo 9. En ocasiones esta frase es atribuida al dramaturgo W. S. Gilbert. Bram Stoker conocía personalmente a ambos autores. <<

[282] A partir de este día, en el texto islandés se cambia el formato de fecha, pero en aras de la claridad he decidido mantener un formato estándar a lo largo de todo el texto. <<

[283] Estas palabras efectivamente sitúan a Wilma como una figura virginal frente a la lasciva chica rubia. Aunque en la actualidad *Drácula* se lee como una descripción encriptada del exceso sexual, el propio Stoker insistía: «el libro está necesariamente lleno de horrores y terrores, pero confío en que están calculados para limpiar mediante la pena y el miedo. En absoluto hay nada vil en el libro». Ver la carta de Stoker a William Gladstone, del 24 de mayo de 1897. Una década más tarde, el novelista defendió la censura en la ficción, argumentando que «las únicas emociones que resultan dañinas a la larga son las que emanen de los impulsos sexuales». El punto de vista de Valdimar puede haber sido diferente. En un artículo sobre Estados Unidos se mostró crítico ante el puritanismo americano: «El respeto hacia la mujer adquiere formas tan sutiles (en Estados Unidos) que un hombre puede ser denunciado por colgar su ropa interior allí donde una ama de casa pueda verla. [...] Los médicos dicen que la alta tasa de mortalidad infantil (en Estados Unidos) se debe, entre otros motivos, al hecho de que a las madres se les impide dar el pecho a sus bebés». Véase *Fjallkonan* del 10 de junio de 1890, p. 70. <<

[284] En islandés: «*sterkar á svellinu*», lit.: «más fuerte sobre el hielo», una frase aliterativa que denota un poder superior. <<

[285] Esta idea parece brotar de la nada. Pero tal y como se indica en la Introducción, el capítulo anterior, que se omite en las ediciones en formato libro, interrumpen los estudios de Harker en la biblioteca del conde, y aquí se reengancha con ellos. <<

[286] En la época en que se escribieron *Drácula* y *Makt Myrkranna*, en círculos médicos y legales se discutía fervientemente si era posible provocar mediante sugestión hipnótica un comportamiento criminal. Aunque muchos médicos mantenían que un instinto moral intacto no podía ser anulado mediante sugerencia, algunos acusados aseguraban que habían actuado bajo la influencia de la hipnosis, como, por ejemplo, hizo Gabrielle Bompard, en el caso del crimen Gouffé, que se juzgó en las Cortes de París en 1890. Este debate tiene una relevancia directa para *Drácula* y *Makt Myrkranna*, pues los vampiros que aparecen ejercen poderes hipnóticos mediante los cuales fuerzan a sus víctimas a realizar actos inmorales. Lo más probable es que Stoker conociera estas discusiones médico-legales, pues se habló de ellas, por ejemplo, en *The Nineteenth Century*. La obra *Trilby*, basada en la novela de George du Maurier de 1895, trata sobre el abuso de la hipnosis y fue un gran éxito en su momento. Ver mi artículo en *De Parelduiker* de octubre de 2012. Irónicamente, el médico que más se oponía a la idea de que la hipnosis podía provocar impulsos criminales, Gilles de la Tourette, recibió en 1893 un disparo en la cabeza por parte de Rose Kamper, una mujer que afirmaba que De la Tourette había arruinado su cordura al hipnotizarla contra su voluntad. <<

[287] Anteriormente, Harker se había definido a sí mismo como un hombre de la «verdadera religión» («*réttrúuðum*»), que traduce como «de la iglesia de Inglaterra» (véase nota 49). En esta ocasión, en el texto islandés se emplea «*sannlúterskur*» («verdaderamente luterano»). Al igual que la Iglesia luterana islandesa, la Iglesia de Inglaterra sigue los principios luteranos. Ninguna de esas iglesias reconoce la autoridad del Papa ni practica el culto a María, y ambas prefieren la cruz simple y vacía al crucifijo en el que se muestra a Jesús torturado. <<

[288] En *Fjallkonan* y en la edición de 1901 aparece «*finni til hryllings*», pero en las ediciones segunda y tercera se puede leer «*finni til tryllings*», una errata. <<

[289] La locura (fingida o real) era un tema esencial tanto en las obras de Shakespeare como en las de la época victoriana, y desempeña también un papel importante en *Drácula*: tanto Harker como Holmwood dudan de su propia cordura, y Seward sospecha que Van Helsing está loco, mientras que este dice de su esposa que ha perdido el juicio. Sorprendentemente, Renfield, el paciente demente del doctor Seward, se comporta como un filósofo erudito en su diálogo con Van Helsing. <<

[290] Las escenas que siguen, y que ocupan más que «unas pocas palabras», no tienen equivalente en *Drácula*. <<

[291] En islandés: «þótt mér tækist ekki að finna hann». En la segunda y la tercera ediciones en formato libro se sustituye «tækist» por «takist», lo cual tiene poco sentido gramaticalmente. <<

[292] En islandés: «í krók og kring», una nueva expresión aliterativa. <<

[293] En islandés: «*járnbrautar ljósberanum*», lit.: «portaluces de ferrocarril». En 1900 no había sistema ferroviario en Islandia, y en mi equipo de hablantes nativos nadie había visto jamás este término en islandés; ni siquiera el Instituto Árni Magnússon para Estudios Islandeses de Reikiavik pudo encontrar ninguna referencia. No obstante, en Europa y en Estados Unidos se vivió el auge del desarrollo del ferrocarril durante la segunda mitad del siglo XIX y los focos de luz jugaron un papel vital en cuanto a señalización. Otra opción podría ser que Stoker hubiera escrito un texto en el que apareciera la expresión «*train lamp*», refiriéndose a una lámpara alimentada mediante aceite de ballena, del mismo modo que en *Drácula* Van Helsing utiliza una vela hecha de esperma de ballena. En ese caso, la expresión en islandés «*járnbrautar ljósberanum*» sería un error de traducción, y el término correcto habría sido «*grútarlampi*». Como sea, en ambos casos la lámpara debería tener una mecha, no una vela. <<

[294] En la edición de 2012 aparece «12», lo que me llevó a preguntarme cómo era posible que Harker identificase el número de forma tan precisa. En *Fjallkonan*, sin embargo, aparece «tólf» («doce»), así que supongo que Valdimar escogió lo que a sus ojos era un número redondo, igual que en *Egil's Saga*, donde todo se presenta en docenas: doce hombres para hacer una compañía, doce onzas de oro, doce testigos para realizar un juramento, doce personas para actuar como jueces, o igual que en *Laxdæla Saga*, donde doce mujeres estaban sentadas detrás de una cortina. Hasta que se produjo la cristianización, el islandés «*hundrað*» («cien») significaba $10 \times 12 = 120$. En Islandia no se adoptó el sistema métrico hasta 1900. <<

[295] La palabra islandesa «*básúna*» tiene la misma raíz que el neerlandés «*bazuin*» y el alemán «*posaune*» (del latín: *bucina*). En la actualidad, las trompetas y los trombones suelen tener válvulas o un mecanismo de deslizamiento, pero en *Makt Myrkranna* probablemente se habla de trompetas naturales. En las sagas islandesas a menudo se menciona el uso de trompetas durante las guerras. <<

[296] La palabra islandesa «*rim*» se refiere al borde o peldaño de una escalera de mano, pero como en el texto se habla de una escalera en espiral labrada en la roca, debemos suponer que Harker aún se encuentra en ella. <<

[297] En el siglo XIX era habitual adjudicar cualidades animales a la gente de color, y ni Bram Stoker (*El misterio del mar*, *La madriguera del gusano blanco*) ni Valdimar Ásmundsson constituían una excepción. <<

[298] En realidad, los israelitas que marchaban sobre Jericó hacían sonar cuernos de carnero o *shofarot*, no instrumentos de cobre. Véase Josué 6, 1-20. <<

[299] El conde de Stoker solo viste de negro, y la capa del vampiro representado por Béla Lugosi era blanca. La capa roja de *Makt Myrkranna* concuerda con el carácter sangriento del ritual que el conde está liderando. <<

[300] Esto puede ser otra referencia bíblica: «Sí, los días de un ser humano son como la hierba, brotan como una flor en el campo, pero cuando la azota el viento, muere, y el lugar donde antes estaba ya no la recuerda». Véase David, salmo 103, Biblia judía completa (1998). <<

[301] CF. *Egil's Saga*, capítulo 25: «Han llegado hombres aquí fuera, doce hombres en total (si se les puede llamar así) que por su aspecto y su corpulencia parecen más gigantes que hombres normales» (traducción propia). Un poco más tarde, los hombres de Skallagrim se separan: seis entran al vestíbulo a saludar al rey, mientras los otros seis permanecen en el exterior para custodiar sus armas. <<

[302] En *Drácula*, Van Helsing y sus hombres perciben un cambio similar en Lucy: «La dulzura se transformó en la dureza del diamante, en crueldad sin corazón, y su pureza en lascivia voluptuosa. [...] Cuando [Lucy] avanzó hacia [Arthur] con sus brazos abiertos y una sonrisa lasciva, él se derrumbó y ocultó su cara con las manos». Véase capítulo 16, el diario del doctor Seward del 29 de septiembre. <<

[303] Después de describir repetidamente a esos hombres como «simiescos», el texto islandés emplea aquí el término «*mannhundur*» (lit: «hombre de caza», derivado de «perro de caza»), quizá porque atienden como perros a su amo. Generalmente, esta palabra significa «sinvergüenza», «villano», «bandido» o «granuja» y se había utilizado en las sagas islandesas: *Flateyjar-bók*, *Gísla-Saga*, *Karla-magnus-saga* y *Stjörn-saga*. No he conseguido hallar ninguna conexión con criaturas mitológicas animales, como los hombres lobo («*vargr*», «*úlfr*» o «*úlfhéðinn*», lit.: «escondelobos» o «piel de lobo», y más tarde «*varúlfur*» = hombre lobo) o los hombres oso («*berseker*»), que son guerreros. Véase Gudmundsdóttir, 2007. <<

[304] Harker asume ahora el papel de un Dante victoriano, después de haber descendido peldaño a peldaño hasta los círculos más bajos del Infierno. <<

[305] La escena que sigue cuadra con la anotación del 19 de mayo en el diario de Harker en *Drácula*. Pero el hecho de que Harker descubra y lea las cartas dirigidas al conde es exclusivo de *Makt Myrkranna*. <<

[306] En islandés se emplea la forma imperativa para formular una solicitud. No existe la expresión «por favor». Véase también nota 379. <<

[307] En *Drácula*, las fechas son el 12, el 19 y el 29 de junio, a las que sigue la explicación: «Ahora sé cuánto me queda por vivir. ¡Que Dios me ayude!». La fecha del día 22 de junio que aparece en el texto islandés puede deberse a un error de transcripción, pues la anotación del 28 de junio en el diario de Harker muestra con claridad que él piensa que es el último día en el que puede considerarse a salvo. En las anotaciones correspondientes al 20, 23 y 24 de junio no se menciona que su tiempo puede estar agotándose. <<

[308] Las anotaciones del 29 y el 31 de mayo en *Makt Myrkranna* se corresponden con la del 28 de mayo en *Drácula*. <<

[309] En *Makt Myrkranna* se describe a los tártaros del mismo modo que Stoker describe a los gitanos en *Drácula*. <<

[310] En *Drácula*, Harker se preocupa por el nerviosismo de su prometida: «A ella le he explicado mi situación, pero sin mencionar los horrores que solo yo puedo sospechar. Si fuera franco con ella, la escandalizaría y la asustaría mortalmente». En *Makt Myrkranна* no aparecen esas reservas, lo que puede ser un nuevo indicio de la influencia de Valdimar. Aunque las principales heroínas de Stoker son siempre inteligentes y poseen una gran fuerza de voluntad (Norah Joyce, Mina Murray, Margaret Trelawney, Marjory Drake, Teuta Vissarion, Mimi Watford), sus compañeros varones nunca se olvidan de protegerlas y mostrarse condescendientes con ellas. <<

[311] En islandés: «*hraðskrift*», lit.: «escritura rápida», es decir, «taquigrafía», que era muy popular en el siglo XIX en el Reino Unido, en especial el sistema de taquigrafía Pitman, desarrollado por *sir Isaac Pitman*. El sistema llamado «escritura rápida» no se desarrolló hasta la década de 1920, por Emma Dearborn. <<

[312] En islandés: «*trúlega*», que actualmente se traduce por «probablemente», pero aquí tiene el sentido original de «fielmente», «con seguridad» o «en el que se puede confiar». De ahí la mención a la «lealtad» que se hace en la siguiente frase. <<

[313] En islandés: «*huldu fræða*», lit.: «ciencias ocultas», en referencia a sistemas de conocimiento y sabiduría repudiados por el racionalismo moderno: alquimia, astrología y otras formas de adivinación, secretos para sanar y obtener la vida eterna, etc. Recordemos la colección de libros esotéricos en la biblioteca del conde. En *Drácula*, Van Helsing se refiere al conde como un alquimista y un estudiante del Diablo. <<

[314] Mientras que el conde de Stoker cuenta con ayudantes pero no con aliados, aquí el vampiro parece imaginar un nuevo orden mundial, en el que aquellos que le han sido leales serán recompensados, quizá con la vida eterna, sangre y víctimas, oro o poder político. La visión del conde podría entenderse como el equivalente satánico a la espera del Juicio Final por parte de los cristianos. <<

[315] En islandés: «*örgustu*», superlativo de «*argur*», utilizado en noruego antiguo para ridiculizar a hombres que eran demasiado cobardes como para defenderse a sí mismos, lo cual en su cultura resultaba digno de desprecio. Cf. Grimm, 1828, p. 644. La palabra se consideraba tan insultante que la persona a la que iba dirigida tenía el derecho a matar a quien la había pronunciado. Véase Wilda, 1842, p. 50, nota 4. <<

[316] En islandés: «*örvæntingin getur fundið sér hvílð*». En *Drácula*, la frase es ligeramente distinta: «la desesperación tiene sus momentos de calma». <<

[317] En islandés: «*nýjar velar*». En islandés moderno: «nuevas máquinas». En islandés antiguo «*vél*» o «*væl*» significaría «artificio», «argucia», «estratagema», «fraude» o «truco». La frase correspondiente en *Drácula* confirma esta lectura: «esto parece una nueva villanía». <<

[318] En *Drácula*, esta escena corresponde a la entrada del 31 de mayo en el diario de Harker. <<

[319] Hasta ahora, la anciana ama de llaves era sordomuda, pero podía espiar a Harker. Aquí la pobre mujer también ha perdido la vista, probablemente debido a un error del autor. <<

[320] En islandés: «*laglegasta*», lit.: «lo más hermoso». En islandés el superlativo a menudo se utiliza para indicar que algo está «bastante bien». <<

[321] En islandés: «um dagmálabíl», lit.: «la hora del almuerzo», que antiguamente en Islandia era entre las ocho y las nueve de la mañana. <<

[322] Esta escena se corresponde con la anotación del 17 de junio en el diario de Harker en *Drácula*. <<

[323] Puede tratarse de una alusión a los altercados que tuvieron lugar el 4 de mayo de 1886 en la plaza Haymarket de Chicago. *Fjallkonan* informó sobre la manifestación (en el número del 18 de junio de 1886) y cuatro años más tarde, en un artículo sobre Estados Unidos (10 de junio de 1890) presentó un comentario crítico sobre los juicios y veredictos subsiguientes. <<

[324] Lit.: «libertad gubernamental». <<

[325] En islandés: «*feigðarsvip*». En medicina, esto se refiere a los rasgos faciales de una persona moribunda, *facies hippocratica*. En la mitología nórdica representa una aparición que anuncia una muerte inminente. El sustantivo islandés «*feigð*» significa un anuncio de muerte; el inglés «*fey*» y el neerlandés «*veeg*» son afines al islandés «*feigur*» (condenado a morir). «*Svip*» significa «apariencia», «aspecto», «expresión», «parecido», «aparición» o «espectro». <<

[326] En islandés: «*dökkur á brún og brá*», lit.: «oscuro de cejas y pestañas», una expresión aliterativa que concierne a toda la complexión. Por lo tanto, ese hombre no puede ser el conde, ya que este tiene el pelo blanco y la piel pálida. <<

[327] Esta escena se corresponde con la entrada del 24 de junio en el diario de Harker en *Drácula*. Allí, Harker solo ve al conde, vestido con sus ropas y cargando con la bolsa que ha dado a las tres vampiresas. Más tarde escucha un sollozo ahogado en la habitación del conde y una madre desesperada se presenta en la puerta principal exigiendo que le devuelvan a su hijo. <<

[328] En islandés: «*Hann hafði ekkert á móti því, og við skildum, þegar ég hafði lokið kveldverði, og fór ég þá inn í herbergi mitt*». (la redonda es mía). Este es un típico ejemplo de cómo el texto islandés enlaza varias oraciones mediante «og» («y»), lo cual en inglés se consideraría propio de un estilo pobre. <<

[329] Es decir, la torre situada en la esquina sudeste, donde se encuentra la habitación del propio Harker, y también la estancia donde la condesa fue encerrada con su amante. <<

[330] Esto no es del todo correcto: después de su aventura nocturna con la chica rubia, Harker visitó una vez la habitación para buscar evidencias de que realmente había estado allí. <<

[331] En islandés: «*mauravefir*», lit.: «redes de hormigas», utilizado para indicar algo muy fino y frágil. El periódico *Heinskringla* del 16 de diciembre de 1931 anunciaba «medias de seda, finas como redes de hormigas» («*silki netjasokkar, þunnir eins og mauravefur*»). Aquí el significado debe de ser telarañas o borlas de polvo. <<

[332] En islandés: «*framhlið*», normalmente la fachada frontal de un edificio. Aquí, sin embargo, Harker solo puede referirse a la fachada sur del castillo, que anteriormente ha sido descrita como «la parte trasera». <<

[333] En islandés: «*ríkast*», superlativo de «*ríkur*» («rico»), aquí en el sentido original de «poderoso» o «importante». En realidad, las sospechas de Harker aún son bastante vagas, pues todavía no ha aparecido la característica esencial del vampirismo (ser condenado durante toda la eternidad a beber sangre humana). En lugar de eso, la amenaza que representan Drácula y sus seguidores es una conspiración antidemocrática y una serie de sacrificios rituales. <<

[334] En realidad, la fantasía de Harker resulta muy apropiada, pues a menudo se representa al Diablo o a las almas perdidas que le obedecen vagando por el mundo.

<<

[335] Esta es una frase incorrecta, dado que los tártaros y los zíngaros son muy diferentes. En *Drácula* solo se menciona a los zíngaros: «Una banda de zíngaros ha venido al castillo, y ahora está acampada en el patio. Estos zíngaros son gitanos; tengo anotaciones sobre ellos en mi libro. Son originarios de esta región, pero mantienen alianzas con los gitanos del resto del mundo». Ver capítulo 4, entrada en el diario de Harker correspondiente al 28 de mayo. No está claro por qué Valdimar y/o Stoker decidieron reemplazar a los zíngaros de *Drácula* por tártaros. Una posible explicación sería el papel que jugaron los tártaros (en realidad, las tribus originarias de Mongolia) en la destrucción de la zona norte de Transilvania en el siglo XIII. <<

[336] En las creencias paganas islandesas, los trolls son los habitantes originales del mundo, del que fueron expulsados por los dioses para dejar sitio a los humanos, razón por la cual se muestran hostiles. Ahora habitan en cuevas y bosques. Comparar a los hombres con los trolls es un lugar común en las sagas: «*Hann var mikill vexti, nær sem troll*» (*Gisla Saga*, Valdimar Ásmundsson, ed., 1899, p. 55), «*han var mikill vexti sem troll*» (ibídem, p. 156), o «*Maðr [...] sem troll*» (*Egil's Saga*, capítulo 40), en todas las cuales se hace referencia a «hombres grandes como trolls». <<

[337] En islandés: «*Innst í hvelfingunni, þar sem vissi út að hallargarðinum*». No logramos encontrar la expresión «*að vita út að*» ni en la base de datos SNARA ni en el diccionario Cleasby/Vigfússon, 1874, pero sí hallé varios ejemplos en la traducción de *Las mil y una noches* (1857-1864) realizada por Steingrímur Thorsteinsson. Al comparar este pasaje en otras traducciones realizadas respectivamente por Jonathan Scott, Richard Burton, Edward William Lane y el doctor Gustav Weil, pude confirmar el significado de «mirar en la dirección de» o (si se trata de ventanas) «dando a». Por la entrada del 10 de mayo del diario de Harker sabemos que la cripta es lúgubre y que en lo alto de las paredes hay ventanas en arco, que probablemente dan al patio, mientras que la parte inferior de la estancia se halla bajo el nivel del suelo. <<

[338] El descubrimiento del conde en el interior de una de las cajas de transporte concuerda con la anotación del 25 de junio en el diario de Harker en *Drácula*, cuando Harker utiliza la cornisa del muro sur para llegar a la habitación del conde y después baja por una estrecha escalera hasta la capilla y el cementerio subterráneo. Véase también notas 180 y 191. <<

[339] En islandés: «*og var sem eldur brynni úr augum hans*», una expresión ya empleada cuando el conde habló de los crímenes de Londres (entrada del 8 de mayo) y sobre los anarquistas. <<

[340] «De ahí que [la lógica], como curso introductorio, apenas representa *la antesala de las ciencias*, por así decir; y cuando hablamos de conocimiento, cierto es que presuponemos una lógica como un instrumento para juzgarlo, pero la adquisición de conocimiento solo puede conseguirse mediante las ciencias propiamente dichas, es decir, mediante las ciencias objetivas». Immanuel Kant, *Crítica de la razón pura, prefacio a la segunda edición* (1787) (traducción propia del alemán). <<

[341] En islandés: «... en í forsal vísindanna, þar sem líf og dauði liggja í efnishrúgum», lit.: «... que la antesala de las ciencias, donde yacen la vida y la muerte en montones de material». La palabra «efnishrúga» («montón de material») se emplea en ocasiones en contextos metafísicos para criticar el materialismo, que percibe el cuerpo humano solo como una aglomeración de materia carente de alma. De acuerdo con esta teoría, el conde critica a los investigadores occidentales por pensar que la vida y la muerte tienen su base solo en el cuerpo material. Su punto de vista concuerda con el de Van Helsing, que explica la existencia del vampiro como una consecuencia de que el alma no pueda abandonar el cuerpo y prenda nueva vida en él (véase Parte II). También se corresponde con el interés de Valdimar en el trabajo de la Society for Psychical Research, que intentaba demostrar la existencia del alma mediante pruebas científicas. Pero «liggja í hrúgum» es asimismo una expresión común para «yacer en montones», igual que las monedas de oro en la torre oeste yacen en varios montones, por lo que esa frase podría significar también que la vida y la muerte «yacen» en el suelo del vestíbulo de las ciencias como material crudo que espera a ser estudiado o utilizado por investigadores más avanzados como el propio conde. Sea como sea, este afirma, en efecto, que los investigadores occidentales aún no han descifrado la verdadera naturaleza de la vida y la muerte. No hay equivalencia a esto en *Drácula*, excepto por la sospecha de Van Helsing de que una reacción química, magnética o eléctrica podría ser responsable de la larga vida del conde (véase capítulo 24). <<

[342] En islandés: «það er ekki við lömb að leika sér», lit.: «no se trata de jugar con corderos», expresión aliterativa que indica que alguien se está enfrentando a un adversario difícil de batir. <<

[343] En *Drácula*, esto cuadra con la entrada del 29 de junio en el diario de Harker, donde el conde llega a abrir la puerta principal, pero los aullidos de los lobos asustan a Harker, que decide quedarse. <<

[344] La «*huldufólk*» («gente escondida») o los «*álfar*» (elfos) desempeñan un papel importante en las creencias islandesas, igual que en las escandinavas. En la leyenda de Hildur, la Reina de los Elfos (*Hildur Álfadrottning*), esta cabalga en Nochebuena a lomos de un pastor a las Tierras de los Elfos; él la sigue a un precipicio entre las rocas: «Entonces ella montó en su espalda y le hizo alzarse como si tuviera alas, y lo dirigió por los aires hasta que llegaron a un enorme y terrible precipicio que se abría en la tierra, como un gran pozo [...]. Él se las ingenió, tras un gran esfuerzo, para quitarse las bridas de la cabeza, y tras hacerlo, saltó al precipicio, por donde había visto desaparecer a Hildur». Véase Stephany, 2006, p. 4, citado por Booss, 1984, p. 621. <<

[345] En *Drácula*, Harker cuelga el crucifijo sobre la cabecera de su cama para dormir más tranquilamente. Véase la entrada del 12 de mayo del diario. <<

[346] En *Drácula*, Mina muestra su confianza en Jonathan envolviendo el diario con un trozo de papel y prometiendo que nunca lo leerá a no ser que le incite a hacerlo alguna circunstancia funesta. <<

[347] En *Drácula*, Harker oye que el conde les dice a las «tres mujeres terribles»: «¡Atrás, atrás, volved a vuestro agujero! Vuestro momento aún no ha llegado. ¡Esperad! ¡Tened paciencia! ¡Mañana por la noche, mañana por la noche será vuestro!». Ver *Drácula*, entrada del 29 de junio en el diario de Harker. En la primera edición americana, publicada por Doubleday and McClure (1899), la última frase comienza «Esta noche es mío». <<

[348] Durante la época victoriana era habitual utilizar hermosas campanillas de cristal para llamar a la servidumbre. En *Drácula* se describe de un modo similar la voz de las tres «extrañas hermanas»: «Susurraron a la vez, y luego las tres se echaron a reír: una risa musical y argentina, pero tan dura que parecía imposible que brotase de labios humanos. Era como la dulzura inquietante e intolerable que producen las copas de cristal cuando los hace sonar una mano ingeniosa». Y cuando Lucy habla con Arthur en su tumba, el doctor Seward señala: «Había algo diabólicamente dulce en su voz, algo semejante al tintineo del cristal, que incluso impactó en nuestro cerebro cuando solo escuchábamos las palabras que iban dirigidas a otro». <<

[349] En *Drácula* este gesto se produce después de que Harker se haya negado a salir por la puerta, intimidado por los lobos: «Lo último que vi del conde Drácula era que se besaba los dedos mientras me miraba, con un resplandor rojo de triunfo en los ojos y una sonrisa de la que el mismísimo Judas podría sentirse satisfecho en el infierno». Véase *Drácula*, entrada del 29 de junio en el diario de Harker. <<

[350] En islandés: «*makt myrkranna*». El título del libro se ha tomado de este pasaje.

<<

[351] En *Drácula*: «Al menos la piedad de Dios es mejor que la de estos monstruos, y el precipicio es escarpado y profundo. Allí abajo un hombre puede dormir como un hombre». <<

[352] En islandés: «*alþýðuskólam*», lit.: «escuela de la gente». El equivalente más próximo es «internado», una escuela de primaria administrada por un comité, tal y como regulaba la Ley de Educación Primaria de Inglaterra y Gales de 1870. Su propósito era ofrecer educación a todas las clases sociales, sin imponer ningún adoctrinamiento religioso. En *Drácula*, Mina se autodenomina «profesora asistente».

<<

[353] Aquí *Makt Myrkranna* pasa de ser una novela epistolar a contar con un narrador omnisciente más convencional, mientras que *Drácula* continúa presentando entradas de diarios, cartas y artículos de periódicos. En las ediciones de *Makt Myrkranna* de 1950 y 2011 la Parte II lleva por título «barón Siculi», pero en la edición original no aparece ningún título. <<

[354] En islandés: «... *mjög laus á kostunum*», una expresión que no aparece en Cleasby/Vigfússon, 1874. Comienza a aparecer en la prensa islandesa en 1882 y pierde popularidad a partir de 1960. *Heimskringla* del 23 de noviembre de 1892, p. 3, utiliza «*laus á kostunum*» para traducir «voluble» de una novela inglesa (Waters, 1863, p. 229); Zoëga, 1922 da como traducción «disoluto, de virtud frágil». Los diccionarios islandeses ofrecen sinónimos que significan «disoluto», «infiel», «promiscuo», «licencioso», «libertino», «guarro», «lascivo», «orgiástico». Aquí, como en otros puntos del texto, *Makt Myrkranna* utiliza un vocabulario más drástico que *Drácula*, donde la madre se limita a explicar el sonambulismo de Lucy como un simple rasgo hereditario. <<

[355] En *Drácula*, el manicomio del doctor Seward está situado en Purfleet, que es una población en el condado de Essex, en la ribera del Támesis, al este de Londres. <<

[356] En *Drácula*, la riqueza de Quincey solo se menciona en el capítulo 26, cuando Mina indica que «tiene mucho dinero». Probablemente el personaje esté basado en el del famoso Búfalo Bill (William F. Cody), a quien Stoker conoció por medio de su jefe, el actor Henry Irving. Véase Warren, 2003, y Warren, 2005, p. 331. <<

[357] Esto significa que hasta ahora Wilma solo ha recibido la primera carta de su prometido desde el castillo de Drácula (mencionada en la entrada del 8 de mayo en su diario). Obviamente, las tres cartas fechadas el 12, 19 y 22 de junio no han llegado todavía. <<

[358] En *Drácula*, Mina también está desesperada, pero no actúa al respecto, excepto cuando viaja a Budapest al recibir la carta de la hermana Agatha. <<

[359] Una imagen que cuadra con un texto islandés, pues Islandia es famosa por sus aguas termales. Como es costumbre en Islandia, Ásmundsson utiliza la palabra «*hver*», ya que el nombre «Geysir» se reservaba para un punto en concreto, en Haukadalur, creado por erupciones volcánicas a finales del siglo XIII. <<

[360] En islandés: «*hár og horaður*», otra expresión aliterativa. <<

[361] El texto islandés habla literalmente de un «naufragio» («skipbrot»): aunque la goleta pudo entrar en el puerto, encalló contra la arena. En *Drácula* leemos: «Se produjo, claro está, una gran sacudida cuando el navío encalló en la arena. Se tensaron todas las vergas, cordajes y estayes, y parte de la arboladura se vino abajo». Con relación al barco ruso en el que Bram Stoker basó su relato, un periódico local escribió: «El barco ruso *Dimitri* que tan valientemente entró el sábado en el puerto a pesar de la tormenta encalló más tarde en Collier's Hope. Se suponía que estaría a salvo aquí, pero al subir la marea ayer por la mañana las olas batieron contra el barco con fuerza. Sus mástiles cayeron con un tremendo estrépito, y la tripulación se vio obligada a abandonar el navío. Ahora está completamente destrozado». <<

[362] El tío Morton y la conversación entre el conde y Lucia son elementos exclusivos de *Makt Myrkranna*. En *Drácula* el conde siempre permanece escondido desde su llegada a Inglaterra y nunca mantiene contacto regular con ninguna de las chicas. <<

[363] En islandés: «*stóð í nærfötunum*». En *Drácula*, Lucia lleva un vestido de noche, que en islandés se dice «*náttkjóll*», una palabra utilizada en periódicos islandeses desde 1885. En *Kvennblaðið* (dirigido por la esposa de Valdimar, Bríet), de agosto de 1898, se anunciaban «*njáttkjólar*» junto con otras prendas femeninas, por lo que el uso de la expresión «ropa interior» por parte de Valdimar no se debe a la carencia de una expresión equivalente en islandés. Véase también la siguiente nota. <<

[364] La melena suelta de Lucia y su impulso de vagar por la noche en ropa interior ya augura la tremenda transformación que tendrá lugar. En las culturas noruega y germánica, el pelo suelto, la vestimenta inapropiada y salir de casa tras la puesta de sol podían ser indicaciones de que una mujer era una bruja: «Mujer, te vi cabalgando sobre un palo, con la melena al viento y mal vestida, con atuendos de bruja, a la hora del crepúsculo». Véase cita de Jacob Grimm como un insulto punible en *Vestgötalag* (un códex jurídico sueco, 1281), Grimm, 1883, p. 1054; cf. Grimm 1854, p. 1007 y Grimm, 1828, p. 646. La transcripción es mía. <<

[365] Este comentario sobre los zíngaros no se incluye en las ediciones de 1950 y 2011. <<

[366] En *Drácula*, el conde no mantiene conversaciones amistosas con nadie ni aparece ninguna mención sobre tártaros o zíngaros en Inglaterra. <<

[367] En islandés: «*með kostum og kynjum*», otra frase aliterativa. <<

[368] En culturas antiguas, besar el dobladillo de la ropa de otro era una muestra de respeto. <<

[369] Una figura retórica bíblica y caballeresca: el jefe de los tártaros se refiere a sí mismo en tercera persona. <<

[370] Esta escena parece ser un cabó suelto, puesto que Mary no vuelve a aparecer en toda la novela. No obstante, nos ofrece algo de información contextual sobre la función y la mala reputación del príncipe Koromezzo, que desempeña un papel en los últimos capítulos. También demuestra que los tártaros poseen poderes sobrenaturales, pese a que las imágenes que muestran en su bola de cristal puede llevar a equívocos y tender a manipulaciones. Se le hace creer a Lucia que Arthur tiene una amante, cuando en realidad está saludando a su hermana. <<

[371] En islandés: «... og talaði oft við hana», lit.: «... y con frecuencia habló con ella». De nuevo, aquí vemos una gran diferencia con respecto a *Drácula*, donde el conde permanece casi invisible tras las aventuras de Harker en Transilvania. No obstante, en las notas preliminares de Stoker se menciona al conde visitando a enfermos en su lecho, junto al «tejano» (Quincey Morris). <<

[372] Para evitar confusiones, a veces he sustituido «médico» por «catedrático» cuando se habla de Van Helsing. <<

[373] En *Drácula*, las criadas solo están drogadas con láudano. <<

[374] En islandés: «*toku til starfa*», lit.: «empezaron a trabajar». El texto resulta más preciso en *Drácula*: «El corazón de Lucy latió de forma un poco más audible en el estetoscopio, y en sus pulmones se percibía un ligero movimiento». <<

[375] Una nueva sugerencia de que las mujeres que salen solas de casa una vez que ha anochecido pueden ser brujas, criminales o sospechosas. <<

[376] En *Drácula*, la policía no participa activamente en las investigaciones sobre los crímenes del conde. <<

[377] En *Drácula*, Lucy ve «la cabeza de un lobo gris enorme y demacrado». Se trata del lobo noruego *Bersicker*, que había escapado del zoo de Londres. Durante esa noche cargada de horror, al lobo lo acompañaba un murciélagos de gran tamaño. Véase *Drácula*, capítulos 11 y 12. Llama la atención que aquí no se haya incluido el episodio del lobo. Para Valdimar habría sido una buena oportunidad de enlazar con la historia de los guerreros noruegos que se vestían con pieles de lobo y que se mencionan en el capítulo 3 de *Drácula*: «Nosotros los siculi tenemos el derecho de sentirnos orgullosos, pues por nuestras venas fluye la sangre de pueblos muy valientes que lucharon como lucha el león, por el dominio. Aquí, en este remolino de razas europeas, la tribu de los ugros trajo desde Islandia el espíritu guerrero que Thor y Odín les infundieron, y que con sus *bersekers* desplegaron con tan feroz violencia en las costas de Europa, sí, y también de Asia y de África, hasta el punto de que las gentes creyeron que se trataba de los mismísimos hombres lobo». Igualmente, la descripción de Arthur como «una imagen propia de Thor» que se hace en *Drácula* (capítulo 16) no aparece en la versión islandesa. <<

[378] Tellet no aparece ni en *Drácula* ni en las notas de Stoker. Véase la introducción para una posible explicación del origen de su nombre. Es descrito como un «*sendimaður*», que en este contexto es un agente o mensajero que trabaja para Hawkins. <<

[379] Probablemente se trate de una referencia a Szolyva, hoy llamada Svalyava, una población húngara a 185 kilómetros al norte de Bistrita, en Ucrania. <<

[380] ¿Quién es este investigador inglés? Tellet no se embarca en una nueva búsqueda, al menos no por su cuenta: se dirige a Bistrita junto a Wilma. Aquí el texto debe de referirse a la persona que había redactado los informes oficiales. <<

[381] Barrington es otro personaje nuevo. Puede corresponderse con el inspector Cotford que se menciona en las notas de Stoker. Véase mi Introducción para ver una posible explicación del origen de su nombre. <<

[382] En islandés: «*gamli greifinn Drakúla*». En islandés «*gamall*» («viejo») se utiliza frecuentemente para cualquier persona mayor, sin que posea una connotación peyorativa o condescendiente. En la prensa islandesa de los dos últimos siglos, encontramos: «Metternich *gamli*», «*gamli Wellington*», «Napoleon *gamli*», «Disraeli *gamli*», «Gladstone *gamli*», «*gamli Bismarck*», «Vilhjálmur *gamli*», «*gamli Kruger*», «Roosevelt *gamli*», «Hitler *gamli*», «Stalin *gamli*», «Churchill *gamli*», «Nixon *gamli*», «Clinton *gamli*», etc. <<

[383] En islandés: «Hawkins *gamli málaflutningsmaður*». Véase nota anterior. <<

[384] Para «*spyrja til*» + genitivo los diccionarios modernos solo ofrecen «preguntar por», pero Cleasby/Vigfússon, 1874, todavía daba «recibir información sobre», que tiene más sentido al combinarse con «dar crédito». <<

[385] En islandés: «*að gamni sínu*», lit.: «entretenerte». En este contexto, sin noticias de Harker, extraños rumores circulando por ahí y con el castillo de Drácula desierto, este pasaje probablemente hace referencia a que fingían viajar por placer. <<

[386] Realmente hay un convento en el desfiladero del Borgo, en Piatra Fântânele, sobre la colina situada justo enfrente al hotel Castillo de Drácula. Por las noches, el hotel se ilumina con un intenso resplandor rojizo, mientras que el monasterio está marcado por una gigantesca cruz blanca de neón. En el bar del hotel Castillo de Drácula se cuentan muchas bromas impías sobre que la cruz ha sido colocada allí por las buenas monjas para protegerse contra las fuerzas del Mal. <<

[387] En *Fjallkonan*, Valdimar utilizó la palabra «*heilafeber*», que es la traducción literal de la expresión empleada por Stoker, «*brain fever*», y en la que la palabra «*feber*» es un préstamo del noruego, el danés o el sueco. La palabra islandesa para «fiebre» es «*sótthiti*», mientras que en feroés todavía se emplea «*fepur*». En la edición de 1901, Valdimar optó por «*heilasjúkdómi*», que significa «enfermedad cerebral». <<

[388] En islandés: «vélabendu». De nuevo, «vélá» se emplea aquí en su sentido arcaico («truco» o «engaño»). <<

[389] En islandés: «*að gera það samt fyrir sín orð*», una expresión que ya aparece en *Eyrbyggja Saga*, relacionada con los acontecimientos de Snæfellsnes en el siglo x: «*Arnkell bað hann gera fyrir sín orð bæta honum heyið*» (capítulo 13). <<

[390] Cabriolé o coche de punto: un carruaje ligero tirado por caballos, el equivalente victoriano al taxi. En *Drácula*, la joven está esperando en una victoria (otro tipo de carruaje) y recibe un pequeño paquete de Giuliano's, un famoso joyero cuyo local se encuentra en el 115 de la calle Picadilly. Véase Klinger, 2008, p. 255, nota 37; el «oscuro desconocido» solamente la mira y detiene un coche de punto para seguirla; Jonathan y Mina deciden sentarse en Green Park, frente al número 138 de Picadilly, lugar que Bernard Davies, cofundador de la Dracula Society de Londres, identifica con la residencia que el conde tenía en la ciudad. <<

[391] En la parte de la historia ambientada en Transilvania, Harker menciona una cruz de hierro, no de latón. <<

[392] Lit.: «coger prestado el texto». En islandés no existe la expresión «por favor», y se suele utilizar el imperativo para formular una petición educada: «Pásame la mantequilla» en lugar de: «¿Puedes por favor pasarme la mantequilla?». <<

[393] En islandés: «*að Tómas hefði aftur fengið minnið*», lit.: «que Thomas había recuperado la memoria». En realidad, esta recuperación es un proceso gradual que solo acaba de comenzar, como veremos al principio del capítulo 15. <<

[394] En islandés: «*þar sem þau Vilma áttu heima*». Esto probablemente sea un error en el texto, pues el pronombre «*þau*» («ellos») se corresponde con el plural «*áttu eiga*» («ellos vivían»), mientras que «*Vilma*» es singular. En este punto de la historia, Wilma y Thomas ya están casados y viven juntos en la casa de Hawkins. Sin embargo, en la primera línea de este párrafo solo se menciona a Wilma. Tal vez Valdimar se había dado cuenta de que eso resultaba extraño y pretendió corregirlo en la segunda línea, pero olvidó tachar «*Vilma*» aquí. <<

[395] En islandés: «*að Tómas hefði minnið fengið aftur*», en un eco de las palabras de Van Helsing. Ver nota 324. <<

[396] En islandés: «*sem hrífa oss til góðs eða ills*». La expresión «*færa til góðs eðr ills*» ya fue utilizada en Gragas, las Leyes de los Gansos Grises del siglo XIII. Cleasby/Vigfússon, 1874, lo traduce como «con buenas o malas intenciones», describiendo el efecto causado por el actor original. En combinación con «*ad hrífa*» («afectar», «mover», «tocar», «estimular», «incitar a una pasión», «encantar», «inspirar») también podría significar que esos seres incitan a los humanos a actuar bien o mal, una idea que se recoge unos párrafos más adelante. <<

[397] En islandés: «eftir því sem verkast vill», expresión que significa «dependiendo de cómo se desarrolle la situación». En este contexto, depende de la voluntad de esos seres invisibles determinar en qué sentido pueden influir en nosotros. <<

[398] En islandés: «*pótt þær deyi*», lit.: «aunque mueren». Esto solo tiene sentido en el pasado del tiempo verbal. <<

[399] Hoy «*draugur*» se traduce como «fantasma», «espíritu», «espectro», pero entiendo que el texto hace referencia al «*draugr*» del noruego antiguo. Mientras hoy en día los fantasmas son representados como apariciones pálidas y semitransparentes que se ciernen ingravidas en el aire, los de la mitología nórdica son cadáveres revividos, ennegrecidos, descompuestos e hinchados; poseen fuerza sobrehumana, pueden aumentar su tamaño a voluntad y aplastar a humanos bajo su peso. También asesinan bebiéndose la sangre de sus víctimas o haciendo que se vuelvan locos. Igual que los vampiros, pueden morir por segunda vez cuando sus cuerpos son quemados o desmembrados. Los «*haugbúi*» que vigilan los túmulos son una subcategoría especial: casi siempre permanecen en su túmulo o en las cercanías. Véase Jakobsson, 2011. <<

[400] Como en *Drácula*, las características de los no muertos solo se mencionan al final de la historia, aunque aquí se hace sin utilizar la palabra «vampiro». Solo Thomas Harker emplea el término una vez, para describir la niebla de Londres. En el cuello de Lucia no hay marcas de colmillos, ni llega ella a morder a niños; Wilma nunca es mordida ni obligada a beber la sangre del conde; incluso se omite el comentario de Quincey sobre el murciélagos argentino. Durante la ceremonia en el sótano del castillo, no es el conde quien bebe la sangre de la víctima, sino los hombres de rasgos simiescos. En *Drácula*, Harker comprende con el tiempo que las vampiresas siguen una dieta especial: «[...] nada puede ser más espantoso que esas horribles mujeres, que estaban (que están) esperando a chuparme la sangre». Ver *Drácula*, entrada del 16 de mayo en el diario de Harker. En *Makt Myrkranna*, sin embargo, las intenciones tanto del conde como de su prima permanecen ocultas, pues nunca son sorprendidos con los colmillos en el cuello de nadie. <<

[401] En islandés: «*sem fundust eftir Seward*», una frase en cierto modo críptica: «encontrado por Seward», «encontrado para ser escrito por Seward», «encontrado tras la muerte de Seward» son algunas de las sugerencias que discutí con mi equipo. Como sabemos con certeza que Seward escribió esos documentos (véase el final del capítulo 14) y que deben de haber sido encontrados por otros, finalmente opté por «escrito por Seward». <<

[402] En islandés: «ráð og rænu», otro ejemplo de aliteración. <<

[403] En islandés: «*að hún var vön að falla í öngvit*». Esta parte de la frase se omitió en las ediciones de 1950 y 2011. <<

[404] El fenómeno de gente hablando con una voz que parece no pertenecerles era un elemento central del espiritismo; asistir a sesiones en las que un médium (casi siempre una mujer) hablaba con «voces del Más Allá» era un pasatiempo muy popular entre las clases altas de la época victoriana. Entre 1870 y 1900, la neurofisiología, los experimentos hipnóticos y la investigación sobre telepatía, clarividencia y comunicación con espíritus todavía pertenecían al mismo campo científico. La Society for Psychical Research (S. P. R.), el Metyphysical Club y el Ghost Club contaban con numerosos miembros de clase alta, muchos de los cuales eran amigos de Bram Stoker. Valdimar también tenía interés en la materia: el 9 de septiembre de 1890 dedicó su portada al trabajo y las publicaciones de la S. P. R. Véase la Introducción. <<

[405] En islandés: «*núning*», lit.: «fricción» o «frotamiento». Esto se refiere al acto de frotar las extremidades del paciente para estimular la circulación de la sangre. Klinger, 2008, p. 182, nota 38, nos informa de que los médicos victorianos evitaban el examen visual de mujeres, pues se consideraba algo inapropiado. Curiosamente, si parecía ser apropiada la manipulación táctil o el masaje (por debajo de las ropas o desde detrás de una cortina), incluso hasta el punto de estimular en las pacientes «convulsiones» con el propósito de tratar la «histeria», tal y como informa la historiadora médica Rachel F. Maines en *The Technology of Orgasm* (1998) y la película británica *Hysteria* (2011, dirigida por Tanya Wexler). <<

[406] Como ya sabemos desde el episodio ambientado en Whitby, el príncipe Koromezzo es el embajador austriaco en Londres y posee una mala reputación. <<

[407] El príncipe Koromezzo se refiere aquí a las nueve del día siguiente, como ya había acordado previamente la condesa con el doctor Seward. <<

[408] Cloral es un aldehído. Mezclado con agua forma hidrato cloral, con cualidades sedantes y soporíferas. Como el láudano (que contiene opio), se utilizaba con frecuencia en la época victoriana. *Makt Myrkranna* copia este detalle de *Drácula*, pero omite los escrúpulos caballerosos de Seward: «Estoy cansado esta noche y bajo de ánimos. No puedo hacer otra cosa que pensar en Lucy, y en lo distintas que podrían haber sido las cosas. Si no me duermo utilizaré cloral, el moderno Morfeo, C₂HCl₃O. H₂O. Debo tener cuidado de que no se convierta en un hábito. ¡No, no tomaré nada esta noche! He pensado en Lucy, y no debo deshonrar su recuerdo mezclando ambas cosas. Si es necesario, pasaré la noche en vela...». Véase *Drácula*, capítulo 8, entrada del 19 de agosto en el diario del doctor Seward. <<

[409] Curiosamente, en las notas preliminares de Bram Stoker para la novela había planeada una fiesta en casa del doctor Seward, en la que el conde se presentaría como último invitado. En *Makt Myrkranna*, Seward adopta el papel de invitado. A pesar de que el conde es el dueño de Carfax, sigue siendo el último en presentarse en la fiesta. Si no aceptamos que esto sea una coincidencia, significa que las ideas originales de Stoker para *Drácula* vuelven a aparecer en *Makt Myrkranna*. <<

[410] La persona a la que Harker creyó ver en un pasillo del castillo también era fornido y de baja estatura. <<

[411] En islandés: «*sér gegnum holt og hæðir*», lit.: «ver a través de colinas y altozanos». Las personas con «*skyggn*» pueden ver fantasmas, duendes y elfos que de otro modo son invisibles («*huldufólk*»), y percibir cosas en la distancia o que de otro modo están ocultas a la vista. <<

[412] En islandés: «*Hún [...] veit óorðna hluti*», lit.: «Ella [...] sabe cosas que todavía no han sucedido». En *El misterio del mar* (1902) y *La dama del sudario* (1909), Bram Stoker trató a fondo el tema de la visión interior, que (tanto en las creencias populares escandinavas como en las escocesas) incluía la precognición. <<

[413] El marqués Rubiano se refiere aquí a su conversación anterior sobre el experimento. <<

[414] En islandés: «*kroppinbakurinn*»: «el jorobado». El único personaje que encaja en esta descripción es el hombre pequeño y fornido que antes había hablado con Seward sobre el programa de la velada. La expresión islandesa «*rekinn saman*» utilizado para esta persona fornida significa literalmente «comprimido». <<

[415] Nunca queda revelada la razón de ese grito. ¿Se trata, quizá, de un nuevo sacrificio ritual, o de un aperitivo para los invitados? <<

[416] Previamente se había presentado a Morris como amigo de Arthur Holmwood. <<

[417] En *Drácula*, el vampiro de Stoker es un humano que ha sobrevivido a la muerte de su cuerpo, pero que puede adoptar forma animal; por ejemplo, la de un murciélagos. El comportamiento depredador del vampiro también es un indicio de sus cualidades animales. <<

[418] En islandés: «*að flytja búferlum*», lit.: «recoger el campamento (y montarlo en otra parte)», que suele traducirse como «mudarse», «emigrar». En este caso, sospecho que se trata de una mudanza temporal, pues Thomas no podía simplemente cerrar el bufete de Exeter. En *Drácula*, todo el grupo se aloja en el manicomio del doctor Seward, frente a Carfax. <<

[419] En las notas preliminares de Stoker para *Drácula*, se califica al doctor Seward como un «médico loco». En *Bram Stoker's Notes for Dracula*, los editores Robert Eighteen-Bisang y Elizabeth Miller afirman que «esta discrepancia [entre el “médico loco” original y el “médico de un manicomio” posterior] da lugar a la cuestión de si Seward estaba originalmente tan loco como su “paciente demente”». El hecho de que, de todos los personajes de *Makt Myrkanna*, sea Seward el que se vuelve loco, sugiere una vez más que la obra puede estar basada en las ideas preliminares de Stoker sobre el argumento. <<

[420] Esto recuerda a la quema de los diarios por parte del conde en el capítulo 21 de *Drácula*, cuando el conde registra la casa de Seward. Holmwood informa: «Él había estado allí, y aunque solo debió de ser durante unos pocos segundos, aprovechó la ocasión. Todo el manuscrito había sido quemado, y las llamas aún ardían entre las cenizas; también los cilindros de tu fonógrafo habían sido arrojados al fuego, y la cera había ayudado a que las llamas prendieran. [...] ¡Gracias a Dios hay otra copia en la caja de seguridad!». Véase *Drácula*, entrada del 3 de octubre en el diario del doctor Seward. <<

[421] Al confesar para proteger a Van Helsing, Morris adopta el papel de mártir, igual que en *Drácula*: en el original de Stoker, muere en la batalla final contra los hombres del conde. El hecho de que la policía acepte que un asesino confeso no reciba ningún castigo puede significar que también estaba al corriente del carácter sobrenatural de lo que estaba sucediendo. Esto también enlaza con el prefacio, donde se menciona que la policía y los servicios secretos se enfrentaban a enigmas sobrenaturales e irresolubles. <<

ÍNDICE

Prefacio de Dacre Stoker

Introducción

Una habitación con vistas: los planos del castillo de Drácula

Prefacio del autor

Parte I. El castillo en los Cárpatos

Capítulo uno. Diario de Thomas Harker

Fjallkonan n.^o 2 / 20 de enero de 1900

Bistrita, 4 de mayo

Castillo de Drácula, 5 de mayo, por la mañana

Fjallkonan n.^o 7 / 21 de febrero de 1900

7 de mayo, por la mañana

Fjallkonan n.^o 4 / 3 de febrero de 1900

Fjallkonan n.^o 5 / 9 de febrero de 1900

Fjallkonan n.^o 7 / 21 de febrero de 1900

8 de mayo, al filo de la medianoche

Fjallkonan n.^o 8 / 2 de marzo de 1900

Fjallkonan n.^o 10 / 14 de marzo de 1900

Fjallkonan n.^o 11 / 24 de marzo de 1900

Fjallkonan n.^o 14 / 11 de abril de 1900

Fjallkonan n.^o 17 / 2 de mayo de 1900

10 de mayo

Fjallkonan n.^o 18 / 8 de mayo de 1900

Fjallkonan n.^o 21 / 2 de junio de 1900

Fjallkonan n.^o 29 / 26 de julio de 1900

Fjallkonan n.^o 31 / 11 de agosto de 1900

Fjallkonan n.^o 33 / 25 de agosto de 1900
Fjallkonan n.^o 35 / 8 de septiembre de 1900
12 de mayo
Fjallkonan n.^o 36 / 17 de septiembre de 1900
Fjallkonan n.^o 37 / 24 de septiembre de 1900
Fjallkonan n.^o 40 / 13 de octubre de 1900
18 de mayo
Fjallkonan n.^o 42 / 27 de octubre de 1900
Fjallkonan n.^o 43 / 3 de noviembre de 1900
Fjallkonan n.^o 44 / 10 de noviembre de 1900
Fjallkonan n.^o 45 / 19 de noviembre de 1900
Fjallkonan n.^o 46 / 23 de noviembre de 1900
31 de mayo
3 de junio
6 de junio
Fjallkonan n.^o 47 / 29 de noviembre de 1900
10 de junio
Fjallkonan n.^o 49 / 12 de diciembre de 1900
16 de junio
17 de junio
19 de junio
Fjallkonan n.^o 50 / 15 de diciembre de 1900
Fjallkonan n.^o 51 / 19 de diciembre de 1900
20 de junio
Fjallkonan n.^o 1 / 11 de enero de 1901
24 de junio
28 de junio
Fjallkonan n.^o 2 / 19 de enero de 1901

Parte II

Capítulo uno. Lucia Western

Capítulo dos. La tormenta en Whitby
Capítulo tres. Del cuaderno de bitácora
Capítulo cuatro. Barón Siculi
Capítulo cinco. Los tártaros
Capítulo seis. Enfermedad y muerte de Lucia
Capítulo siete. La búsqueda de Thomas Harker
Capítulo ocho. Una visita al Castillo de Drácula
Capítulo nueve. El convento
Capítulo diez. Thomas y Wilma se reencuentran
Capítulo once. De regreso en casa
Capítulo doce. El profesor y Barrington
Capítulo trece. La gente de Carfax
Capítulo catorce. La fiesta
Capítulo quince. La conspiración
Capítulo dieciséis. La muerte del conde
Capítulo diecisiete. Epílogo

Post Scriptum de John Edgar Browning

Agradecimientos

Referencias

Notas